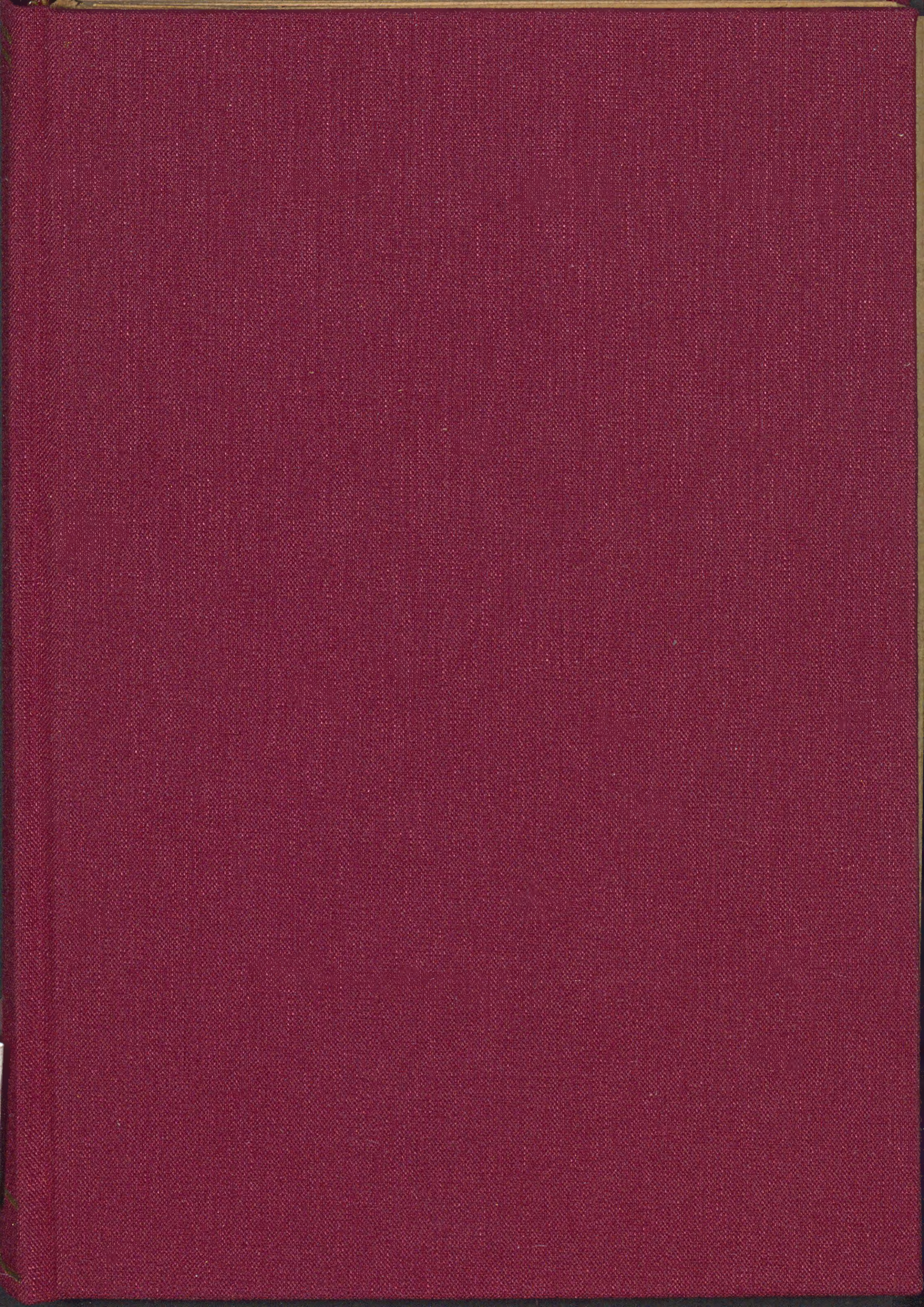


PASEOS
DE UN
SOLITARIO

(SEGUNDA SERIE)

Hombres :: :: y mujeres de mi tiempo

POR



CARLOS M.ª CORTEZO



Para Regla Manjón
condesa de Lebrija, la mejor
y mas culta de mis amigas

[illegible]

PASEOS DE UN SOLITARIO

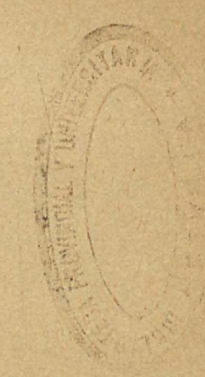
CARLOS MARÍA CORTEZO

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA

PASEOS DE UN SOLITARIO

MEMORIAS ÍNTIMAS
HOMBRES Y MUJERES DE MI TIEMPO

(SEGUNDA SERIE)





MADRID
IMPRENTA ENRIQUE TEODORO
Glorieta de Sta. María de la Cabeza, 1.

—

1923

ADVERTENCIA A LA SEGUNDA SERIE

Mi responsabilidad, al dar a la imprenta una segunda serie de mis «Paseos Solitarios», es menor de la que contraje al dar a luz la colección de los primeros; y es menor, porque a publicar aquéllos me movió más que nada, la insistencia cariñosa de algunos amigos; mientras que ahora, a esta misma insistencia, tan equivocada quizás como efectivamente numerosa, viene a unirse el pícaro engreimiento de amor propio que confieso que me produce la acogida de aplauso y el recibimiento cordial que significan los trabajos críticos de la prensa, y el agotamiento del volumen precedente.

En este segundo no he de variar el procedimiento: teniendo por base la absoluta sinceridad, hablo cada día de aquello que cada mañana ha ocupado mi pensamiento y mis recuerdos, y aunque bien pudiera, sin faltar a la espontaneidad, sacrificar algo de ésta al orden de los acontecimientos que me ocupan, he preferido y prefiero dejarlos salir tal y cómo en mí se engendraron, sin cronología ni sucesión serial alguna.

En cuanto a lo que en alguno de estos Paseos digo, recordando personas de las que han figurado en el escenario de la vida pública, por Dios pido a sus deudos y a los amigos que les hayan sobrevivido, que tengan por cierto que ningún enojo, ni animadversión, me movió al enumerar faltas y al señalar vicios de conducta: creo que el servicio a la verdad es la primera obliga-

ción del que sobre ciertas cosas escribe, y el desertar de ella, ocultándose entre convencionalismos, arreglos y atenuaciones estudiadas, redunda en desprestigio del retratado, del retratista, y más aún en deservicio de aquel a quien debemos, antes y sobre todo, lo que creemos la verdad, ya que no podamos tener la pretensión de que sea la verdad misma lo que le ofrecemos.

Corren por el mundo dos verdades, que no pueden calificarse de *inconcusas* porque todos las contunden y las mueven sin darse de ello cuenta, pero que nadie puede negarlas, tal es la fuerza impositiva de su evidencia: «No hay hombre perfecto», todos nos hallamos de acuerdo en este punto y también lo estamos en que «todo hombre que juzga a otro, puede equivocarse en su juicio», cualquiera que sea la bondad de su intención. Pues bien; señalad un defecto en la conducta de un hombre público, en la obra de un artista, y ni el uno ni el otro, y aun en todo caso sus amigos, admiradores y partidarios, dirán siempre que el tal defecto no existe y que vuestra mala intención, no vuestro error inocente, es quien ha procurado encontrarle y malévolamente le señala.

Todos queremos que sean para los demás incondicionales las cosas que, a fuerza de condiciones circunstanciales, han llegado a constituir nuestras creencias y nuestros afectos. Todo esto es verdad; pero el que se dejase, no ya atemorizar, sino impresionar por estas vulgaridades y no consintiera volar libremente su pensamiento y marchar rectamente su intención, o no escribiría, o no debería nunca escribir.

Fiat veritas et ruant inopsii.

Septiembre de 1923.

PASEO PRIMERO

¡Gosa!

Parece que la naturaleza haya dado el perro al hombre para su defensa y su placer.

Voltaire.

Yo deploro muchas veces el no ser perro; primero, porque creo que este animal es éticamente superior al hombre; y luego, porque no me es lícito hacer con frecuencia, al olfatear ciertos asuntos, lo que los perros hacen después de oler las esquinas por donde pasan.

Ich. (1)

Hoy tengo el pensamiento completamente desocupado y dispuesto a la observación placentera, como el alma a las impresiones y sentimientos benévolos. Mi perra, compañera constante de mis paseos y creo que partícipe a veces de mis elucubraciones peripatéticas,

(1) Recuérdese que Ich, es el pronombre alemán de primera persona, y que significa, por lo tanto, YO.

marcha delante de mí, saltarina y alegre, moviendo su elocuente rabo, órgano que, según la frase conocida del escéptico alemán, debe merecernos más confianza que la mano de un hombre cuando éste, como expresión de amistad nos la tiende.

En esta frase, que a primera vista no es más que una ingeniosidad de Schopenhauer, está sin embargo contenida toda la psicología de la raza de esos mamíferos, que debieran ser nuestros maestros de moral, mejor que muchos pedagogos de cartel.

Con efecto, amado e inverosímil lector, ¿recuerdas haber visto alguna vez a un perro menear la cola para producir daño? Parece como que a vuestro fiel compañero, faltándole la expresión verbal para prometernos paz, cariño y obediencia, se sirve de lo que mayor movilidad visible tiene en su organismo físico, del apéndice caudal, que manifiesta sus pasiones, como el péndulo ultrasensible de un sismógrafo revela los movimientos imperceptibles de la tierra, al parecer inerte.

Los perros hablan con el rabo; no están muy lejos de hacer lo mismo algunos de nuestros oradores parlamentarios; solamente que, en aquéllos, lo expresado es la franqueza y la lealtad; y en éstos, amén de su torpeza y muchas veces con aditamento de sus barbarismos, sus solecismos y sus sandeces, palpita en el fondo la intención aviesa, ó cuando menos el mal disfrazado egoísmo.

Quedamos, pues, en que nuestro filósofo tudesco dijo una gran verdad: «mayor garantía ofrece para nuestra confianza un perro que menea la cola, que un hombre que nos tiende la mano».

Decía que mi perra corre, salta, vuelve a mi lado y

siempre busca, con sus inteligentes ojos en los míos, una muestra de aprobación hacia sus manifestaciones de alegría y afecto. Bien claramente se está dando cuenta de la inutilidad de hacerme ver la expresión de su mirada, y la acompaña con ladridos y saltos, apoyando sus manos en mi pecho, como para demostrarme que se da cuenta de que mis ojos no pueden analizar todo lo que los suyos expresan.

Sigo andando por un paseo por el que hace tiempo no he venido, y mi Gosa, éste es el nombre de mi perra (1), me da una nueva muestra de memoria agradecida y de la persistencia de sus afectos. Pasábamos por delante de un banco, en el que hace algunos años tenía yo costumbre de sentarme acompañado de un pobre amigo mío que murió, y a quien ella tenía extremado cariño. Cuando llegábamos, me disponía yo a seguir adelante, abstraído en la contemplación del hermoso paisaje de otoño que, ante mi vista, se ofrecía; pero Gosa se detuvo ante el banco, esperó mi llegada, y me miró con un aire tal, que me pareció un reproche. No me cabe la menor duda de que sintió una impresión de tristeza. Senteme en el banco, acurrucose ella al lado que correspondía a quien en otro tiempo me acompañaba, y permaneció silenciosa y quieta, mientras yo contemplaba

(1) De otro modo se llamaba cuando un excelente amigo mío me la regaló para distraer mi ánimo de la amargura producida en él, por el inesperado mal éxito de la operación en que perdí casi toda la vista; yo sustituí el nombre alemán de leyenda wagneriana, por el de «Gosa»; porque me pareció que todo lo que fuera llamar otra cosa que «perra» a quien tiene la noble condición de serlo, es faltarle al respeto, y «Gosa», en catalán y valenciano, significa sencillamente perra, con lo que conseguía llamarla de un modo convencional dentro del castellano, para que mejor me entendiera.

lo que alcanzaba a ver del parque. El principal motivo de mi preferencia por aquel asiento era que, muy cerca y detrás de él, había una reguera angulosa, en cuyas piedras arrancaba el agua ruidos caprichosos, y espumas chispeantes que daban al oído la ilusión de la proximidad de una importante cascada. Allí, durante tres o cuatro años, me han leído, ayudándome a traducirlos, a Enrique Heine, a Goethe, a Uhland, a Nietzsche y a tantos otros que mi perra escuchó con resignación, y yo con verdadero deleite, y que hoy recordábamos seguramente los dos con sentimiento.

El otoño es en Madrid la estación privilegiada. Suele tener una constancia que jamás nos ofrece la primavera, una tibieza de temperatura que nos niega el invierno y que exacerba el verano. La limpidez del cielo ostenta una brillantez de azul intenso, que ni pardea con las brumas caniculares, ni se nubla por los vapores precursores de las lluvias de la primavera; si alguna vez flotan nubes en medio de este esplendor, tienen matices de plata, nacarados y luminosos, que parecen venir en ayuda del sol a contribuir a la belleza del cuadro. Rara vez veis una amenaza de tempestad en las nubes de otoño, al menos en nuestro cielo madrileño. Por algo celebraban nuestros abuelos las *ferias*, es decir, las jornadas del mercado alegre de fiesta y de bulliciosas holganzas, en estos días automnales.

Pero lo que más hermoso tiene el mes de Octubre, es el color de los árboles. Muy bello es el verde juvenil, todavía algo grisáceo, con que se anuncia la primavera, cubriendo de retoños las ramas, y dando al conjunto el aspecto de un tul de gasa verdosa, tendida sobre los árboles, secos en los días anteriores; muy bello es el

verde de esmeralda, vivo y transparente de las hojas recién abiertas bajo las caricias del sol de Abril y de Mayo; pero estos tonos dorados, cobrizos y carmíneos que afectan en Noviembre las hojas antes de caer, como haciendo un esfuerzo de belleza, para librarse de la condenación a la muerte, estos contrastes de los matices amarillos y cobrizos, sobre el severo verde de los pinos, que parecen envanecerse con la persistencia robusta en el lujo de su ropaje, o con el gris igual y verdoso de las encinas, que manifiestan su indiferencia de viejas originarias y que se dirían siempre privadas de juventud y alegría, todos estos matices, colores y contrastes, son mucho más variados en Octubre y en Noviembre, que en los demás meses del año.

La escarcha empieza a sustituir sobre las hierbecillas al rocío, como los desengaños helados de la edad madura suceden a las ilusiones irisadas de la juventud. Los crisantemos, con su dudosa belleza de flores de papel recortado, reemplazan a las rosas fragantes, orgullosas y variadas, como éstas sustituyeron a las violetas y a los lirios; pero las masas de color de las flores japonesas, nadie puede negar que dan a los jardines en esta estación, un aire señoril y suntuoso que podrá tener menos poesía, pero que parece ostentar un lujo elegante y refinado. El mayor lujo del otoño está en el alfombrado del suelo; las hojas que se desprenden con lentitud y caen columpiándose, y dando vueltas cadenciosas, revisten el suelo de un mosaico policromo kaleidoscópico, sobresaliendo entre ellas, como motivo de la decoración del tapiz, las que se desprenden de los plátanos, semejantes a enormes abanicos caídos de las manos de odaliscas somnolientas; otras veces las hojitas se des-

prenden arrancadas por el viento, y caen ruidosas y se dejan arrastrar en remolino, que huye delante de nuestros pies, como queriendo llevarnos fascinados en una especie de Walpurgis iluminado, hacia una fosa que, como próxima, nos presagia.

Después de pensar estas simplezas me levanto y sigo mi paseo, siempre precedido de los saltos y carreras alegres de mi perra. ¡Vamos, Gosa, vamos! ¡Qué feliz eres si no tienes memoria para estas cosas, y la conservas para la fidelidad y el agradecimiento!

¡Qué feliz eres, poniendo sobre este pentágrama de melancolía, las notas sonoras de tu cascabel metálico y de tus ladridos alegres, que me reprenden por la gravitación tenaz de mi ánimo hacia las tristezas de lo porvenir!

Sin querer vuelvo a meditar sobre lo que es la raza canina, como compañera y consuelo de la humana, y lo primero que se me ocurre es preguntarme, como Voltaire: ¿por qué una religión y un pueblo tan avanzado en civilización como el hebreo, cuyos hijos han demostrado con su perseverante actuación en la Historia, lo bien que a todas las civilizaciones se adaptan, han considerado al perro como un animal inmundo? ¿Qué habrán encontrado en él que le hiciese acreedor a su anatema, y a que nos le retrate con más frecuencia, errando por los cementerios entre los leprosos y los endemoniados, mejor que en el hogar doméstico, acompañando a los niños y a los ciegos, guardando la propiedad y muriendo de pena sobre la tumba de su amo, como lo esculpen los artistas medioevales en los enterramientos de nuestros templos? No lo sé; pero en mis fantásticas maneras de pensar, me inclino a creer que es éste un fenó-

meno de aversión instintiva hacia un ser al que la realidad concede, y en quien la fantasía exagera, aquéllas condiciones relevantes que muchas veces niega la realidad, y muchas exagera la injusticia en la raza judía.

En efecto, al perro se le atribuye la lealtad, el afecto, el desinterés, el agradecimiento, el sacrificio por su amo, la resignación ante el castigo, la reciprocidad del amor tras el dolor causado, en fin, todas esas condiciones que se dibujan en el perro y que los observadores, los naturalistas y los poetas han extremado en sus descripciones, exagerado en sus efectos y registrado cuidadosamente en sus relatos. Compréndese pues, hasta cierto punto, que un pueblo al que sistemáticamente se le negaban, con razón o con injusticia por sus enemigos, esas verdaderas virtudes, mirase con antipatía al símbolo representativo en que las creían cifradas.

Y sin embargo, pienso ahora, que era entre los cristianos viejos costumbre, la de lanzar sobre los Hebreos el paradójico epiteto de *perro judío,* con lo cual queriendo inferir una ofensa hacían un elogio, al menos según yo pienso, y conmigo todos los numerosos amigos de los perros.



Verdad es que estos modismos representativos de ideas *acuñadas*, dicen muchas veces lo contrario de lo que quieren expresar, y a este propósito, por analogía de lo de *perro judío* viene a mi memoria la expresión de *cristiano rancio.* Con esta última se ha querido decir «hombre que profesa la fe de Cristo de un modo hereditario, permanente e incontestable» y se viene a decir lo contrario de lo que se desea, dado que *rancio* es aquello que, por haberse pasado del momento oportuno de su madurez, comienza a fermentarse, a perder sus

condiciones de gusto agradable y, en una palabra, a echarse a perder, a *enranciarse*. Si yo tuviera intención de dar ciertos transcendentalismos a estas livianas expresiones mías, podría atreverme a decir que la frase de «cristiano rancio» no está tan mal producida, aunque sí mal aplicada; pues a mi juicio estos cristianos de hoy, que derivan de Lourdes, como los primitivos derivaron del Gólgota, que admiran los preceptos y la moral de Loyola, antes que las efusiones amorosas de Francisco de Asís, esos no estarían mal llamados rancios, en el sentido de que comienzan a echar a perder una cosa excelente, bella y veneranda (1).

No pretendo emular a Buffon ni a tantos otros escritores que en la alabanza del perro se han esforzado, ni pretendo ocuparme en la fácil tarea de cosechar en multitud de libros y Enciclopedias, todas las anécdotas que en honor del can se han consignado; pero en mi manía pedagógica me ocurre, que constituiría un precioso libro de lectura educativa aquel en que se recogieran tales episodios descriptivos, pues con él se conseguiría que el

(1) Dice el *Diccionario de Autoridades* (que en este punto ha de tenerla mayor que muchos otros), que *rancio* es un adjetivo que se aplica a «una alteración que con el tiempo experimentan los comestibles y otras cosas que las mejora o echa a perder». Y como yo no puedo admitir que nada pueda mejorar la palabra de Dios mismo, claro está que el cristianismo rancio ha de parecerme cosa echada a perder, con la más santa voluntad, pero al fin, deteriorada.

Volviendo a la palabra perro empleada como término despectivo, me parece que las sectas religiosas se la han lanzado las unas a las otras, a partir de la judía que, por su concepto de inmundo, generalizaba el epiteto a los cristianos que se la devolvían, y a los Mahometanos que no se quedaban con él. Es, pues, ésta, una de tantas ocasiones en que las palabras adquieren, por el uso, una significación que dista de su concepto intrínseco y de su justa aplicación.

niño aprendiese a saber por qué ama al perro, y luego hombre, recordaría que debiera seguirle amando aún e imitando sus condiciones relevantes de fidelidad, de agradecimiento, de adhesión y de respeto inquebrantable, a la propiedad de aquel de quien recibe beneficios.

Este efecto debiera ser fácil de obtener, pues en general los niños adoran a los perros, por una razón que tiene fundamento psicológico innegable. Todos tenemos tendencia a amar aquello que es más débil que nosotros y sobre lo que visiblemente podemos ejercer protección que produzca reciprocidad de amor y de agradecimiento. Por eso el hombre ama a la mujer, sin que ella sea siempre el prototipo de la fidelidad y el agradecimiento, y ama a su madre tanto más cuanto más anciana; es decir, cuanto más débil y necesitada de recibir lo que se anticipó a prestar, aunque las más de las veces no lo reciba con la efusión, la largueza del interés compuesto en que debiéramos haberlo capitalizado; por eso, también el ciego, el inválido y el solitario aman a este animal en quien ven inferioridad de capacidades y devolución de afectos que la sociedad, distraída y egoísta, puede no ofrecerles con toda la espontaneidad y perseverancia que su penosa debilidad exige.

El cariño de las solteronas a los perros es un instintivo e inconsciente empleo de las condiciones de amor y de maternidad que las circunstancias decretaron quedasen en ellas depositadas sin empleo; pero como el amor es perfume, esencia expansiva, etérea y penetrante, no consiente el encierro, se exhala y evapora, cayendo sobre los seres que son capaces de estimarla y a quienes aprovecha en su forma más simpática de pro-

tección caritativa. Tengo ésto por tan cierto que, de mi parte, lejos de encontrar ridículas a las célibes que crían, se preocupan y se desvelan por los animalitos domésticos, y por los perros en particular, las encuentro dignas de alabanza y de estimación respetuosa, mientras que formo idea poco favorable de aquéllas sus congéneres, que prefieren la escrupulosa corrección de su persona, de su casa y de sus costumbres, a sacrificar algo de la complacencia que estas cosas les producen en aras de afectos por ellas despertados, y de protecciones hacia las que la bondad de su corazón debe inclinarlas.

¿Cómo hubieran estas señoras, me digo yo muchas veces, desempeñado su papel de esposas y de madres, tan lleno de sufrimientos, de sacrificios, de desvelos y de dolores, las más veces no recompensados, ni siquiera por una caricia, cuando no sienten la necesidad de ceder al institivo empuje del amor y de la caridad, y encierran sus aspiraciones en la sequedad estéril de la satisfacción de los pequeños gustos y de las molestias del trato social, y las arbitrarias distracciones en que éste suele encontrar su solaz?

Pero un poco lejos me encuentro de mi perra, quien me advierte, con cronométrica exactitud, que la hora de volver a casa ha llegado, y me impone, con tiránicos ladridos, la necesidad de apresurar el paso y de no detenerme conversando, ni aún saludando siquiera a personas que a ella le parecen importunas, y hacia las cuales no se cuida de ocultar su desabrimiento.

¡Cómo ha de ser! Por algo decía un viejo criado mío, jugando picarescamente con el vocablo, que «los viejos, de una o de otra manera, se dejan llevar por las *perras*».

PASEO II

La educación sentimental.

> «El que se lanzase á la refriega de la existencia con espada de caballero, no podrá escapar de entre rufianes que manejen el puñal, la navaja, ó, cuando más ennoblecidos se sienten, el revólver.»
>
> *José Echegaray.*



Leí ayer por la tarde un capítulo en el libro, hace poco publicado, de León Daudet «Le stupide 19 Siècle». Lleva por lema «L'aberration romantique et ses conséquences», y es uno de los más bellamente escritos y más fundamentalmente pensados del tal libro; libro que, por otra parte, no encuentro a la altura de la reputación de que ha llegado precedido. Cayendo esta lectura sobre una rancia preocupación, llena hoy mi pensamiento, no con lo de ella en un principio aprendido, sino por lo que sugiere y despierta de verdades que la realidad me enseñó en el transcurso del tiempo.

Mi generación, la de la segunda mitad del siglo XIX, recogió viva y palpitante la herencia del romanticismo, que engendrado en el *Humanitarismo* idealista del XVIII

y en los sentimentalismos ultrademocráticos de la primer mitad del XIX, dominaba en España en la Literatura, en la Música, en la Filosofía, en la Religión y en la Política.

En vano luchaban contra él el clasicismo, la tradición, la ortodoxia y el despotismo; en el teatro, en los libros, en la oratoria sagrada, en el trato social, hasta en la indumentaria dominaba el gusto romántico. No es pues, mucho, el que un niño, que nacía con ansias de ser, de vivir y de aprender, se impregnara en la atmósfera ambiente, la tomara en serio en todos sus puntos, y aun se adelantara á interpretarla con precoces manifestaciones de un sentimentalismo enfermizo.

Dice un latino apotegma que *el cuerpo consta de aquello de que se nutre*, y si ésto es verdad en las materialidades fisiológicas, lo es tanto ó más en las espirituales y en las de la inteligencia.

Yo no sé si nací romántico; pero lo que sí sé hoy es que lo extraño hubiera sido que mi joven espíritu pudiera resistir a fundirse en el molde de lo que le rodeaba.

Tenía verdadera avidez por la lectura, y en mis manos no caían más que libros redactados por novelistas sensibleros, extranjeros y nacionales, que suplían la falta de originalidad e inspiración con la exagerada expresión de las pasiones; así devoré las obras de Pérez Escrich, Ortega y Frías, Flores, Fernández y González, y cien otros compatriotas de desigual mérito, pero de idéntica tendencia, revelada unas veces en las hazañas caballerescas inverosímiles en que se renovaban con poca diferencia las empresas y los pensamientos de aquellos libros que creíamos muertos, bajo la donosa

pluma del más preclaro de los ingenios castellanos; otras veces lo caballeresco y aventurero se encontraba sustituído por la lucha con la injusticia social, por las diferencias de las clases, por el desconocimiento de la inocencia perseguida, por el triunfo definitivo de la virtud sobre el vicio.

Únase a ésto una tendencia mística cultivada cuidadosamente por una pobre señora, amiga de mi casa, que profesándome apasionado cariño me llevaba consigo a infinito número de novenas, sermones y ejercicios espirituales, alentándome a la lectura de libros de más piadosa intención que acertado desarrollo de su empeño (1), y entre las aventuras, las protecciones providenciales y los milagros inverosímiles, fué mi pobre cerebro nutriéndose, desarrollándose y dando como fruto un temperamento intelectual y una idiosincrasia ética, optimista, caballeresca, desprendida por repugnancia de las imposiciones materiales de la vida, y ridículamente impresionable, aun ante las cosas nimias para los demás.

He pensado muchas veces, y hoy me persuade la experiencia a creer que aquella errónea y casi espontánea educación mía me ha dañado mucho en la vida, siquiera me haya proporcionado también innegables consuelos, por hacerme creer que mi alma y mi pensamiento se colocaban instintivamente, en muchas ocasiones, por encima de lo que sentían y pensaban los demás. Esto último es verdad y es muchas veces consolador; pero como la vida se vive por intercambio con las ideas ajenas, con los procedimientos de los demás y con las creen-

(1) No se tome esta mención como queja ingrata hacia la modesta e infeliz doña Tomasa Monferrer, para cuya santa memoria no tengo sino infinito agradecimiento y cariño.

cias del mundo, el que se nutre en romántico, es como el que se alimentara de hierbas y raíces en medio de una sociedad hecha a los refinamientos de la cocina moderna, o como dice Echegaray: «El que se lanzase a la refriega de la existencia con espada de caballero, no podrá escapar de entre rufianes que manejen el puñal, la navaja, o, cuando más ennoblecidos se sienten, el revólver.» En algun momento de examen de conciencia desahogué estas ideas en forma de un soneto que decía así: «Profesión de Fe»:

Lancéme a la batalla de la vida
Sin yelmo, sin coraza, sin escudo;
El pecho a combatir llevé desnudo,
Sin excusar del odio la embestida.
Desdeñé la venganza prevenida,
De la traición el acechar sañudo,
Y la envidia sutil herirme pudo
Con su dardo de sierpe embravecida.
Hoy, al continuo batallar rendido,
Estéril el esfuerzo y el denuedo,
Contemplo mi impotencia de vencido;
Mas proclamar en mi derrota puedo:
Que al ser mi triste corazón herido,
Siempre el dolor sintió, jamás el miedo.

No desapareció, al ir yo creciendo, mi afición por el género de lecturas a que antes me refería; algo se afinaron y mejoraron por ser de mayor entendimiento los autores que cayeron en mis manos, en la edad de mi pubertad; pero en cuanto al efecto moral, no salí ganando mucho al sustituir a Aiguals de Izco con Eugenio Sue, y a Fernández y González con Alejandro Dumas (padre). Siempre virtudes perseguidas, pueblos oprimi-

dos y explotados, caballeros intrépidos emprendedores e invulnerables, que hacían frente a ejércitos enteros y salían victoriosos, como resultaban redimidas las cortesanas y las adúlteras, a quienes la injusticia social arrojaba en el vicio, y los obreros a quienes perseguían la malicia de los patronos, las intrigas de las Congregaciones religiosas, o las arbitrariedades caprichosas de los Gobiernos.

El fenómeno es digno de fijar en él la atención. ¿Por qué este género de literaturas que, con diversas apariencias, constituyen en el fondo la misma, era el pasto preferido de toda la Sociedad que fomentaba el mercado de estos libros; y, por tanto, estimulaba su producción, cada vez más exagerada e inverosímil? No cabe dudarlo: el público prefiere estas leyendas, porque quisiera que el mundo fuese como ellas le describen y porque en el fondo del alma de cada lector palpita un aventurero que desearía llevar a cabo proezas inauditas, a través de peligros insuperables, pero viéndose coronado por el triunfo; como suspira en el alma de la lectura el deseo de ver perseguida su virtud y contrariado su amor, con tal de que, al fin y al cabo, resulte ilesa la primera, y satisfecho el segundo por cualquier procedimiento natural o providencial que en ello intervenga (1).

(1) Hay en el vicio de este género de lecturas cierto parentesco con el que domina a los fumadores de opio, a los consumidores de haschich o a los que respiran gases hilarantes; en una palabra, a todos los que se forman *paraísos artificiales*. Saben, al volver a la vida real, que todo lo que han soñado ha sido mentira y que el procurarse esos sueños destruye su vida física y moral; y, sin embargo, fuman, se inyectan y se destruyen.

Dió lugar esta sed de las lecturas ultrarománticas a una manifestación *editorial*, que no deja de merecer ser señalada: la de las novelas

¿Constituirá todo ésto desinencia natural del idealismo filosófico, del platonicismo y de la predicación religiosa budhista, mahometana y cristiana, que transformadas en dogmas y preceptos predican la fe, el amor incondicionado del prójimo, y la intervención providencial y justiciera?

No me quiero meter en honduras; pero bueno será no olvidar que en el mundo moral, como en el físico, nada se pierde, nada se gana, todo evoluciona, todo es continuación de todo; y como del polvo de los minerales, de las plantas y de los animales que fueron, se construyeron sin cesar nuevos animales, nuevos vegetales y nuevas piedras, siendo siempre la materia la misma, y como toda formación geológica viene de un montón de cenizas de otras anteriores, así del polvo de las ideas seculares, desmenuzadas al rodar en la corriente humana, se construyen otras en cuyo fondo, como en el de la materia era ésta siempre la misma, en el del espíritu es éste siempre idéntico, llámese como se quiera la fórmula con que, durante algunos siglos, prevalecen las doctrinas. ¿Quién medirá la duración, ni pronosticará la destrucción del polvo cósmico, regido por la atracción, la afinidad y la gravedad? Pues así tampoco habrá quien pueda medir ni pronosticar la desaparición de los dogmas, que bajo una u otra estructura tienen por fundamento la idea del amor.

por entregas. Costaban éstas, según el lujo y las ilustraciones, un real, dos cuartos y hasta un cuarto, y se repartían arrojándolas semanalmente por bajo de las puertas de los domicilios de los suscriptores. Merecería bien aquél género de publicación que se describieran los artificios y habilidades que empleaban los autores y los libreros para *hinchar* sus publicaciones y con ellas sus modestos medros.

Cuando ya hombre maduro leí obras más serias y templadas, quise reaccionar contra mis primeros impulsos de fe y de concepto filosófico, pero era tarde; fuí artificialmente positivista, y cuando en el Ateneo hablaba en defensa de Augusto Comte, no podía evitar que se me escapasen tropos idealistas y sentimentales que hacían reir a mi buen amigo y correligionario Luis Simarro, quien a más de ser una altísima inteligencia, era un positivista fundamentalmente convencido. Sucedióme lo mismo con mis aficiones económico-sociales: educado por ciertos lazos familiares en las escuelas individualistas de Say, Adam Smith y Bastiat, me entusiasmaban sus lecturas, y me creía empapado en sus doctrinas hasta sus últimas consecuencias; pero si caían en mis manos Proudhon, Lamennais, Luis Blanc, o cualquier socialista, cantor de las desventuras del proletariado y reivindicador de las injusticias en la distribución de la riqueza, me sentía colectivista, sansimoniano y anarquista, poniendo en primer lugar la recta aplicación de la justicia humana sobre mis convencimientos de conveniencia material en la libre producción, acumulación y distribución de los valores.

En resumen, lector querido, que mi pobre cerebro ha sido siempre un cajón de sastre, en que se han almacenado mucho pisto manchego, no pocas incongruencias y tal cual paradoja que momentáneamente se me imponía con caracteres de verdad inconcusa.

Si con estos elementos hubiese yo pretendido ser un pensador influyente en la inteligencia de las multitudes, o un político presuntuoso que se supusiera capaz de guiarlas en su conducta, el caso hubiera sido grave; pero dado el que ni he podido tener tamañas ambiciones, ni

he contado con medios para realizarlas, el daño producido se ha quedado en depósito, de mi pellejo para dentro, y a nadie más que a mí mismo ha podido ofender de modo más o menos radical.

No obstante, creo yo que no es ocioso el insistir acerca de la atención que padres y maestros deben poner en el modo de guiar las aficiones de los jóvenes y de elegir sus lecturas, preocupándose más en lo que puedan influïr en su conducta como hombres que las ñoñerías y escrupulosidades de una moral, que queriendo cerrar las puertas del campo, con sólo el anuncio de su intención, abre ojos y despierta curiosidades que siempre encuentran medios fáciles de satisfacción, a pesar de los *Indices*, de las asociaciones de buenas lecturas y de la recomendación de obras ascéticas, que tienen su aplicación momentánea e irreemplazable en casos determinados de la vida; pero que, a pasto, son indigestas y contraproducentes, en cuanto a que se empeñan en impregnar la concepción de un mundo hecho para el sacrificio y el dolor, cuando a los oídos del joven vocean los placeres y los estímulos de deleite. Educar es encauzar; poner compuertas a la corriente, no es más que un modo de hacerla convertirse en salto de agua, arrasador e impetuoso.

No se me oculta que podrán decir muchos, sobre todo los que conozcan la historia externa de mi vida, que hay una verdadera falta de lógica entre lo que afirmo calificando de perniciosa la educación sentimental y romántica a que me ví sometido, y los medros y ventajas que en mi carrera y mi vida obtuve. «¿Qué creería este buen señor—dirán—que pudiera haber alcanzado si las orientaciones culturales, éticas y afectivas de su inteligencia

hubieran sido otras?» Y aquí vendría una enumeración de empleos individuales, de honores, de estimaciones profesionales, de altos cargos, etc., etc.

Tienen razón en cierto modo los que así piensen, si es que a alguien se le ocurre formar juicio sobre mi persona; pero también dejan de tener razón en cuanto a que ellos ignoran y yo sé, que ciertas satisfacciones de orden íntimo y subjetivo les están negadas a los que, como yo, han pensado y sentido, y siquiera para muchos aparezcan compensadas por los medros, los aplausos y las lisonjas externas. Aún en estas mismas encuentra el hombre verdaderamente sentimental una especie de remordimiento por tener conciencia de no haberlas ganado por los caminos, los estudios y los trabajos que su rectitud le señala hoy como mejores; y siente también, enturbiando su agradecimiento, cierta frialdad desdeñosa al juzgar a una sociedad que tan fácilmente galardona los más endebles merecimientos.

Pero en fin, en último resultado, ésto es cuenta mía, y creo que ya es un poco tarde para corregirme. Lo que importa es que el escarmiento propio sirva de algo a los demás, sean maestros, padres o discípulos o niños, que se eduquen por sí propios; caso este último que es mucho más frecuente de lo que de ordinario se piensa.

Bien quisiera que en ésto se fijara la atención de aquellos a quienes les importa el problema de la educación, y que considerándome como *animal de experimento,* creyesen que el género de influencia a que voluntaria e inconscientemente me sometía, me ha producido muchos malos ratos en mi existencia; y lo peor es que la mayor parte de ellos, o han sido innecesarios, o inútiles y perjudiciales.

El niño que llora silenciosamente al leer la escena descriptiva de la venta del canario en «La hija del jornalero», o las escenas de la muerte del caballo y del suicidio de las dos obreras en «El judío errante», y multiplica durante los primeros años de su precocidad infantil este género de impresiones, mezclándolas con las emociones descriptivas de martirios horrendos arrostrados por la fe; el adolescente que aprende de memoria el capítulo del «Corazón bajo una piedra» de «Los miserables» y el canto a Teresa de «El diablo mundo», mezclándolos con audiciones ultrapatéticas de *Norma*, *Lucía*, los últimos actos de los *Hugonotes* y las romanzas de «Stella confidente» y de «Espíritus gentiles»; el joven que devora las descripciones semiépicas de la Revolución francesa a través de Lamartine y de Michelet, alternándolas con las audiciones de *La patética*, *El aria de Bach* y *La Traumerai*, de Schumann; el que por tales cosas pasa sin interrupción, no es milagro que llegue a crear en su organismo físico, nervioso receptor, como en su impresionabilidad ética, una susceptibilidad verdaderamente anómala y enfermiza que le lleva a tomar inusitada parte en todo sufrimiento ajeno, sea o no remediable por él, y le impulse a desprendimientos y desdenes de las cosas materiales, que se paga muy caro por estos Quijotes desconocidos, que previó el genio de Cervantes sin duda alguna, pero que no llegó a describir por no considerarlos tan interesantes como el inmortal prototipo de la locura romántica, que nos legó para gloria suya y nuestra, y que luego han esbozado muchos otros, y entre ellos Flaubert en la novela que lleva el título mismo que este Paseo.

¿Qué deducciones, siquiera pasajeras y para uso pro-

pio, saco yo de esta experiencia mía y de lo en otros aprendido?

En primer lugar, que es necesario el ocuparse hondamente de las lecturas, de los espectáculos y de las impresiones que actúan sobre el ánimo de los niños.

En segundo lugar, que es preciso preocuparse en que lo leído por los niños, sea por ellos entendido y aprovechado. Sobre ésto nunca se machacará bastante cerca de los pretendidos pedagogos, que proclaman en sus discursos y en sus escritos esta sana doctrina, apoyándola en procedimientos más o menos ingeniosos; pero a los cuales, apenas se les lleva al terreno de la aplicación práctica de su enseñanza, caen en las rutinas cómodas del memorismo, consiguiendo con ésto y con la complicidad criminal de los examinadores oficiales, que las pobres criaturas, víctimas de los unos y de los otros, se embriaguen con la obtención de sus notas de *sobresaliente*, concedidas a las relevantes condiciones de su *papagayismo* y en realidad no sepan una palabra de las materias mismas en que se asegura que han *sobresalido*. Haz la prueba, lector, y cuando sepas de un alumno o alumna que ha merecido matrícula de Honor en Religión, pregúntale la diferencia entre el dogma de la Encarnación y el de la Concepción de la Virgen, y te encontrarás con que no lo sabe en la mayor parte de las veces; y si la asignatura en que les galardonaron es la Geometría, no te sabrán decir cuántos centímetros cuadrados tiene un metro cuadrado, ni cuántos metros cúbicos un decámetro.

Pero desbarro; no es ésto a lo que yo quería llegar. Quería indicar en una tercera consecuencia, lo conveniente de estudiar el temperamento del educando, para

elección de sus lecturas, espectáculos e impresiones.

La norma que para ésto debe tenerse en cuenta es la de la semejanza, dentro de una misma raza, nación y aún familia, de cada individualidad, con las agregaciones, colectividades o pueblos que siguen sistemas educativos determinados. Es indudable que dentro de un corto número de alumnos, a poco que se investigue, se encuentra el tipo latino, el anglosajón, el eslavo y el oriental.

Ahora bien; educar románticamente a un latino, prácticamente a un anglosajón, místicamente a un eslavo y fantásticamente a un oriental, es llevar a la práctica el simbólico mito de una Babel artificial, en la cual acabarían por no entenderse nunca los pueblos.

Y sin embargo, así es lo que en la práctica acontece sobre todo en los dos tipos de temperamentos o caracteres que he mencionado, y según ésto se ponen en manos de los niños latinos libros que hablan a su imaginación en el sentido de la más romántica cursilería, con lo cual se obtiene uno de estos dos resultados: o que el niño, en el curso de su vida práctica, resulte un verdadero anormal del sentimentalismo; o que él, al experimentar las primeras impresiones de realidad, contrarias a lo por él aprendido, se haga a sí propio un escéptico sistemático, dañoso para los demás, como el otro lo era para sí mismo.

Si al joven anglosajón no le dan sino enseñanzas prácticas, materialistas y de oportunidad convencional, quizás se conseguirá hacer un secuaz de Epicuro de vista baja en constante rebusca de todo lo asimilable; pero privado de la contemplación y del deleite producido por todo un mundo que se explana por encima de la direc-

ción de su mirada y de todos los perfumes y sentimientos que van a constituir los celajes del paraíso deleitoso de la fantasía, del sentimiento y del inefable amor.

Es, pues, necesario compensar las tendencias con las impresiones, los instintos con los frenos, y las apatías con los estímulos.

Permítaseme recordar algo que en este sentido dice el inimitable Schopenhauer: «Lo que el hombre maduro ha ganado por la experiencia de la vida; lo que hace que vea el mundo de otro modo que el adolescente y el hombre joven, es ante todo, la *ausencia de prevenciones*. Él, a lo primero, comienza a ver las cosas simplemente y a tomarlas por lo que son, mientras que a los ojos del hombre joven y del adolescente, una ilusión compuesta de sueños creados por ellos mismos, de prejuicios transmitidos y de fantasías extrañas, velaba o deformaba el mundo verdadero. La primera tarea que la experiencia halla por realizar, es libertarnos de las quimeras y de las nociones falsas acumuladas durante la juventud. Preservar de ellas a los jóvenes sería ciertamente su mejor educación, aunque sea simplemente negativa; pero este asunto es harto difícil. Sería menester, a este propósito, comenzar por mantener el horizonte del niño lo más estrecho posible, no procurarle en sus límites sino nociones claras y justas, y no dilatarlas sino muy gradualmente, después que tuviera el conocimiento exacto de todo lo que está en él, y cuidando siempre de que nada quede oscuro, nada comprendido a medias o a través. Resultaría de aquí que sus nociones sobre las cosas y sobre las relaciones humanas, aunque restringidas aún, y muy simples, serían no obstante claras y verdaderas, de manera que no necesitarían sino exten-

sión y no restricción, se continuaría así hasta que el niño se hiciera hombre. Este método exige sobre todo que no se permita la lectura de novelas, reemplazándolas con biografías escogidas, como la de Franklin por ejemplo, o la de Carlos Felipe Moritz, reflejada en sus obras «Antonio Reiser o Antonio viajero» y «Andrés Hartkpopf o Andrés cabeza dura.»

«En tanto que somos jóvenes, imaginamos que los sucesos y los personajes importantes harán su aparición en nuestra existencia con tambores y trompetas; en la edad madura una ojeada retrospectiva nos enseña que se han deslizado en ella sin ruido, por la puerta secreta y casi inadvertidos.»

«Se puede así comparar la vida a una tela bordada de la cual no viera cada uno, en la primera mitad de la existencia, sino el anverso, y en la segunda el reverso; este último lado es menos bello, pero más instructivo, porque permite conocer la trama de los hilos.»

Vaya un ejemplo práctico y subjetivo del pernicioso efecto del sentimentalismo enfermizo desarrollado en un joven: revolviendo papeles viejos encontré el otro día el borrador de unos versos bastante medianos, pero muy demostrativos de la verdad de lo que vengo diciendo. Rezaban así:

He soñado que estaba en mi fosa,
Inerte, sujeto por húmedas tablas;
Y buscaban sedientos mis labios
El ramo de rosas que echaste en mi caja.
Oprimía agobiando mi aliento,
La losa implacable, la tierra compacta;
Y ensanchaba gozoso mi pecho,
Oyendo en el mármol crujir tus pisadas.

He sentido correr por mis sienes
Contactos viscosos de fétidas larvas;
Y pensaba anhelante que, entre ellos,
Acaso á mi frente llegasen tus lágrimas.
Desperté: con las luces del día,
Gorgeos y aromas llenaron mi estancia;
Y con ellos, impío el recuerdo;
Con las claras luces, la verdad amarga.
Ven mis ojos las flores marchitas,
Las prendas devueltas, de amores las cartas,
Y el pañuelo que un día me diste,
Que tu llanto fingido empapaba.
¡Oh, maldita verdad!, ¡dulce sueño,
Que mi cierto dolor halagabas!
Cuando en prenda de amor, me ofrecías
Un ramo de rosas, echado en mi caja.

1868.

Quedéme pensando y procurando recordar qué acontecimiento de mi vida podría haber justificado la amargura que inspiraba aquellos renglones. Pues bien, recordé que estaban escritos a los diez y ocho años, después de una noche en que entre lágrimas y suspiros no logré pegar los ojos hasta las cuatro de la mañana á consecuencia de una vulgarísima coquetería de una jovenzuela de quien yo estaba o me creía profundamente enamorado y a quien luego he encontrado muchas veces en el mundo como simpática madre y aún abuela, sin haberme venido al pensamiento ni su veleidad ni mi pasión.

PASEO III

Arpegios filosóficos.

«¿Qué mucho que yo perdido ande,
Si nos engaña así Naturaleza?»

Argensola.

¡Hermosa, anticipada e incomparable primavera!

¿Será definitivo el cambio que nos ha traído tras de fríos, lluvias y vendabales, esta apacible temperatura, este cielo transparente y sereno, y este visible despertar de toda la naturaleza, que se manifiesta en los arbustos llenos de lilas, en los arriates, platabandas o macizos (1) cercados de lirios, repletos de violetas, miosotis y pensamientos? ¿Será posible que se engañen en sus esperanzas esas mariposas que se han desperezado al sol, esos mirlos y esos ruiseñores que llenan el aire con sus trinos y sus silbidos? No lo sé; pero nacido en Madrid y viviendo en él la mayor parte de mi vida, no me fío mucho; recuerdo el refrán local de *hasta cuaren-*

(1) Ambas palabras faltan en nuestro diccionario de 1914. Estas dos últimas quizss por timidez meticulosa ante el galicismo o quizás por menosprecio al sacrosanto uso, *quem poenes*...

ta de Mayo no te aligeres el sayo y, acudiendo al almanaque espontáneo del mundo animal, no confío en el tiempo hasta que oiga chillar a los vencejos por las calles y arrullar a las tórtolas en las arboledas.

Entretanto me siento hoy en el banco preferido, abro sobre mis rodillas un tomo de mi Pascal y le recorro con mis dedos, mientras mi vista aprovecha lo que le es dable en el cuadro espléndido que se le ofrece.

Hoy no estoy para pensar en nada, o quizás, por pensar en tantas cosas, tiene mi imaginación que someterse a la férula ajena y saborear lo que le dan masticado.

«No habiendo podido los hombres evitar la muerte, la miseria ni la ignorancia, para ser felices, se han dado cuenta de que debían no pensar en ello.» Así se explica Pascal *la diversión.* «A pesar de tales miserias, quiere el hombre ser feliz y solamente feliz, y no puede dejar de quererlo. ¿Pero como lo conseguirá? Sería necesario para bien proceder, que se hiciera inmortal: mas no pudiendo, se ha decidido a no pensar en ello.»

«Si el hombre fuera feliz, lo sería tanto más cuanto menos divertido estuviera, como los santos y como Dios. Sí: ¿pero no es ser feliz el poder divertirse por las distracciones? Nó, porque vienen de otra parte y de fuera de él y así son dependientes y, por lo tanto, sujetas a ser perturbadas por mil accidentes que constituyen aflicciones inevitables.»

Según estos pensamientos del gran jansenista, instintivamente buscamos el goce, o por lo menos el bienestar, saliendo de nosotros mismos. Si a ésto unimos la sensación innegable de supremo placer que experimentamos con el sueño, al cual aspiramos como consuelo

de la tristeza, descanso de la diversión, alivio del hastío, remedio del dolor y recompensa del trabajo; si bien pensamos en todo lo que hacemos para procurarnos este sueño, que es, después de todo, anulación de la vida, tendremos que convenir, sin amargura ni escepticismo, en que nuestra vida toda, así en su aspecto racional, como en el material y fisiológico, nos advierte que *lo mejor de la existencia es no vivir, es alejarse de la realidad; es, pues, la muerte;* y sin embargo, el instinto hace que nos agarremos a la vida, y el pensamiento nos lleva al ideal de la inmortalidad.

¿Cuál puede ser la explicación de esta lucha? Nadie lo sabe ni el mismo Pascal intenta explicarlo... La observación, el estudio ¿son remedios? Ambos nos alejan de nuestra realidad interior por su objeto; y su objeto es, en la primera, saber, sin darse cuenta de que se aprende; el segundo, esforzándose por aprender para llegar a saber... ¿para qué saber si el aprender es luchar, y sepamos poco o mucho al fin hemos de morir?

¿No tendrá explicación este instinto que nos arrastra fuera de nosotros hacia la diversión, o hacia el estudio?

Los místicos, los ascetas mismos, llenan su soledad con la invocación de Dios, con su contemplación que les aleja de la propia realidad, es decir, con una *diversión*, en el sentido más riguroso y etimológico de la palabra... (*di-vertir*, derramar, verter o volver afuera; *distraer*, arrastrar o llevar fuera.)

Cuando observo, cuando percibo una sensación por cualquiera de mis sentidos, dicen los pensadores que aumento el tesoro y el acervo de mi ser consciente, y lo que hago, por lo visto, es apartarle de su propia rea-

lidad, para difundirle por la realidad externa que no poseo. Por el estudio, quiero que este «*no poseer*» actual, se convierta en «*poseer*» en lo futuro; pero de todas maneras la observación y el estudio son alejamiento de mi ser efectivo, son *diversión*. Seguiré, pues, aspirando aromas, mirando flores y mariposas, criaturas bellas, oyendo cantos de pájaros y leyendo versos, pensamientos y máximas, y recreándome en la contemplación del esfuerzo constante de los investigadores de una verdad que a todos se nos escapa.

La voluntad tiene innegable imperio para resolver en estos asuntos, llamando e imponiendo la distracción al abatimiento, a la melancolía y a la desesperanza. No siempre es eficaz el remedio; pero como para mí lo ha sido muchas veces, hoy quiero no pensar más en estas cosas, cierro mi Pascal y dejo a la *loca de la casa* que mariposée a su placer, por el campo de fuera y el de dentro.

Este *campo de dentro* lo poseemos todos; es una realización inconsciente del *colectivismo espiritual o psíquico;* aunque no libre de impuestos y gabelas cobradas por el tirano vulgo, siempre es nuestro, y los ciegos le poseen y le disfrutan más que los videntes, porque le frecuentan más y con mayor provecho si antes de ser ciegos han visto, y pueden, por tanto, llevar a su *campo interior*, los recuerdos de las imágenes que poblaban el *exterior* en que se recreó su atención.

Insisto en que hoy no estoy para pensar ordenadamente en nada; saco, pues, de mi bolsillo mi cuadernito de impresiones anteriores y leo:

Dice Cherbouliez que «los hombres razonadores no

siempre son los más razonables». Este pensamiento puede completarse diciendo: que razonar representa una actividad; ser razonable, es una facultad, una potencia, una disposición.

«Los tontos hallan muy fácil el vivir, porque al nacer se encuentran ya con la rutina... ¡Las águilas son malas andadoras!» Dice verdad el novelista parisino; pero añado yo, que muchas veces he visto picotear a las águilas caudales, en el estiércol escarbado por las gallinas.

No despreciéis lo cómico; pues lo cómico es el rocío de la vida. La sequedad es la representación del agotamiento y del hastío.

Debe tener cuidado y no envanecerse aquél a quien todos y todo sonríe en la vida, pues entre la sonrisa y la carcajada sólo hay cuestión de grado, y aun la carcajada hace a veces saltar lágrimas.

Eso de que todos los hombres somos iguales, es una frase vacía de exactitud, producto de una artificiosidad mística, y de otra no menos vacía artificiosidad romántico-democrática. Lo que debe decirse es que, intelectual y moralmente, todos los hombres pueden y son aptos para ser iguales; la responsabilidad de que la mayoría no llegue al nivel de semejanza, debe imputarse a las clases que por herencia, por azar o por mérito propio, poseen la dirección y gobernación de los estados o influyen en la Sociedad.

Sucede con la memoria como potencia del alma, lo que con el olfato como sentido del cuerpo; proporciona más impresiones desagradables que agradables. La pér-

dida de memoria es una felicidad, desde cierta edad de la vida; pues los recuerdos, cuando presentan cosas agradables pasadas, producen melancolía, y cuando rememoran cosas tristes, renuevan el dolor, convierten la cicatriz en llaga.

Te estima más quien te advierte que quien te adula; pues aquél confía en tu prudencia y éste en tu necedad.

El río quiere ser nube y lo es para volver á ser río.

Cuando la sangre azul del noble busca alianza y se mezcla con la sangre amarilla del oro, no es infrecuente, ni extraño, que resulten hijos de sangre verde.

La ambición es el apetito del genio; la codicia es la lascivia de las medianías y de los impotentes.

Las frases deslumbradoras de la oratoria, tratando de hacer pasar por buenos, argumentos falsos, son como esas luces eléctricas giratorias que, en los escaparates de los mercaderes de baratijas, tratan de arrancar destellos de piedras finas a humildes culos de vaso.

El dinero tiene entre sus efectos un poder intrínseco singular. Parecido a la esponja de platino obra por acción de presencia, sin dar ni perder nada. Conozco muchos ricos que todo el mundo sabe que son incapaces de dar ni de gastar una peseta, y solamente por su reputación de ricos son influyentes y poderosos, tienen adoradores y esclavos.

Si llevas una mancha de huevo en tu pechera, no esperes que nadie haga elogios de la elegancia del resto de tu traje, de lo irreprochable de su corte, ni de la cali-

dad y riqueza de sus telas. Aplica ésto a tu exterior moral.

Un hombre de talento puede no encontrar o no buscar ocasión para demostrar que le tiene; pero un tonto siempre halla ocasión y modo propicio para demostrar que lo es.

Hay muchas personas que confunden la idea de la trasera con la del pescante; ven marchar el carro de una iniciativa, se cuelgan detrás de él, y cuando llega a su destino suponen que le han guiado.

La mitad del éxito en la lucha por la vida consiste en que el joven economista calcule bien sus gastos en relación con sus medios. Decía un padre a un hijo: «Cuida en la juventud de las monedas de cobre, que los billetes de Banco cuidarán de ti en la vejez».

Un hombre confiesa con cierta facilidad que es menos rico o menos fuerte que otro; puede llegar a reconocer que es menos gallardo; pero persuadirle a tenerse por menos inteligente..., pocas veces se logra; y, sin embargo, es lo que más veces ocurre.

El alud del éxito improvisado marcha en alas del engreimiento por el fácil declive de la ajena tolerancia, y, empujado por la loca inercia, lo arrasa y aplasta todo; pero, dejadle: pues lo que él estima como marcha y triunfo, es segura caída; y ya tropezará con la llanura equitativa e indiferente, en donde toda avalancha se desmenuza en proporción con el estrépito de su bajada.

«Quisiera que mis pensamientos, dice Tagore, volvieran a ti cuando yo me haya ido, como queda el re-

fulgor de sol poniente en las orillas de ese cielo delicioso estrellado.» ¡Qué hermoso pensamiento! ¡Cuántas veces el recuerdo del sér querido y muerto nos produce una impresión análoga al rojo resplandor gradualmente atenuado, que alumbra las reminiscencias del ocaso! ¿Verdad, madre mía?; ¿verdad, hijo mío?; ¿verdad, amada mía?; ¿verdad, amigos míos?

¿Cuál podía ser mi epitafio? «Amó todo: la Naturaleza, el Arte, la Ciencia, la Humanidad. Echad una flor sobre su tumba; no apartéis a los pajarillos que canten cerca de ella, y pedid a vuestros niños que recen por él.» Y estoy viendo que al pasar y leerlo, un joven de los de ahora diría: «Vamos, fué un cursi.»

Lo que resulta más hermoso y más conmovedor en el amor recordado, no son los grandes momentos ni las exaltaciones pasionales, sino las niñerías delicadas, los detalles tiernos, las sabrosas fruslerías, porque eso es lo que compenetra las almas.

Como las ruedas dentadas, los corazones se identifican tanto más cuanto más menudos son los dientecitos por los que se engranan.

«¡Qué entusiasmo produce lo nuevo en los espíritus vulgares!; ¡ved cómo se regocijan los aldeanos ante el espectáculo de una pirotecnia y qué pocas veces miran al cielo estrellado! ¡Qué regocijo le producirá al gusano de luz el saber que la ciencia afirma que, algún día, se apagarán las estrellas!», dice Tagore. Pero eso será si el gusano es español, digo yo.

Yo no comparo el gusano de luz a una estrella fija; pero sí le estimo más que a una luna, porque al fin su luz es propia.

La espuma blanca y chispeante en el saltar de las cascadas, es tímida orla de tristezas en el remanso del lago.

Así sucede con los entusiasmos juveniles. ¿Quién se acuerda de los fulgores irisados, cuando se rompen sus últimas burbujas en la vejez?

¡Qué fácilmente se borra por sí misma la raya hecha en un líquido! La rasgadura de un lienzo o la cortadura de un leño, al fin se compone o disimula; pero la hendidura del cristal duro y transparente, cuanto más se quiere remediar, más claramente se acusa y más persevera sin arreglo.

En el festín de las ideas nuevas es de mal gusto presentarse con las ropas empolvadas por el contacto de las cosas viejas: hay que respetar a cada sociedad su indumentaria propia; no yendo tampoco de frac y guante blanco a escarbar en las ruinas, o a quitar telarañas en los archivos.

No hay tarea más antipática que la en que se esfuerzan las gentes maduras y los viejos que entristecen a la juventud con sus advertencias, profecías y prohibiciones. ¡Cualquiera creería que a los que las emplean les hubieran servido de algo las que a ellos les repitieron!

¿No es una petulancia de niños el suponer que las suyas van a ser más eficaces?

No hay viejo alegre cuando está a solas y, sin embargo, los viejos aman la soledad. Esto es una forma instintiva del amor a la verdad, como es inconsciente la tendencia de los cuerpos por llegar al centro de la tierra, que nunca alcanzarán tropezando con la superficie.

La abeja toma de la flor los elementos para hacer su miel, pero no la infecta ni la destruye. Las mariposas y otros insectos depositan en la flor los huevecillos que después destruirán el fruto. La obra del trabajo altruista nunca daña ni ofende; la obra anhelante de la generación, siempre es dañosa para los demás, buscando en su egoísmo la complicidad ajena.

Los poetas y por extensión los oradores de alto vuelo son como los microscopios; amplifican y engrandecen las cosas haciendo de una pulga un elefante, pero claro está, que a nadie le hacen creer que el elefante cabe dentro del microscopio.

¿Quién piensa, al admirar el cuadro de las lanzas, en las groserías de la trama de lienzo en que está pintado? ¿Quién ve en el encaje realzado de filigranas del ventanal gótico, la tosquedad de la piedra de donde salió? ¡Oh, Arte creador, tú eres lo único que justifica el decir que el hombre es imagen y semejanza de Dios!

Es evidente que el cielo azul no se encuentra siempre a la misma distancia de nosotros. Hay días en que la insignificancia de su gris azulado parece darle el carácter de un techo de casa particular; pero hay otros en que la intensidad de su azul obscuro, parece llamarnos a unas honduras lejanas, en que nos invita a la evaporación del espíritu.

En las noches es esto todavía más cierto; en algunas de ellas parece que los astros son lámparas domésticas; en otras son faros de infinita lejanía. El misterio es base de todas las grandezas.

En materia de amor, creedlo todo y dudad de todo;

pero particularmente creed todas las extravagancias y dudad de todas las firmezas.

La solución más feliz de una relación amorosa es la de verse reemplazado. Todo otro desenlace produce en el resto de nuestra vida, tristeza si amábamos de veras; remordimiento, si éramos amados á pesar nuestro; embarazos materiales y pecuniarios, si éramos objeto de un cálculo. La traición, en vez de víctimas, nos constituye, pues, en árbitros.

Gozad discretamente de la juventud, pero gozad de ella. ¡Ah!, si la rosa pudiese retener el perfume que exhaló a las primeras horas de abrirse; si el ave pudiera sostener las notas de su primer canto; si la antorcha diera siempre luz sin consumirse; si el amor lograra hacer cristalizar la primera mirada que se cruzó entre dos seres al comprenderse... ¡Pero la flor se marchita, el ave enmudece, la antorcha se consume, el amor se hastía! ¡Gozad del perfume, de la armonía, de la luz, del amor, que para eso habéis venido al mundo y no para ser viejos y para llorar sobre las flores marchitas, las luces apagadas y los amores desvanecidos!



PASEO IV

El Salón del Prado.—Lo cursi.

«Tanto vestido blanco,
Tanta farola,
Y el puchero a la lumbre
Con agua sola.»

«Papeles son papeles,
Cartas son cartas,
Palabras de los hombres
Todas son falsas.»

Cantos infantiles.

Hoy he paseado al sol a lo largo del tradicional y madrileñísimo Salón del Prado. Este paseo, protegido de los vientos, en estos días dudosos de invierno fugitivo y de primavera no confirmada, encuentra en ellos la explicación de la idea que debió regir para su construcción.

Hoy el Salón del Prado ha perdido completamente todo su carácter con los jardinillos que en él plantó mi amigo el Sr. Marqués de Lema, y los arbustos, palmeras y pequeños cedros que le dan ya carácter de jardín y le quitan el de amplia explanada que se destinaba

antes a los juegos de corro, al esparcimiento de la clase media y del pueblo, a las paradas militares y a las fiestas del Carnaval.

Allá por los años del 58 al 65 del pasado siglo, que es la época a que voy a referirme, consistía el tal Salón en una vasta superficie, limitada, por un lado de Norte a Sur, o sea de Recoletos a Neptuno, por uno de sus lados mayores, por lo que se llamaba el *paseo de Coches;* y por el otro, por una calle abierta en toda su longitud, en la que limitaban el lado fronterizo el palacio de Sexto o de Alcañices, esquina a la calle de Alcalá, la modesta iglesia de San Fermín del Prado, el palacio de Retortillo, y el de Vista Hermosa esquina a la plaza de las Cortes o Carrera de San Jerónimo, haciendo frente al enorme caserón señorial de Medinaceli, en cuyo solar hoy se alza el Hotel Palace y que ocupaba hasta la esquina de la calle de San Agustín.

El cuadrilátero constitutivo del Salón tenía su confín con el paseo de Coches marcado por una gruesa barra de bronce, de la que aún existen hoy trozos bastante largos, y a la otra avenida de los Coches estaba el llamado paseo del Dos de Mayo, obscuro, poco frecuentado y teatro de aventuras nada edificantes al decir de los que por él se aventuraban. En este paseo se veía por la parte de Neptuno la rampa de un cuartel de Artillería, que marcaba la subida al Retiro y luego la elegante verja *rococó* (1) de los jardines del palacio del

(1) Esta verja característica y elegante cierra hoy los jardines de la Escuela de Veterinaria en la calle de Embajadores. Siendo yo ministro de Instrucción Pública acababan de derribarla, cuando se presentó a mí una Comisión del Patronato del Museo del Prado en solicitud de que reclamara la verja susodicha de estilo Luis XV para guarecer

infante D. Francisco, que luego se llamaron del Buen Retiro y que daba la vuelta a la calle de Alcalá. En ellos se edificó después el pretencioso e inadecuado inmueble que hoy se llama Casa de Correos o Nuestra Señora de las Comunicaciones.

La parte verdaderamente característica del salón, se encontraba dividida imaginariamente, respetando la división por el uso y consagrándola por una fila de sillas, en tres avenidas: la primera llamada paseo de París, corría a lo largo de la barra limitadora del de Coches; era el sitio predilecto de la sociedad elegante, o que tenía pretensiones de tal, y estaba alumbrada por una serie de faroles de gas que al propio tiempo servían de postes a la barra, que se encontraban numerados y eran meta o señal para las citas de las pequeñas tertulias que, en las noches del verano, se sentaban bajo ellos conversando, viendo circular los abiertos carruajes en que las personas acomodadas que permanecían en Madrid tomaban el fresco, y siendo el genuino mentidero de políticos, literatos y gentes a la moda.

los jardines del gran tesoro nacional de nuestra Pinacoteca. Alarmado ante la posibilidad de que el severo edificio greco-romano se diera de bofetadas con el *rococó* circundante, me negué en redondo y me apresuré a acceder a la simultánea pretensión de la Escuela de Veterinaria, temeroso de que otro autorizara el anacronismo. Pero no siempre bastan las resistencias en nombre de la estética: después de mi salida he visto transformada la bella columnata jónica que corre paralela al Prado y que dejaba ver sobre un fondo rojo pompeyano algunas características esculturas, en un acuarium tan antiestético como antipático e innecesario, gracias a las vidrieras costosas y feas que cuidadosamente cierran los intercolumnios. Me dicen que existen huellas y aun dibujos demostrativos de que en época anterior se pretendió hacer lo mismo. Lo dudo... y si es cierto, lo deploro.

La avenida central no marcada más que por otra fila de sillas, era el paseo predilecto de comerciantes, empleados modestos, señoras de mediana posición, pero conocidas y respetadas por sus buenas costumbres. Por último, el tercer paseo, pegado al anterior, era el teatro de goce y bullicio de la tropa infantil, cuyo elemento femenino cantaba en alegres corros ante sus niñeras (1).

(1) Muchos de estos cantares han quedado en mi memoria, y al refunfuñarlos me han hecho pensar acerca de cuál pudiera ser su origen. Habíalos de notoria insignificancia como el del: «*Al alimón*» que luego ha dado nombre a una suerte del toreo; el del «*San Serení, de la buena, buena vida*» que coincide con algunos compases de *La Marcha de las Bodas* de Lohengrin. Eran otros epigramáticos como aquél de:

«Tanto vestido blanco,
Tanta farola,
Y el puchero a la lumbre
Con agua sola.»

o aquél otro de:

«Fuera burros, fuera burros,
Que aquí no se vende paja...»

con el que las niñas hipocritillas de aquel tiempo fingían que les molestaba que las contempláramos los infantes sus coetáneos.

Había algunos evidentemente importados por las nodrizas montañesas, asturianas o leonesas, que eran repetidos por sus *crianzas* sin saber lo que significar pudieran. A este número pertenecía aquél tan poético de:

«Con los tus manteos
La mi anguarina
Y por cabecera
La tu mantellina,
Vamos a la sombra
De una verde oliva
Y allí dormiremos,
Sí, prenda querida.»

amas secas o mamás modestas, mientras que los muchachos jugábamos al marro, al paso, al toro y a otros *sports* que constituían nuestro encanto, como hoy le constituye el idealismo de la patada y de la coz que, con el nombre de *foot ball*, nos han regalado nuestros espirituales amigos los ingleses.

En este escenario se desarrollaban los más o menos inocentes esparcimientos nocturnos de la sociedad madrileña, desde el día del Corpus al comienzo del otoño. Allí, en el farol núm. 12, continuaba mi familia su modesta reunión de las noches, acompañada de los amigos muy poco numerosos que en el invierno jugaban al tresillo, y hacían o deshacían música en nuestra modesta vivienda de la plaza del Progreso.

Generalmente marcaba el cambio de la tertulia invernal por la celebrada a cielo abierto, una jira de campo que se costeaba con la recaudación de un tanto por ciento, impuesto durante los nueve meses del frío sobre las *puestas* y *codillos* del entretenido juego. El día de esta jira pasado en los Viveros, en la Pradera del Canal o en los nuevos jardines del Lozoya, representaba para mí y para mis hermanas, el colmo de la diversión y de la felicidad.

Volvamos al Prado. Hoy me viene a la memoria aquel paseo como si a la vista le tuviera. Aún me parece oír a mi padre cuando, señalándome a un señor delgadito, pulcro y sonriente, de rizada canosa cabellera, muchas veces al descubierto por llevar en la mano a

No hablo del Mambrú ni de otros romances caballerescos, sobre los cuales han disertado plumas doctas, y que han sido reemplazados por insustanciales canturreos galáicos impuestos por la presunción y la hipocresía.

causa del calor su blanca chistera de castor; me parece ver su frac azul, ya anticuado, con botones dorados, y cómo el buen vejete, al pasar próximo a damas y señoritas las miraba al través de unos lentecillos cuadrados de oro, con mango, evidentes predecesores de los que hoy con tanta exactitud se llaman *impertinentes*. Aquel viejecito era Martínez de la Rosa; después supe que a él se debía en gran parte la institución del Sistema Constitucional en España, la del *Estamento de Próceres*, germen de los futuros Parlamentos, y sobre todo versos que ya yo iba aprendiendo de memoria, especialmente en aquellas tiradas del Edipo, que aseguraban mis padres que yo recitaba con precoz y atinada entonación:

.... ya pisaba
Del panteón el último recinto:
El silencio, el pavor, la luz escasa
De las antorchas fúnebres y el viento
Que en las oscuras bóvedas zumbaba... etc.

¿Pero adónde voy a parar? Dejaré al simpático Martínez de la Rosa, para recordar cómo por el mismo paseo veíamos todas las noches al general Narváez, con su mal disimulada peluca negra y sus medias patillitas hasta la mitad del carrillo. Iba siempre muy acompañado de amigos políticos, cosa que después me he explicado por conocer el *satelitismo*, como yo le llamo, que debe hacer aburridísima la vida de los prohombres, siempre rodeados de los que bajo una burda capa de lealtad afectuosa, encubren malamente la codicia y el pordioseo. ¡Qué asco ahora y qué asco debían sentir entonces los indiscutibles árbitros de la política española

De este grupo de Narváez formaba casi siempre parte su ayudante el coronel D. Pedro de la Bárbara, amigo y vecino nuestro, quien alguna vez me llamó al pasar y saludarle, recibiendo su caricia al tiempo que la del *espadón* (1), no sin cierto estremecimiento mío, por representarme las cosas que del Herodes de la Mancha había oído contar.

D. Ramón, el héroe de Loja, el verdugo de la Mancha o el Napoleón español, como alternativamente le llamaban enemigos y partidarios, era entonces el incondicionado amo de España; no es, pues, de extrañar que tuviese cada noche más satélites que Saturno y algunos más que Marte, Venus y todos los grandes planetas juntos.

Entre estos concurrentes habituales del paseo de París, debo no olvidar a otros que por él circulaban constituyendo, ó creyendo constituir, un deleite íntimo del mismo, tales eran: los cobradores de las sillas, las aguadoras ambulantes, las ramilleteras, los saboyanos del arpa y los barquilleros.

Las sillas de anea y madera muy ligera y rústica en un principio, hijas probablemente de las que sirvieron de tribuna a Camilo Desmoulins, fueron después sustituídas por las de hierro, cuyo modelo se ha generalizado a todos los países europeos, habiendo venido a Madrid, yo no sé de dónde. El vigilante que las custodiaba conocía, a poco de comenzar el verano, a los concurrentes de cada tertulia y acababa por llamarles por sus

(1) Empleo la palabra *espadón*, como entonces la empleaban los enemigos de Narváez en el sentido metonímico de hombre de grande espada; nunca en la otra acepción que de antiguo viene, que el diccionario consigna y que no creo que pudiera aplicarse a Don Ramón.

nombres, darles recados que los unos dejaban para los otros, y preparar el número y la colocación de las sillas de cada tertulia, segun sabía que eran del gusto de los parroquianos.

Las aguadoras ambulantes eran lo más simpático en el género de los *funcionarios* del paseo. Por lo general eran mujeres de alguna edad, de tipo marcadamente madrileño, maneras resueltas y agradable comportamiento; vestían trajes sencillos de percal con blanquísimos delantales y manguitos que subían de la muñeca al codo; llevaban airosamente un enorme botijo, cerrado en sus dos aberturas por tapadera de hojalata con remate dorado y sostenido en su estrecha base por una caja de tambor sin parches, que aseguraba su equilibrio cuando en tierra le dejaban. De ordinario llevaban su *ánfora* de Andújar apoyada en la cintura con cierto garbo y viveza de *danaides*, ansiosas esta vez de vaciar su cántaro con más fruto que las hijas de Danao. En la mano izquierda llevaban las aguadoras, todo un vasar de zinc o de hojalata en el que junto a los cuatro clásicos huecos para los vasos, encerraban en cajoncitos o en hendiduras verticales dos o tres platos, una botella de aguardiente anisado, algunos merengues y varios blancos y exquisitos azucarillos.

Circulaban estas vendedoras de tertulia en tertulia, cantando su monótono y rítmico pregón de: «¡Agua, merengues y azucarillos!; ¡Agua!» o de «¡Agua fresquita de la fuente del Berro!». Debían aquellas honradas mujeres hacer honestamente algún negocio, pero luego fueron, sin duda por ley de progreso, sustituídas por una hilera de cajones permanentes colocados a lo largo del opuesto paseo de los niños y paralelos a otra serie de

columnas *vespasianas* en número de diez o doce. En los tales aguaduchos con mayor comodidad (a lo menos para las vendedoras) se expendían las mismas bebidas, algunos más licores y no sé si algunas otras cosas menos dignas de honesta descripción.

Las aguadoras ambulantes evocan en mí un recuerdo episódico, que no tengo la pretensión de que ofrezca ningún interés: era habitual asistente al *paseo de París* un hombre de marcado aspecto y acento extranjero, descuidado en el vestir y afectuoso en sus ademanes y saludos, que á todo el mundo prodigaba. Apenas llegado cada noche a aquél sitio, compraba a una ramilletera un manojo de flores, especialmente de dalias, que iba ofreciendo a algunas señoritas y señoras sin duda de su preferencia, acompañando con un respetuoso sombrerazo el ofrecimiento, no siempre aceptado y aun a veces rechazado con grosería y con intervención de algún que otro caballerete, que tomaba como ofensa el inocente obsequio hecho a su dama. A poco rato de *deambular* entre caballeros y señoras, sentábase el buen *franchute* en una silla aislada de todas las demás, y pronto acudía su habitual aguadora, a quien él ordenaba que vertiese debajo de su asiento cuatro o seis grandes vasos de agua que pagaba en el acto.

Madrid tiene sin duda alguna miel (como familiarmente se dice) para los tipos extravagantes o cómicamente característicos: cuando le falta el *franchute* de las flores, siempre tiene un Tomás Primero, *un hombre del sombrero de paja*, los hermanos del Perdón o un Garibaldi. El tipo que hoy me ocupa debía, sin duda alguna, ser un pobre vesánico, probablemente expulsado de su país por sus anómalos comportamientos. Algunos años des-

pués, cuando yo estudiaba ya Medicina, le veíamos los escolares al mediodía sentado en un velador del café de Zaragoza, situado hasta hace poco en la Plaza de Antón Martín esquina a la calle del León, y que fué durante el período revolucionario punto de reunión de los más acalorados vecinos de Antón Martín. Veíamos, digo, al *franchute* del Prado, con una ponchera delante y una tetera al lado, y nuestra curiosidad hacía que le observásemos cómo sacaba del bolsillo de su levita una larga vela de sebo, que deshacía en el té caliente que iba vertiendo en la ponchera, tomando después de azucararlo el nauseabundo brebaje. El mozo que le servía nos aseguró que aquello constituía su habitual almuerzo.

Volvamos al Prado: de las ramilleteras, nada digo: eran como han sido siempre, aunque menos presumidas y, a lo que a mí entonces me parecía, mujeres honestas. Pero los más característicos de los que negociaban en el paseo eran los niños saboyanos, desastradamente vestidos con pantalones, sin duda heredados de más *altos* antecesores, llenos de flecos y llevando aún muestras y reliquias del barro de su lejana patria. La mayor parte de ellos llevaba un arpa, desproporcionadamente grande para la exigua estatura del músico, y otros rascaban violines, acompañando la ejecución de sus piezas musicales con cantos en italiano o en chapurrado español. Sin previo aviso, ni demanda de permiso, plantaban sus arpas enmedio o en la proximidad de los corros, y comenzaban con el entonces popular himno de Garibaldi o con picarescas canciones de: «Se vol baìlare la polka mazurca».

Estos niños errantes, peregrinos del hambre, frutos

del desamparo, me han producido siempre una gran pena. En la época a que me refiero me divertían y no dejaba yo con mis camaradas de burlarme de ellos, con ademanes grotescos e imitándoles con cantos incongruentes, como el de: «De le mone, chicuchí» y otras lindezas que nada significaban, y que aquellos infelices oían con resignación y aun con sonrisa forzada.

Pensar hoy en lo que significaba, por aquel entonces, la venida desde Chamounix o Saint Maurice, de aquellos adolescentes, a pie, agobiados con sus pesados instrumentos y sin más viático que su arte de implorar la caridad, es cosa que produce hoy verdadero escalofrío, pero que al propio tiempo significa el espíritu emprendedor de los hijos de ciertas regiones.

A este propósito, vaya de historia para hacer ver que no son tan solo los niños italianos los que animosamente emigran en busca del pan y deseosos de producir comodidad o deleite a las gentes de otros pueblos. Eusebio Blasco, el más moderno de los modernos *reporters*, refiere en una crónica, que leí hace muchos años, cuando Blasco residía en París, que un día, en los Campos Elíseos, vió sentado en un banco un muchacho con blusa de percal, boína española y alpargatas, descansando junto a un cajón de barquillero; acercóse a él, le interrogó en nuestra lengua y el muchacho, con notable desparpajo, le contó que había ido allí a pie desde un pueblo de la provincia de Santander; que por las noches, fabricaba él mismo su mercancía, que por las tardes vendía a los niños parisinos que la estimaban mucho y a quienes apasionaban los azares de la rueda. Dejo a la responsabilidad de Blasco la veracidad del relato, que entonces tuve por dudoso, pero que hoy tengo por cier-

to, asimilándole a un suceso que yo mismo presencié y en el que intervine.

En el peristilo de la iglesia de la Magdalena, en la explanada superior de la monumental escalera, esperaba yo un domingo acompañado de mi amigo el sevillano D. José María Arroyo a su familia, que había quedado después de la misa en el templo; junto a nosotros llamaron mi atención dos chicuelos, pobremente vestidos, a lo golfillo madrileño, con las características alpargatas blancas, que dejaban ver sus tobillos desprovistos de medias. Observando los chicuelos que yo les miraba y sin duda habiendo oído algunas palabras españolas cambiadas con mi amigo, se dirigieron a nosotros y alargando su mano con un manojo de cordones de cuero nos dijeron en perfecto castellano:—«Señoritos, ¿cordones para las botas? Los hay de *un sou* y de dos *sous*.— Calla, muchacho, ¿eres español? ¿Estás aquí? (Esta sí que fué pregunta española.) ¿A qué has venido? — Pus, a ganarme la vida con estos cordones. — ¿Y quién os ha traído? — Pus nosotros solitos, hemos venido pidiendo y aquí nos han dado estos cordones pa que no nos echen el guante los de la poli». Dímosles algunas monedas y comprendimos la hábil estratagema que les hacía acudir al punto seguro de encontrarse con los españoles de paso en París y de provocar su compasión.

Los barquilleros también formaban parte del público habitual del Prado, pero el sitio preferente de sus explotaciones era el paseo de los Niños, en los alrededores de la hermosa fuente de Apolo que por entonces, y no sé si por ahora, era el más bello monumento escultórico de Madrid. Alguna vez trepando por sus conchas

para beber directamente el agua en uno de sus caños, he rodado yo hasta el pilón, ganándome la correspondiente mojadura, el susto del momento y el no menor de la llegada a casa en el lastimoso estado que es de suponer.

Circulaban los barquilleros alrededor de los corros de las niñas, y por entre los grupos de chicos, principalmente por éstos en donde entablaban partidas a la española y a la inglesa, en las que algunas veces el ganancioso llegaba a reunir gran cantidad de los huecos cañutos de pasta, con los que enfilados unos en otros formaba un largo bastón que pronto desaparecía repartido entre los amiguitos o devorado por su propietario, según la cortesía o egoísmo de éste.

Con el barquillero compartían el comercio del paseo de nuestros juegos los vendedores de banderolas, molinos y banderillas, que ostentaban en enormes cestos sus mercancías, fabricadas con papeles de variados colorines. También formaban nuestra delicia las vendedoras de majuelas, frutos rojos y redondeados de espino, de sabor dulce y grueso huesecillo que, después de pelado entre nuestros dientes, era lanzado con un violento soplo a lo largo de un cañuto de espadaña de una cuarta de largo, produciendo la natural molestia y alguna vez un golpe doloroso en un ojo, que daba lugar a los correspondientes alaridos, apelación a la intervención del padre o de la sirviente, carreras del productor del desavío, y risas y burlas de los demás.

Tal era el escenario en que se desarrollaba aquélla que pudiera llamarse *feria cotidiana de las noches* del Prado.

Cuando cansado de mi *marro*, *mis justicias y ladro-*

nes y todas mis correrías por el paseo destinado a los chicos, volvía al de París en busca de mis padres para regresar a casa, me sentaba junto a ellos algunas noches, escuchando con ansiosa curiosidad las conversaciones de los mayores. Una noche, no sé por qué me ha impresionado más que otra alguna, oí que mi cuñado Bona decía viendo pasar a un presuntuoso *petit maître*, multicoloro en el vestir y exagerado en los ademanes: «¡Qué *cursi* es ese muchacho!»

Otro de los contertulios dijo entonces: «¡Hombre, la verdad es que la palabra *cursi* se va extendiendo mucho, es muy significativa y, sin embargo, la he buscado en el Diccionario y no he podido encontrarla! ¿De dónde diablos viene?»

—«¡He tenido la misma curiosidad que usted, y según me ha dicho un amigo gaditano, es en la ciudad de Hércules donde ha nacido el tal vocablo. Parece que había allí una familia en menos que modesta posición, que disimulaba su penuria con exageraciones inadecuadas en el vestir, y procuraba ganarse el afecto de todo el mundo empleando términos enfáticos, adulaciones extremadas e hipérboles en la conversación. Esta familia, cuyo apellido constituiría un anagrama de la palabra *cursi* y viceversa, daba lugar a chanzonetas y epígramas entre los jóvenes humoristas gaditanos, y de repetir el anagrama en burla, aplicándosele a los tales, vino el que en Cádiz se generalizara el adjetivo *cursi*, aplicándole a casos análogos, y desde allí lo hemos importado a casi toda España. Lo cierto es que hoy ya no se encuentra término que le pueda sustituir ni en español, ni en francés, ni en idioma alguno de los que yo conozco».

No sé si sería exacta la interpretación dada por mi pariente a aquella epigramática palabra; pero lo que sí sé es que hoy suscribo completamente a lo por él dicho, recordándolo desde mi sillón de la Academia de la Lengua.

Nuestro Diccionario ha abierto sus nada fáciles valladares al empuje persistente de la costumbre y el uso, y en ediciones posteriores a la fecha a que me vengo refiriendo, ha consagrado el gráfico calificativo en los siguientes términos: «CURSI. Adj. fam. Dícese de la persona que presume de fina y elegante sin serlo. U. t. c. s. || [2] fam. Aplícase a lo que, con apariencia de elegancia o riqueza, es ridículo y de mal gusto.»

«CURSILERÍA. f. Cosa cursi. || [2] f. Conjunto ó reunión de cursis.»

No puede negarse que nuestro *Léxico* dá una idea bastante aproximada de la verdadera significación de la palabra; pero lo que tampoco puede negarse es que ésta, con el ir y venir en el tiempo, con las acepciones del sentido figurado, y con la afición a ampliar las aplicaciones léxicas, tiene hoy una significación gramatical mucho más amplia, y otra significación filosófica ó transcendental, que me provoca a hacer algunas consideraciones: El *cursi* constituye un verdadero tipo psicológico, fisiopatológico; y conste que no hablo en sentido irónico, sino con toda la autoridad que pueden darme mi arrugada toga y mi marchita borla amarilla. Hablo en serio.

Cursi es todo sentimentalismo afectado, tiene su progenitor en el *preciosismo ridículo*, es una elegancia fingida, ansiosa de efectiva realización, es la exageración pasional infundada, la expresión rebuscada de los

afectos naturales; un bienestar fingido y aparatoso. El *cursi* y la *cursi* viven como los histéricos: preocupados, no por lo que poseen, por lo que son, por lo que piensan, saben o aman, sino por lo que en todos estos movimientos del ánimo quieren hacer creer a los demás, sin que de ordinario les vaya a ellos nada en tal engaño. Son unos seres dignos de compasión, por lo que representa de violencia su perpetua estratagema inofensiva y pueril, y raro es que se encuentre en la sociedad tipo que presente mayor blanco al ridículo del que ellos ofrecen.

Para el *cursi* fundamental y castizo, no hay momento de la vida en que él no encuentre irresistible impulso para hacer reir a los demás, aun a expensas de su propio dolor.

Ejemplos al canto:

Visitaba yo, hace muchos, muchos años, a una familia honradísima y simpática pero que, en su vestir y en sus costumbres, era víctima de aparentar un estado social que estaba muy distante de disfrutar. Las dos hijas, por cierto bellísimas, eran conocidas entre la malévola sociedad de Madrid con el nombre de marquesas de la Tostada, por no sé qué costumbre que se les atribuía al tomar en un modesto café su cena, consistente en un café con media tostada para cada dos personas. La cosa era seguramente falsa; pero para la gente pasaba como artículo de fe.

Acababa de morir la reina Mercedes y los periódicos habían hecho extensas descripciones de las escenas últimas que en Palacio se habían desarrollado con ocasión de aquella desgracia.

Una noche me llamaron apresuradamente a casa de

mis simpáticas clientes; acudí a la llamada y encontré a la buena madre que yacía en el lecho, ya muerta a consecuencia de una embolia cardíaca; el cuadro no podía ser más triste. Las hijas, creyéndola aún viva, la prodigaban inútiles remedios; el padre, más persuadido de la certeza de su desgracia, daba al pie de la cama muestras de un sombrío y reconcentrado dolor. Cuando yo comprendí lo inútil de todos nuestros esfuerzos, quise sacar de la alcoba a aquellas pobres niñas, cuando, irguiéndose la mayor me dijo: «No, doctor, no, la familia Real ha permanecido junto al lecho de doña Mercedes hasta el último momento; debemos imitar a nuestro Rey».

¿Puede darse nada más trágicamente cómico?

Otro caso análogo:

Acababa de perder uno de mis amigos al hijo que más amaba; encontró en la calle a un pobre señor muy exagerado en la expresión de sus afectos y rebuscado en el decir, quien abriendo los brazos le dijo con ademán épico: «¡Qué hecatombe, amigo mío, qué hecatombe!»

¿Qué creería que era hecatombe aquel buen señor? Yo que presenciaba la escena, no podía menos de sonreir ante la comparación de la muerte de un hijo con el sacrificio de cien bueyes, que es lo que yo tenía aprendido que significaba la tal palabra.

Cuánto más me hubieran conmovido, en el primer caso, la reciente huérfana, diciendo con naturalidad: «no, doctor, no me quiero separar de mi madre, hasta que se la lleven de mi casa»; y en el segundo, el retórico amigo diciendo al otro «¡qué gran desgracia, pobre amigo mío!» Pero lo *cursi,* al expulsar lo natural no

lo deja volver, a pesar de la sentencia conocida d *Boileau.*

Hasta aquí lo *cursi* cómico. Veamos ahora lo *curs* transcendental y serio. Aparentar, fingir; cosas son qu en la elegancia y aun en el sentimiento *banal,* importa poco; pero aparentar, fingir en ciencia, en arte, en polí tica ya son cosas más transcendentales y dignas de re flexión.

He pensado antes que por lo general el *cursi* es un ridículo gratuito, a quien ni a sí propio le viene benefi cio alguno de su pueril ficción; pero en los otros órde nes de la vida el *cursi* es un animal dañino, cuya apa rente inocencia merece ser descubierta y cruelment castigada.

Muy prolijas, y ciertamente para los demás pesadas, son las reflexiones a que me encuentro hoy arrastrado saliendo de la inocente descripción de este Salón de Prado, a pensamientos que forman una serie fija desde hace mucho tiempo en mi imaginación.

Teniendo el concepto que yo tengo, y que antes he dicho de la palabra *cursi* como representativa, quizás de una enfermedad orgánica, hermana menor del histeris mo, quizás de un vicio social hijo precoz de la vanidad y el engreimiento, teniendo, decía, estas ideas, no es de extrañar que atribuya muchas, y a veces fatales conse cuencias, a la generalización de esta infección nacional que, yendo de la mano con su hermanita mayor la envi dia, es causa del desastroso estado político, científico, moral en que vamos cayendo.

Dadle a un político *cursi* (y son legión) motivo para que demuestre ser hombre de ideas extremadas en cualquier sentido, y él, sin base, substancia, ni con

vencimiento para ello, impregnará sus discursos y sus escritos y pondrá en sus actos un espíritu y un propósito que del todo le faltan, y que no ha cuidado de adquirir ni robustecer, ni en sus estudios, ni en la experiencia de la vida, ni en la sensata y serena discreción que debieran informar sus actos.

¡Aparentar que se sabe y que se cree, aparentarlo rápidamente, para llegar pronto! Tal es el programa íntimo, consciente o inconsciente, que sirve de impulsor a todas sus acciones, y que explica al buen observador el malogro de muchos talentos que pudieron ser útiles y gloriosos para su Patria, si no se hubiesen visto acuciados a las improvisaciones arrivistas, con las facilidades del aparentar y las exageraciones del persuadir.

Poned a un abogado o a un médico *cursi* (y son muchedumbre) en el caso de necesitar persuadir a su público de que son modernistas, reformadores, sabios por la gracia de Dios e inspirados por un Espíritu Santo, que ellos no han procurado atraer por su labor despaciosa y ordenada, y ellos, en caso tal, excitarán sus propias manifestaciones, se envolverán en sus hilos mal tramados, y acabarán por producir en público y clientes un falso concepto, no ya respecto a ellos mismos, que eso poco importaría, sino a la Ciencia y al Arte en general, y en particular a la de su Patria.

Individuo conozco que porque una vez hizo un viaje de tres semanas, durante las cuales gracias a las facilidades proporcionadas por el inmortal Cook se paseó por Francia, Bélgica, Alemania, Austria, Suiza e Italia, se creyó, llegada la guerra europea, obligado a demostrarse ferviente germanófilo; porque, como él decía: «*Durante mi estancia en Alemania*»... «*durante mi perma-*

nencia en Austria»... mi amigo el profesor tal»... «el artista mengano me decía en Roma», etc.

¿No es verdad, lector, que el caso no es raro, y que generalizándose y procurando demostrar la veracidad de sus convencimientos, constituye un ejemplar verdaderamente peligroso?

PASEO V

Figuras y figurones revolucionarios.

Multa renascentur...

Horvcio.

... 10 de Abril de 1865.
19 de Noviembre de 1885.
15 de Noviembre de 1922...

En estos días de motines estudiantiles, nacidos por el natural hervor de la sangre juvenil, ante lo que ella estima como abuso, atropello y peligro nacional, ante estos movimientos agravados por la más torpe de las gestiones ministeriales que ha conocido nuestra Historia contemporánea, es bien natural que acudan a mi memoria sucesos de otros tiempos, análogos a los actuales, y con ellos figuras de hombres de todas tallas y magnitudes, pero cada una de las cuales, aun la más cómica y enana, me parece hoy respetable y gigantesca, comparada con los hombres en cuyas manos nos ha colocado la fatalidad histórica.

Ya en otra ocasión he hablado de cómo González Bravo y Narváez abordaban el problema de las huelgas

y las protestas estudiantiles; pero, ¿quién iba a decirme que, cuando los cajistas componían aquellas líneas en que refería yo tales sucesos, pasados cincuenta y cinco años se estaba en la calle de Atocha renovando la escena, con iguales procedimientos por parte de la juventud bulliciosa, pero con medios de represión infinitamente más bárbaros, arbitrarios y deshonrosos que los empleados en 1867, por los que entonces llamábamos déspotas y sanguinarios?

Y, sin embargo, por inverosímiles que parezcan, así han pasado las cosas. Un Gobierno de 1922 se ha encontrado ante un problema igual al en que se encontró Narváez en 1867; éste, como en otro lugar he referido, detuvo a quince o veinte estudiantes, los encerró en Prisiones Militares durante los días de Carnaval, los sometió, siquiera en apariencia, a un Consejo Universitario y los puso en libertad cuando las fiestas de antruejo hubieron pasado. Hoy hemos progresado más. Los estudiantes unen su voz de protesta a otras muchas que piden una reivindicación ante un desastre, tan hondo en la vida material como en la honra de nuestro país; expresión primera de estas reivindicaciones había de ser, a su juicio, la disolución de ciertas Juntas; ésto era lo que en primer término hacía vociferar a los escolares, y sostenía su actitud levantisca; pues bien, un señor presidente del Consejo de Ministros de 1922, llevando en su bolsillo la solución de este primer punto que debía leer ante las Cortes, a las tres de la tarde, consiente que a la misma hora se esté provocando a la irritación pundonorosa del motín y enseñando, con amenazas de policías rusos del último Imperio, palos e instrumentos, hasta ahora no empleados en España más que contra los

perros, y en tiempos deesclavitud antillana, contra los negros cimarrones; y, por no menoscabar el efecto teatral de su efímero triunfo, permite que se hiera y atropelle a la juventud por una taifa de polizontes, que resultan más deshonrados después de su dudosa victoria, de lo que habitualmente lo están, por el empleo en que se les utiliza y por la torpeza con que lo ejercen.

Que ha habido heridos graves; que se ha perseguido dentro de los edificios docentes y hasta de las casas particulares a los estudiantes y se les ha apaleado, mientras que aparecía el Gobierno que ésto patrocinaba concediendo ante el Parlamento lo mismo que ellos pedían; eso no importa: la cuestión estaba en dar una muestra flatulenta de energía, y darla de un modo inesperado, teatral del género chico, que provocase el general aplauso y consolidara la situación política, y la consolidara hasta el punto de que quince días después ni memoria quedara de los sucesos y los procedimientos en que confiaba la mediocridad de nuestros gobernantes empinados, que no elevados, a la gestión de los negocios públicos.

Pero dejo estas cosas de actualidad para no tomar de ellas sino lo que tienen de estimulantes en mis pasados y ya remotos recuerdos.

Entre éstos figuran pronto los de las personas que influyeron en la esfera de la enseñanza pública después de la conmoción revolucionaria de 1869, y estas personas, claro está que debo elegirlas entre los escolares, los catedráticos y los gobernantes.

Fué el período inmediato a Septiembre de 1868 de muy digna consideración aún en sus mínimos detalles. El movimiento revolucionario que le precedió y del que

fué solamente manifestación externa, puede decirse que fué un movimiento revolucionario de cátedra.

Pasados por mutuos desgastes los pronunciamientos militares que siguieron a la guerra civil; consolidado aunque dudosamente lo mereciera, el trono de aquella pobre niña que había servido de bandera a la idea revolucionaria, y que luego se dedicó a menospreciarla, a adulterarla y a perseguirla, mientras que simultáneamente hacía sonrojarse al país por sus debilidades femeninas, resabios de alguna de sus antecesoras y reminiscencias de historias de Emperatrices de la decadencia; agotada la propaganda mal definida del credo liberal progresista, que por su indecisa fórmula y por la adulteración de los *resellos* y las sofisticaciones unionistas era verdaderamente insustantivo, por estas y otras razones, le faltaba a la aspiración reformadora un espíritu, que desde luego encontró en la escuela democrática pura (o por lo menos pura hasta entonces) y la halló expresada como órgano material por el profesorado librepensador, economista y reformador.

Los medios empleados para anular la eficacia del verbo democrático no lograban sino acentuar su fuerza, principalmente porque tenía como instrumentos a hombres respetables por su saber, por sus antecedentes sociales, por su cultura y por la inspirada energía de su palabra: Castelar, Salmerón, los Castros, Canalejas (mayor), y cien otros, podían más desde sus sillones de catedráticos obrando sobre las juventudes de Madrid, de Sevilla, de Barcelona y de Zaragoza, que sus afines Rivero, Figueras, Orense, y muchos más desde la tribuna, siempre cohibida, y desde la Prensa casi siempre intervenida y esclava.

Por eso decía que la Revolución del 68 puede estimarse como una revolución de Cátedra; por eso fué idealista en sus comienzos; por eso fué poco eficaz en su planteamiento; le sobraron ideas y le faltó energía de realización.

Los hombres que pudieran prestarle esa última, como Ruiz Zorrilla, Martos y Rivero, o desertaron, en medio de la situación política, de sus ideales, o se esfumaron en una atmósfera de neutralidad, de cansancio y de timidez inexplicable.

La revolución fué un fracaso: su espíritu puede haber continuado impregnando el fondo social, y amamantando las generaciones que se han sucedido y que han ido cayendo en los defectos mismos que su fuente originara; pero hoy por hoy, ni en los que aspiran a las renovaciones, ni en los que a ellas se oponen, puede decirse que luchan ideales contra ideales y evoluciones contra reacciones; por eso se acude nerviosamente al exceso, a la convulsión, a la amenaza, a la imposición y a la violencia, por parte de los unos y de los otros.

Es verdaderamente singular lo que hoy sucede: carecemos de programas concretos y definidos que garanticen a nuestro país, respecto al logro de tendencias que cada cual cree salvadoras, y en cambio, se acude a cada momento a los medios extremos de agitación, de imposición violenta, de amenaza y de castigo arbitrario.

No se conocen más caminos que los de la fuerza, y en vez de significar ésta por empresas colectivas y verdaderamente revolucionarias, se acude al atentado, al asesinato y a la destrucción imbécil y sin medida, que a su vez obtiene por respuesta, la arbitrariedad, el asesinato y el olvido de los procedimientos jurídicos de que

parecía armada la sociedad para las contingencias que contra su seguridad y su progreso, pudieran sobrevenir.

Lo ocurrido actualmente con los estudiantes no es, si bien y serenamente se considera, más que una manifestación de lo que ocurre en Barcelona y en Madrid, cuando los anarquistas apelan a los atentados, y los Gobiernos esgrimen contra ellos la improvisada autonomía de otro anarquismo tolerado y de otros atentados protegidos.

En 1868 creíamos ir alegremente hacia la Jerusalén del progreso; hoy vamos, airados y confusos, hacia las selvas del salvajismo.

Pero quiero narrar y temo discurrir, porque por este último camino tengo la certeza de ser antipático a los unos como a los otros, mientras que por el de la narración, quizá a veces divierta a alguno.

Consolidado el Gobierno Provisional, empezaron a emanar de él disposiciones, decretos y reformas, la mayoría de las cuales carece hoy de actualidad, y por tanto, de interés histórico. Ruiz Zorrilla que desempeñó desde el principio la cartera de Fomento, en la que entonces estaba comprendida la Instrucción pública, fué sin duda alguna el ministro que mejor respondió a las esperanzas revolucionarias y a los anhelos reformadores. Si los que a diario hablan de las cosas sin enterarse más que a medias, y pronuncian juicios estereotipados que de otros han recibido, sin tomarse el trabajo de inquirir sus fundamentos, si investigaran con serenidad lo que en el primer momento revolucionario planteó y creyó realizar Ruiz Zorrilla, perdonarían a éste con seguridad, aquellas deficiencias de cultura y aquellas exhibiciones artísticas, que en él echaban de menos y que sus adver-

sarios explotaban, para mermar la innegable importancia política de este hombre, empujado al olvido, ya que no al descrédito, por los procedimientos habituales que informan, con innegable y no interrumpida monotonía, nuestra vida nacional. Los idealistas, los oradores, los ambiciosos en la efectividad, e indecisos en la convicción, fueron colaboradores de la tenaz y solapada oposición de que Zorrilla fué siempre objeto; y aún hoy, después de muerto, somos pocos los que hacemos justicia a sus relevantes condiciones de hombre de acción y de convencimientos, que al fin y a la postre cayó vencido por los arrivistas y los convencionales, que ayudaban consciente o inconscientemente, a la perseverante acción de los rutinarios y anticuados.

Los estudiantes, por entonces, sin darse cuenta de ello, coadyuvaban en la acción del gran reformador; constituídos en *Convención* nos reuníamos en la Uuiversidad Central, alentados por su rector D. Fernando de Castro, y en la Facultad de Medicina, amparados por el calor de D. Pedro Mata.

No puedo menos de recordar con cierta sonrisa de júbilo lo que en aquellas reuniones sucedía, siquiera sustituya de vez en cuando a la sonrisa alguna expresión de dolor, pensando en los desaparecidos; y otra de enojo, comprendiendo, aunque tarde, las influencias e intrigas de que era instrumento entonces el inocente cuerpo escolar.

El amplio anfiteatro de San Carlos rebosaba de público estudiantil, que presidido por algunos de los mismos estudiantes, o por auxiliares aprovechados, discutían ruidosa y atropelladamente las reformas que habían de introducirse en la enseñanza, y sobre todo las perso-

nalidades de los catedráticos que habían de ejecutar el plan concertado. Entonces sonaba como conjuro indiscutible y prestigioso la palabra oposición, y cuando de una persona se trataba, y se añadía que no tenía su cátedra por oposición, ya no continuaba el debate, se la repudiaba airadamente y se la sustituía por otra, que como es natural, tampoco había hecho oposición. De esta manera fueron excluídos de sus cátedras D. Tomás Santero que era un excelente clínico, aunque sus doctrinas exclusivistas y anticuadas, y sobre todo su áspero carácter y su reconocida severidad en los exámenes y grados, le produjeron innumerables enemigos que no estaban ausentes de la improvisada *Convención* que le juzgaba: lo mismo fueron excluídos Calvo Martín, a quien se imputaba cierta intervención contra Argumosa en el asunto de la *monja milagrera*, y Sánchez Merino, Seco Baldor, Olivares, y hasta Amado Salazar venido el año antes de Granada donde ejercía su cátedra por oposición, para sustituir al famoso D. Vicente Asuero, en la enseñanza de la Terapéutica. No merecen describirse los detalles ruidosos, y aún los encuentros entre grupos estudiantiles animados por pasiones diversas; baste recordar que como notables oradores los unos, por ejemplo, Florencio Castro y Sanz Bombín, como enérgicos revolucionarios los otros, como Bengoa y Ustáriz, se distinguieron muchos estudiantes, que luego han desaparecido sin haber descollado en las esferas mismas en que como notables paladines se iniciaron.

Como no hay mal que por bien no venga, sucedió entonces que, cerrado el Hospital clínico, hubo de abrirse el General para cátedras libres, como las de Martín de Pedro, Muñoz, Esquerdo, u oficiales como las de

Capdevila, Gómez Pamo (Marceliano) y algún otro que no acude a mi recuerdo; y por ésto, los estudiantes que quisieron estudiar, no carecieron ni de buenos maestros, ni de abundante material de enseñanza.

De intento he dejado para especial mención una de las figuras más notables, casi pudiera decir extraordinaria que, en aquel período, tuvieron incremento y realce, sobre el que ya venía mostrando en su anterior carrera: me refiero al famoso anatómico y cirujano don Pedro González Velasco. Desempeñaba este hombre laborioso y abnegado un puesto secundario en el departamento de Disección de la Facultad, y venía dando desde años anteriores, un repaso a los alumnos de Anatomía, en su casa del número 90 de la calle de Atocha, en cuyos pisos bajo y entresuelo tenía ya el boceto de lo que luego fué su espléndido Museo Antropológico.

Velasco fué propuesto por la iniciativa escolar y nombrado por el Ministerio para la cátedra vacante de Operaciones, y su enseñanza fué en la Facultad la más popular de aquella época.

Era Velasco un hombre complejo y a quien ha hecho falta *el alejamiento histórico*, para que pueda hacérsele completa y merecida justicia: profesor entusiasta como ninguno, disector habilísimo, anatómico informado de todos los avances y progresos de su ciencia, infatigable repetidor, obrero vigoroso y enérgico, espíritu elevado que procuraba caminar en línea recta hacia el soñado ideal del perfeccionamiento docente y la supremacía de la ciencia nacional, tenía, junto a estas condiciones que hoy no habrá nadie que pueda negarle, otras que enturbiaban en el momento de su asiduidad, la pureza aparente de sus intenciones y la finura de sus medios de

ejecución. En su clase permanecía él, y consentía a sus alumnos que permaneciesen con los sombreros puestos, y fumando si bien les placía. Sus recursos oratorios eran de un candor pueril y de un progresismo de brocha gorda; cuyo mérito intrínseco se comprende hoy, pero producía entonces comentarios grotescos y críticas implacables.

Determinaba todo ésto que alrededor de Velasco hubiese un círculo de discípulos incondicionales como Castro, Pulido, Muñoz (Teodoro) y Ustáriz; pero fuera de ésto reinaba una atmósfera de injustificada frialdad, que manteníamos los que en todo aspirábamos a ver cierta corrección estética, que no considerábamos incompatible con ninguna aspiración revolucionaria.

Al considerar hoy la figura de D. Pedro González Velasco; al recorrer mental, pero documentadamente, la historia de su calvario, hasta llegar a la realización de su Museo, palacio lujoso, como ningún otro hombre de ciencia había fabricado hasta entonces a sus expensas, en parte alguna; al haber sido testigo presencial de su muerte, cuando arruinado, pero no vencido, cayó más que al peso de su enfermedad al de sus preocupaciones, sus amarguras y sus desencantos; al conocer detalladamente aquella trágica historia de su lacerado corazón de padre, que recuerda los relatos lúgubres de Edgardo Poe, o las tragedias de Shakespeare y los relatos de Cadalso y de Radcliffe, confieso rendidamente que no me perdono el haber pasado con indiferencia y desconocimiento junto a esta figura excelsa, que hoy reconozco como una de las más dignas de admiración de nuestra historia médica contemporánea.

Nada da mejor idea de quien era D. Pedro Velasco,

como la lectura de un documento y de un cuadro descriptivo debido a la incomparable pluma de Angel Pulido, documento que encuentro hoy a mano, al trazar y completar mi recuerdo de esta mañana acerca de la interesante figura de Velasco.

Es el primero el discurso de salutación que dirigió a D. Alfonso XII, al visitar este Monarca su Museo, poco tiempo después de la restauración. En él se encuentra concretada la historia romancesca de Velasco. Decía así:

«Señor: honra V. M. la casa de un sufrido obrero a quien cupo la suerte venir a la vida en pobrísimo zaquizamí, de muy oscuro pueblo, situado en modesta provincia española, para que lo recogiera al punto en sus brazos la miseria, y lo lactara con sus negruras y sus desesperaciones.»

«Fuí porquerizo en mi niñez: busqué luego el refugio del convento, y esclavicé espíritu y cuerpo en la necesidad; serví a la patria de soldado; tuve hambre y carecí de lecho un día, recogiéndome del arroyo la compasión de un albañil; creíme dichoso cuando padecí la esclavitud de la servidumbre doméstica, y deseando mi alma remontarse a otras alturas, busqué los resplandores de la ciencia más humanitaria entre las ciencias, poniendo de mi parte privaciones y trabajos, que difícilmente podréis imaginaros.»

«Producto de una labor incalculable de muchos lustros es toda esta riqueza que contempla Vuestra mirada. Dejé, Señor, un día la religión de un convento, y entré como cartujo en la religión de la enseñanza. Yo ignoro lo que es el placer y el lado alegre de la existencia; como las manos encallecidas en el manejo del

azadón no pueden pulsar las cuerdas de un arpa, mi espíritu encallecido en el sufrimiento y en el trabajo rudo, no puede vibrar con las delicadezas del arte; soy áspero y amargo, Señor, porque el pan que he comido fué amasado con lágrimas; pero del fondo de mi corazón suben hasta la cabeza llamaradas de amor intenso a mi patria, a mi ciencia, y a la juventud que me socorrió, cuando yo era un estudiante necesitado, y a la que enseño con deleite lo que he logrado aprender.»

Bastan estos trazos magistrales para dejar comprender quién era el obrero y el hombre de ciencia, quién fué el profesor infatigable, que aunque no haya dejado un trabajo investigador, ha legado un ejemplo que todos los hombres honrados tienen el deber de alabar y de esforzarse en que no se pierda en el olvido para imitación de las generaciones futuras.

Yo no me arrepentiré bastante, lo digo con toda la lealtad de que rebosa mi alma, no me arrepentiré bastante de no haber estimado en todo lo que significaba y valía la figura ética y pedagógica del Dr. Velasco, cuando aún pude ser testigo de su actuación incansable por conseguir sus altos propósitos, y encuentro algo así como un desahogo de contrición, y de dolor de arrepentimiento, cuando pienso que, por ligerezas de la juventud, llegábamos algunos mozalbetes de aquellos tiempos hasta a encontrar ridícula la venerable figura de aquel maestro insigne, que hoy se nos impone serena y respetable, como lo es siempre la verdad limpia del polvo transitorio de las superficialidades del momento.

Tal era el hombre de ciencia; en cuanto a lo que el hombre de corazón y de familia era, bástenos recordar algunos detalles, mitad sentimentales, mitad horribles y

macabros, que nos refiere el precioso libro del Dr. Pulido, y que por la época en que ocurrieron eran comentados, no siempre de un modo piadoso, por los médicos, por los políticos y en general por la sociedad, incapaz de dejarse penetrar fácilmente por tales ternuras, que luego se encarga de hacer dignas de respeto y acatamiento la frialdad acerada de la historia.

Tenía el Dr. Velasco una sola hija, que era su ilusión, su esperanza, el encanto de su vida. A los diez y seis años, una fiebre tifoidea puso fin a aquella existencia que se había desarrollado entre los mimos y blanduras del amor paternal, del bienestar y del halago de todos, como formando contraste con la triste infancia y con la juventud necesitada y oprimida en que se había desarrollado quien la diera el ser.

Enloquecido el padre por el dolor que aquella pérdida le ocasionara, no quiso consentir en su desvarío que las leyes de la naturaleza reclamaran y destruyeran el hermoso cuerpo en que se alojara aquel alma que fué la suya, y apelando a sus incomparables destrezas y conocimientos como anatómico, embalsamó por su propia mano el cadáver de su hija.

No limitó Velasco a ésto su horrible tarea de luchar contra el dolor irremediable: doce años después de la muerte de la niña, consiguió exhumar sus restos; los despojó del hábito de la Concepción con que habían sido enterrados, y engalanándolos con trajes de virgen que marcha a los desposorios, los ciñó de flores y de alhajas, y llegó á la horrible prueba de sentarlos a su mesa entre la madre y él.

¿Quién podrá aplaudir tales excesos de la mente extraviada?

Nadie; pero tampoco habrá seguramente quien no considere con respeto, con escalofrío y con simpática compasión, esta vesania, que, de todas las que pueden afligir al cerebro humano, es la única que no se sabe dónde comienza, ni dónde termina. ¿No es siempre locura el amor de los padres a los hijos? ¿Quién podrá pretender que sea dable señalar el punto en que deja este amor de ser pasión humana compatible con la razón, y comienza a conducir por los caminos del desvarío hasta los excesos más incomprensibles? De algún padre puedo yo dar cuenta, que, privado por la muerte del más amado y el más perfecto de los hijos, tuvo durante algunos años la idea fija de ir siguiendo con el pensamiento las descomposiciones y los destrozos porque iría pasando el hermoso cuerpo de su hijo, en el seno de la tierra y por la labor incansable de los gusanos. ¿Podrá nadie responder, ni él tampoco, de que si el cadáver hubiera estado en condiciones probables de mantener la figura que tuvo en la vida, no hubiera deseado este padre verla alguna vez y estrecharla entre sus brazos?

Pero mi paseo de hoy me lleva a bien lúgubres ideas; consuélome con tener la certeza de que las flores que nacen sobre las tumbas tienen algo del cuerpo de nuestros hijos; y quién sabe si también de su espíritu; cultivémoslas complaciéndonos en creer que son parte suya, sin llegar a los trágicos excesos del pobre Velasco.

PASEO VI

Sagasta, tertulias, comedores y reuniones íntimas.

> Sed cautos contra quienes, después de leve conocimiento, se introducen, sin ser buscados y sin mérito alguno, en nuestra amistad y confianza, porque probablemente sólo tienen puesta la mira en su propia conveniencia; no obstante, por esta general suposición, no los rechacéis villanamente.
>
> *Chesterfiela.*

> Los jefes de las agrupaciones políticas nos hallamos en el mismo caso que los conductores de los tranvías: admitimos a todo el mundo; no tenemos derecho a preguntar al que viene de dónde viene; pero debemos preguntarle adónde quiere ir.
>
> *(Inédito de Francisco Silvela).*

Esta mañana llovía copiosamente a la hora de mi paseo y aproveché esta circunstancia para hacer alguna visita, siendo la primera a mi querido amigo y jefe po-

lítico actual, el conde de Romanones. Llegué a su casa y entré en su despacho, con la confianza a que su bondad me autoriza, pero a hora más tardía de la en que habitualmente acostumbro. Cuando el *Conde* entró en su despacho, saliendo de una entrevista reservada que en otra habitación tuvo, había en el primero a lo menos veinte personas que en seguida le rodearon, y con quienes él comenzó a platicar, con su afabilidad acostumbrada.

Salí a poco rato, evacuada la comisión que me llevaba, y cayendo como siempre en mis recuerdos y mis reflexiones, acudió a mi pensamiento otra reunión, como la que acababa de ver, y otro hombre político muy parecido, aunque no igual al que acababa de hablar. Eran estas dos rememoraciones la de la interesante figura del Sr. Sagasta y la de lo que se llamaba su *Comedor*.

Yo tenía desde mi primera juventud simpatía por D. Práxedes Mateo, por lo que él significaba como perseverante revolucionario, y por lo que parecía prometer como hombre reformador y de avanzadas ideas. Sin embargo, su personalidad particular no me era muy querida, porque en mi amistad íntima con Gonzalo Calvo Asensio, había podido recoger de éste algunas impresiones familiares de descontento, consecutivas a la muerte de D. Pedro Calvo Asensio, y a la propiedad del periódico *La Iberia*. Nada sé de las razones que pudiera haber sobre este asunto; tratábase para mí de una impresión puramente sentimental y amistosa.

Mi primera entrevista con Sagasta tuvo por causa la grave enfermedad de su íntimo amigo D. Bonifacio de Blas, ministro que había sido de Estado durante el reinado de D. Amadeo de Saboya. Este señor de Blas,

hombre muy urbano, afable y atractivo, tenía por mí una marcada preferencia, y a pesar de mis veintiséis años me suponía un médico de grande entendimiento y de no menor acierto.

En los últimos períodos de su enfermedad (1877) creí necesario acudir al buen consejo de otros compañeros, y llamé en consulta a los Sres. Sanmartín (don Basilio) y Manrique de Lara; este último, médico americano que gozó en Madrid de un crédito tan grande como pasajero. En todas estas consultas y muchas veces en las visitas particulares hechas al enfermo, coincidía yo con D. Práxedes Mateo, y éste, sin duda, impresionado por lo que de Blas de mi le decía, se mostraba afectuoso y cortés en el mayor extremo, reiterando sus ofrecimientos de toda especie, que yo excusaba con una *rigidez verdaderamente republicana.*

Pasó algún tiempo, y al cabo de él ideamos Simarro y yo con otros amigos, crear en España una Sociedad para el adelanto de las Ciencias, análoga a las que en Francia, Alemania e Italia prestaban por entonces grandes servicios al progreso intelectual y material de sus respectivos países. Tuvimos el propósito de obtener la protección de los políticos más eminentes, y para ello distribuímos entre los organizadores las visitas que habíamos de hacer a aquellas personas con quienes tuviéramos alguna influencia o, por lo menos, trato particular. Tocáronnos a mí y a Simarro, Castelar y Sagasta; y visitado el primero y obtenida su entusiasta aquiescencia, nos dirigimos a casa del segundo.

Vivía entonces Sagasta en el núm. 40 de la calle de Alcalá, en un piso principal, cuya distribución y mueblaje me parece estar viendo. Nos pasó el criado al

cuarto de trabajo de su señor, y a poco vino a decirnos que pasáramos al comedor.

Por aquella época, que debía ser hacia el año 80, se cotizábase ya como muy próxima la entrada del partido fusionista en los Consejos de la Corona, que él tan poderosamente había contribuído a derrocar; hacía esto que la concurrencia a la casa de su jefe fuese más numerosa, sin duda, que de costumbre; y yo no olvidaré nunca el efecto que me produjo, al abrir la mampara que daba ingreso al aludido comedor, el espectáculo que éste ofrecía, pues se hallaba literalmente lleno de señores que hablaban unos con otros, apurando algunos las copitas de licor del final del almuerzo, y fumando casi todos, por lo que producían una atmósfera irrespirable y nebulosa, en la cual se les vislumbraba gesticulando con vehemencia.

Al vernos Sagasta se levantó y con su exquisita urbanidad habitual y con su no menos habitual buen sentido, nos condujo de nuevo a su despacho, comprendiendo, sin duda, que ni a nosotros nos agradaba el *comedor*, ni a los concurrentes a éste les era grata nuestra presencia de *profanos*.

Una vez más en aquella entrevista me convencí del talento mundano y de la inverosímil educación y *savoir vivre* del jefe del partido fusionista. Mostróse convencido de la necesidad y de la bondad de nuestro proyecto, y nos colmó de promesas, adelantando previsiones, que demostraban la sinceridad de su aquiescencia.

La Sociedad no se fundó por entonces; pero no fué por culpa de los políticos, sino por desfallecimientos y distracciones de los científicos. Más tarde, organizada con otros elementos, ha alcanzando vida relativamente próspera.

Después de estas impresiones personales, las que tengo de Sagasta son de orden político y no me preocupan gran cosa. Quedome sí la de aquel comedor repleto de gente que me hacía pensar en la necesaria falta de independencia que han de tener los políticos que, por bondad o por sistema, emplean este procedimiento de las reuniones íntimas. Creía yo (no se olvide que era entonces muy jovenzuelo), que cuando a tales intimidades se autoriza a muchas personas, no se les puede, llegado el momento, negar lo que exijan. Sagasta ha demostrado que, como tantas otras dificultades, salía airosamente de las que de éste procedimiento pudieran surgir. Su indulgencia, y aún su descuido en recibir gente, dieron origen a muchas anécdotas, y entre ellas a una absolutamente característica. Parece que comenzó a frecuentar *el comedor* con toda asiduidad, un señor de buena apariencia, cortés e irreprochable, que saludando a los dueños de la casa se sentaba y permanecía largo rato, hasta que de nuevo y urbanamente se despedía. Una tarde, al verle salir, preguntó un amigo de Sagasta a éste: «Diga usted, D. Práxedes, ¿quién es este señor tan simpático, que nunca habla y parece que le quiere a usted tanto?» —«Pues mire usted, no lo sé; aquí viene y no le voy a echar a la calle; nadie me le ha presentado, no sé cómo se llama, pero es persona bien educada y no hay para qué hacerle un desaire». Repito que conozco el hecho por sola referencia.

De los que puedo dar mayor seguridad son de los dos siguientes: Visité á D. Práxedes en una grave pulmonía, de que tuvo la buena suerte de curar, y esto aumentó su cariño para conmigo, así como el de su bondadosa esposa doña Angelita, de su hija Esperanza y

de su yerno el actual conde de Sagasta, Fernando Merino, amigo mío desde su padre D. Dámaso, y coincidente en las campañas electorales que por entonces sostenía en la provincia de León.

Estos motivos de amistad, que se trocaron en frialdad más tarde gracias a una malévola y calumniosa insinuación, vertida por persona que se llamaba mi amigo y que me debía favores muy personales; esta confianza, decía, llevaba a doña Angelita a invitarme a almuerzos muy familiares en que gustábamos de platos españoles dirigidos por sus inteligentes cuidados.

El primer día que disfruté de uno de estos agasajos entré, antes de ir al comedor, en el despacho de Sagasta, y cuando nos avisaron para el almuerzo, éste, dirigiéndose a su mesa de trabajo, sacó de ella un hermoso cigarro habano que me ofreció diciéndome: «Tome usted para después de almorzar». Algo me llamó la atención el momento poco acostumbrado de la oferta; pero pronto lo encontré bien justificado, cuando ví entrar al comenzar los postres, y abierta con cierta solemnidad la puerta del refectorio, a una fila numerosa de amigos que alrededor de la mesa se sentaron conversando amablemente. Si D. Práxedes hubiese ofrecido un cigarro como el que a mí me había dado a cada uno de aquellos señores, es seguro que no le hubiese alcanzado para tal obsequio su cesantía de ministro. Parece que este detalle nada significa, y no obstante marca la escrupulosidad con que aquel señor atendía a no quedar mal con nadie y a no hacer en favor de nadie distinciones molestas.

Más demostrativo del fino espíritu de política aplicada al trato social es el siguiente episodio:

Acababa de ser llamado D. Práxedes para formar Gobierno, y habiendo llevado la *lista* de ministros a Palacio, no había dado cabida en ella a todos los elementos que apoyaba con sus pretensiones un prohombre de su partido, persona de muy alta categoría social, de carácter violento y que en sus enfados vociferaba como un energúmeno, y abusaba del léxito más violento y de las interjecciones menos aceptables. Aquel día hallábase Sagasta en su despacho, sentado como acostumbraba junto a un balcón y envuelto en un abrigo, esperando que para almorzar le llamasen; conversaba conmigo, cuando el criado le anunció la visita del personaje violento en cuestión. Entonces Sagasta, fríamente, sin mostrar la más mínima ateración, me dijo: «¿Me hace usted el favor de alargarme aquel pulverizador? He olvidado pulverizarme la garganta y quiero hacerlo antes de almorzar.» Cumplí su deseo. Sagasta abrió la boca y comenzó a apretar la pelotilla que lanzaba la lluvia medicamentosa dentro de sus fauces; y yo al ver entrar al anunciado prohombre, me retiré discretamente al cuarto de Fernando Merino. No tardó mucho tiempo en oírse a través de las puertas la voz del prócer, con sus habituales y acentuados modos, y sus apóstrofes violentos; pero Sagasta, por lo visto, nada contestaba o contestaba muy poco y tibiamente, ocupado en el cuidadoso empleo de su pulverización.

No tengo la pretensión de poder formar, por estos conocimientos casi pasajeros, un concepto completo y digno de ser públicamente consignado, de las facultades y condiciones que constituían la personalidad de Sagasta; pero, unidas estas impresiones personales mías a las que con el mismo carácter de intimidad referían sus

amigos, y a los hechos que eran del dominio público de su vida política y de su intervención continua en la marcha de los negocios y en los grandes acontecimientos públicos, no es mucho presumir, por mi parte, si creo tener un concepto bastante aproximado a la exactitud de lo que ha sido este hombre insigne.

Era Sagasta liberal, por inclinación primero, por entusiasmo después y por convencimiento siempre; pero este espíritu político suyo estaba en los últimos tiempos de su vida condicionado y sujeto por la persuasión a que le llevaba la experiencia, de que España distaba mucho de encontrarse preparada para las grandes reformas que él tanto contribuyó a conquistar y a consolidar. Seguramente que su exquisito espíritu de comprensión aleccionado por el trato de políticos y de masas populares, que en apariencia lo sacrificaban todo al ideal, y en su mayor parte abdicaban en la práctica de sus entusiasmos, o desfallecían por inercia en el ejercicio de sus derechos, estas cosas, trabajando su espíritu reflexivo, observador y luminoso, le llevaron al ejercicio de una conducta de convencionalismos, concesiones y distingos, que si no llegaron a borrar, hicieron al menos confusos los rasgos distintivos de su personalidad bien definida.

Así me parece a mí que puede comprenderse a Sagasta; pero no deben olvidarse dos elementos que de un modo poderoso influyeron a mi juicio en las transformaciones porque pasó este hombre público. Fué el primero de estos elementos lo que podía llamarse su *entourage*, es decir, el grupo inmediato, numeroso y heterogéneo de los amigos que, a diario, le rodeaban, y de que era manifestación bien conocida su famoso *comedor*.

Nadie podría negar, sin desconocimiento manifiesto de los hechos, que Sagasta tenía amigos desinteresados, inteligentes y valiosos, capaces de secundar las inspiraciones y las actuaciones de su política; pero su vida de constante conspirador, primero, de revolucionario influyente, después, y de jefe, por último, del partido que dentro de la monarquía representaba la capitulación de ésta con los que siempre había tratado como enemigos suyos, todo esto contribuyó en el largo desarrollo de su existencia, a formarle en derredor una cohorte heterogénea, en la que no dejaban de tener representación los que, yendo a la política para vivir de ella, porque no la conciben de otro modo, se entremezclan en los partidos y en las tertulias íntimas, frecuentándolas con mayor actividad que nadie, haciéndose presentes a toda hora, prodigando ditirambos y los comentarios entusiastas a los discursos que, a rabiar y haciéndose visibles, han aplaudido en el Congreso y en los mítines, y que luego, llegado el momento del triunfo, se presentan en postulación de cargos más o menos modestos, de carteras, de direcciones, de actas o de porterías.

A la avalancha que esto representa no hay hombre que pueda resistir, cuando por sus antecedentes ha venido a colocarse automáticamente en situación semejante a lá en que mi admirado amigo se encontraba; pero mucho menos él, que, a este embate de apetito, y a esta estudiada táctica de procedimientos bulliciosos, no tenía más arma que oponer que las de su inteligencia y su desinterés personal; pero, ¡ay!, ellas se encontraban embotadas por la bondad de su carácter, y envainadas siempre en una cortesía nativa y espontánea, que le hacía sufrir, como mortificación propia, toda

negativa o aplazamiento para responder a las pretensiones, ni aun a las que eran más desatinadas.

Refiere Echegaray en sus «Recuerdos» un episodio que parece sencillo y de poca importancia; pero que, a mi juicio, la tiene grande y da una significación poderosa al carácter de D. Práxedes Mateo.

Teniendo Echegaray quince años, es decir, cuando Sagasta llegaría apenas a los veinte, tuvo el primero necesidad de ir a entregar su instancia de ingreso en la Escuela de Caminos, y como no se encontrara en ésta el secretario, o empleado encargado de recibir menesteres, dirigieron el adolescente al alumno número uno del quinto año, que por delegación los desempeñaba. Resultó éste luego ser Práxedes Mateo Sagasta, y es de leer y aun de estudiar la descripción que Echegaray hace de la manera cómo aquel alumno antiguo, y laureado, recibió al tímido novato, acompañándole hasta la puerta, después de haberle facilitado afectuosamente el cumplimiento de su misión, y despidiéndole con la sonrisa amistosa con que le recibió, y conversó con él durante aquella entrevista, que fué la primera en la vida de aquellos dos hombres eminentes.

Esto indica, a mi juicio, lo que antes ya opinaba; es decir, que Sagasta era bueno desde que nació; y bien educado y cortés, porque era bueno; pues no es otra cosa la urbanidad que la natural disposición del espíritu a procurar la complacencia y el bienestar de los demás.

¡Quién podía creer, estudiando los primeros tiempos del Gobierno Provisional de la Revolución, que aquellos dos hombres que principalmente le daban carácter, y eran la esperanza de los espíritus reformadores de

aquel tiempo, esto es, que Ruiz Zorrilla y Sagasta, que si siempre hubieran estado unidos, hubiesen constituído ciertamente una España nueva y próspera; quién podía presumir, decía, que rodando el tiempo y sin transcurrir mucho, habían de ser enemigos irreconciliables, y capitanear huestes enardecidas y hostiles entre sí, que hicieran imposibles el sostenimiento, y mucho más, el avance de la energía revolucionaria!

Y, sin embargo, así sucedió, y la responsabilidad del hecho no hay que buscarla en disentimientos doctrinales ni en apreciaciones distintas en la conducta; hay que buscarla en los comedores, en las tertulias, en esos cercos impenetrables y hasta impermeables que rodean a un hombre político, y que le privan de toda información que no sea la que nace de sus insinuaciones tendenciosas, y de sus intrigas de bajo vuelo.

Después de todo, es esto muy natural: los hombres de verdadero valer, de representación y porvenir personal, de inteligencia y de cultura, aunque amen a estos jefes políticos, repugnan la emulación con las mediocridades que esgrimen como arma única las asiduidades oficiosas, las adulaciones, cuando no las bajezas y las perfidias. Conocen estos políticos eminentes el mundo, primeramente en la realidad, cuando empiezan su carrera; pero luego no le ven sino a través de los cristales que ahuma y empaña el vapor de las ambiciones, y de la adulación estudiada.

Librarse de esto es cosa muy difícil; Ruiz Zorrilla no lo hizo por terquedad y envanecimiento; Sagasta no lo logró por urbanidad y por bondad de carácter; España, y particularmente la España revolucionaria, pagó las consecuencias, como siempre sucede.

Yo no sé cómo estos hombres cumbres no aprenden ni en la experiencia ajena ni en la propia, y no llegan a convencerse de que esos aduladores de tertulia, con apariencias de incondicionales y de adictos, son los primeros en abandonarlos, llegada la situación crítica, como abandona el parásito el cuerpo del que vivió y del cual fué picazón molesta, cuando se aproxima la muerte del organismo poderoso.

En mi vida, más de observador que de político, he visto casos bien claros de esto.

En la casa misma a que me refería al comenzar este paseo ha habido una época en que, repleto el despacho de su dueño de políticos más o menos importantes, había entre ellos algunos que inclinados sobre el personaje, y apoderándose materialmente de sus oídos, a nadie dejaban aproximarse, ni consentían que se oyese otra voz que la suya, expresiva de los conceptos más aduladores, exagerados y entusiastas. Pues bien, bastó que en un momento determinado creyeran que el tal político cometía un error en la política internacional y que por este error resultaría alejado indefinidamente de los Consejos de la Corona, para que aquella concurrencia desapareciese en su mayor parte y fuera a engrosar otros círculos y tertulias que para ellos significaban mayores o más próximas realizaciones en sus esperanzas. Y nada digo de los que se colgaban a las orejas, que éstos fueron los primeros en desaparecer.

Tal sucede ahora; pues en tiempo de Sagasta no ocurría de otro modo.

Mi entrañable amigo Paco Huertas, que fué durante los últimos años de la vida de D. Práxedes, su inteligente médico, y más que ésto, su amigo cariñoso e insusti-

tuíble, me refería el otro día un hecho de cuya realidad estoy cierto, por ser él quien lo cuenta, y por su impositiva verosimilitud.

En los tiempos prósperos, frecuentaba las reuniones domésticas de D. Práxedes un político provinciano, que fué precisamente el que vertió la especie calumniosa que hizo que se enfriasen hasta cierto punto las buenas disposiciones de aquella familia para conmigo. Era adulador, perseverante, y se le antojaban huéspedes todos los dedos, incluso el representado por mí, que nada tenía para él de peligroso, dado el que yo, aunque muy amigo y admirador de Sagasta, no era correligionario suyo.

Un día en la triste época en que comenzaba á eclipsarse por la edad, por las dolencias y por los disentimientos de los amigos, el astro fusionista, refiere Huertas que, volviendo del Congreso con Práxedes, le halló en un estado indefinible de decaimiento y de tristeza. Preguntado por el docto médico cuál pudiera ser la causa que aquello producía, le dijo el buen Sagasta: «Vengo desalentado y no por los discursos de Canalejas y de Maura aunque han sido formidables, sino por la conducta inexplicable de D. C. que ha venido exprofeso a colocarse delante del banco azul aplaudiendo con formidables palmadas a los que con crueldad me maltrataban.

¡El, que todo me lo debe, a quien yo tenía por un amigo incondicional y agradecido!...»

Aprendan los que tengan ojos y oídos, para aguzar los primeros y poner algodones en los segundos, contra el concierto permanente y el zumbido de las abejas de tertulia.

PASEO VII

Teatros y teatrillos.—Actores y cómicos nacionales y extranjeros.

> El teatro es bello, porque no es la realidad, porque aspira a ser lo que nosotros creemos que debiera ser la vida.
>
> *Ich.*

Leyendo ayer la interesante y bien escrita novela que mi amigo el doctor José María Albiñana me ha enviado desde Méjico, y que lleva por título *Sol de Levante*, quedó zumbando en mi recuerdo el final de una estrofa de Zorrilla, que el novelista valenciano pone en labios de un paleto que interviene en una fiesta de *moros y cristianos*, deliciosamente descrita:

«... vuestros blancos alquiceles
Rojos serán, y pues la guerra os doma,
Pesebres han de ser de mis corceles
Los impuros altares de Mahoma,
Y tus ricas doncellas africanas,
Esclavas de mis pobres castellanas.»

Al canturrear, como con frecuencia con tantos otros

me ocurre, los versos de mi pobre amigo Zorrilla, iba rehaciéndose en mi memoria la figura de un actor olvidado, Pedro Delgado, quien en el *Sancho García*, a que la cita pertenece, y en el *Guzmán el Bueno*, de Zárate, no tuvo rival. Aún me parece verle con su hermosa figura, revestido de la cota de mallas y caracterizado con toda propiedad de guerrero de los tiempos medioevales, declamar con enérgica entonación los sonoros endecasílabos, a pesar de su tendencia a cerrar los dientes para darles mayor vigor y efecto.

De este recuerdo fuí saltando a varios otros. ¡Cuántos actores españoles y extranjeros han pasado ante mi insaciable afición al buen teatro! Mucha se la he tenido a la novela, compartiéndola con la que confiesa en sus memorias Echegaray, *el Máximo;* pero al drama y a la comedia seria se la he tenido, casi mayor que a la música.

La vez primera que mis padres me enviaron a un espectáculo teatral, fué teniendo yo cinco años, en que una fidelísima criada, Bruna de nombre, que adoraba en mí, pidió permiso un día de salida, para llevarme a la Comedia, y lo hizo conduciéndome al teatro del Instituto que entonces se encontraba situado en el núm. 8 de la calle que se llamaba de las Urosas, y hoy de Luis Vélez de Guevara. Por lo que he podido deducir después, se representaba el *Don Francisco de Quevedo*, de Florentino Sanz, y como en el primer acto, figurando la escena una calle de Madrid en el siglo XVII, mal alumbrada por un farolillo, y tuviese lugar un duelo en el que uno de los actores mata a otro, fué tal el terror que de mí se apoderó, que, ocultándome detrás de Bruna y medio metido debajo del asiento del anfiteatro, permanecí

la mayor parte de la fiesta, hasta que lograron tranquilizarme, y salí después de esperar con impaciencia el final de aquella función medrosa para mi ánimo infantil.

Mi segunda impresión teatral se refiere a la representación de *Catalina*, zarzuela famosísima, estrenada por aquel tiempo y a cuya representación me llevó mi padre en Toledo, cuando tenía yo seis o siete años. ¿Podrá creerlo el lector? La famosa cantante que ejecutaba la obra de Gaztambide, y que en Madrid la había estrenado, era una graciosísima joven pequeñuela, con poderosa voz, ágil y bien manejada, y que se llamaba Amalia Gutiérrez y que después ha sido cliente mía hasta su muerte, siendo viuda del oculista Sr. La Rosa y suegra de mi joven amigo Gómez del Castillo.

Desde estas dos lejanas impresiones tengo que venir a mis asistencias al teatro de Variedades para ver ejecutar al gran Julián Romea la *Mojigata*, de Moratín, y *Las Memorias del Diablo*, no sé si de Scribe o de otro de los explotadores del melodrama de aquellos tiempos, en que *La Huérfana de Bruselas* o *El abate Lepé y el asesino*, llenaban el teatro de bote en bote, con admiración y entusiasmo de los públicos descendientes del que había admirado las grandes obras de Calderón y Lope.

Eran estos dramas tétricos, entre los cuales recuerdo también *El Testamento*, *Margarita la Mendiga* y varios otros melodramas, obras de las que pueden llamarse de actor, pues con muy endeble mérito literario conseguían los unos en manos de Romea, de Arjona o de Valero los otros, de las Lamadrid y Matilde Díez, impresionar a los auditorios, y hacer pasar aquellas endebles obrillas por colosales producciones del ingenio. Hoy resistirían a duras penas la lectura del mejor dis-

puesto de los que entonces fuímos sus admiradores.

En *Las Memorias del Diablo* me dejó Julián Romea la más honda de las impresiones, por él en mí producidas. Es evidente que era un actor *dramático* colosal. El argumento del drama ponía a prueba sus extraordinarias condiciones.

En un castillo antiquísimo, un gran señor declara en un testamento que una hija que su familia tiene por ilegítima y natural, lo es de legítimo matrimonio, y con documentación demostrativa; entrega el padre la declaración de su última voluntad a un servidor fidelísimo, conserje y albañil en el castillo; pero encargándole que jamás revelara el sitio en que los papeles quedaban enterrados, ni el notario poseedor del secreto, hasta que no oyese pronunciar tres palabras que le confió concretamente. Muerto el señor, no encuentra su fiel sirviente mejor camino para que el secreto no se le escape, que el de fingir que se había quedado mudo y enterrar en sitio sólo por él conocido, los documentos demostrativos. Cuatro actos permanecía casi constantemente en escena el gran Julián, sin hablar una palabra y demostrando solamente en los gestos y actitudes, cuándo su curiosidad, cuándo su impaciencia, cuándo su interés amoroso, cuándo su antipatía, hasta que escuchando por azar las tres simbólicas palabras, atravesaba corriendo la escena y, entre gritos y frases entrecortadas, se declaraba poseedor del secreto, y con una piqueta desenterraba los misteriosos papeles. Cada representación era un triunfo clamoroso, merecido y consagrador de ser aquel verdadero titán el primero entre la pléyade de admirables actores de aquel tiempo.

De él tengo presentes aún otros dos momentos so-

lemnes. En el verano de 1865, es decir, cuando Romea estaba ya casi viejo, realmente enfermo y trataba de reparar su salud con largas ausencias de la escena, vino a Madrid, al teatro de la Zarzuela, con una escogida compañía italiana, el famoso Ernesto Rossi. El éxito que tuvo este actor fué enorme, mayor que el de su compatriota Salvini, que casi al propio tiempo, había obtenido ruidosas aclamaciones en el teatro del Circo, ejecutando particularmente *El hijo de las selvas, Otelo* y *La muerte civil.*

Rossi llenaba el teatro especialmente en las noches que ejecutaba el *Hamlet*, el *Machbeth* y el *Sullivan*. Esta última obra, que era la favorita de Romea para las noches de su beneficio, produjo multitud de controversias y de disputas acaloradas, dividiéndose la opinión de los aficionados, como siempre sucede en Madrid, en dos partidos: el de los *rossinistas* y el de los *romeístas;* entrando en la disputa argumentos de patriotismo, de preferencias de edad, de elegancia y de fuego dramático. Rossi tenía una hermosísima figura, era joven, de maneras distinguidas, elegante y apasionado en los momentos dramáticos, para lo que le favorecía la hermosa lengua en que se expresaba; Romea comenzaba a decaer en condiciones físicas, y había tenido siempre, como nota excelsa de su escuela, la naturalidad.

Marchó Rossi a su país, y al comenzar la temporada de otoño en el teatro Español, puso Romea en escena el *Sullivan*, obteniendo el éxito más delirante y frenético de los que pudo ya obtener hasta su muerte. El estreno de *La muerte de César*, de Ventura de la Vega, poco antes fallecido, fué otro triunfo del gran don Julián, aunque muchos críticos censuraron el modo llano

y sencillo que tuvo de interpretar la figura del gran dictador, durante la mayor parte de la obra. Estas censuras le movieron a escribir un discreto opúsculo con el título de *Los héroes en el Teatro,* que viene a ser la recopilación del concepto del arte dramático efectivo que le inspiraba.

Al quedar huérfana la escena de Romea, aparecieron en ella astros de menor magnitud, pero aun mayor de la de los que por hoy se gastan. Mata hizo concebir la esperanza de ser un heredero ventajoso; nadie ha olvidado cómo decía el famoso monólogo del *A secreto agravio, secreta venganza,* y cómo interpretaba el *Tenorio* y el *Don Alvaro;* pero ausente algunos años de Madrid, volvió resabiado y no contentó en lo sucesivo a los señores. De Manuel Catalina no hay para qué hablar: era elegante, pero decía de manera defectuosa, sobre todo los versos, que entonces eran la vida de las producciones dramáticas; por otra parte, sus cuestiones personales con Romea por excesivas preferencias a la mujer de éste, la insigne Matilde Díez, le hacían que el público no le aceptara con gusto.

Otra cosa sucedió cuando aparecieron casi simultáneamente dos astros luminosos de nuestra escena que se llamaron Rafael Calvo y Antonio Vico. Sucedió con ellos lo que siempre ocurre en Madrid, y antes apuntaba yo de pasada; formaron, más que escuela, partidos, y fueron de ellos víctimas, haciendo imposible la formación de compañías verdaderamente sólidas, y dando lugar á espectáculos ridículos, como los de aparecer en los carteles con los dos nombres en forma de aspa, para que no resultara preferencia ninguna, ni siquiera la del orden alfabético. El público era el mismo de siem-

pre: el de Cúchares y el Tato, el de Lagartijo y Frascuelo, el de Gayarre y Stagno, el de la bailárina H y la bailarina J... Se diría que España es tan modesta que no concibe que pueda producirse en su suelo más que una notabilidad en cada rama.

Sin embargo, la simpatía del público se inclinaba más a Calvo que a Vico; pues teniendo éste quizás mayores condiciones de actor que el otro, tenía el defecto de no servir más que para las noches de estreno o las que, por cualquier motivo, resultaban solemnidades excepcionales; y la de dar una veladura sombría a su voz que la hacía monótona cuando no estaba en momento de verdadero entusiasmo. Calvo decía los versos como jamás los hemos oído recitar; algunos viejos de entonces aseguraban que le era superior en ésto Carlos Latorre. No he tenido la desgracia de alcanzar a poder hacer por mí mismo la comparación. La figura de Rafael no era ventajosa, y cuando, llevado de su fuego artístico, *cantaba* alguna de sus tiradas de versos inolvidables, abría las piernas en forma de compás, hasta que percatado de ello tomaba una postura más natural. Nadie podrá olvidar sus éxitos en los dramas calderonianos, en el *Castigo sin venganza* de Lope, en el *Gran Galeoto* y *En el seno de la muerte* de Echegaray.



¿Cuál era mejor: Calvo o Vico? ¡Quién nos diera hoy a cualquiera de los dos, o siquiera a un remedo suyo!

Poco galante ha resultado mi enumeración, pareciendo olvidarme de las damas en la mención de los galanes; pero a ello me ha llevado el modo de pergeñar estos escritos, que van saliendo de mis labios al mecanógrafo conforme pasan las ideas rápidamente por la imaginación. De otro modo no podría yo pasar en silen-

cio el nombre de mi grande amigo e incomparable actor Emilio Mario, ni los de Mariano Fernández, Luján y Riquelme, que no por cultivar el género cómico daban menores muestras de estimables talentos. Todo el Madrid del 75 al 80 recordará aquella compañía del modesto teatro de Variedades, de la calle de la Magdalena que durante dos años ponía, ante la sala repleta, la graciosa comedia de *Los Pavos Reales*, ejecutada por Luján y por Riquelme; ni tampoco aquellos *Baños del Manzanares*, aquella *Camisa de la Lola* y aquél *De Getafe al Paraíso*, que hacían desternillar de risa, sin necesidad de apelar a las violentas *astracanadas* y a los chistes pornográficos que embotan con su mostaza el paladar de nuestro público actual, pero que deleitan a los paletos y los horteras, que la sostienen en los carteles con inverosímiles provechos para los autores *originales*, de erudición de *almanaque cómico* y rebusca de *bouquinistas* parisinos.

No es este sólo fenómeno denigrante del público español y de su teatro. En París, sin ir más lejos, he visto llenarse los teatros por público de extranjeros, cretinos y filisteos, que reían y aplaudían revistas donde se hacía bailar el can can a Alfredo de Musset con Napoleón el Grande, madame de Stael y Lamartine, produciéndome tal indignación que abandoné ruidosamente mi butaca.

El empresario, como todos los intermediarios del comercio, sea éste intelectual o material, envilece y encanalla la relación entre el productor y el consumidor, siempre que de tal envilecimiento resulte plenitud para su bolsa. El género cómico, extremado hasta lo que se llamó *bufo*, y hoy *astracanesco*, es una prueba de esta

verdad. Autorcillos pordioseantes de menos aprensión que talento, con tener el menor posible, cogen por su cuenta los asuntos y las figuras más excelsas y conmovedoras, y emulando en la palabra los gestos del payaso de circo, cuando imita las proezas del acróbata, parodian simiescamente las bellezas del genio, sin dárseles nada de lo que en último resultado piensan de ellos, los que cultivan el arte como religión y solaz supremo del espíritu.

Aristófanes, Plauto, Terencio, Molière, Moratín, la Cruz, Bretón, no es ciertamente a vosotros a quienes mi antipatía se manifiesta: entre lo cómico y lo bufo hay la misma distancia que entre lo trágico y lo truculento. No es ni más ni menos grande lo dramático que lo festivo, siempre que lo festivo sea como es el rocío de la belleza ideal.

Cuando en Madrid se estrenó *La Gran Duquesa de Gerolstein*, tuvo un éxito loco, como decía Arderíus, tipo de los empresarios á que antes me refería. Pocas personas entre las que formaban aquel público que aplaudía á rabiar, recordaban o sabían que en el título de la obra se hacía alusión a un personaje ideal y romántico, tomado de una novela popularísima de Eugenio Sué; pero menos aún notaron en España, ni quizás en Francia, lo poco respetuoso de una parodia contenida en la susodicha opereta, y en la cual se hace la caricatura de una de las más hermosas baladas de Goethe, del *Vaso del Rey de Thule*.

¡Lo que son los públicos, y lo que son los autores! Esta misma balada enternecía al público de la ópera, cuando en el *Fausto*, la canta Margarita dando vueltas á su torno.

Vuelvo en mí y me rindo ante el recuerdo de Teodora Lamadrid, ídolo del público de aquellos tiempos: no bella ni fea, de hermosa figura, continente majestuoso y elegantes ademanes, servía para la gran tragedia como la *Virginia*, de Tamayo, lo mismo que para *Lo Positivo*, arreglado a nuestra escena por el mismo egregio autor. Su voz un tanto plañidera y quejumbrosa acababa por ser monótona; pero en los momentos verdaderamente trágicos resultaba el acento apropiado para aquella grande actriz.

Matilde Díez tenía en cambio una voz verdaderamente de oro; la conocí aún en el apogeo de su fama y llegué a admirarla hasta que, ya verdaderamente anciana, era inverosímil que conservase aquel acento juvenil y bien timbrado. Sobresalía en todos los géneros; pero especialmente en la comedia de alto vuelo, en la que lucía la misma naturalidad que aprendió en su esposo Romea.

Pepita Hijosa (iba a decir Loreto Prado) era pequeña, pizpireta, nada bella, espiritual y sutil para producir efectos cómicos de buena ley. Rosa Tenorio, también actriz cómica, sostenía junto a Julián Romea la justa reputación del grupo de actores que formó el gran maestro; se hacía Rosa aplaudir en todo el repertorio cómico-dramático del tipo del *Pilluelo de París*.

Cuando Vico comenzó sus campañas madrileñas lo hizo en un teatro titulado de Lope de Rueda, construído en un solar de un circo llamado de Paúl, que se hallaba en la calle del Barquillo en el sitio mismo en que hoy se abre la calle de San Marcos. Recuerdo haberle aplaudido en el estreno de una comedia de circunstancias llamada *Las Quintas*, en que representaba un mocetón

aragonés vestido con impecable propiedad con el traje regional, y en que tenía momentos afortunadísimos, como luego en *La Capilla de Lanuza* de Marcos Zapata, y *La Muerte civil* que puso en cierta competencia con el italiano Salvini.

En este último drama debutó en Madrid, con el papel de hija del presidiario, una jovencita, apenas salida del colegio llamado de las Niñas de Leganés, a quien yo conocía antes de su adolescencia, como una de las concurrentes al famoso *Parterre* del Retiro, donde jugábamos los niños de entonces. Elisa Mendoza Tenorio, hija de la célebre actriz Rosa Tenorio, era la joven en cuestión, que desde el primer momento, y luego en una gloriosa carrera artística, se reveló como actriz de primer orden. Adelardo Ayala la impuso para el estreno de su *Consuelo*, a la compañía del teatro Español; desde entonces, hasta su matrimonio con mi llorado amigo y compañero Manuel Tolosa Latour, fué Elisa Tenorio la actriz culminante de nuestra escena, contribuyendo a los éxitos de los dramas de Echegaray, Tamayo y Cano, que en su *Pasionaria* le procuró uno de sus mayores triunfos.

Entre Matilde Díez y Elisa Mendoza pasó como un verdadero meteoro brillantísimo una actriz, discípula de Romea y de la Díez, que hubiera sido, sin disputa, una de las más grandes actrices europeas; era ésta Elisa Boldún, *prematuramente casada*, y perdida para el arte por la fortuna de un respetable médico valenciano, que la retiró completamente de la escena, como más tarde hizo Manuel Tolosa con su simpática mujer.

¡Qué pareja formaban Calvo y la Boldún, cuando interpretaban las comedias del teatro clásico o las traducciones de Shakespeare! ¡Qué *Romeo* y *Julieta* aquél

que se estrenó en el Circo por los años 78 o 79! ¡Qué *Virgen de la Lorena!*, de Herranz que luego fué conde de Reparaz; ¡Qué *Rienzi el Tribuno*, de Rosario Acuña!

¡Qué modo de decir el famoso soneto a *La Libertad*, que todas las noches se repetía entre atronadores aplausos! Elisa Boldún tenía sobre todas las actrices modernas españolas, la condición inestimable de *no tener tonillo*, como sucedía aún con la misma Teodora Lamadrid y sucede con alguna otra que por hallarse todavía en *funciones* no menciono. Elisa brillaba lo mismo en la comedia, aun en sus momentos de más viva sal, que en el drama trágico, representado por toda la serie de los más exagerados de Echegaray; pero no amaba el teatro. Trataba a sus compañeros de arte con marcada frialdad y aun con desdén. La noche de su despedida en el teatro del Circo, como entráramos en su *camerino* varios admiradores y lamentara con más ó menos sinceridad otra actriz la separación, diciendo: «¡Cuánto la vamos a echar a usted de menos!», repuso Elisa, con mal contenida media voz: «¡Pues yo a ustedes... maldito!»

Muy joven era cuando el amor con legítimas cadenas la sujetó a un envidiable hogar, robándola a la admiración de sus devotos en arte. Hasta su muerte, poco ha ocurrida en Valencia, nadie pudo lograr que pisara las tablas, ni aun para fines caritativos a que fué invitada.

En fin, no quiero entristecerme, porque tristeza me produce el contemplar todo lo que hemos decaído en materia teatral, lo mismo en autores que en actores, que, con la complicidad de los empresarios, parece que forman un verdadero propósito de desterrar de sus teatros a los públicos selectos y de buen gusto.

Han querido matar al cinematógrafo, compitiendo con él y sin tener en cuenta que era enemigo transitorio, que en sí mismo lleva la muerte y que al emplear sus procedimientos, mataría en la lucha a lo que siempre ha sido inmortal: al teatro.

Para despertar el ánimo voy a repasar en mi imaginación lo que recuerdo de buenos ratos pasados ante compañías extranjeras.

Ya he mencionado las de Salvini y Rossi; éste último volvió por Madrid en otras dos o tres ocasiones, y recuerdo que en la última, ya médico yo de relativa fama, fuí invitado a un banquete que en su honor, dió la princesa Ratazzi. Nos sentábamos a la mesa varias personas conocidas, no sé si quedará viva alguna otra que Rafael Comenge, mi grande, insigne y no justamente estimado amigo, y entre aquellas personas estaba Emilio Castelar sentado a la izquierda de la Princesa, y Emilia Pardo Bazán que ocupaba el sitio de la derecha de Luis Rute, el esposo de la sobrina de Napoleón el Grande, que aquí siempre fué conocida por la *Ratazzi*. Recuerdo este episódico banquete porque se celebraba precisamente el día en que había llegado a Madrid la noticia telegráfica de la muerte de Víctor Hugo, y con este motivo no hubo en la mesa otra conversación que la biográfica y crítica que el gran pensador y poeta francés sugería. *Conversación* he dicho y no he hablado con completa propiedad; pues desde el momento en que se sirvió la sopa al en que tomamos el café, no hubo más que un acalorado *diálogo* entre los dos tocayos, o sea entre la Pardo Bazán y Castelar. Defendía éste, en los términos y con los elementos que es de suponer, la excelsa figura del autor de «Los Miserables» y «La leyen-

da de los Siglos», y la ilustre doña Emilia, con acerada crítica, argumentos positivos y tendencia un tanto reaccionaria, sacaba a luz y lanzaba al rostro de su contrincante, las faltas estéticas, las inconsecuencias políticas, y los defectos de toda especie de aquel a quien considerábamos todos como el literato cumbre de la Europa del siglo XIX. Yo no he oído jamás discusión más chispeante e ingeniosa, profunda a veces, erudita y brillante siempre, ni he creído posible que al propio tiempo se pudiera comer tan abundantemente como lo hacían ambos comensales. Castelar y doña Emilia eran personas de buen apetito, y *aun en casa de la princesa Ratazzi*, comían con abundancia mientras peroraban sin sobriedad.

Después de las Compañías de Rossi, la de la Civili, que actuó en el teatro de Variedades con tanto aplauso, y por tanto tiempo, que llegando a creer la hermosa e inspirada actriz que podría arraigar en España, se perfeccionó en el idioma y anduvo luego errando por teatros provincianos hasta que murió, casi en la miseria.

Mayeroni y la Pascuali hicieron las delicias del público, en el teatro de la Alhambra, en dos o tres temporadas de verano. Aquel teatro construído en una antigua iglesia tenía un hermoso jardín, al que, durante los entreactos, salía la gente a pasear y tomar el fresco y alguna que otra bebida helada. Eran los aludidos dos actores de primer orden; su obra cúspide era *La Dama de las Camelias*, a cuyas representaciones acudimos muchas noches Miguel Echegaray y yo, hasta conocer la obra de memoria. Mayeroni tenía mucha más edad que la Pascuali, y era demasiado obeso para represen-

tar al romántico Armando Duval; pero su enorme talento hacía olvidar estas contrariedades.

La Ristori, la Pezzana, la Marini (ya conocida como dama joven de Salvini), Ceresa, Tina di Lorenzo, la Mariani, Noveli y cien otros sostenían la afición al gran drama en sus apariciones periódicas de la primavera. El público los acogía con amor y a veces con excesivo aplauso; pues es un fenómeno singular y que no he visto desmentido, el de la facilidad que los madrileños tenemos para mostrar la simpática predisposición de nuestro ánimo, hacia las compañías que nos hablan en lenguas que no son la nuestra y en idiomas y dialectos más o menos literarios. Esta cortés disposición no siempre ha sido bien agradecida, sobre todo en los últimos casos, en que, por autores de producciones de escasa originalidad y de urdimbre de pacotilla y actores mediocres, se han pagado con ingratitud y grosería los elogios y las obsequiosas manifestaciones de este pueblo generoso.

De actores franceses, no hablemos: la enorme Sarah Bernard ha venido en repetidas ocasiones, cuando aún se encontraba en la esplendorosa aptitud de su incomparable genio; la Barthet, de Bergy y Monnet-Sully; Mademoiselle Favart y muchos otros en breves *tournés* por Madrid nos daban a conocer en su ingénita belleza el repertorio de Dumas (hijo), de Sardou y los dramáticos franceses contemporáneos, intercalando alguna que otra obra clásica de Racini y de Víctor Hugo.

A propósito de este último, viene a mi recuerdo un apuro cómico en que me ví una noche. Representaba mademoiselle Favart la Lucrecia Borgia del gran dramaturgo. El teatro de la Princesa estaba lleno de ese pú-

blico distinguido y elegante que acude a aplaudir a los *actionnaires* de la *Comedie* cuando por aquí pasan entendiéndoles algunos, adivinándolos otros y aburriéndose la mayor parte, sobre todo cuando las obras representadas no son picantes y resbaladizas. Una dama de mi amistad, un tantico extravagante y conocidísima de todos, me había invitado a su palco bajo, en el que me hallé solo durante el primer acto y parte del segundo; al mediar éste, y cuando el aburrimiento de la sala era mayor, abrióse la puerta del palco, y apareció apresuradamente la señora que me invitó, envuelta en un aparatoso albornoz blanco y abrigada su cabeza por una larga banda de blonda que le daba dos o tres vueltas. Al ruido de su entrada, todos los gemelos de la *distraída* concurrencia se clavaron en mi palco. Yo, puesto en pie, como es natural, ayudaba a mi buena amiga a desembarazarse de sus abrigos, y al comenzar a desenvolver su cabeza de la blonda en cuestión, encontré que llevaba rizados sus cabellos sueltos y prendidos tan sólo con seis o siete horquillas, cada una de las cuales remataba en una estrella de brillantes. Las pérfidas constelaciones habían introducido sus puntas agudas en la trama del encaje, y cada vuelta que yo daba a éste, se hacía a costa del desprendimiento de alguna estrella, a cuya seguridad acudían las apresuradas manos de la dama. El espectáculo no podía ser más regocijante para los que le seguían con *benévola* curiosidad, ni más apurado para mí que, haciéndome cargo de la situación, hubiera deseado que el foso del teatro se abriera y nos tragase a los dos verdaderos actores de aquella noche.

Otro episodio cómico, y éste pertenece a Sarah Bernard. También tuvo lugar en el teatro de la Princesa;

debutaba aquella noche la gran trágica con la comedia de Sardou *Frou-Frou*. El público de siempre, como siempre medianamente educado, tosía sin reparar en las molestias que cada tos produce en el resto de los asistentes, y Sarah, sin interrumpir sus vivas frases pronunciadas con su voz argentina, dijo sin bajar el tono: «*¡mon Dieu, comm'ils sont enrhumés!...*», y nadie, o por lo menos muy pocos notaron el embutido (1).

Y vaya de episodios alegres y algunos a mi costa: En 1902 se celebró en Monte-Carlo una reunión o asamblea de la Prensa internacional médica, a la que asistieron varias notabilidades del periodismo científico alemán, del inglés, del francés, del italiano, y como representantes del español, mi pobre amigo Rafael Ulecia y el que estas líneas dicta. El Príncipe de Mónaco nos recibió y hospedó con suntuosa cortesía, y el Ayuntamiento de la próxima ciudad de Niza nos invitó a un gran banquete en un hotel recientemente inaugurado, debiendo seguir a la tal comida una función de gala en el teatro, en la que se cantaría *El Oro del Rhin*, del maestrazo Wagner.

Transcurrió la espléndida comida, lujosa como he visto pocas, y al llegar a los postres comenzaron los *speechs*, los *toast*, los hurras y las gentilezas expresadas en todos los idiomas por los delegados agradecidos de los diferentes países. Apenas terminé el mío, invité

(1) He sostenido siempre que en el teatro no tosen más que las personas mal educadas: primeramente, porque como médico sé que la mayor parte de las toses pueden reprimirse, y como persona afirmo que los que tienen la desgracia de no poderla reprimir lo saben ya, y deben quedarse en su casa, lo cual les sentará muy bien a ellos y mejor a los demás concurrentes al espectáculo.

a la señora que a mi lado se sentaba, por cierto aparatosamente ataviada y muy hermosa, a retirarnos para el teatro, pues tenía yo deseo de conocer la ópera de Wagner y me habían asegurado que la función comenzaría a la hora debida, pues se habían vendido todos los billetes, excepto los de invitación a los asambleístas. Condújonos el coche al coliseo, y al bajar y dirigirme, dando el brazo a mi compañera, hacia la ancha escalera, llamó ya mi atención la aglomeración de jóvenes, entre los cuales, abriéndonos paso trabajosamente, pudimos subir hasta nuestro palco. Entramos en éste, y despojándose de los abrigos, quedó la dama en el antepalco retocando al espejo su peinado, mientras que yo salí hasta la barandilla, y de pie miré a ambos lados de la sala, y particularmente a la orquesta, que apresuradamente comenzó la introducción.

Pero no pudo continuar; tal fué el tumulto de gritos, silbidos y voces acompasadas con golpes de bastones y patadas, que llenaron el recinto. Yo, ignorando de qué se trataba, continuaba en pie ostentando mi *toillette* de etiqueta rigurosa, mi pechera cruzada por la banda de la Gran Cruz de Isabel la Católica, y dos o tres placas que en mi frac lucían. A esto, mi compañera, alargando la mano por detrás de las cortinas, me tiró de los faldones, diciéndome: «*Retirez-vous, Mr. Cortezo, c'est á vous*». Obedecí al incomprensible mandato, y entretanto, al aparecer el alcalde en su palco, reprodujeronse aún más estruendosos el griterío y la protesta La razón de ello era que la Empresa, por un exceso de *politesse*, no había querido comenzar la representación hasta que nosotros fuéramos, y como eran las diez de la noche y la hora anunciada para el espectáculo era

la de las ocho, el público no tuvo aguante, y yo me llevé las primicias de una silba en una representación de una ópera wagneriana. ¿Sería ésta una venganza del gran maestro, desde el otro mundo, por no ser yo en éste un incondicional, aunque sí un admirador suyo?

Teatros y Teatrillos he dicho al tratar de dar forma a los recuerdos e impresiones de los tiempos de mi juventud, respecto al arte dramático, y por algo dije *teatrillos;* no ciertamente en sentido despectivo para todos ellos, sino porque la importancia indudablemente menor de los espectáculos a que me refiero relativamente con los grandes teatros, bien autoriza, para los unos un sencillo diminutivo, y para los otros toda la significación desdeñosa que se quiera.

Refiérome a la novedad de los *teatros por horas* y a los *teatros con obsequio,* que por los años del 72 en adelante aparecieron para distracción al alcance de todas las fortunas, unas veces con provecho para el arte y otras con detrimento suyo.

Fué el primero de los *teatros por horas*, si no son infieles mis reminiscencias, el del Recreo, situado en la calle de la Flor, en el solar mismo en que hoy se alza la iglesia de San Francisco de Borja. No siempre habían de ser los teatros los que aprovecharan los solares dejados por las iglesias, como en el de la Alhambra el de Capellanes, y hoy en el Monumental Cinema sucediera; alguna vez habían de ser los templos los que aprovecharan los espaciosos lugares abandonados por los teatros decaídos.

Consistían los *teatros por horas* en empresas donde se daban comedias o zarzuelas en uno, a lo sumo en dos actos, ejecutadas por compañías de mediano mérito, en

las que sobresalía algún que otro actor o cantante estimable. Por punto general, el precio de la butaca era el de un real por función y el de medio en las galerías; unida a esta baratura la comodidad de cortar el espectáculo, según la conveniencia del espectador, y de aprovechar de él solamente la parte que le parecía apetitosa, se llegó al resultado de prosperidad y ganancia que se reflejó en la multiplicación de empresas iguales en otros locales.

De todos ellos lleváronse la palma el de Variedades y el de Capellanes; el primero, ennoblecido por el recuerdo de Romea y la Civili, por la escogida, aunque modesta compañía, que ejecutaba obras del repertorio de Romea y de Mariano Fernández, y en el que se revelaron artistas muy estimables como Luján, Riquelme (padre), Vallés, Mariscal y otros. El teatro de Capellanes atraía a la juventud bulliciosa y amiga del género picante y de las exposiciones de atracción sexual. Con las zarzuelas que a este género obedecían, alternaban compañías extranjeras de baile cancanesco, de cuadros vivos y de otras cosas análogas. Este teatro hallábase instalado en el que fué antiguo salón de baile de Capellanes, que hoy lleva el nombre de teatro Cómico.

Como en todo se va pronto en Madrid a la exageración, se significó ésta en tal asunto por los teatros con obsequio y los cafés cantantes; en unos y otros, instalados en cafés amenazados de ruina económica, se representaban durante la noche comedias, zarzuelas y aún dramas de grandes pretensiones, mientras los concurrentes *consumían* lo que constituía el pago de su entretenimiento.

De algún episodio ocurrido en uno de estos cafés

puedo dar cuenta como testigo presencial. Un mi amigo, joven inocentón pero de carácter áspero y vehemente, muy aficionado al teatro, prestaba sus servicios oficiosos y gratuítos en las representaciones de un café de la calle de Hortaleza. Su distinguida familia, molestada por el secundario papel que casi siempre como tramoyista desempeñaba con grande entusiasmo, trataba de disuadirle e impedir su asistencia a tales representaciones. Siendo inútiles los consejos y continuas las lamentaciones de las señoras, ofrecimos algunos amigos y dos o tres de sus parientes varones, curar al improvisado farandulero, dándole un disgusto en el ejercicio de sus papeles; y con efecto, fuimos al teatro una noche en que se representaba un melodrama en el cual sabíamos que, llegada la situación culminante, debía nuestro amigo dirigir por sí mismo la aparición de una milagrosa y popular imagen madrileña, cosa que producía siempre ovación en el sencillo público de aquél café. Llegado el momento crítico en aquella noche, después de efectuarse la aparición consabida, comenzamos los conjurados a pedir a voces que saliera fulanito, llamándole por su nombre y su apellido, y con efecto, fulanito, echando atrás la imagen, apareció por el hueco de la decoración llamándonos por nuestros nombres, llenándonos de improperios y prorrumpiendo en interjeciones nada místicas y en amenazas contundentes para el momento oportuno.

El público que se puso de parte del agraviado nos obligó a dejar el local.

No todos los grandes teatros se desdeñaron de las representaciones parcelarias; alguno de ellos, el de Apolo, logró hacer de moda entre la gente elegante y ale-

gre, la cuarta de sus representaciones, y el citarse en la *Cuarta de Apolo*, fué cosa muy corriente durante mucho tiempo, saliendo quizás de ella la malhadada costumbre, absolutamente española, de terminar las representaciones a la una y media y a las dos de la madrugada.

PASEO VIII

Estrenos y emociones.

«Los hombres, y Dios sobre los hombres, ¡este es mi símbolo!... Muchas amarguras me aguardan.—Joven soy, constancia tengo; la fe suplirá lo que no alcance la inteligencia. ¡Tal vez llegue!»

....

....

«El teatro no es copia de lo real, sino invención de lo verosímil.»

Manuel Tamayo.

Después de haber hecho revivir ante mi imaginación ociosa y vagabunda los actores principales de mi tiempo, tal y como en acción se ofrecían a mi nunca saciada curiosidad, acuden ante esta misma imaginación como consecuencia necesaria, las emociones que me han proporcionado las obras por aquellos actores representadas.

Los estrenos eran para la juventud culta de mi tiempo, la emoción suprema, la atracción insuperable, el deleite más grande de nuestras capacidades artísticas. Mu-

chas y muy grandes eran las emociones experimentadas, cuando asistiamos a las *representaciones* de las obras magistrales de nuestros clásicos, o de los inmediatos autores que habían sostenido en el siglo XIX el glorioso estandarte de nuestra literatura dramática; pero García Gutiérrez escribía ya muy poco; Bretón de los Herreros, todavía menos; de Ventura de la Vega sólo quedó una obra póstuma; Zorrilla decaía visiblemente, tan visible y tan rápidamente como gloriosa e indiscutible había sido su ascención. Necesitaba nuestra curiosidad cosas nuevas y apenas si Retes y Echevarría, Coello y algún otro cultivador del drama romántico llevaban sus primicias a la escena. La Comedia contaba aún con gloriosos cultivadores como Serra, pero sus producciones eran raras y no bastaban a satisfacer a nuestra codicia. Los Echegaray no habían todavía aparecido, y Larra, Blasco, Lustonó y Ramos Carrión, apenas aparecían.

Mis impresiones personales (conste que las mías solamente) me llevan a pensar que aquel período de calma y de amenazadora decadencia, tuvo su interrupción en una noche de la primavera de 1867, cuando en el teatro de la Zarzuela se ofreció el estreno de un drama de D. Joaquín Estévanez, pseudónimo bajo el cual se decía que se ocultaba D. Manuel Tamayo y Baus, autor ya aplaudidísimo de la *Bola de Nieve*, de *Virginia* y rechazado en sus *Lances de Honor*. Decíase que este fracaso le había desalentado, y que suponiendo cierta prevención contra él por parte del público, unida a su miramiento de no querer comprometer el prestigio de la Academia de la Lengua, de la cual ya era miembro, ocultaba su nombre al ofrecerle su nueva producción con el título de *Un Drama Nuevo*.

No olvidaré jamás mis emociones de aquella noche: he asistido a innumerables estrenos en que se ha discutido, debatido, disputado y aún *contendido* acerca del mérito de las obras; pero flotando por encima de todas estas impresiones resurge ante mí aquella noche del mes de Mayo de 1867.

Ejecutaban la obra la incomparable Teodora Lamadrid, Victorino Tamayo, hermano del autor y actor muy estimable y hasta entonces no todo lo bien apreciado que debiera por el público; Antonio Morales, prototipo de galanes jóvenes; Oltra y Casañer, incomparables actores de carácter, sobre todo el último, quien en la obra a que me refiero consolidó una reputación que nunca le fué después disputada. ¿Qué más? El papel de *autor*, verdadero embolado, como en la jerga teatral se dice, estuvo a cargo de Emilio Mario, el poseedor de la expresión natural legada por Romea, de la distinción, y del desembarazo de los actores modernos europeos y de la gracia de expresión, que por ningún otro hemos visto superada.

Desde las primeras escenas el público *entró en la obra;* el final del primer acto fué un triunfo; durante la segunda jornada nos preguntábamos unos a otros los espectadores, al terminar cada escena, ¿qué puede pasar ya que no quede obscurecido por esto? Y, sin embargo, la nueva escena sobrepasaba a la anterior, y de este modo se llegó al final segundo, en que los aplausos y las aclamaciones al autor ausente y a los insuperables actores, fueron verdaderamente delirantes, lo mismo en las localidades de preferencia, en que el público elegante aplaudía en pie, que en la entrada general, en donde sudorosos y desaforados palmoteábamos estudiantes y

poetastros, desgañitándonos en *bravos* y llamadas repetidas.

Comenzó el tercer acto; nada en él decayó; pero al llegar a su final, el inesperado desenlace, y sobre todo la *intervención del apuntador*, insólita y tachada de inoportuna, contribuyó al delirante éxito, que se manifestó después de la caída de la cortina.

Los que hemos asistido al estreno de *Un Drama Nuevo*, podemos afirmar que hemos presenciado el mayor y más justo triunfo escénico de nuestra época.

Esta rememoración ata mi pensamiento, casi a pesar suyo, a la figura literaria de D. Manuel Tamayo. No le conocí en vida; casi le ignoré como persona social, como literato y como académico; pero me basta representármele como autor de *Locura de Amor*, *Virginia*, *La Bola de Nieve y El Drama Nuevo*, para creer que nadie podrá disputarle un lugar en la primera fila de los dramaturgos del siglo XIX, y el primero entre los primeros del último tercio del mismo siglo.

Nada me importan, ni me importaban cuando, joven librepensador y revolucionario le aplaudía frenéticamente, sus tendencias y sus ideas políticas y religiosas. ¿Que era reaccionario? más reaccionarios eran Calderón y Rojas y a su lado le sentarán en el Parnaso; ¿que era místico y ultramontano? pues místicos y ultramontanos eran Lope y Corneille y se encontrarán muy honrados conversando con él en la inmortalidad. Quien al juzgar la obra artística se deje dominar por la crítica de su tendencia filosófica o religiosa, vale más que renuncie a toda contemplación estética, pues en el arte lo esencial, lo permanente y lo ideal es la estatua desnuda, no la accidentalidad del ropaje, ni siquiera la materia de que se hizo.

Quien trazó los caracteres de doña Juana la Loca y de Alicia, poco se me dá que sea escéptico u ortodoxo, ni nada le importará eso mismo a la posteridad cuando le lea, le admire y le coloque en lugar principalísimo, entre los grandes genios de todos los tiempos. ¡Qué dos caracteres aquéllos!; la esposa honrada, celosa hasta la vesania, que encuentra consolador el que la juzguen de loca con tal de que este juicio signifique que yerra al tener por infiel a su marido; la adúltera que no gusta ni un minuto de la delicia de su pasión, torturada por la idea de la ingratitud, por el torcedor del delito que la repugna y por el espectáculo atormentador de la bondad del honrado esposo. Con sólo estas dos figuras se hace un hombre inmortal. ¿Cómo no están continuamente en los carteles, y cómo no buscan en ellas nuestras actrices constante materia de experimento, para demostrar su genio, su instinto estético y la elevación de su espíritu dramático?

Mucho tendría que decir, generalizando ya a partir de este fenómeno, sobre ideas que me inspira la decadencia lastimosa de nuestro arte dramático, por envilecimiento de su esencia, ruina de sus cultivadores y embrutecimiento de los públicos.

Tamayo concibió y manejó como nadie uno de los elementos más emotivos, quizás el más importante del arte dramático, la mujer. Sin excluir a Lope ni menos a Calderón, no creo que haya habido en nuestro teatro creador de tipos femeninos más hermosos, mejor delineados y sostenidos que los de *Virginia*, *Doña Juana*, *Alicia*, *La Ricahembra*, las dos mujeres de *La bola de nieve*, y aquella madre modelo y santa de *Lances de honor*. La mujer es en el género dramático, el eje de toda

acción y el fundamento de toda belleza; pueden en el *cómico* pasar estas dos condiciones al hombre representativo, sea caballero o criado; pero un drama sin mujer protagonista no pasará nunca a la historia, ni siquiera el *Don Juan*, quien sin Doña Inés sería un chulo bien vestido; ni el *Sancho García*, quien sin su madre criminal, no pasaría de un *condottiero* medioeval.

Algunos críticos o aspirantes a tales, motejaban en las últimas producciones de Tamayo el lenguaje enfático que, al renunciar al verso, daba a su prosa. «Nadie habla así en la vida real», decían y no se equivocaban; pero al decirlo olvidaban, según mi tímida opinión, lo que es y ha sido el teatro, que como el buen D. Manuel dijo, *«no es la realidad, sino la idealización de lo verosímil.»*

Hay en esta frase todo un tratado de estética dramática, y la prosa de Tamayo era una demostración práctica del convencimiento que dictó tal apotegma. La expresión verbal en las obras teatrales fué en su principio glorioso el verso y de él surgieron dos derivaciones, la sublimizada por la música que creó la ópera, y la tendenciosa en el sentido realista que excluyó la forma poética para adoptar la prosaica. Que no soy exacto al emplear aquí el adjetivo *poética*, lo demuestran las obras del gran autor que me preocupa. Tamayo abandonó el verso para adoptar la prosa, pero no renunciando nunca a la forma poética, creó una prosa convencional, es cierto, pero magistral, conmovedora y por nadie más que por él realzada.

Sorprendió a un público que, educado en los sublimes versos de Calderón, Lope, Moreto y Tirso, pasó a los sublimes y vehementes de Zorrilla, García Gutiérrez

y Hartzenbuch, y comenzó a educarse en la naturalidad realista con el inmortal Ayala, poseedor del secreto de la verdad esmaltada por la belleza, pasando antes por los grandes e injustamente olvidados Moratín y Bretón.

Este público, que al propio tiempo que con los dramas románticos su espíritu, deleitaba su oído con las óperas de Rossini, Bellini, Donizzetti y Verdi, amaba los versos, y prorrumpía en aplausos y vítores cada vez que en un parlamento o en un apóstrofe, acertaban el autor y el actor a *rimar* la expresión de un sentimiento generoso, de una descripción acertada o de una pasión conmovedora.

No dejaba esto de tener sus inconvenientes: cuentan los que presenciaron el estreno de uno de los más hermosos dramas de García Gutiérrez, *Un duelo a muerte*, que al iniciar la inmortal Teodora un relato en redondillas en el primer acto, apenas hubo dicho la primera, interrumpió el auditorio pidiendo a gritos el autor, solamente por el acierto y la facilidad de un trozo, que decía, describiendo la salida de unos barcos por la desembocadura de un río:

«Salían al mar bravío
Cien naves, la vela hinchada,
Diríase una bandada
De los ánades del río.»

La actriz no pudo continuar y mostró su enojo al público, produciéndose un diálogo con las disculpas de éste y la protesta de ella, que se encontraba *fuera de situación*.

Frecuentes eran estas interrupciones: no olvidaré,

en uno de los últimos estrenos del mismo García Gutiérrez *(Doña Urraca de Castilla)*, cómo al declamar Matilde Díez, refiriendo un cuadro de velada plebeya y patriótica, fué también interrumpida por un griterío entusiasta, cuando con su incomparable voz de oro *cantaba*, que no recitaba:

«Era una noche de Enero,
Se oía el viento bramar,
Y en el anchuroso hogar
Chisporroteaba el tuero.
Aún veo al viejo, entre dientes
Rezando con gran fervor,
Las hijas en su labor
Y los dos novios presentes,
Y oigo del neblí zahareño
La voz destemplada y bronca,
Y al mastín, que gruñe y ronca,
Entre los pies de su dueño.» (1)

Y seguía la hermosa relación interrumpiendo sus efectos escénicos los aplausos que cada redondilla arrancaba.

Podría citar centenares de ejemplos de estos efectos en el público, que demostraron el deleite que la forma poética le producía.

Un día, en un drama de Retes, describiendo la muerte de un héroe en una batalla, pronunciaba Pizarroso esta quintilla, con interrupción del público:

(1) No respondo de la exactitud textual de éstos ni de los demás versos que cito, pues al dictarlos me fío solamente en mi llevada y traída memoria. Si los estropeo, perdónenme los manes amados de sus autores.

«La cabeza ensangrentada,
La coraza destrozada,
Muerta la cabalgadura,
Y la vencedora espada
Rota por la empuñadura».

La culpa de estas interrupciones destructoras del efecto escénico era y es de nuestro público, educado en un pernicioso sistema de empeño en mostrar su personalidad en las obras a que debiera asistir, si no con impasibilidad, con contenida expresión, hasta el final de los actos, o cuando menos de las escenas. Los que hemos asistido a representaciones en teatros franceses, y sobre todo alemanes, apenas comprendemos la reserva del público y las miradas torvas que se nos dirigen, cuando, llevados por nuestra costumbre latina, iniciamos un bravo, o arriesgamos un aplauso, fuera de tiempo.

El verso va directamente al corazón del pueblo (en su más amplio sentido), por lo que tiene de musical; por eso, la forma poética será siempre la forma ideal del drama, cuando volvamos a tener la suerte de dar con autores que hagan verdaderos versos, bien medidos, bien acentuados y bien rimados, inspirándose en los grandes modelos de nuestro tesoro teatral, y no en las rimas callejeras a lo *Perico el Ciego*, con violencias de acentuación, olvido de la censura y libertinaje en la medida y en la rima.

Y por eso también la prosa de Tamayo, por ser prosa musical, debe tenerse como modelo de expresión en este grande arte, por lo menos en su manifestación trágica y dramática, dejando para la cómica la llaneza, aunque siempre correcta, de la expresión.

Siguióse á este otro período de nueva indiferencia

teatral, justificada por la abstención de los autores y por la distracción del público hacia los sucesos políticos y revolucionarios.

Se diría que los factores que intervienen en la manifestación ideal y material de este género artístico, se ponen de acuerdo para acabar con él. Los empresarios, con sus cálculos rutinarios y casi siempre equivocados; los actores con sus impaciencias y sus orgullosos desvanecimientos; los autores con la escasez de su inspiración y el prurito de su codicia, todos parece que concurren a producir en el público la esterilización para toda semilla de cultura y de buen gusto, y la cosecha y el fomento de los productos prosáicos y desprovistos de todo jugo exquisito.

Todos arrancan rosales para sembrar remolachas y patatas; todos llenan la capacidad destinada al arte deleitoso con el fruto indigesto y burdo de las raíces feculentas.

¿Cómo querrán convencerme los señores empresarios de que el público prefiere esas producciones fusiladas del decadente teatro moderno francés, a la reproducción de las obras, no del teatro remoto del Siglo de Oro, pero al menos del inmediatamente anterior al nuestro?

¿Pues no veo yo, y ven todos los que teatros frecuentan, que cuando se resucita una obra de Zorrilla, de García Gutiérrez, de Bretón, de Vega o de Tamayo, si la resurrección ha sido bien elegida y si los actores se han permitido el trabajo de estudiarla, se llena más y durante más noches el teatro, que cuando se empeñan en hacer tragar al público esas nuevas *producciones* en versos modernistas, sin asunto, sin caracteres, sin lógica

y sin interés y que no tienen más mérito que lo reciente de la fecha?

La cuestión para los empresarios está, no en deleitar al público, sino en estrenar, y si no, hágase la prueba: llévese al cartel una producción de las verdaderamente meritorias de nuestro teatro romántico o del semirrealista del fines del XIX, pero llévese cambiándole el título y ocultando el nombre del autor. No tema el empresario que tal haga la censura, que esto merecería como falta de respeto al público, pues éste le indemnizará, llenándole la sala, siempre que él a su vez haya conseguido de los actores que, deponiendo sus ínfulas y sometiéndoles a la verdadera disciplina del arte, ESTUDIEN sus papeles y pongan algún celo en el cumplimiento de su deber, sin apelacióu a los recursos desastrosos a que diariamente apelan.

Cuando, en la época de mi juventud, asistía a los estrenos a que me vengo refiriendo, podía observarse en la construcción material de las salas de espectáculos una cosa, que a mí no me parece indiferente en lo que después ha venido sucediendo: era ésta la distribución de las localidades, en la que, a juicio mío, se equivocan los empresarios, como en la elección de obras y en la formación de cuadros de compañía, y no se olvide que, en los negocios artísticos-industriales, nada es indiferente.

En el Teatro Español, por ejemplo, cerraba el piso bajo de la sala, o la platea, en su parte más lejana del escenario, un anfiteatro en el que tras una delantera bastante cómoda, había tres o cuatro filas de banquetas, en las que nos aglomerábamos todos los jóvenes literarios de la época, chicos bien educados, llenos de fervor

artístico y que por un par de pesetas nos permitíamos el lujo de asistir a los estrenos de Tamayo, de Serra o de Echegaray. Pues bien, ese mismo anfiteatro se reproducía en el piso principal y en el segundo, y hoy, en este teatro como en casi todos los demás, ha sido sustituído por cuatro o cinco palcos que con su *espantoso vacío*, pueden demostrar a los señores empresarios lo que tienen de equivocados sus cálculos, y además crean una dificultad de asistencia a los teatros para las clases poco acomodadas, no dejándoles más sitio que los aristocráticos de las butacas o los ultrapopulares del *gallinero*. Raro es que se prefiera tener vacíos los palcos a tener llenas las galerías; pero así somos los españoles, puesto siempre el pensamiento en la lotería ideal del lleno lujoso, y menospreciando la contribución modesta de la concurrencia diaria.

¿Qué esta es una puerilidad? Pues digan si tengo razón los explotadores de ciertos coliseos en que se sirven a los espectadores zarzuelas del género antiguo, con precios modestos de las localidades y a los cuales hemos oído confesar que han tenido rendimientos verdaderamente increíbles por lo cuantiosos.

Pero los españoles tenemos todos la inoculación nacional del orgullo. El empresario sueña siempre con que su teatro sea aristocrático y le organiza dando exclusiva preferencia a las localidades de lujo, sirve las principales producciones a las horas inverosímiles de la noche, en que sólo los vagos y las gentes desprovistas de gusto artístico pueden asistir, y todo lo sacrifican a la idea de que su teatro sea más *chic* que el de tal otro; y con esta competencia y mal entendida emulación caminan día tras día a la obtención del resultado del vacío teatral,

que equivale al de sus arcas, mientras que llenan las de los explotadores de otros espectáculos, aún menos estimables que los suyos.

Por los años de 74 y 75, ¿quién lo diría?, un ministro de Fomento del grupo democrático, ingeniero reputado, orador de Ateneo, economista muy célebre en mítines y asambleas, se lanzó a la escena con producciones, recibidas, primero con estimación, después con aplauso, y por último, con apasionado y sostenido éxito. Era este autor D. José de Echegaray.

Perdónenme la omisión que respecto a ellos cometo no consignando nombres de otros autores que por entonces fueron aplaudidos en *La Beltraneja*, *El Príncipe Hamlet*, etc., etc.; téngase en cuenta que no aspiro a hacer una historia del teatro contemporáneo, sino a referir impresiones mías, bajo mi exclusiva responsabilidad, y con ella salto desde Tamayo á Echegaray, sin que tal brinco signifique menosprecio, sino perdonable olvido, hacia las cosas no mencionadas.

La esposa del vengador, interpretada por Elisa Mendoza, fué la primera de las obras de Echegaray que produjo verdadera emoción y efecto ruidoso en el público aficionado: habíala precedido *El Libro Talonario*, siguiéronle muchas otras, cada vez con mayor frecuencia, sobre todo, durante el período de los años 74 al 86 en que el activísimo político D. José permaneció en un discreto alejamiento del ejercicio del poder y de las luchas parlamentarias.

¿Qué representaban para la juventud de mi tiempo los estrenos de Echegaray? Primeramente, una expectación desde que aparecían los títulos en los carteles y en la prensa; después, una noche de impresiones, de dis-

putas, de gritos y de peleas, que comenzadas en el salón no se interrumpían ni en los entreactos, ni al salir del teatro, ni siquiera en los días siguientes en los saloncillos del *Español*, de la *Cacharrería* o de la *Academia de Jurisprudencia*.

La descripción de cada uno de estos estrenos podría constituir materia para un libro, con sólo que me dejara llevar a la referencia de mis recuerdos más ó menos vivos; me limitaré a dos o tres de ellos.

Es cosa sabida lo que ocurrió en el estreno de la *La última noche*, drama ejecutado por Antonio Vico y salvado por él de la evidente catástrofe a que caminaba, según el efecto de los primeros actos; pero lo que generalmente no se cuenta es cuál fué la verdadera génesis de tal drama. Mi pícara memoria infantil me permite asegurar que los primeros actos de tal obra estaban calcados en un drama que, traducido del francés, puso en escena Manuel Catalina por los años del 64 o 65. La semejanza entre ambas obras era tal, que recordando yo el estreno de la francesa, iba prediciendo el desarrollo de la española conforme la representación adelantaba. Llamábase la obra traducida *Un banquero*, y no puedo recordar su autor. Asegura un biógrafo de Echegaray, que éste, antes de estrenar alguno de sus dramas, tuvo en cartera *La última noche*, que dió a la escena en 1880, es decir, después de *La esposa del vengador*. Me explico yo este fenómeno de coincidencia porque como D. José era aficionadísimo a la literatura de ficción en sus géneros *novela* y *drama*, asistió, seguramente como yo, al estreno del francés, que *no pasó de su primera noche*, e impresionado por lo que la obra tenía de nuevo, a pesar del juicio del público, escribió

la suya, que guardó doce o catorce años, hasta que animado por sus éxitos, discurrió que con el epílogo que le añadiera, se constituía un drama verdaderamente nuevo. Así fué en verdad, y el epílogo que constituía casi un monólogo, fué declamado por Vico de modo tal que trocó la frialdad y aun la hostilidad del público, en una de las más clamorosas ovaciones que Echegaray y él han recibido. No puedo olvidar cómo Antonio dijo aquella frase

«A sangre tiene el sabor
la maldita copa de oro.»

que fué la salvación de la obra. Lo de la imitación o el plagio hizo que una compañía que por entonces actuaba en el teatro del Circo, y de que era primer actor Victorino Tamayo, resucitara con no muy buena intención *El Banquero*, de que pocos nos acordábamos.

La dramática de Echegaray, hija directa de la de su congénere Sardou, descansaba principalmente en los efectos inesperados; se veía siempre en ella al matemático que, tras operaciones laboriosas al parecer indiferentes e intrincadas, llega bruscamente a un resultado impositivo. ¡Cuántas cosas pudiera contar de los estrenos de *En el puño de la espada*, *El gran Galeoto*, *Mar sin orillas*, *El seno de la muerte* y *Mancha que limpia!*; pero aunque a mí no me aburran tales recuerdos, temo mucho que carezcan de todo interés para los que me lean.

¿La forma de las obras de Echegaray? De eso poco puede decirse, pues es de lo más desigual que por el teatro ha pasado. Junto a hermosas y aplaudidas quintillas y redondillas pudieran citarse las de:

«En donde el autor celebra,
Demostrando no ser zote,
Amores de Lanzarote
Y de la Reina Ginebra»,

Y el zote era nada menos que el Dante; o aquella otra de:

«Y la llevarán a Argel,
Y la arrojarán al mar;
Y así, Leonardo al tornar,
No encontrará su joyel.»

Estas muestrecitas se me pegaban al oído por lo malas, como otros hermosos trozos de *El seno de la muerte*, por ejemplo, quedaban en mí por admirables, correctos y elevados.

Tal aquel en que hablando de su armadura y de su dolor, dice el protagonista:

«No la labró con afán,
A fuerza de fuego tanto
Para mancharla con llanto,
El armero de Milán»

en la que bien pueden perdonarse los ripios de los dos primeros versos por la galanura de los dos últimos; o todos los sonoros endecasílabos de las últimas escenas.

Echegaray debió convencerse de lo mismo que Tamayo: la prosa era su arma de expresión; dígalo si no la más hermosa de sus producciones *O Locura o Santidad.*

¿Por qué han caído en el olvido los dramas de Echegaray, siendo como son relativamente modernos? Yo creo que, aparte de otras razones de menos peso, ¿debe

buscarse la explicación de ésto en la carencia de actores y en lo pasajera que es la vida de las obras de efectos inesperados; pues como éstos son pronto conocidos por el público, impresionan la primera noche, pero después, son descontados desde el principio de la representación y quedan por ello neutralizados y sin éxito.

Y procuro ya apartar el pensamiento de este asunto siquiera sea para mí bien deleitoso y me pese el no contar mis emociones en los estrenos de *Consuelo* del incomparable Ayala, representación en la que triunfaron, tanto como el autor, Elisa Mendoza y Antonio Vico, doliéndome también el no poder referir detalladamente el último éxito de García Gutiérrez en su delicada joyista *Crisálida y Mariposa*.

He de guardar también silencio respecto a autores cómicos de tanta fuerza como Vital Aza, original, correcto e ingeniosísimo y fino como el que más, que dejó ejemplo bien digno de ser imitado del arte de regocijar a los públicos sin acudir a los recursos de la chavacanería y la fácil desvergüenza.

Maestro en estas mismas artes fué el *primero* de los Echegaray; primero, en el orden cronológico, pues aun siendo mucho más joven que su hermano D. José, estrenó su primera comedia ocho años antes que el primogénito; es decir, en 1866, cuando Miguel, que es a quien me refiero, contaba apenas diez y siete años de edad. Básteme decir que fué la tal obra una comedia en un acto, estrenada en el beneficio de Juan Catalina en el teatro del Circo, y que el éxito obtenido por el novel autor y realzado por la Lombía y Juan Catalina fué extraordinario, produciéndose ruidosas ovaciones al ver aparecer en la escena al casi infantil autor.

Vivo aún, para gloria de las letras y deleite de mi buena amistad, Miguel Echegaray, no he de hablar de él contentándome con decir que es el autor de *Cara y Cruz* (comedia a que aludo), *Sin familia*, *El Dúo de la Africana*, *La Viejecita*, *Los Hugonotes*, *Servir para algo* y cien otras regocijadas piezas, que han llenado de público durante años nuestros teatros sin que en todas ellas pueda encontrarse una sola frase indecorosa, entre las muchas llenas de sal ática, de novedad y de ingenio.

Una anécdota para terminar. Miguel Echegaray, como ha sucedido a muchos otros cultivadores del género cómico y entre los actores, como el Yorick del *Drama Nuevo* y como Pepita Hijosa en un intento de la *Luisa Miller*, de Schiller, quiso tantear el género dramático, concibió y escribió una obra seria, transcendental y trágica, y como por aquella época estuviera ya su hermano D. José en el auge de su gloria de dramaturgo, fué su *cadete* a leerle el drama. Oyóle D. José con grave silencio, y como al terminar le preguntara Miguel: «Vamos ¿qué te parece?» «Chico, respondió el interpelado, en tu vida has escrito una cosa más divertida.»

Hay que ver la ingenua sencillez y buena fe con que Miguel refiere el caso.

PASEO IX

La banca romántica.

«Les banquiers sont comme les dentistes, il ne faut pas s'en faire des ennemis: ¿qui sait si demain, on n'en aura pas besoin?»

«Los banqueros son como los dentistas; conviene no tenerlos por enemigos: ¿quién sabe si mañana los necesitaremos?»

Laboulaye.

Se observan en la historia de los pueblos fenómenos tan impositivos como extraños, que por esta última condición tardan mucho en ser reconocidos como influyentes en ciertas esferas de la vida; pero que, sin duda alguna, marcan un sello e imponen una tendencia a los hechos y a los acontecimientos en apariencia más incongruentes y menos capaces de ser modificados por tales sintéticas influencias.

El Renacimiento, para no ir más lejos, comenzando por ser un fenómeno de tendencia reivindicadora clásica en el arte, siguió siéndolo en la literatura, extendióse a la filosofía y acabó por marcarse vivamente en la polí-

tica, prolongándose hasta dar tono greco-romano a la Revolución francesa. Esta orientación, que parecía limitarse a una reivindicación de derechos en el orden político, nadie puede negar que se hizo extensiva al arte, a la legislación, a la filosofía, a la religión, a todas las manifestaciones del humano entendimiento y del progreso universal, y se prolongó también en el cesarismo.

Si la Revolución sucedió al Renacimiento, es a mi juicio evidente que el Romanticismo ejerció sobre el espíritu de la humanidad un nuevo efecto de restauración del ideal místico, caballeresco y emprendedor de la edad media, análogo al que el Renacimiento produjo inspirándose en el mundo clásico.

Esto ya sé que no es ninguna novedad y que muchos lo han dicho y repetido; pero sí creo que es una observación no muy generalizada la de que este género de ideales románticos no solamente influían en la literatura, en el arte, en la filosofía y aun en la política, sino que se introducían en las costumbres y se infiltraban en la ciencia, en la economía y en las finanzas.

Decir banca romántica, parecerá, pues, una frase paradójica e incongruente, y yo no la creo tal. Los señores financieros, como dicen los yanquis, banqueros o altos negociantes, no podían eximirse a la general vibración del ideal romántico, y aun en sus cálculos rigurosos, estrictos y prosaicos, tenían que percibir las aspiraciones y el sentir de la época; dejábanse llevar en cierto grado por el espíritu aventurero, emprendedor e idealista que formaba la atmósfera de su tiempo.

No hay que confundir en lo de espíritu aventurero a aquel que mueve hoy a las grandes empresas, organizadoras de sociedades anónimas, de *trust* y de bancas ga-

rantizadas, que operan siempre con el capital positivo de los comanditarios, de los accionistas o con el aval de los Estados con quienes negocian o les subvencionan; nó, el espíritu aventurero y emprendedor a que me refiero, fué el de ciertos banqueros que durante la época romántica, llevaron a cabo sus operaciones en Inglaterra, en Rusia, en Alemania, en Francia y en España. Estos hombres, por punto general, emprendían, arriesgando con inspiración, unas veces venturosa y otras desacertada, la propia fortuna en negocios y empresas inverosímiles en muchas ocasiones, pasando con oscilaciones tan rápidas como funestas del colmo de una fortuna improvisada, al fondo del fracaso inevitable de la quiebra y de la pobreza.

Para no citar en España sino los tipos más salientes, acuden hoy a mi memoria cuatro nombres, o mejor dicho, cinco: el del Sr. Busenthal, el del marqués de Salamanca, el de Campo y el de Villamejor.

Como de todos ellos he conocido muy desigualmente la historia y las intimidades, no puedo referirme con algún detalle más que a dos o tres, habiéndome propuesto en todos estos *Paseos*, evitar en lo posible las referencias a ajenas autoridades cuando puedo tener datos de mi propia observación.

La oleada financiero romántica vino, como es habitual, del extranjero; el dinero, que es la sangre en las naciones, pasa y vuelve de un órgano a otro; cuando se estanca en uno solo, le congestiona y le mata, como mata por anemia cuando no llega a otro.

El tipo del banquero genovés, el del judío prestamista de monarcas y repúblicas, fué una criatura medioeval y del Renacimiento; después de la Revolución fran-

cesa comienza la banca de aventuras, y como prototipo de ella, surge de un modesto tenducho de Franckfort, un verdadero Hernán Cortés del dinero universal, que verifica por sí primeramente, y por medio de sus cinco hijos después, la conquista de todas las plazas mercantiles del mundo. Era éste Mayer Anselm Rothschild, y su casa fué el prototipo de la nueva banca, de la banca genial, de la banca del éxito. Salida, como recordaba antes, de la modesta tienda que por su muestra roja dió nombre a la *dinastía (Roth* rojo; *schild* escudo) crece en un auge inverosímil y llega a merecer la confianza, no solamente de los hombres de negocios, sino de los Soberanos y de los pueblos que, por la época de agitación en que viven y pelean, necesitan constantemente de los adelantos y ayudas de aquellos que poseen el dinero. A poco tiempo cada uno de los hijos del fundador de la casa representa a su vez un tronco, de donde emanan ramas frondosas y ópimas: Londres, París, Amsterdam, Berlín, señalan otras tantas ciudades conquistadas, que permanecerán ya sujetas al yugo del vencedor. No hace éste pesada su dominación, y aunque de él se cuentan historias de brusquedad y altanería, no pueden negársele muestras de esplendidez filantrópica, que se representaban, para no citar otras, en el gasto de 300.000 francos anuales en ropas destinadas a los pobres de París, mientras que en el terreno del arte cantan su magnificencia, con las galerías de cuadros de incomparable variedad y riqueza, las colecciones de objetos y obras de escultura y orfebrería, sólo comparables a las que de los Médicis nos cuentan historiadores y viajeros.

Bien podía, pues, perdonársele el que abstraído en sus cálculos y proyectos, tuviese *boutades*, como la que

refieren que tuvo con el duque de Morny. Parece que este aristócrata, ministro, personaje de enorme influencia en la Corte imperial, hasta suponérsele hermano de Napoleón III, necesitó un día ver al barón Rothschild; fué a su casa, entró en su despacho donde había otras personas con quienes conversaba el famoso banquero: — «Tome usted asiento»—dijo éste al aristócrata, continuando su diálogo.

—«¿Pero usted ha comprendido que soy el duque de Morny?»—repuso el prohombre.

—«¡Ah!, entonces tome usted dos asientos»—replicó el barón.

Este pasajero recuerdo internacional, liga, para hablar de la Banca española, con el recuerdo simpático de los representantes de esta casa de Rothschild en la capital de España, esto es, con la familia de Baüer, tan conocida e identificada con nuestra sociedad, que nadie puede dejar de considerarla hoy como española.

A tres Baüer, o, mejor dicho, a tres generaciones de Baüer he conocido: al abuelo de los que actualmente llevan la casa; a su hijo mi entrañable amigo Gustavo y a los herederos de éste.

Apenas traté al primero de estos señores, es decir, a D. Ignacio; pero aún me parece ver en los jardines de la Granja su figura distinguida, su bello semblante de perfil fino y marcadamente semítico, su alta y despejada frente, su rostro de palidez marfileña, animado por unos ojos vivos e inteligentes. Era su urbanidad proverbial, y su casa particular brindaba a los políticos, a los literatos y a los artistas todas las suntuosidades apetecibles, ofrecidas por la cortesía afectuosa y el refinado gusto. Su mesa estaba reputada como una de las más

selectas, si no la más exquisita de Madrid, pues no sólo en las fiestas y momentos extraordinarios o señalados, sino a diario, podían compararse sus *menús* (minutas) con las esplendideces de gala de las mesas reales. Mi agradecido estómago y mi paladar de sibarita, no han de dejar en el olvido la merecida mención de aquellos manjares condimentados por cocineros que disfrutaban sueldos de directores generales, de aquellos vinos, cuyo catálogo, que ocupaba un grueso volumen, constituían un verdadero tesoro vivificador del deleite amistoso, endulzador de los contratiempos y preocupaciones, y quizás inspirador afortunado de más de una operación bancaria, de una combinación política, o de una intriga de sobremesa.

Sin duda alguna, la ciencia de los negocios es una verdadera ciencia, y cuando tiene por intérpretes hombres inteligentes como los Baüer, no pueden éstos desconocer la influencia del fenómeno fisiológico y eufórico de la buena digestión, la placidez producida por el blanco mantel adornado de bordados y encajes al que se sobreponen la irisada cristalería, la argentería brillante y las flores regaladas y olorosas. ¿Puede con tales atractivos, a los que se añaden una conversación culta, la compañía de damas elegantes y bellas y la esperanza de un espectáculo teatral íntimo, o de un concierto escogido, puede con tales circunstancias el ánimo hallarse dispuesto a buscar dificultades, o poner tropiezos, ni idear repulsas?

Nadie pensará que el desarrollo de tales naturales medios, constituya un arte o una habilidad; pero es indiscutible que ellos colaboran, cuando menos, en quitar a los negocios ulteriores la aspereza y el prosaismo

que han de ser propios de tales operaciones. Y digo que han de ser, porque por fortuna mía, no he tenido la bastante para lanzarme nunca a especulaciones financieras, y mi trato con los Baüer que comenzó por una amistad superficial, en reuniones con nuestro común amigo Dato, siguió después por una relación médico profesional, en momentos angustiosos, y terminó por constituir una intimidad estrechísima, principalmente con el pobre don Gustavo, uno de los hombres de cultivado entendimiento, de delicado gusto y de sentimientos más selectos que he conocido. Su vida llena de halagos en sus dos primeros tercios, se vió minada en el último por una tenaz e implacable dolencia, que ya terminó con los días de su padre y que tiene cierta tendencia hereditaria en la familia.

De las señoras de Baüer poco he de decir, pues ellas han tenido, sobre todo la esposa de Gustavo, el buen talento de no traspasar los límites de la mujer elegante, distinguida, culta y caritativa hasta la inverosimilitud, sin mezclarse jamás en los negocios, y aun oyendo con mal disimulado tedio las discusiones y la narración de las aventuras políticas.

En su palco bajo de la Opera me parece ver a la esposa de D. Ignacio con su figura esbelta y su talle flexible, vestida con refinada elegancia y adornada su cabeza de prematuros cabellos blancos con joyas de buen gusto, nada llamativas y sí reveladoras de la hereditaria costumbre de la elegancia exquisita.

Rosa, la cónyuge de Gustavo, no cedía en elegancia ni esbeltez a su madre política Ida; a su lado es la sociedad un verdadero ideal; conocedora de las literaturas extranjeras y de la española, emite sus juicios con una

especie de estudiado encogimiento, revelador de su convicción en la propia competencia. Su mano benéfica acude a todas las verdaderas lástimas, hasta el punto de tener montada una completa oficina de información en su elegante hogar, y quien como yo visitara con ella asilos por ella erigidos y costeados en los que son atendidos los niños pobres por hermanas de la caridad, sin escrúpulos religiosos por diferencias de rito, comprenderá el por qué rompo con mi propósito de no hablar de las personas que aún viven, en honor de tan respetable señora, de cuya casa me apartan hoy, no ciertamente diferencias en el afecto con que en ella se me recibe, sino el miramiento mío de no querer renovar con mis tristezas actuales, los cuadros de bienandanzas de otros días.

Pero volvamos a la banca romántica.

En los primeros años del reinado de Isabel II, vino a Madrid un banquero judío de Estrasburgo, llamado Busenthal; de éste sería muy natural que yo nada dijese, pues ni le conocí personalmente ni de él han llegado a mí noticias, sino las referencias de sus suntuosidades y de sus arriesgados negocios; pero se hallaba el señor Busenthal casado con una bella, interesante e inteligentísima brasileña, llamada María Pereira, a quien muchos de los madrileños tenían por hija del Soberano del Brasil. Fuéralo o no, es lo cierto que esta dama, como sucede con mucha frecuencia a los extranjeros que en Madrid residen algún tiempo, tomó asiento definitivo en nuestra capital, y fué una de las personalidades más distinguidas y salientes de la Corte, durante muchos años, hasta su muerte, ocurrida en edad muy avanzada, edad que en muy poco logró afear los rasgos de la figura

y la esbeltez natural de aquella mujer, y en nada su inteligencia y los atractivos de su trato.

Puede sin exageración decirse que la platea proscenio de la derecha del teatro Real era la más conocida en todas las diferentes alturas de la sala. El palco de María Busenthal se señalaba por los habituados, a los extranjeros y provincianos como una de las cosas notables y dignas de ser conocidas en el coliseo; en él se divisaba a su propietaria casi siempre sola, como elemento femenino, vestida con *toilettes* claras y adornada de joyas radiosas, aunque sencillas; a su alrededor se veía una verdadera corte de personalidades notables pertenecientes a los diversos campos políticos, y a las ramas más distintas de la literatura y de las artes. Aquella dama, única republicana de nuestra alta sociedad, era considerada por la aristocracia, con cuya representación femenina sostenía relaciones puramente protocolarias, pero cuyo elemento masculino unido a los altos políticos y a los artistas más renombrados, llenaba su espacioso antepalco y frecuentaba los salones de su elegante domicilio, en los que debía continuar la tertulia comenzada en el teatro hasta avanzada hora de la noche.

La notoriedad de Busenthal ha quedado obscurecida por la de su esposa que aún perdura en la memoria de los madrileños. Además, no habiéndole tratado personalmente, pues murió antes de que yo naciera, como creo que su personalidad confirma mi idea de la influencia del romanticismo en la banca, transcribo un párrafo de las Memorias de su íntimo amigo el general Córdóva, como demostración de que pertenecía al grupo por mí calificado: «Hasta su llegada no se conoció en Madrid

al prototipo del hombre de negocios original, trabajador incansable y de actividad febril y fecunda para los adelantos y progresos materiales del país. A él se deben las grandes empresas, las grandes iniciativas industriales y mercantiles que otros siguieron después como continuadores suyos, enriqueciendo y aumentando la fortuna pública.»

No podrá calificarse ciertamente de inoportuna la intromisión de esta figura digna de mención y estudio, como personaje activo de la banca romántica, siquiera no se trate de un español; financiero de aventuras que llegó a tener tres nacionalidades distintas, obtuvo un acta en nuestras Cortes y desapareció tras de un desgraciado *début* parlamentario y una quiebra de sus negocios para ir a reponerse a Montevideo, en donde llegó a reunir una nueva y considerable fortuna.

De todos los banqueros, el que era más popular, el que llegó casi a disfrutar del privilegio de la antonomasia, fué el marqués de Salamanca. Malagueño de origen, abogado hábil y emprendedor, improvisó rápidamente un capital, que acrecentó con increibles aumentos, interrumpidos a veces por las oscilaciones de depresión y teniendo siempre por incentivo y por base empresas arriesgadas, inverosímiles para aquellos tiempos, y de muchas de las cuales gozamos aún bien fructuosos resultados los que vivimos en los presentes.

Los ferrocarriles españoles encontraron en él el principal de sus impulsores, y no contento con trazar y explotar los de nuestra Patria, construyó las primeras y principales vías de Italia, en los Estados Pontificios.

Como muestra de la exactitud de su intrusión en la clave romántica de los banqueros, nos permitiremos,

por referencia, hacer alusión a su proyecto de túnel entre Francia e Inglaterra, por debajo del Canal de la Manga (Mancha, como dicen los malos traductores) y algunas anécdotas de las que de boca en boca circulaban respecto a este extraordinario personaje que al mismo tiempo que sus negocios financieros, cultivó la política, fué diputado, ministro de Hacienda, gozaba de la amistad íntima de Doña María Cristina y de la paternal de Pío IX, y vió saqueada su casa y quemados sus muebles en el movimiento revolucionario de 1854, y era, sin embargo, una de las entidades más populares y admiradas por el buen pueblo madrileño (1).

De sus fastuosidades se contaban cosas verdaderamente fantásticas; en el palacio de Recoletos, primero en su género y hoy residencia del Banco Hipotecario, en su finca de Vista Alegre, se reunían colecciones de cuadros, de estatuas, de *bibelots*, de armas y de libros, dignos del Museo de un emperador.

Refieren de él como rasgo de su desinterés respecto al dinero, que jugando una noche al tresillo en una man-

(1) En 1854 tuvo que huir el banquero malagueño y he aquí cómo una distinguida señora superviviente me transcribe en forma textual y en carta particular los detalles de la fuga:

«Cuando ese acontecimiento, estaba Salamanca en casa de una amiga en la calle de Cañizares, en casa de la señora Periche. La casa de los abuelos era de la sobrina de Salamanca, casada con Don José Méndez.

Se vino a casa de su sobrina Matilde Briand, hija de una hermana de su mujer.

Había una barricada y el jefe de la barricada era Matías Bedoya; se le vistió de sereno con su propio pantalón negro, por ser muy alto y no haber ninguno a su medida, y Matías emborrachó a sus hombres y le acompañó a la estación del Mediodía y salió para Aranjuez, y desde allí al extranjero.»

sión aristocrática, como una alta dama, que figuraba en la partida, quisiera buscar una moneda pequeña que había dejado caer, y para alumbrarse se dispusiera á emplear una de las bujías que ardían sobre la mesita de juego, Salamanca lo impidió con rapidez, y arrugando un billete de Banco de los que delante de sí tenía, lo encendió en la vela y se lo alargó a la señora para que con él pudiera alumbrarse sin molestia de sus compañeros de juego.

Otra vez, cuentan que se le presentó un sujeto proponiéndole la compra de un ejemplar de la *Christianismi Restitutio* de Miguel Servet, libro rarísimo como es sabido, por haber sido quemados todos sus ejemplares en compañía de su desgraciado autor, por la liberal actuación de Calvino en Ginebra, y ser además libro muy estimado por asegurarse, y ser cierto, que en él consta la primera explícita descripción de la circulación de la sangre, que completó más tarde Harveo. Vió Salamanca el ejemplar, y teniendo ya otro, que suponía único en el mundo, preguntó el precio al vendedor, dió a éste un talón sobre su caja por valor de las 30.000 pesetas que le pidió, y a presencia suya arrojó el libro a las llamas de la chimenea, rogándole que fuese testigo de que continuaba el suyo siendo el sólo y por lo tanto más raro ejemplar. De la veracidad de este último caso puedo permitirme dudar, pues comentándolo muchos años después con mi amigo el Sr. Sánchez, tradicional librero clásico de la calle de Carretas, se sonrió y me preguntó la hora a que le podría recibir al día siguiente en que se presentó en mi casa, llevando el precioso libro algo chamuscado por los bordes. ¿Había escapado de la quema de Calvino, o se había librado de la de Sala-

manca? (1). Ponga nuestra imaginación la solución que busque.

La figura de Salamanca brilló en primera línea en las más variadas esferas: alto, elegante, distinguido, decidor ingenioso y chispeante en sus conversaciones, fué un hombre de sociedad con quien se contaba en los más altos círculos aristocráticos, diplomáticos y galantes, y esto en aquella época cuyas descripciones nos hacen concebir de la Corte madrileña un centro de distinción, de suntuosidad y de vida fastuosa, que ha venido decayendo de manera innegable, hasta convertir lo que era una Corte distinguida residente en una capital poco extensa, en una gran aldea manchega de enorme población y perímetro, pero desprovista de toda elegancia e invadida por todo linaje de arribistas; *caravan serrail* de provincianos intrigantes, rastacueros anónimos, pretendientes y logreros.

La actividad de Salamanca se dejaba sentir en todo: si en política llegó a ser ministro, presidente y personaje influyente en las soluciones críticas de mayor importancia, su deseo de mejorar y enaltecer nuestra capital le hacía convertirse en empresario de teatros, construyendo en un casi abandonado solar un magnífico circo, al que, transformado después en teatro, traía compañías de ópera con los más renombrados y costosos artistas, como eran por entonces Ronconi, Moriani, la Persiani,

(1) En un hermoso trabajo que con el título de *Miguel Servet y el descubrimiento de la circulación de la sangre*, publica en estos momentos *El Siglo Médico*, debido a la pluma del Sr. Howard R. Marraro (Bachelor of Arts), de Nueva York, afirma este señor que existen tres ejemplares del preciado libro. ¿Quién podía hacer a la pública cultura el regalo de una reimpresión de tal obra?

Tamberlick y otros, que alternaban con compañías de baile de espectáculo, de lujo inusitado hasta entonces, en el que hacía brillar a su preferida amiga la famosa Guy Stephan, al lado del no menos renombrado Petit-Pas, produciendo cada una de las representaciones de los famosos *ballets* un triunfo ruidoso y apasionado para su protegida, en la viva competencia que, a decir de los coetáneos, sostenía ella con otra protegida del general Narváez, para la cual aseguran que éste ideó levantar un verdadero templo en el elegante teatro del Oriente.

Fomentaba el ilustre banquero todo aquello en que creía ver un positivo valor: a su lado encontraron colocaciones codiciadas los ingenieros más renombrados, los literatos, los periodistas, hasta fundar órganos para la defensa de sus empresas, a cuyo frente ponía hombres políticos, dotándoles de sueldos pingües hasta entonces desconocidos en España.

Después de entrar el buen marqués de Salamanca en una ancianidad tranquila y de poder gozar con el espectáculo que de día en día se desarrollaba ante sus ojos en el espléndido ensanche dado a Madrid por el barrio que llevará siempre su glorioso nombre, se le veía, aunque arruinado, sereno, de modales agradables, de conversación ingeniosa, animada, pulcro en el vestir, ocupando algún modesto palco en teatros más o menos alegres y dirigiendo las inteligentes saetas de sus miradas a las actrices y bellezas profesionales. ¿Por qué recordaría yo una noche que lo veía en el teatro de Eslava dirigir sus gemelos a una *estrella* popular en aquélla época, cierto espiritual grabado de Gavarny que llevaba por título: *le lion devenu vieux?*

No paso una sola vez ante la estatua de este hom-

bre, colocada en el encruzamiento de las calles de Lista y de Velázquez, sin echar instintivamente mano a mi sombrero, por el espontáneo reconocimiento de ser él uno de los españoles que más han trabajado en provecho de la patria.

Los que duden de la exactitud de mi calificación de banquero romántico dada al marqués de Salamanca, lean algunos detalles que acerca del túnel del Canal de la Manga se describen en los Memorias de D. José Echegaray, entrando en pormenores acerca de la intervención de este último y de su compañero el ingeniero Brockman, en el proyecto muchas veces luego renovado y al que parece haberse opuesto siempre Inglaterra, persuadida por la Historia y por su buen sentido, a que uno de los elementos más poderosos de su independencia y hegemonía europea, consiste en su aislamiento terrestre que le ha puesto a cubierto de toda invasión desde los tiempos de César a los de los sajones, y luego hasta nuestros días, a pesar de Felipe II, de Napoleón y de todos los megalomaníacos pasados y contemporáneos.

Hablar de banqueros, de hombres de negocios, de cresos más o menos aventureros, y no acudir en mis *Paseos* a mi imaginación el famoso marqués de Campo, sería una cosa inexplicable; pero más inverosímil, aunque perfectamente explicable, parecería si yo contara todo cuanto de un modo positivo he sabido y presenciado en mi relación amistosa y profesional con aquella casa y con sus afines, familiares y dependientes.

Tenía el marqués de Campo un sobrino, D. José Maicas, de cuya probidad, rectitud y sanidad de conducta sería poco cuanto yo dijera. Este D. José Maicas, a

quien durante muchos años la sociedad de Madrid conoció con el nombre de Pepe Campo, fué adoptado, conducido a Madrid desde Valencia y educado por el marqués, cuando con ocasión de un viaje de éste a la ciudad del Cid con su esposa, apadrinó en la pila bautismal a Pepito, hijo de su primo del mismo nombre. No teniendo los marqueses hijos (por lo menos a lo que entonces se sabía), pidieron a los padres del recién nacido que consintieran el que consigo le llevasen, y después de alguna resistencia lo consiguieron, siendo desde entonces tenido el sobrino en las mismas consideraciones de hijo único y presunto heredero del fastuoso prócer. Enamorado luego ardientemente el joven Maicas de una hija de mi buena amiga la Condesa de Gra, Baronesa de Meer, casó con la simpática y virtuosa doña Amalia y desde aquella fecha comencé yo a visitar a las diferentes familias que en relación más o menos estrecha se hallaban con el marqués de Campo.

Tan completa fué la identificación del niño Maicas con su tío y tanto contribuyó éste a fomentar la idea de que como a hijo le consideraba y le estimaba para lo porvenir, que nunca, en ningún documento particular ni oficial, consentía que se llamase de otro modo que por el apellido Campo, a tal punto, que cuando pasados algunos años las versatilidades inconcebibles del rudo y desorientado banquero introdujeron modificaciones respecto al que fué su honradísimo protegido, tuvo éste que hacer una información judicial para que pudiera reconocérsele como suyo el título de licenciado en Derecho que con el nombre de José Campo había obtenido, por estar todas las matrículas y documentos extendidos con tal nombre. Yo tuve la honra de intervenir como

testigo de información en este singular expediente, manifestación clara del desenfado y la indiferencia con que el señor marqués consideraba, llevaba y traía las cosas más serias y respetables del mundo.

Como éste, que puede considerarse pequeño detalle, era la vida toda del banquero valenciano; fué mi cliente, como también lo fué en sus últimos días su esposa y su nuevo hijo adoptivo Pepito Bruna, llamado también en Madrid Pepe Campo, como lo fué Maicas en otro tiempo. La astucia intencionada del marqués le llevó a conducir este negocio de su posible posteridad, de modò tal que aprovechó la inteligente probidad de Maicas hasta los últimos momentos de su vida, mientras que en su testamento omitía todo beneficio en favor suyo y como por sarcasmo le dejaba de tutor y curador del niño que había venido a desbancarle.

Muchas de las circunstancias anteriores y la de haber sido yo también durante mucho tiempo médico y persona de confianza de la señora Recur, amiga íntima y en los últimos meses segunda-esposa del marqués, del hijo de esta señora, hoy poseedor de fortuna cuantiosa, y de varios empleados de la casa, entre otros del secretario particular del marqués, experto abogado que le preparaba los pliegos de condiciones para las subastas y poseía muchas de las confidencias de sus negocios, me ponen en condiciones para afirmar que aquel hogar, si hogar puede llamarse al conglomerado de personas que no se compenetran, contenido en el lujoso inmueble del Paseo de Recoletos, hoy propiedad de los herederos de otro banquero famosísimo, era un verdadero escenario de episodios de folletín a lo Sué, a lo Ponsòn du Terraill o a lo Zola.

Las intrigas pequeñas e incomprensibles, las rivalidades, los celos de todo linaje se agitaban en aquel interior, muchas veces dirigidos, excitados y aprovechados desde la casa no remota en que una astuta favorita disponía de manera incondicional de empleados, dependientes y criados a su devoción, interviniendo hasta en los menores detalles de los gastos y de la gestión de la casa. La hábil Egeria, que durante algunas horas cuidaba, consolaba y compadecía melosamente al caduco anciano, se sostenía con enérgicos y hábiles procedimientos.

Un día, como ella tuviese celos de alguna señora que concurría a la casa del marqués y supiera por confidencia lacayuna que éste había prometido una visita para el día siguiente, esperó paseando por la Castellana a que apareciese el coche del banquero; el auriga, que había recibido oportuno aviso suyo, pasó por delante de ella, quien haciéndole una seña le obligó a parar y abriendo la portezuela se sentó junto al marqués; éste, asombrado le preguntó: «¿Adónde va usted, señora?»—«A la calle de Tal—respondió ella—número tantos, no hace falta darle las señas al cochero.» Este recibió contraorden del marqués y guió hacia la casa de la intrépida interruptora.

La intervención de esta señora en los negocios, unas veces con conocimiento del banquero, y otras a espaldas y a expensas de éste, fué creándole una fortuna que se acrecentó de modo considerable por el testamento del prócer.

Imposible referir todo lo que referir se pudiera sobre este punto que verdaderamente desmiente un poco el calificativo de *romántico* aplicado a un hombre que, si

aventurero y arriesgado en los negocios, espléndido en las obras benéficas y fastuoso en las manifestaciones de su lujo, era en cambio brusco y violento en el trato íntimo, altanero y desigual con sus dependientes y tacaño hasta la sordidez en inverosímiles detalles.

He oído referir a uno de sus empleados ya antiguos, que tomó manifiesta antipatía a otro modesto, trabajador y honrado sin reproche. Dió el marqués en burlarse a expensas del pobre hombre y se divertía en llamarle a su despacho, cuando se hallaba de mal humor, para decirle al comparecer: «¿Qué quiere usted?» — «Me ha llamado el señor marqués». — «Yo, ¿para qué le voy a llamar a usted con esa cara de tonto, si no sirve usted para nada?» Salía el pobre empleado las más veces herido, casi lloroso, pero resignado por no perder su puesto necesario para su familia numerosa; pero sucedió un día que de mal humor Campo, y de no mejor su empleado, al recibir éste la consabida respuesta de la cara de imbécil, y de no servir para nada, perdió la cabeza y cogiendo un tintero de la mesa próxima le arrojó sobre su jefe, quien providencialmente pudo separarse, estrellándose el chirimbolo en la pared sobre su sillón; marchó el empleado a recoger sus papeles, y cuando en esta operación se encontraba, vino el secretario para llamarle de nuevo insistiendo hasta la violencia en que entrase en el despacho del jefe. Hízolo así para afrontar la escena que él supuso de la natural violencia, y al abrir la mampara se encontró con el marqués, quien sonriente y tendiéndole ambas manos le dijo: «Así me gustan a mí los hombres de vergüenza; le tenía a usted antipatía por que se aguantaba lo que le decía; desde hoy he dado orden de que le dupliquen a usted el sueldo».

Los episodios del embargo del suntuoso palacio, cuando todo Madrid suponía arruinado al ricacho, teniendo éste que acogerse al Código para que le fuese respetada su cama, preocuparon mucho tiempo a los aficionados a cosas estupendas y habladurías, no ciertamente a los que conocíamos algunas interioridades del marqués y sabíamos aproximadamente cuál era la situación de su cuantiosa fortuna y cuáles los procedimientos y habilidades que él empleaba para poder alternativamente demostrar su ruina o su riqueza según convenía a sus complicados negocios, a sus intrigas y a sus conveniencias del momento.

Hace muchos años leí en un libro que tenía por asunto la *Sociedad de Madrid*, que al hablar de este personaje aún vivo y en el esplendor de su riqueza, profetizaba que a su muerte, tardarían sus deudos y herederos más de treinta años en saber cuál era su capital y a quién le tocaría en mayor o menor proporción. Poco le ha faltado al profeta para acertar en la duración de la fecha, pero en el fondo acertó cumplida y perfectamente, y aquel formidable capital tomó direcciones inesperadas y no dejó de pagar el natural tributo a los elementos profesionales que en su aplicación legal y complicada intervinieron.

PASEO X

Más banqueros.

«Tu ne sauras jamais quelle saveur amère
A le pain que l'on mange á la table ètrangere
Et tout ce que l'on sent d'amertume et d'ennui
A monter les degrés de l'escalier d'autrui.»

Ignacio Figueroa,
Marqués de Villamejor.

«Nadie hay que juzgue tan necesaria la especificación de los talentos, como aquellos que no tienen talento alguno.»

Ich.

Vuelve hoy a mi pensamiento el tema de la banca romántica en su comparación con la banca actual calculadora y serena y de lo que la una como la otra significan dentro de la constitución social moderna; pero el tema me acobarda, por la pluralidad de aspectos que presenta y por lo mucho que en la determinación de su papel significa la influencia aislada de cada personalidad.

En España, durante cierta época, los banqueros intervinieron ardorosamente en la política, bien fuera por

ayudar a sus propias conveniencias, bien porque sus convencimientos les llevaran a pensar que fomentaban con su intervención el bienestar público y que de este bienestar debería naturalmente resultar un estado favorable al desarrollo de los grandes negocios, empresas e industrias. Salamanca fué hasta tal punto político, que desempeñó carteras de ministro, influyó poderosamente en el ánimo de María Cristina para el cambio de situaciones y ministerios y hubo de sufrir las consecuencias de las iras populares con persecuciones, ocultamientos, saqueo e incendio del propio domicilio. De Busenthal ya he dicho que improvisándose diputado arriesgó en su primer discurso todo el proyecto de sus evidentes ambiciones, viniendo la oratoria en aquella ocasión a ser un resorte político salvador, pues mató con el ridículo y el fracaso las aspiraciones de una impaciencia arribista. Campo, Manzanedo, Cayo del Rey, Sevillano y el primer Comillas es fama que influyeron poderosamente en el hecho de la restauración, y sería inacabable la lista de los que con más o menos importancia acuden a mi memoria como alentadores materiales de las ambiciones orleanistas, fomentadores de los disturbios republicanos y generosos devotos contribuyentes de las reivindicaciones absolutistas.

También este tipo del banquero político llegó a nosotros *traducido:* su verdadera personificación nos la dió Francia en el pseudo romántico Laffitte.

¿Quién no sabe lo que sobre éste se cuenta? Alma de la revolución de 1830, murió gozando del espectáculo de la prosperidad de la Monarquía de Luis Felipe que tan poderosamente contribuyó a consolidar.

Hízole conocido y aun popular en nuestro país la

repetida anécdota del alfiler. Los españoles amamos las anécdotas de índole personal e histórica, y alrededor de una más o menos fantástica, pero impresionante, construímos la reputación y el juicio en una personalidad, costando luego mucho trabajo modificar el indeleble fallo.

Sabido es el cuento según Laffitte, pretendiente en casa de Perrégause, recibió una negativa a su demanda de un modesto empleo. Al salir de casa del banquero y atravesar el patio vió Perrégause desde una ventana que el joven postulante se inclinaba al suelo, cogía un alfiler, y después de limpiarle le clavaba cuidadosamente en la solapa de su levita. Formando por este acto juicio de las condiciones de orden y economía de Laffitte, hízole llamar y le colocó en sus oficinas, de las que ya no salió, hasta el punto de sustituir al jefe en sus negocios.

Durante mucho tiempo representó Laffitte el poder financiero de Francia; y de lo que era como hombre son prueba los hechos de haberle confiado su fortuna personal Luis XVIII al salir expulsado por el efímero Imperio de los Cien días; Napoleón, al marchar a Santa Elena y antes el duque de Orleans, durante sus tentativas y aspiraciones. Aquellos hombres que sabían de él que era su adversario político, fiaban en su probidad hasta entregarle su fortuna, y Bonaparte dió en su lenguaje gráfico la explicación del asunto, diciendo: «Es mi enemigo, pero hombre honrado».

Vuelvo a España mi pensamiento, y antes, o mejor dicho, sin entrar en consideraciones acerca de otras personalidades bancarias que sucedieron a las antes descritas y sobre las cuales carezco de detalles *perso-*

nalmente vividos, he de ocuparme de un hombre notable en quien se significa en España esta transición de la banca de aventura a la del negocio cierto, a la de la firmeza en las operaciones y a la de seguridad en los planes. De ésta en que hoy figuran nombres que todo el mundo tendrá en el pensamiento, no tiene para qué fijarse el mío, pues aunque en ella cuento con respetables y dignos amigos, no lo son en grado tal que justifiquen el que yo entre en detalles acerca de su personalidad y de su historia.

Paso también rápidamente por el recuerdo de mi amigo fraternal de la juventud Manuel Arnús, excepcional estudiante de Medicina, médico ilustre que obtuvo los primeros lugares en los Cuerpos del Hospital General y de Baños y que cuando aún no tenía treinta años, cambió de rumbo para dedicarse a la banca, trasladándose a Barcelona al lado de su tío D. Evaristo y llegando a reunir una de las más grandes fortunas de España. Me complace el poder decir que en esta decisión y cambio de sus poderosas aptitudes intelectuales tuve yo grande y quizá decisiva influencia; y aún recuerdo un largo paseo en el Salón del Prado, solitario y casi sombrío en una noche de invierno, en la que mi buen amigo Manolo, hasta entonces émulo fraternal mío en las luchas médicas incipientes, me consultaba acerca de sus nuevas aficiones y de los alicientes que le ofrecía el poderlas cumplir al lado de su tío. Arnús no fué visitado por la fortuna para recorrer en brazos suyos un porvenir risueño; cambió con dolor una fortuna por otra, pues dado su valer, su laboriosidad, su perseverancia y el amor a la ciencia que él tenía, hubiera, sin duda alguna, recogido en el campo de la Medicina, si no tan prove-

chosos lucros, muchos más abundantes laureles que en el de la Banca.

Me lleva, naturalmente, la serie de mis ideas a ocuparme en la descripción de la personalidad a que antes aludía, característica como ninguna otra en el terreno de los asuntos que hoy me ocupan: es ésta la del marqués de Villamejor.

Madrid, muy especialmente, aunque yo creo que en mayor o menor grado todo el mundo, desea formar rápidamente juicio sobre las personas y las cosas; y fundando este juicio sobre ideas y hechos muchas veces ligeros y baladíes, cuesta mucho trabajo el que la historia bien documentada, la reflexión y la lógica intenten desarraigar los improvisados conceptos nacidos de impresiones más o menos infundadas.

Digo todo esto, porque ¿a quién podré yo convencer de que el marqués de Villamejor era un hombre idealista, romántico, amante de las Bellas Artes y poeta selecto? Pues bien; todo esto era, y el que imparcialmente siga el desarrollo de mis recuerdos fehacientes, que por base tienen el trato prolongado e íntimo de su distinguida familia, acabará por darme la razón.

Verdaderamente, quien en mayor o menor grado tratara a aquel hombre enjuto, de edad avanzada, pulcro aunque desaliñado en el vestir, hosco en el trato, violento en las breves afirmaciones con que ponía fin a todo diálogo y del cual se contaban las más fantásticas y variadas anécdotas, encontrará difícil la rectificación a que me lleva el conocimiento positivo que creo tener de las cosas.

El Sr. D. Ignacio Figuerca y Mendieta era hijo de un oficial del Ejército español, llamado D. Luis, quien

herido y desterrado, hubo de instalarse en Marsella en los primeros años del siglo XIX. El carácter activo y emprendedor del proscrito hizo que no permaneciera en la inacción y que, escarmentado de los reveses políticos, en vez de dedicarse como los demás emigrados a eternas intentonas y a lamentaciones estériles, se aplicase a los negocios industriales de que veía ejemplos en la rica ciudad meridional francesa. Cuentan que la adquisición malbaratada de una gran partida de aceite averiado le hizo concebir la idea de aprovecharla en la fabricación del jabón, con tal oportunidad y acierto, que de esta primera empresa nació una rápida prosperidad, robustecida en otros no menos acertados negocios.

A mi vista tengo dos autógrafos auténticos firmados el año 39, el uno por el presidente de la Cámara de Comercio y el otro por el alcalde de Marsella, en los que se dan las gracias a D. Luis Figueroa, ciudadano español y negociante, por haber prestado sus lujosos trenes y puesto a disposición del entonces Príncipe heredero duque de Orleans el palacio de su propiedad lujosamente amueblado, durante la residencia en Marsella del presunto heredero de la Corona.

Refiero esto, para empezar a deshacer leyendas salidas no se sabe de dónde y según las cuales el marqués de Villamejor a quien hemos conocido, era hombre de modesto origen y que había labrado su fortuna con oscuros negocios de usura o de manipulaciones poco importantes. Nada de ésto; como se vé, la fortuna le venía a D. Ignacio de su padre, quien no podía conseguir de aquel hijo único que le imitara en su aplicación y amor a los negocios. Prueba al canto.

Como D. Luis Figueroa emprendiese los negocios

del plomo en España, que luego fueron el verdadero fundamento del grande auge de su fortuna, encargó una vez a su hijo Ignacio que fuese a realizar una operación de compra a las minas de Levante, ya entonces en próspera explotación. El joven *sportman* marsellés, más dado a la vida de ostentación que a los negocios, tomó la considerable suma que su padre le entregó al hacerle el delicado encargo, para apartarle de la vida superficial que en Marsella hacía. No contó el padre con lo decisivo del carácter del hijo, ni con sus ciegas aficiones a la equitación y al mejoramiento de la raza caballar, que luego han sido tradicionales en la familia, y con efecto, supo pronto que el dinero dado para la compra de los plomos, había sido empleado en la adquisición de una preciosa *cuadra* de espléndidos caballos de raza, que desembarcaron en el puerto de la ciudad fabril con admiración de los marselleses y natural desolación y enojo del viejo negociante. Tal era por aquella época D. Ignacio.

Poco después de la violenta separación del padre y el hijo a consecuencia del referido suceso, consiguió el primero enmendar un tanto la conducta de su heredero, quien después de casar con doña Ana Torres y al fallecimiento de su padre, cuando todo el mundo esperaba ver disiparse la sólida fortuna con esfuerzo y trabajo reunida, he aquí que el superficial caballero, el joven calavera, se mete en su despacho, se hace cargo de los complicados negocios paternales y trabaja con perseverancia inteligente y no interrumpida, hasta que a su vez la muerte puso fin a sus días a más de noventa años de edad.

La energía del carácter, un tanto violento y áspero

del que fué marqués de Villamejor por su matrimonio, fué exacerbándose con la edad de modo que disculpa el adverso concepto de las gentes, por una sordera acentuadísima que le hacía amar la soledad, rehuir las conversaciones prolongadas y tener esa suspicacia recelosa tan frecuente en las personas faltas de oído.

La manera como Villamejor ponía fin a las conversaciones, temeroso de no poder terciar airosamente en ellas, al propio tiempo que ganoso de no ser interrumpido en sus pensamientos, ni distraído de su constante aplicación a los negocios, era a veces verdaderamente cómica. Conmigo, por ejemplo, a pesar de la cariñosa consideración que me tenía, era muy frecuente que cuando apurado por una hemorragia o por algún síntoma que hacía temer por su vida a su mujer y a sus hijos, llegaba yo a su cabecera, me decía en brevísimas palabras lo que le pasaba, me alargaba el pulso, me hacía un signo interrogatorio con la cabeza, y al oír o adivinar lo que yo para tranquilizarle me esforzaba en hacerle entender, ponía fin a la escena diciendo: «¿No hay miedo...? ¡Bueno, pues adiós!», y me estrechaba la mano, volviendo luego a sus lecturas y a sus apuntes.

Cierto día en que se hallaba recluído en su alcoba por un afecto poco importante, pero en que quería saber mi opinión acerca de la salud de persona que le era muy querida, como viese que miraba yo con cierta curiosidad el libro que abierto ante sí tenía, me dijo señalando una página del *Otelo*, de Shakespeare: «Esta es la página más hermosa del más grande de los poetas del mundo», y recitó de memoria y en inglés las exclamaciones del infeliz Otelo al renunciar a sus pasadas glorias por las venenosas insinuaciones de Yago. Quedé

un tanto confuso, y comprendiéndolo D. Ignacio, habló durante algunos minutos del consuelo que proporciona el cultivo de las letras en los espíritus solitarios, trabajados por las luchas de la vida y desalentados por las impotencias de la edad.

Salí dé aquella alcoba como quien ha hecho un inesperado descubrimiento; y como se lo participara a mi íntimo y cordial amigo el conde de Mejorada, hijo predilecto del marqués, hízome D. Gonzalo confidencias, que confirmadas documentalmente constituyen la rememoración de mi paseo de hoy.

Villamejor no solamente era un devoto del arte poética, era un poeta, y un buen poeta, que producía correctos versos franceses, traducía a Horacio, criticaba con riguroso acierto a los contemporáneos y escondía cuidadosamente tales aptitudes, temeroso sin duda de las precipitaciones del juicio general de las gentes.

Hacía bien el marqués: todo el que necesita cultivar uno de esos ramos de la actividad humana que el mundo considera como necesitado de una seriedad solemne, debe ocultar con todo esmero sus facultades de músico o de poeta. Si se hubiera sospechado *en Bolsa* que Villamejor hacía versos latinos, nadie le hubiera confiado una negociación, y los apelativos de viejo chiflado, de loco y de persona poco digna de confianza, hubieran sustituído a los juicios de hombre rígido, firme y acertado en sus operaciones.

Nadie hay que juzgue tan necesaria la especificación de los talentos, como aquellos que no tienen talento alguno; en su absoluta deficiencia no comprenden que alguno tenga varias aptitudes, cuando ellos carecen de todas.

Cuando al día siguiente de aquella breve escena insistí en expresar mi asombro al entonces conde de Mejorada, mi siempre filial amigo, díjome éste que me haría conocer algunos versos de su padre que en su poder tenía, y con efecto, días después me leyó en hermosos alejandrinos franceses una composición digna de ser, como lo era, retenida por él de memoria; pero que no he podido después cotejar.

Como quiera que no me faltan datos documentales que abogan en el sentido de este juicio acerca del viejo marqués, no es menester de una composición determinada para la demostración de lo que vengo diciendo. Una sabrosísima anécdota, que me revelan algunos autógrafos que ante mí tengo, merece no pasar desconocida.

Allá por el año 1863 publicó el gran Ventura de la Vega su última tragedia, *La muerte de César,* antes de darla al teatro, de ser ejecutada por el gran Julián Romea, dando lugar a críticas con su interpretación, que a su vez fueron motivo de la publicación de un folleto escrito por el gran actor, en defensa de cómo él había concebido el personaje de César y que tenía por título *Los héroes en el teatro.* En el tiempo que medió desde la publicación de la obra a su estreno, todo el Madrid literario y aficionado se ocupaba en celebrar y hacer augurios sobre la producción de su poeta favorito; hasta yo mismo, que entonces contaba trece o catorce años, recitaba de memoria escenas enteras y me recreaba en la descripción, que aún pudiera recitar, del banquete romano en que se cantan las ostras del Lucrino, los vinos bebidos en vasos *murrhinos*, y el

«...pavón de Juno,
Que cual rey del banquete se presenta,
Bajo el dosel de su rizada pluma,
Que en tornasoles fúlgidos ostenta.»

Pues bien, en aquellos momentos, escribió Villamejor una carta a su amigo D. Ventura de la Vega, advirtiéndole que un su amigo de París le había escrito, asombrado de que el Sr. Vega se hubiese permitido reproducir escenas enteras de un drama suyo, llamado *Brutus*, y que como demostración del plagio, le enviaba toda una escena (la más importante de la tragedia) entre Bruto y César. El buen D. Ignacio acompañaba en su misiva a Vega los versos franceses aludidos, que constituían un tan evidente como extenso alegato.

Del asombro de D. Ventura es muestra la siguiente carta, que a la letra copio y cuyo autógrafo poseo:

«Señor marqués de Villamejor. Querido amigo: Viendo que eran ya las tres y media, me figuré que algún quehacer le había impedido a usted venir a verme, y quise aprovechar el buen día saliendo un poco en carruaje. Ayer fuí a su casa de usted: el portero me dijo que había usted salido, y yo no llevaba tarjetas. Mucho deseo que hablemos, porque el papel que me ha enviado usted me tiene sorprendido hasta lo sumo. ¿Cómo es posible que exista esa escena en un autor francés? La mía no es ya *reminiscencia*, sino *traducción;* y, sin embargo, yo le juro a usted que esta es la primera vez de mi vida que leo tales versos. Digo yo al empezar la escena:

«Tú me comprendes, Bruto: no desea
Adulación servil el alma mía».

y dice el francés:

«Tu m'as compris, Brutus; la flatterie infâme
N'a jamais, tu le sais, eu d'accès dans mon âme.»

Es idéntico, lo uno a lo otro; y al verlo me vuelvo loco. El resto de la escena es lo mismo: lo que Bruto le dice a César, pidiéndole que abdique: lo que César le contesta, comparando a la Roma de entonces con la Roma de antes, todo, todo es igual. Habernos encontrado en un pensamiento, en el giro de un verso, podría ser, aunque ya me sorprendería; pero en una *escena entera*, es cosa *inverosímil*, *imposible;* así es que yo he llegado a sospechar que el que le ha enviado a usted esa nota de París ha querido darnos un chasco, y ha hecho él mismo esa casi traducción de mi escena, en versos que prueban que es poeta. Tengo una idea vaga de que me dijo usted que la carta era de Mr. Méry: si es de él, me confirmo en mi sospecha. Crea usted que no puede ser otra cosa: yo me atrevo a apostar cuanto tengo a que no me enseñan un autor en que se halle esa escena que le envían a usted. ¡Es imposible! He buscado las obras de *Du Belloi* en las librerías, y no las he hallado: ya le dije a usted que no las he leído nunca.

Hasta la vista, pues, suyo afectísimo amigo, *V. de la Vega.* 5 de Junio.»

¿Qué había pasado? ¿Cómo explicarse la extraña coincidencia o el desvergonzado *fusilamiento?* Pues es muy sencillo: según Ventura de la Vega sospechaba, un *chasqueador* había traducido en correctos versos franceses los no menos correctos castellanos de la tragedia, y el *ehusco* era el mismo señor marqués de Villamejor, que según Vega declara en su carta, demostró ser un ver-

dadero poeta y además un bromista de primer orden.

No puedo resistir a la tentación de reproducir otra composición que juzgo de interés por referirse a uno de los sonetos más populares y repetidos del gran Argensola, que dice:

«Yo os quiero confesar, Don Juan, primero,
Que ese blanco y carmín de Doña Elvira,
No tienen de ella más, si bien se mira,
Que el haberle costado su dinero.
Pero también que me confieses quiero,
Que es tanta la beldad de su mentira,
Que en vano a competir con ella aspira
Belleza igual de rostro verdadero.
Mas ¿qué mucho que yo perdido ande
Por un engaño tal, pues que sabemos
Que nos engaña así Naturaleza?
Porque ese cielo azul que todos vemos
Ni es cielo, ni es azul; ¡lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza!»

Esta admirable composición fué traducida por don Ignacio al francés en los siguientes versos inéditos:

«Biarritz.
Eh bien, oui, j'en conviens: ce teint que l'on admire,
Ces roses et ces lys, cet éclat enchanteur
N'appartiennent vraiment à la divine Elvire
Qu'autant qu'elle a payé son discret fournisseur,
Mais avouez aussi que cet attrait menteur
Est tel, que le sachant, nulle beauté n'aspire
Par des attraits réels à disputer l'empire
Qu'exerce sur nous tous ce prestige vainqueur.
Mais pourquoi s'étonner de l'erreur que j'adore,
Quand la nature aussi nous trompe a chaque pas?

Le ciel bleu par exemple, ignorez-vous encore
Qu'il n'est ni ciel ni bleu? quel malheur n'est-ce pas
Que de tant de beauté l'assamblage admirable
Ne soit pas vu de prés tout entier véritable!»

A su vez Ventura de la Vega tradujo en versos castellanos una bella poesía, escrita en francés por el marqués de Villamejor:

«Yo vi una noche en la pared sombría
que entre sueños me pintan mis antojos,
a un joven con afán fijos los ojos
en cierto pozo do beber quería.
Allí sin soga y cubo el insensato
oro y joyas tiraba en su arrebato;
mas de aquel manantial atormentado
a sus labios el agua no subía.
«¡Qué locura», exclamé; «por vida mía,
tan sólo por beber has malgastado
lo que hiciera de un reino la riqueza!»
Mas mirándome el joven con tristeza,
«Amigo», prorrumpió, «¿qué es lo que extrañas?
¿No has tirado tú mismo
de una mujer helada, sin entrañas
al yerto corazón, perdido abismo,
las ricas joyas de tu alma, dime,
sin que al labio subiera
ni una gota siquiera
de aquel divino amor, raudal sublime?»

Y tendría para largo rato si siguiese reproduciendo apólogos, traducciones de Lope de Vega, madrigales amatorios del gusto de la época ultrarromántica y otras composiciones que con complacencia he saboreado, y algunas de las cuales tienen fechas que acreditan la edad nonagenaria del vate.

Terminaré, no obstante, por asegurar, con no menores pruebas que las que permiten formar sus talentos literarios, que el viejo marqués de Villamejor, áspero en la apariencia, brusco en sus decisiones y un tanto violento en sus afirmaciones políticas y financieras, se encontraba muy propicio a vibrar con los sentimientos nacionales y a hacer considerables dispendios en honor del prestigio y del realce nacional.

En uno de los números de *Heraldo de Madrid* de Mayo de 1898, se lee un suelto que dice:

«¡VIVA ESPAÑA!

(AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE VILLAMEJOR)

Villamejor: 1.000.000.

Desde la Contaduría del teatro Real nos comunican por teléfono, a la una de la tarde, la siguiente agradable noticia:

«En este momento entrega el señor marqués de Villamejor por un palco *cincuenta mil duros.*»

(Heraldo de Madrid.)

Marqués y noble señor:
no tengo el inmenso honor
aún, de conocer a usted;
pero juro a su merced
que en vez de Villa-*mejor*
cuantos en España alientan,
cuantos en el alma sientan
de la patria el santo amor,
le han de llamar, sin que mientan,
desde hoy Villa-*superior*.

Su rasgo no es de banquero:
es rasgo de caballero,
que el hispano orgullo excita:
¿si no es para eso el dinero,
para qué se necesita?
....
....

Nicolás Muñoz Cerisola.»

No he de callar, pues que a mi memoria acude, el aludir a lo que Villamejor hizo en el recibimiento de Alfonso XII a su visita al Arsenal de Cartagena, cuando se quiso realizar el sueño de la reconstrucción de nuestra escuadra. En cartas que a la vista tengo, leo la descripción entusiasta que hace el marqués a su familia de los preparativos por él dispuestos, mencionando los escalones de lingotes de plata, los arcos y pirámides de plomo argentífero, el embaldosado del camino con planchas y tableros de zinc y los refinamientos y agasajos de que fué espíritu el buen patricio.

Con mucho gusto, con verdadero deleite hago estas rememoraciones, no ocultándoseme al hacerlas que no faltará quien piense de alguna manera poco caritativa al querer interpretar el móvil de mi conducta.

¡Honni soit qui mal y pense! Muéveme sólo el deseo de combatir en un caso particular esta pícara inclinación de nuestras gentes españolas, que les lleva a formar los juicios improvisadamente acerca de personas y de cosas, dándose, por tanto, mejor informadas sobre ellas, cuanto menos de ellas conocen. Los madrileños y aun los españoles en general, son bebedores que se contentan con leer las etiquetas de las botellas sin saborear el líquido que contienen ni entrar en discernir si están

o no trastrocadas; comedores de *menus*, se dan las más veces por satisfechos con leer la carta o minuta sin saborear los manjares.

Pero miento; algo ha habido en mí que me ha llevado a escudriñar en esta rectificación del personaje que he procurado describir; y no ha sido este algo solamente el deseo de contar novedades. Hay en este caso mucho de tributo rendido a la memoria de uno de los amigos a quienes con cariño más entrañable y paternal he querido; al que fué segundo y murió siendo primero de los hijos varones del marqués de Villamejor, al que llevó un día el título de conde de Mejorada, y últimamente el de duque de las Torres. Este que comenzó por ser cliente mío muy afecto, al cabo de una serie de procelosas enfermedades y arriesgados tratamientos, de más de veinte años de cuidados en que puse todo mi cariño, y al verle recompensado por otro igual, todos los desvelos que me inspiró mi corazón, sé seguramente que me agradecerá lo que de su padre diga, por habérmelo él sugerido en las referencias que su cariño y su admiración le dictaban y que él sabía que por mí eran bien comprendidas.

PASEO XI

Cómo caen las monarquías.

29 de Septiembre de 1868 — 29 de Septiembre de 1922

«Quien no hubiere sido rey, siempre será temerario, si ignorando los trabajos de la majestad, la calumniare».

Quevedo.

«Nadie como los reyes necesitan prudencia, y el principal oficio de ella en los monarcas ha de ser conocer con la experiencia los naturales, los cuales se descubren fácilmente por los trajes, por los movimientos de las acciones y de los ojos y por las palabras».

A. Bermejo (?) (1).

No basta procurar con voluntad bien meditada y no menos decidida, el alejar el ánimo de las preocu-

(1) Añado un interrogante a la firma del autor, aunque tomo textualmente sus palabras de la *Estafeta de Palacio*, en la carta que dedica a describir los últimos días del reinado de Doña Isabel II, porque, siendo frecuente en el Sr. Bermejo, sin duda por sus muchas lecturas, el confundir y citar como propios pasajes de autores clásicos y pareciéndome que éste tiene sabor de ello, dudo si es suyo o de Saavedra Fajardo.

paciones políticas, a aquellos que durante su larga vida han prestado culto incesante al patriotismo, y se han sentido inspirados y sostenidos por el convencimiento de las grandezas de la Patria en un futuro inmediato.

Si en alguno de ellos se agrega a estos constantes sentimientos el instintivo amor al estudio de la Historia, siquiera no haya sido como doctrina bien organizada y seriamente constituída en Ciencia, sino como aglomeración incoherente, incongruente y anacrónica de anécdotas, sucesos y fenómenos desarrollados en determinadas épocas, y fuerzas innegablemente activas en la vida de los pueblos; si estas dos cosas se aunan en la vejez, es muy difícil que, quien las experimenta, deje de sentir cierta tendencia a aplicar a los tiempos actuales lo aprendido en los pasados, y sentida esta tendencia, es difícil que el viejo deje de asombrarse de la confiada tranquilidad en que viven los hombres y las Instituciones de su tiempo, en circunstancias y al través de sucesos idénticos a los que, en otras épocas, han tenido funestos y elocuentes resultados.

Preocupábame hoy el haber terminada la lectura, por segunda o tercera vez hecha, a largos intervalos una de otra, del libro del Sr. Bermejo, que lleva por título «La Estafeta de Palacio», y que tiene por motivo el relato muy documentado y lleno de detalles, y el estudio, algo pretencioso y no siempre original, de los sucesos ocurridos durante el reinado de Doña Isabel II, y de los principios de la Revolución de su tiempo.

En los tres gruesos volúmenes que componen esta obra llena de datos, de documentos originales, de correspondencias particulares y de observaciones propias,

sobra mucho, y lo que abunda de estimable hubiese constituído un verdadero tesoro para los estudiosos, si el autor no se hubiese empeñado en imitar a Tácito, a Solís y a Saavedra Fajardo, hasta el punto de reproducirles, sin la debida probidad del reconocimiento, y no siempre con la oportunidad que exigen los intereses de la narración y la impaciencia de los lectores.

«Así yo meditaba en tanto paseaba, esta mañana mismo...» y tras de la rememoración de los hechos referidos por Bermejo y recordados por mí, por la viva impresión que en mi juventud hicieron, iban saliendo, como cerezas, otros recuerdos de lecturas en que desfilaban relatos de Thiers, de Le Notre, de Laurent, de Mariana, de Quevedo, de Gracian, de Saavedra Fajardo, de Navarrete y de ¡qué se yo cuántos otros! que acudían desde el fondo más recóndito de mi pensamiento, trayendo las imágenes de Luis Felipe, de Carlos X, de Luis XVIII, de Napoleón el Grande, de Napoleón el Pequeño, del Rey de Hannover, del de Nápoles, de los Grandes Duques de Módena, de Parma y de Toscana, de Carlos IV y Fernando VII, y de Reyes y Príncipes medioevales (como ahora se dice) y de la antigüedad, y pasan las casas de Suavia, destronadas por las de Hasburgo, que a su vez pordiosean hoy por las naciones europeas rumiando su Christus (Austria Est Imperium Omni Universo), y después de estas rememoraciones y del recreo de recordar las frases transcendentales y profundas de los que han aleccionado príncipes desde Séneca a Fenelón, terminaba yo siempre mis peripatéticas reflexiones, diciendo: «Pero Señor, ¿sirve de algo el estudio de la Historia?...» «¿Cómo siendo cosa tan monótona y repetida lo que de su lectura se deduce, puede todavía re-

crearnos y puede todavía (y esto es lo peor) no servirnos de nada?»

Un aficionado no presuntuoso, puede muchas veces sacar de los asuntos transcendentales consecuencias, que no se les ocurren a los grandes pensadores y a los filósofos de cartel, al analizarlos y darles forma solemne y decorosa. Se diría que los tales aficionados son como los peatones que recorren un país, junto a los que cabalgan bien montados, o ante los que le atraviesan en posta, ferrocarril o automóvil; estos últimos nunca llegarán a sacar el fruto de la observación de detalles del que hasta las arenas y hierbecillas puede conocer, pues por algo hubo quien dijo (juro a Dios, que no sé quién; pero me parece que Cherbuliez) que «Las águilas son malas andadoras».

Perdónese, pues, alguna reflexión sacada del libro de «Memorias» de un andarín sin pretensiones, aparte de las que deducir se pueden de su constante amor al mejoramiento nacional y humano.

Jamás en la historia de su reinado pudo tener Doña Isabel II mayor tranquilidad que en el verano de 1868, siquiera acabase de privarle la muerte de dos varones que tanto influyeron en sostener su trono, como O'Donnell y Narváez. González Bravo, enérgico y envanecido, al frente de una mayoría compacta y numerosa, como ninguna otra se había sentado en el Parlamento español, contaba vencidas recientemente las intentonas de Aranjuez, de Valencia y del Ampurdan; pero tal arte se dió, que, en los días que mediaron del 18 al 29 de Septiembre, es decir, en once días, resultó imposible el sostener el trono y la situación que él suponía inquebrantable, habiendo que aconsejar a la Reina que, dejando

su residencia veraniega de Lequeitio, tomara el tren, pasara la frontera y diese el tristemente ridículo manifiesto de Pau.

El caso no era insólito: algún tiempo hacía que Carlos X, desde su residencia de Saint-Cloud, cuando más firme se creía ya, anunció sus famosas «Ordenanzas», no pudo siquiera llegar hasta París, del que no estaba alejado más de 10 kilómetros, y, rodeado de todo su ejército, se vió en veinticuatro horas forzado a tomar el camino de Cherburgo, para no volver, ni él ni ninguno de su dinastía, a reinar en el país, desde el que sus antecesores habían dado leyes y monarcas a casi todo el mundo civilizado.

Más próximo aún era el caso de aquel Rey-burgués, quien, preocupado por apariencia externa de la adulación a su pueblo, y de la identificación con sus intereses materiales y morales, no logró nunca ser amado (si es que algo significan el número de motines, asonadas, y, sobre todo, de atentados de que fué objeto en los diez y ocho años de su reinado) y cuando más firme se creía, contando con su ejército, con su guardia nacional, con una mayoría firme y compacta como ninguna otra, y con el respeto de las naciones extranjeras, tuvo en cuarenta y ocho horas que salir huyendo, ante los gritos de exigencias de la *Reforma Electoral*, sin que aquellos numerosos batallones hicieran poco más que deplorar su ausencia, poniendo arriba las culatas de sus fusiles, y fraternizando con la muchedumbre republicana y socialista, que hasta en aquellos momentos no había merecido la preocupación del casi constante ministro Guizot, con quien Luis Felipe se hallaba tan encariñado.

Estos tres casos de monarquías constitucionales, des-

prendiéndose rápidamente cuando más seguras y prósperas se creían, son muy dignos de la reflexión de los gobernantes, sobre todo en aquellos países en que estos últimos no estén históricamente representados por personalidades de tanto prestigio, tan elevado entendimiento y tan decidido carácter, como los que intervenían en los lamentables hechos que acuden a mi recuerdo.

¿Qué rey puede considerarse seguro en su trono después de leer estos acontecimientos, sobrevenidos en los reinados de sus antecesores pacíficos, ó de repasar las escenas de Fontainebleau que vieron caer al más grande de los guerreros de la época moderna, o las de Spa en que se rindió despavorido, trémulo y aun agarrado a la esperanza de reinar, este Guillermo II, cuya soberbia y ambición han contribuído a que la Historia del mundo civilizado retroceda un siglo de una manera inevitable!

¿Quién puede fiarse en el amor de su pueblo, en la eficacia del ejército en lo interior, ni en el apoyo de las potencias extranjeras, cuando se repasan los sucesos de Bayona, de Hannover, de Querétaro y de tantos y tantos más? ¿Quién no encuentra que pudiera ser tan peligrosa una bandera de procesamientos o reformas, como las Ordenanzas de Carlos X y la *Modificación Electoral* de Luis Felipe?

Pero vamos a cuentas: ¿dónde voy con estas ideas y de dónde me vienen ellas? Pues de cierto no lo sé; ya que después de todo no significan aplicadas a lo que llamamos las *grandezas humanas*, más que lo que es una verdad tan vulgar como eterna en la vida real de todos los hombres; y es que será un mentecato el que no piense cada día, que en aquel día mismo puede morir; y al propio tiempo, que su deber moral le impone ajustar

su conducta de tal modo como si fuera a vivir muy largos años.

Por lo demás, quien quiera ver en estas amargas y vulgares reflexiones una tendencia pesimista, o una acritud de oposición, es grande el error en que incurre, pues ni con el deseo ni con la reflexión espero que los hechos se repitan; pero el no esperarlo ni desearlo, no es razón para no temerlo.

Quizá otro día me entretenga en desmenuzar estas cosas que a retazos he mencionado; pero conste que será por puro recreo de una memoria que fué estudiosa, sin darse cuenta de que estudiaba, que es como más provechosos suelen ser los estudios.

No se pretenda pues, ver en estas reflexiones de índole histórica, tendenciosas aplicaciones a lo porvenir o a lo presente. En el mundo físico, como en el moral, y por lo tanto, en la Historia, los casos particulares, sin desmentir la regla, parecen escapar al rigor de sus aplicaciones.

Después de todo, hoy, en el año de gracia de 1922, es decir, ocho años después del comienzo de la espantosa guerra mundial, no cabe pensar en cómo ha caído tal o cual monarquía; porque lo que en la guerra ha resultado herido, ha sido la *monarquía*.

Cuando en mi juventud leí y hoy por azar he vuelto a leer la frase de Jefferson, según la cual «si se pudiesen poner en una balanza todos los inconvenientes que pueden resultar entre nosotros de la forma republicana desde hoy hasta el día del juicio final, y en otra balanza todos los males que el gobierno monárquico ocasiona a este país durante una sola semana, estos últimos pesarían mucho más que los otros»; cuando reflexionaba

sobre tal frase la encontraba de una exageración sectaria, todavía menos explicable si se tiene en cuenta que Jefferson escribía esto en 1787, o sea *dos años antes* de la toma de la Bastilla, verdadero acto inaugural del *hecho revolucionario* en Francia. Hoy no puedo calificar tal frase de exagerada, si pienso que la declaración y provocación de las guerras de 1870 y 1914, preparadas, provocadas y determinadas por monarcas casi autócratas como los emperadores de Francia, Alemania y de Austria, han producido solamente en la última 4.000.000 de muertos, seis de inutilizados, el empobrecimiento indefinido de la totalidad de Europa y el atraso también indefinido de la civilización humana.

No puede negarse que el ilustre presidente de la República norteamericana vió con claridad lo que al cabo de un siglo había de suceder sobre lo que ya la historia le había enseñado.

Sin llegar a la pública humillación de los silbidos y pedradas entre los que cae sin defensa un Pedro de Médicis, a pesar de la gloriosa tradición de Lorenzo, las Monarquías hoy caen en medio de la frialdad y de la indiferencia o tras los fracasos ruidosos de un Napoleón III y un Guillermo II, o tras la política desgarbada y vulgar de un Carlos X, un Luis Felipe o una Isabel II.

¡Cuántas otras enseñanzas nos suministra la Historia!

¡29 de Septiembre de 1868!

«Multa renascentur...»

¡Hoy hace *cincuenta y cuatro años!*

La mañana se presenta tan espléndida, apacible y soleada, como aquella de hace medio siglo que sirve de epígrafe a este capítulo.

Once días llevábamos los aficionados revolucionarios, en que debíamos contentarnos con las noticias semioficiales, esperando de un momento a otro la grande y anhelada noticia. Sabíamos ya desde el día 18 que la escuadra surta en Cádiz bajo el mando del vicealmirante Topete se había sublevado, dando al país un manifiesto, cuya redacción se sabía ser obra del gran literato Adelardo López de Ayala, y en el cual, antes de su epifonema sintético de ¡viva España con honra!, se exponía la larga enumeración de quejas y denuncia de abusos a que había dado lugar la actuación de los gobiernos de los últimos años. Sabíase también que los generales desterrados en las Islas Canarias volvían en un buque mercante que llevaba el nombre de feliz augurio de *Buenaventura* (en el que por cierto al año siguiente hice yo una pequeña travesía desde Bilbao a Gijón, en compañía de mi fraternal amigo Luis Adaro). Nadie recordaba, al leer más o menos clandestinamente el manifiesto de Ayala, signado y autorizado por Serrano, que aquellas frases en que se expresaba el deseo de que «nuestras esposas y nuestras hijas pudieran enterarse sin rubor de las crisis ministeriales», no se avenía muy bien con los antecedentes históricos de aquel capitán general que tan íntima influencia había ejercido en la Reina Doña Isabel II, a quien se proponía destronar; tampoco se tenían muy en la memoria los antecedentes dinásticos de otros generales como Prim y Topete, ni los favores copiosos por otros recibidos. ¿Quién recuerda estas cosas durante los movimientos revolucionarios? Claro está que los autores de ellos no han de recordarlas puesto que obran tan en discrepancia con el agradecimiento, y menos han de tenerlas presentes los que,

ajenos a lo pasado y a lo que en el momento ocurría, sólo anhelábamos renovaciones, rectificaciones y reformas para lo porvenir.

La noticia esparcida por Madrid desde la noche antes de haber forzado el ejército revolucionario el paso del puente de Alcolea, y de haber caído herido y capitulado el caballeroso general Novaliches, caudillo de las huestes isabelinas, produjo una explosión de entusiasmo en Madrid, no comparable a ninguna otra de las por mí presenciadas.

No ya solamente los grupos de manifestantes, más o menos organizados, que recorrían vociferando las calles; no ya las bandas militares que seguidas de soldados y paisanos entonaban briosamente el enardecedor himno de Riego; no ya en los centros políticos avanzados y en las redacciones de sus órganos en la Prensa, hasta en los cafés, en las calles, en las casas particulares se advertía una sensación de esperanzas satisfechas y anhelo cumplido, de certidumbre en lo futuro que se significaba por risas, apretones de manos, abrazos efusivos y vivas y aclamaciones a cada paso.

La revolución se había cumplido.

Han pasado muchos años... más de medio siglo, y leyendo las descripciones de aquella época y escuchando minuciosos detalles de boca de testigos presenciales que vivieron en contacto con Doña Isabel II y con los políticos y cortesanos que la rodeaban los últimos días de la estancia de la Reina en San Sebastián, se experimenta una sensación de respetuosa lástima, mezclada con un reflejo de caballerosa indignación ante el conocimiento de las flaquezas de los unos, de las deslealtades de los otros y del desamparo general en que aquella

infeliz señora se vió en tales momentos, escuchando, según me aseguran, de labios de alguna importante personalidad donostiarra la ingenua contestación a una pregunta suya ansiosa de: «esperamos a que V. M. se vaya, para sublevarnos».

Todo ésto infunde amargura y tristeza; pero al propio tiempo enorgullece, a quien por español se tiene, al poder consignar la expectación respetuosa con que pudo retirarse la representación de la entonces caída dinastía, sin escuchar un sólo improperio, una voz agraviante ni un viva que pudiera herir los sentimientos de nadie.

Así es el pueblo español; así le he conocido y estudiado, y así creo que procederá siempre cualesquiera que puedan ser las aflicciones o los engrandecimientos que la Historia le reserve.

¡Qué diferencia de las escenas de Saint-Cloud para Carlos X y de su peregrinación hasta Cherburgo, de Luis Felipe, olvidando en su huída a una infanta de España, esposa de uno de sus hijos, de Eugenia, Emperatriz amparada por dos caballeros, más como amigos que como diplomáticos, y por un dentista que la pone providencialmente en salvo en la playa de Dauville!

De otra caída de dinastía pudiera dar cuenta como testigo casi presencial: la de la efímera monarquía de la casa de Saboya, personalizada en España en aquel hidalgo duque de Aosta, traído a reinar en España por sufragio de las Cortes después de la borrasca revolucionaria interior y del espantoso conflicto europeo que hirió el corazón de Francia tras una guerra sangrienta provocada con el pretexto de la elección del monarca de nuestro país, recaída transitoriamente en un individuo de la casa de Hohenzollern.

En tres ocasiones recuerdo principalmente a don Amadeo de Saboya, como si ahora le tuviera ante mis ojos. Fué la primera el día de su entrada, que fué el 2 o el 3 de Enero de 1871.

Nevaba copiosamente: cuatro días antes había sido asesinado Prim en la calle del Turco, y al tocar el buque de guerra que conducía al soberano electo en el puerto de Cartagena, la primera noticia que recibió en el que iba a ser su reino, fué la de la muerte alevosa del caudillo, alma y brazo de la revolución que a ser Rey le traía.

Presencié su entrada desde la esquina de la calle de Alcalá con el Prado, donde estaba entonces el palacio de Alcañices y hoy el Banco de España. La concurrencia de curiosos distaba mucho de ser numerosa; las tropas y los voluntarios de la Libertad cubrían los lados de la carrera, abriendo un ancho espacio por el que se vió lentamente avanzar la regia comitiva. D. Amadeo, quien desde la estación del ferrocarril había hecho su primer visita al cuerpo aún insepulto del marqués de los Castillejos, depositado en el templo de Atocha, adelantábase a gran distancia del Estado Mayor que le seguía, al paso solemne y lento de un hermoso alazán que parecía hacerse cargo del ceremonioso papel que desempeñaba. El nuevo Rey, pálido, sereno y al parecer confiado, dirigía a una y otra parte sus miradas, sonreía y saludaba estirando el brazo con el sombrero del modo característico a que luego se dió el nombre de *saludo a lo Amadeo*. Tras él una escolta de generales y luego otra de fuerzas de caballería, carruajes y jinetes; pero todo frío, todo triste como aquel día nevoso, como aquel cielo gris, como aquella concurrencia en que sólo la curiosi-

dad dominaba en principio, aunque bien pronto asomó en ella la simpatía.

Pasados algunos meses, en una tarde de verano volvía el Rey Amadeo a Palacio acompañando a su esposa. Marchaba el carruaje al trote largo por la calle del Arenal, seguido solamente por otro coche en el que iba el famoso Dr. Mata, entonces gobernador de Madrid. Al llegar a la esquina de la calle de las Fuentes, destacóse de detrás de la valla de un derribo un grupo de hombres que disparó sus trabucos sobre el coche que conducía a la regia pareja y desapareció en la confusión que de hecho produjo. El vehículo medio destrozado, herido gravemente el lacayo y muerto uno de los caballos, fué llevado por el otro al galope, merced a la serenidad del cochero, hasta entrar en el regio alcázar.

Aquella noche asistíamos a la representación de una popular zarzuela en el teatro al aire libre que en los Jardines del Buen Retiro era centro de la buena sociedad madrileña. La noticia del atentado había circulado de boca en boca, contándose cómo el Rey había cubierto con su cuerpo a su esposa, y otros incidentes de que cada uno se daba por informado. Al comenzar el segundo acto de la zarzuela apareció D. Amadeo dando el brazo a la Reina y sin séquito alguno, atravesando por entre el público hasta el palco que habitualmente les estaba destinado. Creo, sin duda alguna, que la ovación de que fué objeto aquella noche el nuevo Rey fué la más clamorosa, espontánea y sincera de las que pudo oír en España. La gente en pie le saludaba con los nombres de Rey valeroso, de caballero, de hidalgo, y los aplausos se sucedieron largo rato sin interrupción.

Mi tercera impresión, la de la caída, corresponde al

10 de Febrero de 1873. Los políticos españoles, entonces como ahora y siempre, hicieron imposible la permanencia de un Gobierno estable. Cuando el Rey invitaba a su mesa en los banquetes oficiales a las personalidades notables, estando en el poder los sagastinos, se excusaban de asistir los zorrillistas o se limitaban a no asistir sin excusarse, y cuando eran los zorrillistas los que gobernaban, hacían lo propio los amigos de Sagasta y de Serrano, hasta el punto de hacerse popular, en son de zumba, la frase de: «*¿Come el duque?*», como significativa de la adhesión o alejamiento de Serrano en los favores del Rey.

Alejóse éste de España habiendo cumplido la palabra que Silvela en sus memorias asegura que pronunció al venir: «Yo no me impondré jamás», y no sabía que el no imponerse en países en que la imposición toma unas veces la forma de anhelo popular, otras la de reacción y siempre la de egoísmo político, equivale a poder o no poder gobernar.

PASEO XII

Cánovas.

I

8 de Agosto de 1897 — 8 de Agosto de 1923

«Vengo a continuar la historia de España.»

Cánovas.

«Aunque lastimo la vanidad de mis más ilustres contemporáneos, no puedo menos de confesar que jamás he conocido un hombre que me haya parecido enteramente digno de ponerse a la cabeza de mi país: unos por falta de genio; otros sobre todo por falta de virtud.»

I. A. Bermejo. (Estafeta de Palacio.)

Por los años 89 y 90 hubo en mí una verdadera agudización en las aficiones políticas. Las evidentes vacilaciones de Castelar, expresadas en sus discursos y escritos, y aún más acentuadas en la intimidad en sus frases epigramáticas, cáusticas y enojadas, contra los que representaban la perseverancia en el ideal republicano, y particularmente contra Ruiz Zorrilla, del cual hablaba con visible antipatía, y de Salmerón, Azcárate y los *krau-*

sistas, a los que continuamente aplicaba sátiras y donaires reveladores de mal encubierto desdén; el no menos encubierto pero perfectible estusiasmo que por Sagasta tenía D. Emilio, dejaban comprender bien a las claras la proximidad de una evolución hacia el monarquismo, al que seríamos llevados los que hasta entonces habíamos seguido la política republicana conservadora.

Terminaba por entonces aquel Parlamento largo, que sin embargo no llegó a cumplir su vida constitucional, dejando consignados, cuando menos en las leyes, los principios que habíamos tenido por ideales los hijos de la revolución del 68.

Realmente, quienes no estimaran la forma de Gobierno como cosa absolutamente esencial para su alejamiento, no tenían razón alguna para mirar con esquivez a los partidos monárquicos, que habían procurado los unos y aceptado los otros la casi totalidad del credo democrático.

Por otra parte, las recientes dificultades de que la República Francesa acababa de dar muestra para la elección de su presidente, contrastando con la conducta recta, constitucional e ininterrumpida de nuestra Reina regente, habían de pesar en los ánimos desinteresados de aquellos que no pensábamos en la política por compadrazgos, compromisos anteriores o ambiciones futuras, que hubieran de buscar en su llamada *consecuencia* un argumento para su *consecución*.

De aceptar el monarquismo no era para mí dudoso el partido a que había de inclinarme; el espectáculo dado por las recientes *silbas* a Cánovas repugnaba por lo injusto a mi naturaleza quijotesca, haciéndome ver en ellas más que una merecida protesta del espíritu democráti-

co, una maniobra de zancadilla de ciertos elementos del llamado partido liberal, que sentían la proximidad de una interrupción en el ya prolongado goce del presupuesto.

A este propósito recuerdo una anécdota en extremo característica y que no quiero pasar en silencio. Cuentan que siendo D. Pablo Cruz subsecretario de la Presidencia con Sagasta, como discutieran algunos de los por entonces llamados fusionistas ciertos actos de su ilustre jefe, en el salón de conferencias del Congreso, y oyese el Sr. Cruz aquellas censuras, dijo, dirigiéndose a los críticos: «Sí, sí, censuren ustedes á Sagasta; pero a ver qué jefe de partido les garantiza a ustedes cuarenta y ocho nóminas que llevan cobradas.»

No pienso que a nadie interese ni mucho ni poco el porqué yo me sentí inclinado a adoptar, ya que no el ideal, el hecho monárquico, habiendo sido hasta entonces demócrata y republicano; pero baste decir que yo me encontraba satisfecho, sintiéndome en el fuero interno tan demócrata como hasta entonces había sido y como luego, rodando algo el tiempo y yo mucho más, he continuado y continúo siéndolo. Lo que no comprendía yo entonces, ni comprendo ahora, es por qué, en un arte tan variable y aleatorio como el de la política, se ha de dar tanta importancia a una organización absolutamente formal del poder, cuando éste acepta el contenido doctrinal de otros partidos, que los que hasta entonces estuvieron con él identificados.

Una monarquía que aceptaba y planteaba el sufragio universal, el jurado, la libertad de conciencia y la libertad de pensamiento, no podía ser combatida con justicia por los republicanos, sino en el caso de que el

poder moderador por ella representado no guardase una conducta constitucional absolutamente correcta, y nadie podía negar, y Castelar constantemente lo afirmaba, que la Reina regente era un modelo de Monarcas constitucionales.

Aceptado, pues, con o sin calor, el *statu quo* monárquico, en aras de la paz pública y del mismo ideal democrático ya inscrito en las leyes, para que pacíficamente se realizase, no me quedaba sino la opción de partido a que había de agregarme, y en ello no dudé un instante. El partido liberal había realizado su programa; el partido conservador lo aceptaba y ofrecía contribuir a su concienzudo planteamiento; tratábase, pues, de distinciones de detalle o más bien de afinidades personales.

Por aquel entonces fueron varios los políticos que efectuaron evoluciones análogas a la mía, absolutamente insignificante: Linares Rivas, el duque de Tetuán, y más tarde Abarzuza y cien otros ingresaron, desde luego, en el partido conservador; mi amistad íntima, mi admiración y mi confianza en Villaverde me señalaron el mismo camino, y después de dos o tres conversaciones tenidas con este último, quedó con él convenido que pediría día y hora a Cánovas para hacer mi presentación.

Accedió el que por entonces llamaban epigramáticamente el *monstruo* sus enemigos, y una tarde me llevó mi amigo Raimundo al número 2 de la calle de Fuencarral, en donde Cánovas vivía.

Recibiónos el jefe del partido conservador en su despacho atestado de libros, y en el que por cierto recuerdo que sobre una mesa central había una magnífica maceta de gardenias, por lo menos con diez flores abiertas.

Mi pasión por las flores me hizo que en ellas me fijara, hasta el punto de no haberlas olvidado.

La situación era muy análoga a la de mi recibimiento por Castelar en 1874, pero la escena varió en mucho. Cánovas me pareció afable, cortés, atractivo, pero un poco solemne y en extremo grave. Alabó la complacencia que le producía mi ingreso en las filas que acaudillaba, y me aseguró que le eran muy conocidos mis merecimientos y mis altas condiciones. ¡Tan conocidos le eran, que dos o tres veces que me nombró, me llamó Cerezo, en vez de Cortezo, cosa que por aquel entonces me sacaba a mí de quicio!

Duró nuestra entrevista una media hora, bien aprovechada por los tres para conversar sobre principios ideales de la política general, sobre mis ideas arraigadas de positivismo que yo suponía, y sigo suponiendo, que representa la tendencia conservadora en Sociología y algo sobre acontecimientos y personas contemporáneas.

Pude creer, y Villaverde me lo confirmó luego, que produje buen efecto en esta primera entrevista en el ánimo de D. Antonio. Al levantarnos y darla por terminada recuerdo como si ahora las escuchase las palabras que Cánovas me dijo, apretándome afectuosamente la mano: «Sr. Cerezo (aquí gesto de contrariedad de Villaverde): las personas como usted tienen siempre reservado un sitio en las mayorías que yo acaudillo».

Intelligentibus, pauca, dije yo para mis adentros, y salí comentando con Raimundo los aspectos agradables de aquella visita.

Después, tuve pocas ocasiones de tratar a Cánovas y ninguna en la intimidad; pero es su figura de tal ma-

nera saliente en el cuadro político de treinta años de nuestra historia, que podíamos creer, todos los que más o menos le tratábamos, que conocíamos sus condiciones y que nos honrábamos con su amistad. Esto me lleva sin duda a que hoy mi pensamiento haya ido hacia tal prohombre, y que recuerde algunas anédoctas curiosas de su vida particular y pública, muchas de ellas benévolamente refrescadas y retocadas por mi amigo y deudo el señor conde de Esteban Collantes, quien vivió muchos años en la intimidad del grande hombre.

Tenía éste fama de ser un elemento de sociedad incomparable y de producir una verdadera sugestión, sobre todo en las señoras, por su conversación siempre apropiada y atractiva: era, aparte de sus otras grandes cualidades, un incomparable *causeur;* los círculos aristocráticos se le disputaban; los Centros intelectuales le recibían con veneración y le elevaban a sus puestos más estimables; en política, no se diga, sus mismos adversarios aceptaban muchas veces sus opiniones como definitivas, aun fingiendo resistencia y discrepancia con ellas.

Tenía la pícara tendencia que en todos los grandes oradores he señalado siempre; es decir, la de sacrificar muchas veces la exactitud y la verdad a la belleza de una frase, y preferir el efecto de un chiste al respeto de una reputación personal.

Vayan algunos ejemplos:

Hablaba un día en el Congreso un ministro de su Gabinete. No lo hacía muy a gusto de Cánovas y éste se retiró del salón con aire de mal disimulada contrariedad. Entraba otro político de altura, y saludando a don Antonio le preguntó: «¿Qué ocurre ahí dentro, D. An-

tonio?»—«Nada, dijo éste; que Fulano está revelando un secreto que le había guardado toda la vida: está demostrando que es tonto».

Un día, como recibiera una comisión de señoras reaccionarias que llevaban una pretensión a la que el Papa mismo no se mostraba propicio y Cánovas les argumentara, con su habitual urbanidad, ellas insistieron en términos poco respetuosos con la Santa Sede, empleando argumentos menos lógicos todavía. Despidiéronse, y al entrar en el despacho un íntimo de Cánovas preguntóle: ¿«Está usted de mal humor»?—«Cá, no señor; si estas señoras me han demostrado que puedo más que el profeta Balaam, pues éste hizo hablar a una burra; pero yo he hecho hablar a una recua».

Hallábase un día en extremo ocupado y prohibió que entrase nadie en su despacho para interrumpirle.

En una habitación inmediata redactaban el proyecto de la que luego fué y es Constitución de la Monarquía de 1876; terminado por la Comisión el art. 1.º, o sea el en que se fijan las condiciones para ser súbdito español, quisieron los señores de la tal Comisión consultar con el *monstruo* la forma que al precepto habían dado y, rompiendo la consigna, entró uno de ellos con el escrito en la mano y diciendo: «Veamos, D. Antonio, si le parece a usted que ésto ha quedado bien: «son españoles los que etc.»: ¿le parece a usted que se ponga algo más?»—«Sí, señor, pueden ustedes poner, que es español el que no puede ser otra cosa»; y continuó malhumorado en su trabajo.

Volvía Cánovas del entierro de un su amigo en una época en que la muerte había producido varias bajas en prohombres de nuestra política. Al subir al coche, díjo-

le Collantes:—«¡Qué horror produce pensar en los que se van!»—«¡Pues más horror me dan a mí los que se quedan!»

Otro día, un amigo que presenciara la entrevista del presidente con varias señoras que solicitaban concesiones diferentes, díjole al salir éstas: «¿Pero ha visto usted, D. Antonio, lo que piden las mujeres?» — «Sí, amigo mío; pero lo peor no es lo que piden, sino lo que niegan».

Convidado un día en casa de una hermosísima dama, cuyo marido estaba detenido por altos e inesperados deberes a la hora de la comida, dijo la señora a Cánovas que la conducía a la mesa: «Mi marido, como ve usted, no puede venir: ¿me hará usted el favor de ocupar su puesto?»—«¿Hasta qué hora.....?»

Cánovas tenía un entusiasmo grande por su país natal, por Málaga; ponderando un día la perspicacia y viveza de sus paisanos, decía: «¡Calculen ustedes lo que será aquélla gente, que el marqués de Salamanca y yo nos tuvimos que ir de Málaga, porque hasta los chicos nos engañaban.»

No tardó Cánovas en cumplirme su espontánea promesa, pues en las Cortes de 1891, por indicación de Villaverde, fuí aceptado como candidato ministerial y salí elegido diputado sin oposición alguna, por el distrito de Sahagún en León. Puede que alguna mañana recuerde mis andanzas de candidato, que en ellas no faltaron episodios casi siempre cómicos, únicos que en la vida política al uso son dignos de ser rememorados.

También yo fuí fiel a mi primera impresión acerca del restaurador de la Monarquía tradicional. En el verano del mismo año de 1892, con motivo de la festividad

de San Antonio, fuímos invitados los diputados de la mayoría a la espléndida mansión de «La Huerta», donde Cánovas vivía ya con su esposa. Recuerdo que al salir de la casa con mi buen amigo Hernández, compañero de diputación y convecino, le dije: «¡Ay, Antonio, esta casa no se me cae a mí encima!».

¿Por qué fué ésto? ¿Y por qué puedo asegurar que no fué sólo mía la impresión de frialdad y de tendencia al apartamiento que allí experimentamos, gran parte de los invitados de aquella noche? Pues es muy sencillo: porque a través de la solemne cortesía del dueño, de la complacencia experimentada por la contemplación de los objetos de arte y de la espléndida biblioteca, que ayudaban a enaltecer el concepto del espíritu organizador de aquella vivienda, notábase cierta recelosa expectación, un no sé qué de altiva suspicacia que se manifestaba principalmente en la amada cónyuge del que era nuestro admirado jefe.

Nunca acabarán las mujeres, y principalmente las españolas, de comprender toda la influencia que tienen en la vida pública de sus maridos.

Bien lejos está de mi ánimo el dibujar siquiera una censura, ni insinuar una acritud respecto a aquella noble señora, que luego aprendí a ver que fué más mártir que su mismo esposo, en el fin trágico de éste; pero es innegable que las rivalidades con otras damas, la influencia indudable que su espíritu ejercía sobre el hombre por quien era idolatrada y a quién él amaba intensamente, determinaron muchos de los acontecimientos desgraciados que marcaron rumbos inesperados a la política española, influyendo de manera funesta en los grandes acontecimientos internacionales de que fuimos víctimas.

Me he propuesto hablar poco de política, pero no puedo menos de apuntar a los que sean curiosos, cuáles fueron los íntimos motivos de la disidencia de Silvela, que rompió la marcha serena de un Parlamento, que hubiera sin ella cumplido una evolución paralela a la del Parlamento largo de los liberales. ¿Quién podrá negar que aquella disidencia inesperada, ruidosa y producida en su momento crítico por una frase altanera e irreflexiva, produjo la improvisada vuelta del partido liberal, las reformas intentadas de Cuba, la guerra colonial, las tenacidades incomprensibles de Cánovas y, por último, el desastre de 1898? Nadie pudiera negarlo, y los enterados en la microscopía de estas cosas, no podrían menos de ver tejiendo su urdimbre, blancas manos que manejaban los hilos de que eran representación los hombres que aparecían como rivales ante la pública observación.

¡Paz a todos y a todas!; en fin de cuentas, lo que a nosotros nos parece evitable en la historia es tan fatal, que a ello caminan los pueblos unas veces como arroyos mansos, otras como torrentes despeñados, siempre obedeciendo a una gravitación hacia el desastre, que ellos suponen obra de su discernimiento, de sus errores o de su libre albedrío.

«Vengo a continuar la historia de España», dijo Cánovas en ocasión solemne, y la frase fué aplaudida, ensalzada y repetida por amigos, admiradores y aun adversarios. Pasados más de cuarenta años hay que confesar que no mintió, ni se equivocó en su ampulosa afirmación. Encontróse con una España históricamente generosa y grande y tradicionalmente corrompida y desliada por pequeñas pasiones, por intrigas y por luchas esterili-

zadoras de todas las grandes ideas que el progreso de la Humanidad y el ejemplo de otros más felices países nos ofrecían y, con efecto, hoy como ayer, a pesar de los esfuerzos de su voluntad y de su inteligencia poderosa, ha quedado detrás de Cánovas una España absolutamente igual a la que él encontrara, poseedora de los mismos tesoros ingénitos, pero perturbada por las mismas pasiones, las mismas corruptelas y los mismos vicios. Si el orgullo nacional la desvaneció, no dejó de desvanecerla durante el gobierno de este estadista, que encerrándonos en un aislamiento incomprensible, nos llevó, además, a una guerra desigual y ruinosa. Si empapada la encontró en el espíritu de intolerancia, y no contribuyó ciertamente a librarla de él o a reducirla, al menos a términos compatibles con la vida y el progreso moderno, y sofisticaba, mediante disposiciones de detalle y reales órdenes, los claros preceptos que en el primer impulso de su clara inteligencia consignó en el código fundamental. Continuó, con efecto, la historia de España; esta historia en que el orgullo, la intolerancia, la confabulación y la intriga nos han ido llevando a la inverosímil caída que marca nuestro itinerario desde el primer Austria hasta el día de hoy.

Dejemos aparte estas cosas, pues Cánovas bien merece que me complazca en sus recuerdos desde otros puntos de vista, siquiera no sea para adularle siempre.

PASEO XIII

Cánovas.

II

> «Nuestros gobernantes, quienes, a semejanza del hidalgo toledano del siglo XVII, que, embozado en airosa capa, paseaba el hambre en las empinadas calles de la imperial ciudad, se han paseado por las callejuelas y encrucijadas de la diplomacia, envueltos en su fatuidad y siempre ayunos.»
>
> *Marqués de Villa-Urrutia.*

Insisto hoy en mis preocupaciones acerca de Cánovas. La figura de este hombre es grande, insigne y digna de un estudio de que ciertamente será objeto, cuando pasado algún tiempo se hayan mitigado los entusiasmos de los aduladores, las sinceras alabanzas de los amigos y las iras contenidas durante su vida de sus adversarios.

Los comienzos de su historia, la humildad de su origen, los arrestos juveniles con que se lanzó a la vida, ganoso de llegar y con la impedimenta de una familia a quien sostener; los primeros asomos de sus aficiones

literarias e históricas, sus versos mismos tan aviesamente censurados por los críticos, que empapan su pluma en la tinta de las luchas políticas, todo esto hace, desde luego, de él una figura simpática, que se acrecienta durante su vida cuando se observa su conducta mesurada y sagaz, durante las Cortes de la revolución, y la resistencia con que se opuso a las imposiciones reaccionarias de los impenitentes consejeros de Isabel II, al creer éstos llegada una revancha en el momento de la restauración de la monarquía.

Todo ello es cierto, ello se desprende cuando hoy se repasan documentos auténticos y se recuerdan hechos a los cuales personalmente se ha asistido. No digamos hasta qué punto aumenta la benevolencia incondicional del juicio, cuando se considera la injusta y brutal manera cómo terminaron los días de Cánovas, asesinado en su vida material por la bala disparada por un loco, pero difamado antes de ello y para ello por la calumniosa fábula de los tormentos de Montjuich, y de las crueldades inquisitoriales que propalaban por Europa los irreflexivos fautores de la triste leyenda aún no desvanecida de la *España negra.*

Todo esto es verdad; pero el querer hacer de Cánovas un hombre en cuya historia no haya nada que censurar; el proclamarle como un estadista de altas inspiraciones y de horizontes ámplios y serenos, es casi tan injusto como lo otro.

Cuando reflexiono y recopilo las impresiones juveniles de aquellas épocas, nacidas de la influencia efímera aunque apasionada de las conversaciones, de la Prensa y del partidismo; cuando agrego a ésto mis ulteriores informaciones de viajero, desordenadas y aleatorias,

pero no por esto menos sugestivas en mi ánimo, y cuando hago renacer todas estas cosas a la luz de lecturas, más o menos metódicas, pero procedentes de escritos serios y documentados; cuando todo esto se presenta hoy ante mi ánimo, no acierto a explicarme la conducta de los políticos españoles durante toda la mitad del siglo XIX, y principalmente en sus últimos cuarenta años. Nò prestar atención, o concedérsela superficial y apasionada a lo que ocurría en Italia, tomando por bandera su unidad nacional y sirviendo de motivo a las enemistades entre Austria y Francia, a lo que ocurría en Alemania con la disputa de la hegemonía de sus *Confederaciones;* de lo que estas cosas y las disputas con Dinamarca sobre los *Ducados* y con Rusia sobre Polonia, influyendo en las posibilidades de las alianzas franco-rusa, austro-prusiana, italo-francesa, cada una de las cuales representaba peligros de guerra que sobre toda Europa habían de influir, o de preponderancias imperialistas, cuyas consecuencias después se han visto; descuidar todo ésto, no podía responder más que a un pesimismo suicida inspirado en el desprecio absoluto respecto al vigor nacional, ó en un descuido de incapacidad, sostenido por la ignorancia presuntuosa más supina.

Y, sin embargo, tal fué la política de Cánovas, tal la de Sagasta y tal la de Castelar, siquiera la de éste último no tuviese las funestas explicaciones que encuentro en las de los otros dos, y sí sólo la idealista, estéril y teórica de un pacifismo sistemático, en el que pudiera germinar la planta ideal del progreso y de la fraternidad universal.

En cambio de estos descuidos o de estos errores, en

nuestra política, después de muy germinados, se desarrollaban, fomentados por nuestros gobernantes mediocres, los procedimientos de la política menuda, de intriga, de favoritismo, de caciquismo de aldea más o menos grande en la extensión, pero siempre pequeña en el espíritu, que arraigando hasta las últimas ramificaciones de nuestra alma y nuestro cuerpo, continúa siendo la lepra que nos devora, y de la cual no lograremos librarnos porque comenzó por destruir órganos de nuestra economía nacional, que son los que representan la virilidad, el entusiasmo y la confianza en nosotros mismos.

España ha representado durante toda esta época, respecto al resto de Europa, el papel de un Municipio de cuarto orden que espera resignado lo que a su alrededor puede pasar, y que todavía se refriega las manos muy satisfecho, suponiendo que sus desfallecimientos e impotencias puedan ser tenidos por maquiavélicos aciertos.

Vivimos y seguiremos viviendo en un régimen de política de secretarios de Ayuntamiento. ¡Dios nos conserve la paz y la satisfacción!; pero nuestros hijos no nos la agradecerán.

¿Soy injusto al personalizar en una media docena de gestores la responsabilidad de nuestra inexplicable abstencion política en el exterior? Quizás sí; pues las causas de ella pudieran encontrarse en el exceso histórico del poderío centralizado en nuestros Monarcas a lo Felipe II, sin el talento de Felipe II, y a la excesiva sumisión del pensamiento a las inspiraciones de Roma a lo Gregorio VII, a lo Bonifacio VIII y a lo León XIII, sin parecer inspiradas en el alto espíritu que movió la unificación religiosa en manos de estos pontífices.

Estamos acostumbrados a esperar que todo nos lo den hecho y a apelar en protesta o a la Providencia o al Rey, cuando algo desagradable nos ocurre en lo accidental y minúsculo que nos rodea y preocupa, y nuestros gobernantes son tanto más populares e influyentes, cuanto más propicios parecen a resolver los enredos y bagatelas que constituyen la atmósfera de nuestra política. Decirle a un español que la insurrección polaca de 1863 podía significar para nosotros otra cosa que la inspiración lamentosa de unas cuantas poesías, y la moda de nuestras mujeres de llevar en sus orejas aquellos pendientes que llamaron *lágrimas de Polonia*, sería provocar la risa de los espíritus *superiores* que rebozan su ignorancia en la fácil capa del escepticismo; y no obstante, de aquella insurrección, de la conducta de Prusia durante ella respecto a Rusia, vinieron luego las consecuencias de las guerras del 66, del 70, y ¿quién sabe si la del 1914?

Pero veo que me formalizo y no ignoro que la seriedad propia es muchas veces origen de la risa de los demás.

No pienso ser un político en el sentido elevado de la palabra, ni he tenido jamás la loca idea de reunir condiciones de hombre de Estado, en el concepto sintético de esta última; pero he sido hombre que ha leído mucho, que ha viajado mucho, que se ha sentido siempre acicateado por deseos de saber y de aprender, y en estas lecturas, en estos viajes y en estas investigaciones y curioseos gratuítos, ha llegado a formar lentamente una idea de las cosas, de los acontecimientos y de los hombres, que no tiene la presunción de que sea acertada, pero que le ha servido para su propia vida espiritual, sin as-

pirar jamás a comunicársela, ni menos imponérsela a los demás. Estas reflexiones subjetivas, que bajo el nombre de *Paseos* publico, son reflejo desordenado e incongruente, pero espontáneo y fiel de los sedimentos ideales que en mi inteligencia y en mi espíritu se han depositado, las más veces de un modo inconsciente, siempre con lentitud y sin propósito de futuras turbulencias, ni probablemente de manifestaciones voluntarias. Hablo como si a solas estuviese y con un granito más de locura de los que habitualmente disfruto. Por lo mismo que tales reflexiones tienen los caracteres de inesperada actualidad a que los estímulos ambientes me solicitan, no debo callarlas y dueño es quien las lea de saltar por encima de ellas buscando lo anecdótico y divertido, o de tirar el libro prescindiendo de ellas y de estos otros aspectos más agradables.

Ahora bien: hablar de Cánovas, pasar ante mi imaginación los nombres de Sagasta, de Castelar, de Silvela y de tantos otros que pudieron influir en los destinos de mi patria, unir con sus representaciones activas la historia de España en los tiempos en que ellos vivieron y actuaron, y no decir lo que sobre ello pienso y me parece ver con punzante claridad, sería una cobardía, una consideración tan inútil como inexplicable, un acomodamiento con la rutina aplastante a que todos nos hemos sometido con mayor o con menor conciencia y que ha dado por resultado la definitiva decadencia de un país dotado de excelsas condiciones, y llamado a desempeñar un papel en los destinos del mundo, de los que ha venido desertando de la manera más incalificable.

España, como todos los espíritus débiles, los ignorantes y los histéricos, se empeña en ser original, y su

representación fulminante de lo que se llama el *mundo político*, es una demostración clara de ello. Citar en nuestro país el ejemplo de otro que se ha lanzado por anchas vías de reformas culturales, es ofendernos; estimularle a que imite a otro que reciente un desastre guerrero se reconstituye y pertrecha para lo porvenir, se califica de vulgaridad dañosa; citar con elogio la atención prestada por un país floreciente a los problemas nacidos de las desigualadades y las injusticias sociales, es calificado de peligroso salto en las tinieblas; hablar de estudios económicos, de adaptaciones inspiradas en altos pensamientos que no respondan a las tacañerías egoístas de una región o a los instintivos movimientos de un ciego proteccionismo particularista, es siempre calificado de perturbador y ruinoso sin que a nadie convenza la perturbación y la ruina en que por tales procedimientos vivimos, y por último, a cada paso se cierra toda discusión con la frase de apotegma que tienen siempre a mano los que ni leen, ni reflexionan, ni viajan, cual es el sabido: *eso, está bien para otros países y otras razas..., pero aquí...*, y con esto creen nuestros burgueses filisteos, nuestros egoístas mercachifles y nuestros pensadores de aluvión, que han dado a lucir la muestra, cifra y conclusión definitiva a todos los problemas. Pues bien, estos procedimientos e ideas cómodos y por cómodos generalizados, sencillos y adoptados por su misma sencillez, se imponen más tarde o más temprano a los hombres políticos, pues que constituyen la atmósfera que respiran, las ideas que como alimento se les ofrecen, y los elementos que acaban por circular de un modo exclusivo en el programa de sus mezquinas aspiraciones.

Contra tal bloque de resistencias, con su única acti-

vidad de aplastamiento, no hay Castelar, ni Cánovas, ni Sagasta, ni Silvela, que resistan y acaben sin darse ellos cuenta, por confundirse con el pensar común e identificarse con el medio que les rodea.

Tres grandes y solemnes ocasiones ha tenido España para haberse mostrado ante Europa, como deseosa de ser *europea*, como compenetrada con los ideales de los demás países, como persuadida y convencida de estar dotada de eficiencias que podrían los demás utilizar como utilidad para ella. Estar situada en la más importante vía de la civilización y del comercio y no tener marina ni comercio marítimo; haber representado en la Historia Universal el más activo papel civilizador que pueblo alguno ha llenado desde los tiempos de Roma; tener esparcida por el mundo todo una raza que habla su misma lengua, diciendo que profesa la misma religión, y al propio tiempo y mientras los demás países se conciertan entre sí o se combaten por la conquista del comercio, de las comunicaciones y del poderío; querer permanecer *aislada, neutral e indiferente* a lo que pasa en derredor suyo, es cosa que cuando con frialdad la consideren los futuros historiadores han de calificarla duramente de locura inexplicable o de incapacidad declarada. Las tres ocasiones en que antes pensaba, han sido la revolución de Septiembre, que teniendo muchos y muy fuertes preparadores, no contó apenas más que con un hombre de Estado y le asesinó en la calle del Turco; la segunda ocasión fué la de la restauración de 1874, que contó con un solo hombre de Estado, que por vanidad pueril, por influjo perseverante e irresistible de las pequeñeces ambientes y por falta de valor para arrostrarlas, comenzó por ser infecundo, con-

tinuó siendo cada vez más perjudicial y acabó también por morir injustamente asesinado. La tercera de estas ocasiones fué la que ofreció el país, apenas hecha la vergonzosa paz con los Estados Unidos; en 1899 Silvela fracasó como Cánovas en 1874 y como Prim en 1870; no fué asesinado, pero sí *asfixiado*, por las imposiciones de la vulgaridad, del agiotage y de la rutina que ahogaron con facilidad la debilidad notoria de sus actividades, pero no la claridad de su fino entendimiento que le llevó a una retirada de abdicación por impotencia subjetiva y por falta de valor para arrostrar su propio juicio, que como desertor de sus ideales le señalaban.

Dejando el primero y el tercero de estos momentos históricos, no puedo hacer lo mismo con el que principalmente se refiere a Cánovas. No podía para él ser desconocido lo que, al propio tiempo que la Gobernación de nuestro secundario Estado le imponía, sucedía en el mundo en general. La actividad perseverante de los Gobiernos de Gladstone y de Israeli, de Chamberlain y de Parnel en Inglaterra e Irlanda; la férrea política de Bismarck ante el Austria, Francia y Prusia, al propio tiempo que sus luchas del *Kubturkampf* y del socialismo; las agitaciones inacabables austro húngaras y balkánicas; la prodigiosa virilidad creciente de los Estados Unidos; la milagrosa restauración de Francia, modelo inimitable de pueblos patrióticos y asombro de naciones; la impenitente perseverancia de la Roma papal por el dominio impositivo de las conciencias, todo ésto imponía, a quien no fuese ciego o no se narcotizara voluntariamente, la idea de la necesidad de las alianzas y de los apoyos pedidos y prestados. Nuestros políticos

no lo vieron así y tuvieron la *originalidad* de pensar que se puede ser un pueblo comercial sin amigos a quienes obligar y sin marina con qué imponerse; que se puede ser un pueblo poderoso sin ejército organizado y sin defensas y sacrificios costosos; que se puede vivir en la vida de la historia sin diplomáticos expertos y sin política exterior sostenida, orientada y definida para todos los partidos; que se puede hàblar sin saber leer ni escribir.

Todas estas inverosimilitudes tuvieron que pasar necesariamente ante cerebro tan poderoso como el de Cánovas del Castillo y, sin embargo, lo que tras de sí ha dejado ha sido una historia de equilibrios y componendas, unas veces con los partidos retrógrados y otras con los avanzados; de vacilaciones y titubeos para nuestra reconstitución naval, que se ha realizado prósperamente en los Ministerios y en las poblaciones y centros del interior, sin haber apenas asomado a los puertos y los arsenales; de altiveces de valido y humillaciones de cortesano, y, por último, cerrando los ojos ante los ejemplos y los oídos a los consejos y solicitaciones de los países europeos, dejar llegar un momento en el que débiles y pobres, pero altivos y desdeñosos con los demás, pordioseáramos un apoyo que nos fué naturalmente negado, mientras que todos los por nosotros rechazados veían con irónica conmiseración nuestro aplastamiento y nuestra derrota, cada vez más definitiva.

Pero, de tanto tener que decir, prefiero callarme, pues amargan mi boca, más que los sinsabores que me nutren, las palabras que pronuncio.

Un consuelo me queda, y es el de que nuestro mal viene de muy antiguo, estamos con él muy conformes

y la conformidad del enfermo es mal camino para la obtención de un remedio provechoso. En resumen: mi convencimiento político, si a alguien pudiera interesarle, es el de que en España, contra todo lo que se dice y a diario se repite, asegurando que hay muchos partidos políticos, no hay más que uno: «*el Rutinario*». En él se alistan unas veces de un modo franco desde la oposición la mitad de los españoles y en él ingresan cuando son poder todos los que en la oposición por reformistas se proclamaron. El programa del tal partido es el único que en España se realiza aunque nadie le haya escrito: «*componendas, contubernios, abdicaciones, comodidad, egoísmo y... el que venga atrás que arrée*», y lo malo está en que el que *ha de arrear* nunca llega, ni por arriba, ni por abajo, ni por parte alguna.

«El príncipe (Bismarck) era una persona muy pagada de sí misma y en algunas ocasiones su trato era agobiante; pero la Patria necesitaba evidentemente de su concurso, ya que el príncipe era el único hombre que podía hacer juegos malabares con cinco bolas y tener por lo menos dos siempre en el aire, y eso era cosa que podía hacer él, pero el emperador no.»

(Palabras atribuídas en sus *Memorias* por GUILLERMO II a su abuelo GUILLERNO EL GRANDE.)

Como muchos españoles dieron en comparar a Cánovas con Bismarck, por el afán amplificador de nuestra imaginación superlativa, acuden las anteriores palabras a mi recuerdo, creyéndolas muy aplicables al caso.

Cánovas estaba penetrado de un verdadero sentido de ministro constitucional, que para sí quisieran muchos de los que hoy se llaman liberales y demócratas, y confunden el concepto de humillación del poder pú-

blico ante el poder moderador, con el amor y la lealtad a éste. Sirviendo como Pitt más a las leyes y a la nación que al Rey, prestó a éste el más eficaz servicio, y su conducta al dejar el Poder a los fusionistas, para que quedasen ligados con la Restauración, y al proponer la entrada de los liberales en el momento de la muerte de Alfonso XII, no sé si son mayor muestra de talento que de patriotismo, o de patriotismo que de talento. De todos modos él no confundía la adhesión al Rey con la adulación y la sumisión a los actos de éste.

Refirióme en cierta ocasión persona que por su carácter y posición en Palacio me merecía entero crédito, que como un día llegase a noticia de Cánovas que el Rey salía ocultamente de Palacio por las noches acompañado únicamente de un amigo joven como él, hallándose una mañana D. Antonio poniendo a la firma unos decretos, mientras el Rey rubricaba, le dijo con tono grave y severo: «Zeñor, tengo noticia de que V. M, zale por las noches, poniendo en riezgo zu vida de un modo inzenzato... Ezpero que ezto no se vuelva a repetir.» Cuentan que el Rey levantó sonriendo la cabeza y le dijo, apretándole al propio tiempo la mano: «No tenga usted cuidado, D. Antonio, que no volverá a suceder.»

No creo que haga falta el recuerdo; pero bueno es hacerle, por lo que significa.

En el momento culminante de la actuación política de Cánovas; esto es, al establecer el Ministerio Regencia y guiar la actuación de las Cortes llamadas Constituyentes de 1875, pudo mucho el talento de Cánovas; mucho hay que atribuir a su energía, a su voluntad serena y a su ilustrada decisión; pero no podemos olvidar

los que por entonces vivíamos y nos permitíamos ya el lujo de pensar un tantico sobre estas cosas, que en su restauración, tanto como la actividad de Cánovas, puso la pasiva inactividad del desengañado país buscando y soñando ver en todo hombre político, algo que se pareciese a un dictador; mejor dicho, a un *hombre serio*, quien con conocimiento de lo que las circunstancias significaban, *quisiera* hacer algo de lo a que nadie se había atrevido.

Un pueblo que creyó ver un Napoleón en el popular Gonzalón y que esperaba encontrar un Matternich en Estébanez, no es mucho que al dar con Martínez Campos en el hecho y con Cánovas en la embriología del derecho, se prestara a todo, contribuyendo con su tolerante pasividad a que parecieran fuerzas incontrastables, las que no tuvieron que hacer sino móstrar orientaciones discretas.

Claro está que esto no disminuye aparentemente la bondad del resultado; pero si bien se piensa, sí lo disminuye, dado que el resultado debió ser más grande y durable, y no lo fué; porque cuando hubo necesidad de demostrar las verdaderas condiciones de los hombres de Estado previsores y sincréticos, pudo verse que no pasaban de estimables jefes de Gobiernos... españoles.

Diráse que no se comprende lo que quiero insinuar; pues, como me he propuesto no dejar de decir nada de lo que honradamente pienso, diré respecto a Cánovas, que mientras se trató solamente de pacificar el país, organizar algunos ramos de la administración y determinar el papel de beligerancia de los opuestos partidos políticos, fué incomparable, inmejorable, insigne; dígalo si no la anulación del partido carlista, la neutralización del re-

publicano, la atracción de los elementos revolucionarios a la monarquía, y en todo esto, que fué obra principal y casi exclusivamente suya, no se podrá menos de reconocer y de agradecer la labor de un buen gobernante.

Pero lo que yo tengo la osadía de pensar es que Cánovas, como la mayor parte de nuestros políticos contemporáneos, era bueno o malo, acertado o torpe, pero siempre considerado dentro de casa: en el momento en que su vista pasaba el Pirineo o atravesaba el mar, las cumbres del uno y las nieblas del otro obscurecían su vista y entorpecían sus actividades.

Su política internacional, secundada por timidez o por inercia por Sagasta y por Castelar, ha venido a ser demostradamente torpe y desacertada.

Pasada la guerra de 1870, los hombres de Estado europeos atisbaron las posibilidades de la que por desgracia acabamos de sufrir; trataron de evitarla y consiguieron alejarla; las alianzas y los aprestos bélicos, que son su natural consecuencia, demostraron que Europa, y aun el mundo entero, obedecía al viejo apotegma de «*si vis pacem para bellum*». ¿Qué hizo entonces España, gobernada de un modo incondicional por Cánovas y dócilmente sometida a su obediencia directa o indirecta, en todas sus representaciones políticas? Proclamar el aislamiento y la neutralidad como una inspiración divina, alabarse de ella y gozarse en su ejecución; y mientras que Alemania, Austria e Italia se aliaban estrechamente, y Francia y Rusia por otro lado manifestaban que habían de oponerse a las imposiciones de la *tríplice* con la simpatía de Inglaterra, nosotros en nuestro rincón asegurabamos que lo mejor era estarnos quietos, alejados de todo el mundo, y oponer un *presupuesto de la*

paz a los dispendios y gastos que los armamentos por tierra y por mar producían en otros países. Y, con efecto, llegó la ocasión, y cuando todo el mundo se encontraba tranquilo, una discordia civil en sus comienzos, con caracteres de guerra de independencia después, atrajo la atención de los demás pueblos, sobre la independiente y solitaria España; y un pueblo poderoso, que creyó ver una cuestión de derecho en lo que nosotros no veíamos más que un pleito interior, nos dictó su voluntad de modo más o menos esplícito, nos llevó a una guerra desatentada, nos privó de nuestras colonias más prósperas y nos sometió a un humillante tratado que no ha tenido precedentes en la historia moderna y resultó que *el presupuesto de la paz* nos costó diez veces más caro que todos los presupuestos de la guerra.

¡Cómo pedir auxilio, ayuda ni intervención a los pueblos, a quienes sistemáticamente habíamos negado nuestra verdadera amistad, que es la amistad de los momentos críticos! ¡Los unos y los otros, que hubieran debido considerarse comprometidos en nuestra causa, que era la de la Europa agredida, o cuando menos mortalmente amenazada, se encogieron de hombros y nos dejaron en nuestro próspero aislamiento y en nuestro solitario desconsuelo!

En esto no puede negarse que la culpa entera estuvo de parte de nuestros políticos. Nuestra tradición, nuestra historia, nuestros intereses de raza, señalaban una alianza natural y lógica con nuestros vecinos; pero éstos eran los enemigos constantes de Alemania y de Austria, y había motivos por qué no querer disgustar a los poderosos vencedores del momento.

Aliarse con ellos era poco prudente, dada nuestra vecindad con Francia e Inglaterra: ¿qué pudo contribuir a que no nos aliáramos contra ellos?

¿No influiría en la indecisión de Cánovas, respecto a las posibilidades de entrar España en alianzas extranjeras, la consideración hacia la persona que ocupaba el trono de la Regencia? Su claro entendimiento le hacía comprender que nuestra natural aliada era Francia, y en todo caso Inglaterra, fronterizas nuestras: la primera, además de la similitud de intereses y de raza, por la línea del Pirineo, única comunicación terrestre nuestra con el comercio europeo, y la segunda, fronteriza también, pues además de que, en caso de guerra, fronteriza nuestra podía considerarse por Portugal, siempre son fronterizas de Inglaterra las costas marítimas, dado que ella es dueña y señora del mar. Esto había de pesar en el ánimo de Cánovas y hacerle considerar todo lo que tenía de equivocada para lo futuro la política de Italia, como bien claramente lo han demostrado los hechos recientes, obligando a este último país a romper en el momento del conflicto con sus aliadas en provecho suyo, pero no ciertamente en obediencia a las leyes del decoro y del respeto a los tratados. Pensaría, pues, que debíamos aliarnos con Francia e Inglaterra, como Italia debió hacerlo desde luego en un principio; pero ¿no era de temer que el autor casi adolescente: «*De la decadencia de España y del reinado de Felipe IV*», temiese ser mirado con antipatía por las personas de la Casa de Austria, de las con ella aliadas y que representaron la monarquía en España durante la restauración y la regencia?

Puede quizá merecer este pensamiento mío risa por

lo elemental y lo pueril: mas como lo pienso lo digo y lo digo de buena voluntad; pues no otra disculpa que la que ofrecen las cosas pequeñas puede darse a la política nefasta y suicida que en el exterior sostuvieron Cánovas, Sagasta y aun Castelar, con sus neutralidades y sus *presupuestos de paz*, inspirados en los idealismos vaporosos de Castelar y las argumentaciones mazorrales de Gamazo.

Caro pagamos el visible error, pues cuando tuvimos que habérnoslas con un enemigo cien veces más poderoso que nosotros, toda Europa nos dejó solos, pues que solos habíamos querido estar, y fuimos despojados de nuestro imperio colonial pasando por las ridículas bravuconerías de «*el último hombre y la última peseta*» para caer en la vergüenza del tratado de París, so pena de que nuestros puertos peninsulares fuesen bombardeados. No nos hubiera en otro caso Europa dejado a merced de nuestro enemigo, como no nos dejaría hoy perder *muchos hombres y muchas pesetas* en la funesta aventura marroquí. Como los hombres, las naciones tienen compromisos de honor y reglas inmanentes que cumplir. España se olvidó durante el último siglo de aquel hidalgo lema del «*con quien vengo, vengo*» que informaba la conducta de sus nobles progenitores.

Mi querido amigo Gustavo Baüer, me repetía muchas veces una observación de su inteligente padre: «los españoles, decía, no tienen más que un defecto que explica su ruina posible y su atraso efectivo, el defecto de creer que MAÑANA no llega nunca.»

Veo que contra mi voluntad, mis aficiones y el debido respeto a mis posibles lectores, me engolfo en la política, y como me parezca impertinente el insistir en tan

mal camino, diré tan sólo que los otros dos grandes defectos que en la actuación de Cánovas encontré siempre, fueron su obcecación en la política de violencia en el problema antillano, y su mal entendido proteccionismo, que con la innegable compañía de casi todo el país, lleva a éste a la ruina en dudoso beneficio de unos cuantos, que no agradecen el enriquecimiento artificial que se les otorga o le pagan con grosero desconocimiento.

De todas estas cosas, más de cuanto pueda yo decir, han dicho ya los acontecimientos. Pero hay otras dos consideraciones, al pasar por nuestro recuerdo la figura respetable de Cánovas, que hacen perdonable todo cuanto en su vida política pudo errar en medio de sus aciertos. Me refiero a sus condiciones literarias y de historiador y a su patriotismo inquebrantable que le llevó al triste trágico fin que lava ante las gentes de corazón y de rectitud cuantas manchas y pecados pudo cometer en su vida.

Del aspecto literario sería muy difícil hablar sin reproducir con embeleso párrafos de su correcta prosa y descripciones incomparables como las del «*Campo de la batalla de Pavía*». (Carta al Marqués del Duero). Pudieran también citarse «*La Campana de Huesca*»; «*Historia de la decadencia de España, desde Felipe II a Carlos II*»; «*Del asalto y saco de Roma por los españoles*»; «*De la dominación de los españoles en Italia*»; «*De las invasiones de los moros africanos en España*»; «*Estudios literarios*»; «*Del principio y fin que tuvo la supremacía militar de los españoles en Europa, con algunas particularidades de la batalla de Rocroy*», y cien otros trabajos histórico-literarios que comprueban, plagiando una frase suya, que Cánovas era un literato adulterado

por la política. No es menos notable el prólogo poco conocido que puso al libro de «*El ensayo descriptivo de Italia*», por D. Joaquín Francisco Pacheco. Los que amen las buenas letras y el excelso castellano de la época de oro desde Cervantes a Solís, lean estos trabajos y ciertamente que han de agradecerme el consejo.

De sus versos más vale no hablar. Mucho dijeron contra ellos, los que no encontraban a mano cosa que creyeran que le pudiera mortificar en mayor grado; pero por mucho que dijesen, todavía se quedaban cortos dada la artificiosa premiosidad y la falta de inspiración y de originalidad que en ellos reinan.

Recuerdo a este propósito que el día de mi primera visita, como llamara mi atención la hermosa gardenia que en su gabinete había, reveladora a mi juicio de su afición por las flores y del mimo cuidadoso de su nueva esposa, como yo recordara haber oído hablar de una poesía de Cánovas que se llamaba «*Las flores de mi balcón*», busquéla y la leí con la mejor disposición de ánimo; pero si no se me cayó de las manos, le faltó poco, pues en la forma ví todos los defectos que antes señalo y en el fondo hallé sobrada y no afortunada coincidencia con la de los lirios de Ventura Ruiz Aguilera. Claro está que así y todo, no cambiaría yo la forma de versificación de Cánovas por la de ciertos líricos de la actualidad; siquiera allí están puestos los acentos en su sitio.

No he de callar sin decir alguna palabra acerca de la muerte de este hombre extraordinario. Aún rehago en mi recuerdo la impresión que me produjo la noticia: hallábame en los toros con uno de mis hijos el 8 de Agosto de 1897; hacia la mitad de la corrida noté cierto movimiento en la entrada del tendido y ví a Miguel

Moya hablando con calor a varios que con interés le preguntaban; entonces hice un movimiento interrogativo con la cabeza dirigiéndome a Moya y éste me dijo a voces: «Sí, Cánovas ha sido asesinado por un italiano».

Sentí entonces en mí una sensación de dolor y arrepentimiento que pocos se explicarían; del dolor nada digo, del arrepentimiento se lo explicará quien sepa que por aquella época estaba en toda su intensidad la lucha entre los canovistas y los silvelistas, cruzándose entre ambos partidos y los periódicos en que unos y otros escribíamos, las más amargas diatribas y censuras, los epígramas, los saetazos y las violencias de toda especie. En el momento de oír la triste nueva hubiera yo querido borrar todo lo que la pasión enconada y la violencia de las represalias me habían hecho escribir y decir. Abandoné precipitadamente la plaza sin saber para qué, como si fuera yo a remediar algo de lo ocurrido. Todo Madrid conocía ya la noticia.

La muerte de Cánovas tiene una inmediata consecuencia a que no todos han dado la suficiente atención. Su viuda, doña Joaquina de Osma, con quien él estuvo largo tiempo en lícitos y platónicos amores muy comentados por la crítica superficial de la sociedad madrileña, había por fin casado con él y disfrutado en un período de diez años una vida en que pudo haber mucho de preocupaciones y contrariedades, pero en la que nadie negaba la existencia de un acendrado amor desarrollado en una atmósfera de bienestar y de riqueza.

Pues bien, aquella pobre mujer fué la primera que recogió el cuerpo agonizante de su marido, la que le acompañó minuto tras minuto hasta el momento en que días después salía de la mansión que había sido nido de

sus amores para ser conducido al cementerio. No perdonó detalle alguno, destrozando en su cumplimiento su corazón y asistiendo sola a las tristes ceremonias religiosas íntimas, al descubrimiento del cadáver, a todo hasta que de él la apartaron deudos y amigos.

Desde aquel momento aquella pobre viuda, por casi todos olvidada, paseaba su inacabable dolor por las estancias de su palacio y buscaba medios artificiosos que pudieran levantar su ánimo abatido, sin percatarse de que en ello podía encontrar una muerte inevitable.

La descripción de su triste fin ocurrido en el aniversario del asesinato, hecha en conversaciones particulares por su médico y mi fraternal amigo D. Francisco Huertas, produce una amarga tristeza, tan grande como el horror producido por la violencia del fin de aquel esposo a quien ella tanto amaba.

PASEO XIV

Extravagancias.

No toméis nunca como espectáculo y distracción el trabajo o el sufrimiento de los demás.

Ich.

El novio y el candidato son dos *entes,* dignos unas veces de compasión y otras de risa.

Ich.

Etimológicamente, *extra-vagar* debiera significar andar o vagar por fuera, y precisamente, cuando yo me siento más *extravagante*, es cuando ando más dentro de mí.

El pensamiento de los hombres, como la tierra, cuando produce superficialmente, es con escasas variedades de grado igual en producción intelectual, como muy parecida es la producción agrícola de los frutos superficiales de las más diferentes comarcas; pero al ahondar, tierra y pensamiento humano, dan frutos muy distintos; el sabio, el discreto, el pensador, producen fru-

tos más estimados, cuanto más honda es la labor de su siembra hasta llegar al subsuelo, en que ya es geólogo, es decir, filósofo, y tropieza con cobre, plata, oro, o lo que vale más, con hierro. Ahondad en el pensamiento de un tonto y hallaréis arena; por eso me dá miedo ahondar en el mío, y, sin embargo, de vez en vez, me acucian deseos de explicarme el por qué de ciertas modalidades de mi modo de ser psíquico y moral. Vaya un ejemplo:

Ayer, escribiendo una biografía, o cosa así, de mi grande amigo el admirable Simarro, mencionaba la puerilidad en que se ejercitó durante algún tiempo, dedicándose al estudio de las máquinas de coser. No eran éstas las solas máquinas que a Simarro le interesaban: los aparatos de óptica, los relojes, los instrumentos de investigación clínica, le encantaban, y los descomponía para escudriñar en ellos su mecanismo, y los modificaba agregándoles el coeficiente de su ingeniosidad inagotable.

Pues bien, pensando en esto, me decía yo: «¿Por qué me produce a mí tanta antipatía, ya que no repugnancia, todo lo que es mecánico o industrial?» Difícilmente habrá hombre más aficionado a aprovecharse de todo lo que es progreso, adelanto o comodidad, procurados por la mano del hombre; pero lo que no concibo es que produzca curiosidad ni deleite el saber cómo estos adelantos y estos mecanismos se fabrican. Venciendo mi resistencia actual me llevó un amigo en Gijón a visitar una fábrica de *puntas de París*, y apenas entré en una enorme sala en donde, simultáneamente, golpeaban 50 o 60 martillitos de acero sobre otras tantas máquinas, produciendo un ruido insoportable, giré sobre mis talones y dejé solo a mi amigo; otra vez de

muy joven, me llevaron a ver los Altos Hornos, de Bilbao. A poco de entrar, me advirtieron que un arroyo abierto en surco, entre la arcilla del suelo, iba a llenarse de hierro derretido, y apenas la operación comenzó, no encontré sitio bastante lejano para apartarme de aquel espectáculo, que, sin tener nada de atractivo para mí, me producía molestia evidente, y me amenazaba con posible peligro. Cada rueda enorme que gira con ruidos de un ritmo monótono e infernal, me parece que va a salirse de su eje; cada correa va a soltarse dándome un latigazo mortal; cada volante puede aplastarme, y, todo, ¿para qué? ¿y por qué?; para ver una cosa que no me interesa, que no entiendo, y, que, sin embargo, admiro cuando, en forma de producto provechoso, se me ofrece.

En aquel día de los *Altos Hornos*, sólo encontré interesante el espectáculo fantástico de los obreros a la puerta de aquellos infiernos, relucientes sus cuerpos de sudor, e iluminados por llamas infernales, determinantes de efectos de luz incomparables.

Un día me bajaron con Azcárate y Adaro, al fondo de una mina, cuya explotación este último dirigía. Yo nada veía en las galerías, infinitamente menos interesantes que las catacumbas, y montado en una vagoneta, llegué a un portalón, en donde un niño de trece años, casi desnudo, tenía por oficio, durante todo el día, el de abrir aquél portón y cerrarlo cuando había pasado cada vagoneta, y allí permanecía a obscuras el día entero, ganando creo que un par de pesetas, palideciendo y extinguiendo en pura pérdida la energía de una adolescencia que hubiera podido florecer al sol que allá arriba brillaba, y al aire que se perfumaba fuera entre las plantas y

los helechos, y que le llamaba inútilmente con los gorgeos de sus aves y los variados ruidos de la campiña.

Pues bien, cuando iba yo pensando esto, arrastrado en aquel primitivo cochecillo, oí que dijeron: «¡Bajen ustedes la cabeza!», y efectivamente, falta hacía bajarla, pues la punta de una viga de la bóveda de la galería, se llevó el sombrero de Azcárate que iba a mi lado. Después ocurrió no sé qué dificultad en un ascensor, y estuvimos colgados veinte minutos, como refiere la apócrifa historia de Quevedo; y en cuanto salí a la luz, juré no volver a curiosear en las minas, hacer lo que pudiera por los que en ellas trabajan, pero no tomarles por materia de espectáculo, pues Dios puede castigar a los curiosos sirviéndose de una viga que les deje sin cabeza, como Azcárate se quedó sin sombrero.

En cambio de esto, ¡cuántas y cuán extrañas cosas he hecho yo encontrando deleites en mis extravagancias!

Después de todo, esta mi repugnancia por las fábricas y las minas consideradas como espectáculo, es completamente análoga a la que he visto que experimentan algunos ingenieros o abogados cuando se les invita a visitar un hospital, un manicomio o un anfiteatro de operaciones.

En el mismo Asturias hay un pueblecito encantador llamado Luanco, y a la izquierda de su playa principal, donde comienza a hacerse abrupta la costa, hace el mar una pequeña entrada, que las hermosas e inolvidables muchachas que conmigo veraneaban en 1869, llamaban la playa de Carlos, porque allí, en aquel semicírculo, tapizado de arena casi impalpable, pasaba yo con mis libros, y las más veces sin leerlos, horas y horas, en una abstracción sin objeto, pensando no sé en qué, ni dor-

mido ni despierto, hasta que mi patrona (Marica Miflor) me enviaba a buscar, porque el arroz estaba hecho unas gachas, y llegó a darse el caso de que una tarde, en la que descargó una furiosa tempestad, viniesen mis jóvenes amigos y con ellos alarmado el alcalde del pueblo en busca mía, pues no pudieron creer que dejara de haberme pasado algo con aquel furioso vendabal, y los truenos y relámpagos, que yo sentado en una roca, miraba embebecido.

Véase qué incongruente es un hombre en sí mismo: tiembla, se estremece y huye de un peligro incierto, determinado por una cosa que está en la mano del hombre el regularizar, y encuentra deleite sin sospechar que en ello pueda haber peligro, ante un formidable desconcierto de la Naturaleza.

De estas cosas pudiera contar y no acabar, y ganas me dan de hacerlo, pues partidario como soy de la literatura cómica, ya que no pueda hacer reir con sátiras y chistes, quizás lo haga contando episodios reales y tonterías.

Un día estaba de cacería (he sido muy aficionado a acompañar a los cazadores, sin que me remuerda la conciencia de haber matado nada... en el campo), en una espléndida dehesa extremeña que se llama «La Azagala» y que era propiedad de la familia de mi buen amigo el marqués de Portago.

El principal atractivo de la expedición era para mí el antiguo y bien colocado castillo histórico en que nos alojamos. Formábamos la compañía Portago, su hermano el conde de Catres, mi amigo Manuel Ferrera, gran extremeño, natural de la próxima villa de Alburquerque, y entusiasta frecuentador de la ópera en Madrid. Sali-

mos por la mañana y dimos una vuelta alrededor del picacho en que se yergue el castillo, y, como el terreno fuera desigual y en extremo pendiente, y mi agilidad no haya sido nunca mucha, a pesar de ser grande mi afición a las dificultades del campo, llegó un momento en que perdí pie, traté de apoyarme en la escopeta, que para nada me servía, ni me sirvió tampoco de apoyo, y caí rodando cuesta abajo, con más aparato que daño, lo menos una pendiente de 10 o 12 metros. Alarmados mis amigos, bajaron con mayor fortuna que yo, y al tratar de recogerme, me encontraron ileso y que, alargando una mano, protegía una planta silvestre que, junto a mi cara había, diciendo yo: «¡Por Dios, no pisen ustedes esta flor, miren ustedes qué azul; este es el color más difícil en las flores; pues generalmente se llaman azules a las que son moradas; pero esta es verdaderamente turquí!» «¡Vaya usted a paseo!» me dijo seriamente enojado el buen Portago: «¡Menudo susto nos ha dado usted para salir ahora con la florecita!»

Otra vez fué más serio el episodio. Ocurría al día siguiente de la votación de mi segunda elección de diputado por el distrito de Sahagún. Después de un mes de andar a caballo por páramos, hondonadas y vericuetos, convinieron los estrategas electorales, que con toda su alma, su intención y su sacrificio me secundaban, en que yo debía permanecer el día de la elección en los pueblos de la montaña, que era donde aquella más peligro corría.

Hícelo así, y recuerdo dos sucesos que no olvidaré.

Galopando de una aldea a otra, íbamos el día de la votación por un sendero en medio de campos escarchados, pero hermosos, bajo un cielo espléndido y azul.

De pronto, mi caballo dió una huída (por entonces era yo regular jinete); le estimulé, y al continuar receloso y encabritado el bruto, vi en una revuelta del camino, un asno parado y un hombre caído en el suelo, envuelto en una burda capa de campesino. Rodeámosle, le interrogamos, y pudimos enterarnos de que, enfermo, le habían obligado a montar en su burro para ir al Colegio electoral, que distaba dos leguas de su casa. Débil por la enfermedad y la mala alimentación, había perdido el sentido, y, entre apenado y caído, yacía en tierra por serle imposible seguir adelante. Volvieron a subirle en su caballería los más jóvenes de los que me acompañaban, y como indagase yo quién había cometido la crueldad de sacar aquel hombre de su hogar, díjome con voz apagada el nombre del cacique autor de la fechoría, quien, por fortuna, no era de los míos, y me enseñó la papeleta electoral que le habían dado y un duro que le había valido la promesa de votar a mi contrincante. Como el poblado más próximo era el en que se encontraba el Colegio, continuamos acompañando hasta él, a aquel infeliz, y al llegar a la puerta del tugurio, quiso uno de mis amigos sustituir la papeleta en que constaba el nombre de mi adversario, dando por razón el que yo había dado alimento, vino y compañía al pobre enfermo; pero yo, apeándome de mi caballo, cogí al doliente por el brazo, le volví a dar su papeleta, con ella otro duro de mi bolsillo, y entrándole apoyado casi en mi hombro, me acerqué al... puchero, y dije: «Conste que este señor vota a don Fulano de Tal», y alargué la papeleta abierta.

Al otro día tuvo lugar el hecho que más se refiere a estas extravagancias. El escrutinio de la tarde ante-

rior me había sido favorable, aunque en escasa proporción, en los cuatro pueblos de la montaña; pero como el llano *era seguro,* bajaba nuestra cabalgata alegre y orgullosa, cierta de su triunfo. Con efecto, de los pueblos cercanos iban saliendo al camino, para decirnos... que en cada uno de ellos nos habían dado un pucherazo formidable, y habíamos perdido la elección. Caras mustias, puños crispados, propósitos de venganza, inculpaciones mutuas, tal era el cortejo que me acompañaba. Llegó el mediodía; bajamos de nuestros caballos, mulas y burros, y nos sentamos en un prado de mullida hierba, cercado de piedras sobrepuestas, como es costumbre en aquel castellanísimo país. La mañana no podía ser más espléndida; no corría un pelo de aire; la atmósfera tenía una transparencia inverosímil que consentía vislumbrar los picachos de la vecina sierra, las desnudas arboledas de los sotos, el brillo de los arroyos helados: era un paisaje de invierno iluminado por la misericordia de una primavera anticipada.

Almorzamos y lo hicimos copiosamente; las protestas, los ternos y las amenazas fueron dando lugar a una reposada y a mí me pareció que complaciente calma. Terminado mi refrigerio, me eché boca arriba sobre aquéllas alfombras de esmeraldas en que brillaban algunas gotillas de escarcha que el sol apiadado había convertido en rocío; mis ojos extasiados hundían su mirada en aquel azul incomparable del cielo leonés. De pronto, me ocurrió el mal pensamiento de decir a toda voz: ¡Dios mío, qué cielo!, ¡qué sol!, ¡qué día! y luego ¡qué almuerzo! y ¡qué sensación de amistad y de alegría! ¿Qué me importa a mí el resultado de la elección, si me ha proporcionado este momento?

En mal hora lo dije: aquellos excelentes amigos prorrumpieron en protestas airadas, en voces de «¡Eso lo ha debido usted decir antes!... ¡Pus eso, si lo sé se va usted solito!». Procuré aplacarles y pronto lo conseguí de su bondad, ayudado en el empeño por aquel D. Félix Miguel Alay, que fué conmigo, durante algunos meses, la indulgencia y la bondad personificada.

Lo fué durante algún tiempo, pues no fué esta la sola ocasión en que tuvo que acudir, con el capote, a socorrerme en mis *descubiertas* y tropiezos.

Recuerdo otro episodio de índole absolutamente opuesta. Llegamos casi de noche a un pueblo de la ribera, que se llamaba La Vega o cosa así.

Recibiéronnos, entre afables y reservados, en la casa de uno de los electores influyentes que me habían ayudado en la campaña anterior. Con la conversación, los recuerdos y las promesas, fuimos consiguiendo que la frialdad de mi antiguo amigo volviera a trocarse en afectuosa protección, me propuso que convocáramos a los electores del lugar, para hablar con ellos aquella noche. Accedí gustoso, y después de cenar regularmente, pasamos a la cocina adonde iban acudiendo los *tíos*, como llaman por allá a los ciudadanos de cierta edad y significación.

Las cocinas de la Tierra de Campos están, casi todas ellas, conformadas de la misma manera: en uno de sus testeros hay un fogón que es un poyo ancho y extenso que va de pared a pared, y en el centro del cual está ahuecado el hogar repleto casi siempre de buen fuego; el conjunto de este fogón-poyo, se llama *la Gloria de Campos*. Junto a las paredes, perpendiculares a la gloria, hay bancos, en medio de ellos alguna mesa

de pino, más ó menos desvencijada, y colgando del techo, entre chorizos, cecinas y tasajos pende una lámpara de petróleo, casi siempre mal arreglada, humeante y mal oliente, con la que por aquella época se habían substituído ya los artísticos e históricos candiles.

Como digo, llovía, y los hombres que iban entrando cubiertos con sus pesadas capas, a poco de permanecer en la cocina, humeaban literalmente, produciendo un ambiente de olor a tierra húmeda y suciedad, que infectó pronto la atmósfera, haciéndola irrespirable, hasta el punto de que el mísero quinqué iba afilando su llama, como si buscara fuera del tubo un aire más limpio que le permitiese arder.

En el suelo, y en medio de la cocina, puso la amable huéspeda un gran jarro de vino al que alargaban la mano los oradores bebiendo tragos, cuyos residuos limpiaban de sus labios, con el dorso de las manos, en que aún mostraban la cubierta térrea que del campo traían.

El cuadro, ni me maravillaba ni me era desagradable; ¡habituado podía estar ya a él, por otros semejantes!; pero lo que distinguió a éste, fué el que uno de aquellos honrados labradores, que ya traía algunos tragos en el cuerpo, y que los adicionaba con los frecuentes que allí bebía, se echó sobre el fogón de modo que su cabeza venía a corresponder con la mía, dado el que yo ocupaba el primer lugar del banco que en el poyo se apoyaba. Levantado sobre su codo, aquel ilustre elector, me llamaba con insistencia, y cuando yo volvía la cara y me tenía bien al alcance de la suya, antes de empezar a hablar, desahogaba su estómago de uno de esos productos que Sancho llamaba «regüeldos» con severa corrección por parte de Don Quijote.

Repitióse el caso hasta tres o cuatro veces, y esto en medio de un coro de reticencias, de reservas, de peticiones impositivas, por parte de todos aquellos señores, y con irritación creciente de mis nervios, que llegaron casi a estallar.

Levantéme pretextando cansancio, subí a la habitación en que juntamente con otra para Alay, me habían preparado la cama, y dirigiéndome a mi buen amigo, le dije con aire resuelto: «¡D. Félix, yo me voy mañana a Madrid. Yo no resisto estas cosas. Fatiga, gastos, sacrificios, empeño, buena voluntad..., bien sabe usted que nada escatimo; pero la grosería soez y sistemática, la humillación estólida a esos patanes, a los que he favorecido más que nadie y que me regatean de esta manera unos cuantos votos..., eso, no lo resisto yo!»



El buen Alay llamó a dos o tres de los más íntimos de nuestra comitiva y entre todos emplearon la noche en persuadirme a que renunciase a mi resolución, como al fin lo consiguieron y... ¿para qué?, para lo que antes he referido.

No todos los episodios electorales han sido para mí desagradables, prosaicos, ni tediosos; algunos recuerdo que bien pudiera decirse que compensaban muchas molestias, gastos y sinsabores, aunque nunca los desengaños y la pérdida absoluta de las elecciones. El que tema a estos últimos, lo mejor que puede hacer es abstenerse de la política activa, no por egoísmo de burgués y filisteo, sino precisamente por amor al ideal de mejoramiento; pues éste dura todo lo que tardamos en entrar en el remolino voraginoso de las maniobras prácticas de la política activa.

En cuanto al alejamiento desdeñoso y un poco alti-

vo de los burgueses y de los filisteos, no me fié nunca de él, y si alguna vez me he fiado, pronto la experiencia ha venido a demostrarme, que la peor ralea de los ciudadanos, si es que así puede llamarse a tales hombres, es la de los que hacen gala de «no ser políticos». En ninguno de los cargos de mayor o menor importancia o de influencia más o menos eficaz que he desempeñado, ha dejado mi espíritu observador de comprobar, que siempre que una persona me ponía por delante de una pretensión o de una insinuación más o menos franca, aquello de: «sabe usted, como no soy político» o «vengo a usted, porque yo no he sido político nunca». Siempre, sin una sola excepción, venían los tales a pedirme una picardía, a recomendar un abuso o a proponer una inmoralidad.

Y esto tiene su explicación: esas pobres gentes, en fuerza de oír a los políticos insultarse los unos a los otros, agraviándose y aun calumniándose a sabiendas, llegan a formarse la idea de que el mundo de los políticos es una esfera aparte, un lugar reservado ¡...excusado!, digámoslo de una vez, en el que no se puede entrar, sino para depositar en él las cosas inmundas que nos molestan. Sucede con los políticos lo que con los médicos, nadie les tiene la culpa de que el mundo forme de ellos un concepto despectivo, pues que ellos con sus ambiciones descomedidas, sus impaciencias, sus envidias, sus rencores y su falta de mesura para dulcificar tan bajos instintos, logran que el mundo entero piense de ellos lo que ellos, testigos de mayor excepción, dicen los unos de los otros.

Volviendo a los políticos, diré con toda franqueza, ahora que estoy, más que en la barrera, en el tejado de

la Plaza, lo mejor que hay en España, lo más sano, lo más hondamente honrado, aunque lo más candoroso y pudiera decirse infantil, son los hombres políticos. Así le va al país, pues si fueran un poco menos inocentes y se parecieran siquiera a lo que ellos dicen los unos de los otros, allá se las arreglarían con la justicia y en todo caso con la conciencia; pero al país le iría mucho mejor.

Vuelvo a mis anécdotas electorales. En estas mismas campañas que hice por Tierra de Campos y montaña de León, hice observaciones muy curiosas. Los curas de aquellas aldeas merecen estudio, y yo procuraba observarlo, por espíritu investigador y por egoísmo de candidato, dado que puede tenerse por cierto que sin ellos no hay acta segura. Eso sí, se equivocarían de medio a medio los que supusieran, por vulgar espíritu de apariencia, que militando en un partido determinado pondrían de su parte al clero rural. No; éste, a lo menos en lo que yo he podido comprobar, apoya lo que personalmente le conviene, con cierto espíritu de secta, pero con ninguno de partido. Tan pronto echan el resto por un candidato tradicionalista y reaccionario, como por uno librepensador y revolucionario. La simpatía personal es muchas veces el fundamento de sus acciones; pero las más se inspiran en la conveniencia del momento, sin indagar cosas más transcendentales. Digo esto, no en tono de censura; quizás acierte y sea tal conducta el resultado reflexivo de los desengaños que hasta ellos llegan y del conocimiento psicológico de las gentes entre las cuales viven. Conocí en mi primera elección a un buen señor que ejercía su sacerdocio en un pueblecillo (Santa María del Río, o cosa así),

y que en él y en los circunvecinos tenía grande influencia, según anticipadamente me habían dicho. Era yo entonces candidato *encasillado* y sin oposición, y fué de ver el recibimiento que el buen cura me hizo, los mimos y halagos que me prodigó, las facilidades, obsequios y agasajos que me propuso. Llamó a los principales electores de los alrededores; les arengó en mi presencia, y el día de la elección me proporcionó uno de los resultados más halagüeños de mi escrutinio.

Cultivé durante los dos años que duró mi representación la amistad de aquel buen señor, procurando corresponder en todas formas a las bondades de que me había colmado. Pues bien: a la segunda vez, yo candidato conservador, pero no encasillado, que había hecho en favor de mi distrito, según todos decían, más que todos mis antecesores juntos, oí con asombro a aquel mismo señor, en la visita que le hice, decir que apoyaría al candidato liberal, porque los liberales, por aquello del qué dirán, se portaban mejor con el Clero que los conservadores, y, además de esto, me llenó de tales asperezas, reticencias y acritudes, delante de todos los que nos escuchaban, que me vi obligado a montar a caballo y dejarle en un estado de exacerbación nerviosa, que solamente si yo le hubiese hecho un grande agravio podía justificarse.

Otros seguían procedimientos aún más hostiles (bien entendido, con el candidato de oposición). Un día nos sorprendió en lo más hondo de la montaña (creo que en Renedo) una nevada copiosísima. Mis compañeros, conocedores del país, me dijeron que creían prudente marchar hacia el llano, pues pudiera suceder que los caminos se cerraran y no saliéramos de aquellos lu.

gares en ocho o diez días. Salimos con efecto al paso más ligero que consentía a nuestros caballos la nieve, obscureciendo la vista, y el hielo, haciendo resbaladizos los senderos.

Llegamos de aquella guisa ante la casa de un clérigo, que tenía fama de acomodado, pero de muy violento y caprichoso. Formábamos la comitiva unos 12 o 14 jinetes cubiertos de los más pintorescos trajes de impermeables, capotes, caperuzas y pellizas y aún más cubiertos por la nieve de la que en vano nos sacudíamos. No creímos prudente ir más adelante, y como llamara alguno que se dijo amigo del cura a la puerta de éste, para pedirle algún abrigo contra el temporal, esperando unas horas a que el turbión pasara, presentóse el buen señor a la puerta de su corral, entreabriéndola y cubriéndola con su cuerpo, cubierto a su vez por una sotana llena de manchas y de suciedad.

«¡Hola, señores!, ¿qué mal tiempo, verdad? ¡Cómo se van ustedes a poner! ¡Deben ustedes apresurar el paso, pues la tarde va avanzando y de noche van ustedes a tener más frío por esos caminos!»

Algunos de mis amigos le hizo observaciones discretas; otros le dejaron oír imprecaciones no muy suaves; yo me limité a picar al caballo y seguir la expedición que por fortuna, y seguramente contra los deseos del caritativo clérigo, resultó desde entonces más agradable.

Luego me dijeron, pasado algún tiempo, que había sido suscrito a *El Motín* por algún mal intencionado, y que cada vez que recibía por el correo un número del tal periódico, a vista del cartero y de sus convecinos rompía en denuestos contra mí, suponiéndome autor

de la pesada broma de hacerle aparecer como suscriptor.

Como decía, no eran ciertamente iguales todos los sacerdotes que por entonces traté, y vayan dos como ejemplo: Era el uno, me acuerdo bien, de Villanueva de las Manzanas. Llegué a su casa solamente acompañado de mi amigo Fernando Chicarro. A nuestra llegada acababa el buen señor de hacer su comida de mediodía. Su primera pregunta fué la de si habíamos comido, y como le dijéramos que nó, fué de ver el trastorno y el desasosiego que en él y en la anciana que le cuidaba produjo nuestra respuesta. En el pueblo no había manera alguna de buscar comida pagada por nosotros, y en aquel presbiterio no había al levantarse de la mesa el sacerdote, más que algunos pedazos de pan, resto de su refrigerio.

Aquella pobre mujer salió en busca de algo entre adquisición y limosna y volvió con cuatro huevos, dos de los cuales nos sirvió pasados por agua y los otros dos en forma de tortilla con pan rallado.

Apenas pude tragar aquellos alimentos exigidos por mi apetito, pero que se me anudaban en la garganta al comprender la pobreza de aquel infeliz sacerdote que gozaba justa fama de virtuoso y caritativo. De este mismo género es la última de mis anécdotas *clericales*. Corresponde a la segunda elección. Los votos andaban muy dudosos: tan dudosos, que después de todas las violencias, luchas y maniobras, no llegó su diferencia a doscientos, entre diez mil que componían el censo.

Cerca de Valdepolo, pueblo en que había pasado la noche y al que luego haré referencia, había otro llamado Santa María del Monte (?) en el que había disponibles

solamente 40 o 50 votos, que estaban, según era público, a la absoluta devoción del párroco de aquella localidad. Dijéronme que éste era hombre muy amado de sus feligreses, por su conducta seria, intachable y verdaderamente apostólica. Animáronme a que le visitase, pues según me dijeron, le habían oído elogiarme en sus conversaciones particulares. Monté a caballo y fuí, con sólo un guía, para que el aparato electorero no ofendiese al buen gusto que suponía en aquel señor. Llegué a su casa, me recibió con afabilidad ceremoniosa, me sentó a una bien abrigada camilla y me dejó exponer mi deseo. Cuando hube terminado, me dijo con voz tranquila y tono siempre cortés:

«Mire usted, D. Carlos: Yo tengo de usted las mejores noticias y no le niego que su candidatura me es simpática, pues le creo animado de buenas intenciones cerca del distrito; pero yo he empleado toda mi influencia en evitar que mis feligreses intervengan en luchas electorales, porque sobre todas las cosas deseo y procuro su paz y su tranquilidad, que seguramente habían de perder si comenzasen a cambiar de conducta. ¿Quiere usted, después de esto, que yo les recomiende que vayan por primera vez a votar para que ya en lo sucesivo no haya sosiego en este pueblo?»

Acompañó esta pregunta con una mirada honda e inquisitiva pareciendo que quería leer en mis ojos la contestación.

«Señor cura, le dije besándole la mano, no diga usted nada a sus amigos; pero crea que me voy contentísimo y agradecido por haber conocido a un hombre como usted.» Y después de hablar de cosas indiferentes me despidió abrazándome con visible emoción.

Mencioné antes a Valdepolo. En mi primera expedición electoral hice en este pueblo una de mis paradas en casa de un elector llamado D. Pablo Puente, del que conservo imborrables recuerdos. Era hombre serio, afable, de rara inteligencia y de palabra hidalga.

Como al llegar a su casa nevara y fuesen las cinco de la tarde en el mes de Enero, es decir, cerrada ya la noche, hablamos, después de comer, de la manera de hacer algo entretenida la velada.

«Aquí, señor doctor, no tiene usted ni teatro, ni casino, ni siquiera libros. Por las noches de invierno los hombres nos reunimos de diferentes modos, y las mujeres y la gente joven se entretienen en los *hilorios* o *velorios*.»

«¿Velorio? ¿Y qué es eso?», pregunté yo prometiéndome ya alguna cosa deleitable.

«Pues velorio, se llama aquí a una reunión que en varias casas, sobre todo en las que tienen cocina grande, celebran las mujeres, hilando las viejas, cosiendo y cuchicheando con los mozos las jóvenes y contando de cuando en cuando historias estupendas o chismes de vecindad.»

«¡Ah!, pues yo quiero ir a un hilorio». Y a pesar de las observaciones y risas de mis acompañantes me dirigí con D. Pablo a una casa de otro amigo cuyo nombre mi ingratitud ha olvidado.

Al entrar en la cocina había ya, sentadas junto a la *Gloria de Campos*, tres o cuatro mujeres de edad madura, que enhiesta la rueca y girando el huso entre sus ágiles y sarmentosos dedos, manifestaron su asombro al verme entrar. Sentéme entre ellas rogándoles que no interrumpiesen lo que habitualmente hacían, y con efec-

to, con una naturalidad de buen gusto continuaron conversando e hilando mientras llegaban otras mozas y mozos, en proporción, sin duda, mayor que otras veces, por haber corrido por el pueblo la noticia de mi extravagancia, y sobre todo, la de que había ido calzando almadreñas y sin caerme por la calle.

Pocas noches he pasado tan agradables como aquella, aun cuando me hayan recibido en los más lujosos salones de Madrid, las damas más encopetadas, los hombres más cultos y las gentes más divertidas a la moda.

¡Qué verdad es que la serenidad resignada encuentra modos de ser feliz en todas partes! Aquellas modestas gentes mostraban una alegría cordial, una sana jovialidad, alternando con las discretas y serias amonestaciones de las madres, que me tuvieron encantado hasta que me hubieron de advertir que me debía marchar, pues los jóvenes, cansados de los pintorescos bailes y las viejas del desvelo, tenían que contar con las necesidades laboriosas del siguiente día, y ellos se fueron a descansar, yo a echar cuentas electorales, aquella noche muy interrumpida por el recuerdo sosegado y alegre del velorio de Valdepolo.

PASEO XV

15 de Julio de 1905.—Raimundo Villaverde.—15 de Julio de 1922.

Las amistades de la infancia significan, para las almas bien nacidas, deudas que obligan hasta la vejez.

Ich.

Hoy es para mí un triste aniversario; lo es también para una familia noble, distinguida y modelo de constitución ética, y de corrección de costumbres; pero debiera ser triste el recuerdo de esta fecha para muchas personas más, para España entera, y particularmente para uno de los partidos políticos que con mayor frecuencia interviene en la gobernación del Estado y al cual seguramente no se le debería preguntar lo que la fecha mencionada significa.

En aquel día, de una manera súbita e inesperada, falleció a consecuencia de una violentísima congestión cerebral, mi insigne amigo Raimundo Fernández Villaverde. Había regresado de Biarritz dos o tres días antes, presentando síntomas de una infección gastrointestinal

sin importancia. Era difícil prever que algunos fenómenos de inhibición cerebral quc, coincidentes con trastornos gástricos, se habían presentado en dos o tres ocasiones lejanas, pudiesen significar una amenaza tan efectiva y horrible como el ataque que sobrevino en aquella funesta noche.

Cuando, llamado con grande urgencia, acudí al lado del enfermo suponiendo que se trataba de una falsa alarma, sufrí una de las impresiones más hondas y desconsoladoras de mi vida médica, y de los afectos de mi amistad. Villaverde moría por momentos: la pérdida de su conocimiento era absoluta, y se expresaba por una agitación incoherente, con frases y palabras sin sentido alguno; el lado derecho de su cuerpo estaba paralizado, y su temperatura señalaba la cifra más alta de las que, por mí mismo, he tomado en sesenta años de ejercicio profesional y del manejo del termómetro. Tenía 42° y 8 décimas.

Desalentado y confuso corrí al teléfono, y llamé en consulta a mis buenos amigos Eloy Bejarano y José Grinda, que sabía que se encontraban en Madrid, y quienes por la proximidad de sus domicilios, acudirían pronto, y por su sabia experiencia me aconsejarían con acierto.

Extraña fué aquella consulta; cuando Bejarano entró el primero en la alcoba, comprendió su hermoso corazón lo que pasaba en el mío, y como me amaba cual pocos me han amado, nuestra consulta se redujo a lanzarnos sollozando el uno en los brazos del otro; llegó luego Grinda y se produjo análoga escena; presenciando a poco los tres la extinción inevitable de aquella vida de inteligencia, de trabajo inaudito, de sacrificio y de ab-

negación patriótica: Villaverde falleció a las nueve de aquella mañana.

Siempre un caso semejante es desolador para un médico, piensen lo que quieran los no profesionales que desconocen el espíritu de nuestra actuación, y los profesionales que, pareciendo que le conocen, la ejercen como un mecanismo para el lucro de su existencia; pero en mí aquel espectáculo inesperado tenía una significación aún mucho más honda que para otro médico cualquiera, por humanitario y altruista que fuese.

Villaverde era un amigo de toda mi vida: en la infancia habíamos jugado juntos y hecho nuestras primeras armas literarias en el Colegio de San José; en la mocedad se habían sostenido nuestros lazos amistosos, dando juntos los primeros pasos en las que habían de ser después orientaciones de nuestras carreras políticas; ya hombres maduros, me había él aconsejado y protegido llevándome al partido conservador, cuando éste aceptó las grandes reformas del programa democrático, que en análogos términos había producido el entusiasta credo de nuestra juventud.

Porque hay cosas, respecto a Villaverde, que pocos saben y que muchos han olvidado. El fué, cuando muy joven era diputado por el distrito por donde continuó siéndolo hasta su muerte, monárquico demócrata, de la fracción avanzada que dentro del partido radical capitaneaba D. Segismundo Moret; y a pesar de sus convencimientos democráticos era tan grande su fe monárquica, que, en la famosa votación de la noche en que se proclamó la República, fué su voto el único de aquella fracción que se enunció valerosamente en favor de la monarquía.

Deténgome un momento y considero: ¿no han venido los hechos en su evolución natural a dar la razón a lo que mi desgraciado amigo previó en aquella ocasión memorable? ¿No hemos llegado después, a vuelta de restauraciones, regencias, conatos revolucionarios, transigencias mutuas y tácitos convenios al *statu quo* de una monarquía verdaderamente democrática, de una constitución y de unas leyes, en las que *(por lo menos escritos)* se consignan el sufragio universal, el jurado y todo linaje de libertades civiles y religiosas?

¡Cuántos atisbos análogos a éste puedo atestiguar que tuvo mi admirado amigo respecto á los acontecimientos futuros y al valer personal de ciertos hombres!

Cuando, al comenzar el verdadero auge de su carrera política, fué Villaverde nombrado gobernador de Madrid, se vió en la necesidad de entrar *manu militari* en la Universidad Central en el día, desde entonces famoso, de Santa Isabel. Con el alma contristada por desgracias de familia que en aquellos días me afligían, pasaba yo por la calle Ancha de San Bernardo, a tiempo precisamente de que mi amigo entraba en la Universidad, exhibiendo el bastón de autoridad en su derecha mano. Saludóme con aire medio distraído: contestéle yo desde el fondo de mi coche y de mi tristeza, y luego algunas veces he pensado: «¿Recordaría Raimundo en aquel momento, al verme, al compañero de la noche de San Daniel, cuando juntos corríamos desaforadamente por la calle de Jacometrezo delante de los caballos de la Guardia civil y nos amparábamos en un estrecho portal donde no podrían entrar nuestros perseguidores?»

¡Qué monotonías tiene la vida! Se diría que es una comedia repetida en millones de representaciones y en

la que varía sólo el reparto de los papeles y el traje de los comparsas.

Pero procuraré introducir algún orden en mis ideas. Decía que en su mocedad había sido Villaverde fogoso y convencido demócrata; puedo además afirmar, que en aquella edad de su vida era uno de los oradores de más fácil palabra, de más arrebatada elocuencia y de más entusiasta expresión de cuantos he oído. ¿Cómo, avanzando en la vida, pudo el demócrata pasar por hombre firme, rígido y aun autoritario, y el arrebatado orador convertirse en un disertador lento, casi premioso y aparentemente difícil en la emisión de su pensamiento?

No solamente lo observado en él, sino lo que en casos análogos he podido ver, me dan una explicación clarísima del hecho.

Villaverde era un hombre estudioso hasta el extremo; lo fué desde los primeros años de su vida, y aún en los últimos; llegó a tener tal desconfianza en sí propio, en cuanto a creer que nunca se hallaba suficientemente preparado para pensar y decidir sobre un asunto importante, y para hablar con brillantez y medios de persuasión ante un auditorio, que constituyó este procedimiento de su inteligencia, y esta cortedad de su resolución, un verdadero embarazo para muchos de los actos de su vida pública.

Yo me asombraba muchas veces al saber que preparaba, hasta en sus menudos detalles, escribiéndolos previamente y repasándolos antes de pronunciarlo, un discurso de toma de posesión de la presidencia del Congreso, cuando sabía yo que le bastaba cerrar los ojos y lanzarse a hablar para que su elocuencia persuadiera y cautivara a cuantos le oyesen. Y es que en

Villaverde llegaron a producirse dos personalidades paralelas, constituída la una por el orador, el estudioso y el hombre de Estado, y la otra por el censor rígido, meticuloso e intransigente, que desmenuzaba la lógica de los pensamientos y de las decisiones, al propio tiempo que encontraba siempre defectuosa la expresión de las ideas, aun en sus menores detalles retóricos y gramaticales. Cuando esto acontece en un hombre de las condiciones públicas de Villaverde, podrá llegar a vencerse el aspecto lógico, ético y consecuente de la conducta; pero el orador va herido de muerte con la sobrecarga del censor que, sentado junto a él, murmura a cada palabra, refunfuña a cada oración, y queda siempre descontento y vacilante.

¿Es este un defecto? A mi juicio es, por el contrario, una condición exquisita, indicadora de la sobreposición que las condiciones de rectitud de conciencia, y de exigencia estética, imponen al amor propio y a la desaforada confianza en sí mismo. Esto es verdad; pero también lo es que en la vida política *no se hila tan delgado, si es que por ventura se hila, y no se deshilacha sistemáticamente;* y siempre resultará que entre un orador verboso, brillante, que sostiene sus afirmaciones con apóstrofes, imágenes y epifonemas ruidosos, y otro que expone con cierta dificultad y aparente vacilación lo que, gota a gota, ha meditado, y lo que punto por punto ha concebido, el triunfo será siempre del primero; lo ha sido siempre y creo que lo será por los siglos de los siglos. ¡Ay de la libertad romana, si Catilina hubiese sido más orador que Cicerón; y ay de la Revolución francesa, si Mirabeau hubiese estado desde un principio del lado de la tradición y de la Corte!

Quiero con esto decir que no basta pensar y obrar rectamente, sino que es necesario apoderarse del pensamiento de los que accidentalmente son nuestros jueces, sobre todo en esta política al vuelo, que constituye la sofisticación del sistema parlamentario en que vivimos.

Villaverde ejecutó como político la obra más transcendental, sólida y efectiva que en el siglo XIX se realizó en la actuación política española. Cuando en el momento mismo del vergonzoso desastre de nuestra guerra colonial, exhausta la Hacienda, menospreciada nuestra moneda, torpemente concebidas las bases de nuestro tratado de paz, que nos sobrecargaban indebidamente con la deuda de los países que perdíamos; cuando aterrada la nación contaba el número de sus hijos que habían muerto sin gloria, no ante el valor de sus adversarios, sino por la torpeza, la ineptitud de sus generales y el robo sistemático de los administradores de sus subsistencias y por las inclemencias del clima; cuando todos creíamos aterrorizados en una ruina definitiva de nuestra patria amada, véase con imparcialidad quién fué el que sostuvo la endeblez de nuestras fuerzas, y las vigorizó por medio de una disciplina rigurosa, haciéndonos aparecer ante el extranjero como capaces de regenerarnos, y despertando en nosotros mismos la confianza que engendraba la transformación de un déficit ruinoso en un superávit sano, que perduró hasta que la gravitación de nuestras corruptelas y nuestros vicios administrativos, vinieron a destruirle en las revueltas de una orgía de apetitos nunca saciables, amparados por la ausencia absoluta de patriotismo en que se desvanece todo nuestro pasado y se entenebrece toda esperanza de porvenir.

¿Cuál ha sido el agradecimiento de España, y sobre todo de los políticos españoles, por la obra memorable de Villaverde en 1899? Veámoslo a la ligera. Bastó un solo senador que se sentía herido en sus intereses materiales, para conseguir que una parte de esta obra no se realizara, acogiéndose a una triquiñuela reglamentaria que respetaron con manifiesta cobardía los que a diario faltan a las leyes y burlan descaradamente la Constitución.

Aquella Cámara, en cuya formación se eluden sistemáticamente, con argucias y elasticidades inconcebibles, los preceptos principales en que el Código ha tratado de darle base y fundamento; aquella Cámara que aguanta mansamente los desaires sistemáticos de todos los gobiernos que empiezan por nutrirla con los desagravios residuales de las elecciones para diputados, continúan por abreviar todo debate de verdadera importancia, y perseveran en un mal encubierto desdén respecto a la que debiera ser su consideración y su importancia; aquella Cámara consintió con un respeto meticuloso digno de la conciencia de los gatos de la conocida fábula, que uno sólo de sus miembros, apoyándose en un artículo reglamentario y en lo apremiante del plazo, inutilizara el proyecto de arreglo de nuestra deuda exterior. Y esto se hizo ante un presidente, no sé si *complaciente* o *cómplice*, ante un Gobierno que debiera haber formado causa común con aquel de sus individuos que a tal procedimiento escandaloso y repulsivo se veía sometido, y ante una mayoría, en fin, que con hipócritos aspavientos parecía reprobar lo que quizás veía, en el fondo, con deleite, temerosa en cada una de sus agrupaciones, de que su jefe inmediato de grupo resultara

obscurecido ante el triunfo innegable del salvador de nuestra Hacienda. Entretanto el senador causante del desastre continuó siendo tratado y alternando sin obstáculo alguno con sus *compañeros* (cómplices, digo yo) que confesaban que aquel acto costaría, como en efecto se ha visto, muchos cientos de millones a nuestro país. Pero era necesario respetar los derechos adquiridos, que significaban una fortuna, supongo que hereditaria o gloriosamente ganada. Y el hecho prevaleció y pocos se acuerdan hoy de él.

No muchos años después, las personas y elementos que tanto contribuyó Villaverde para atraer al partido conservador, con el convencimiento de robustecerle, cerraban contra él, hacían todo lo posible por eclipsarle y eran los primeros en dar al olvido los servicios y los timbres de gloria que aquel partido debía a mi pobre amigo. Pero ¿cómo había de suceder de otro modo? Ninguno de los que se constituyeron en sus émulos podía presentar una obra efectiva, indestructible y sólida como la que él había realizado, y fué necesario borrar la elocuencia de los hechos con la falaz de las palabras, y ceder a las sugestiones de los que empujan a un jefe de grupo, como los jugadores ponen a una carta, importándoles ante todo que ella *salga*, arruínense o nó los que pusieron a la contraria.

Villaverde sufrió mucho en los últimos años de su vida. Conviene que ésto lo diga quien fué testigo de sus preocupaciones y sufrimientos, y quien estima que fuera cobardía imperdonable el no consignarlo así para enseñanza de los que aprender quisieren. Bien es verdad, que la enseñanza viene muchas veces por el sólo desarrollo de los hechos, y *los que a hierro matan, suelen*

morir a hierro, pasando antes por la tristeza de verse abandonados por los mismos aduladores que obscurecieron sus nobles inteligencias, conduciéndoles por caminos de injusticia y de ingratitud.

Pero..., ¿qué quieres, lector amigo (pues muy amigo has de ser para ser lector de mis tonterías)? Así es la política, o al menos, así es la política española, en la que a la urgente actividad exigida por todas las políticas, hay que substituir, supliendo las capacidades y los talentos por las mañas y las zancadillas, las ausentes inspiraciones del patriotismo por los egoísmos y las codicias personales, y la cultura, el estudio y la suficiencia, por las travesuras y las aparentes ingeniosidades de la impaciencia arrivista.

Vuelvo a la rememoración de mi pobre y llorado amigo. Tenía, es verdad, grandes condiciones para la política, si como tales condiciones se estiman un convencido y firme patriotismo, una laboriosidad incansable y abnegada, y una especial cultura por pocos alcanzada y por muchos menos reconocida; pero faltábanle, sin duda alguna, otras condiciones, como eran la resuelta decisión en las improvisaciones del momento, la desconfianza en los hombres y la flexibilidad dúctil del carácter, para prestarse a lo que él consideraba o inconveniente o indecoroso.

Recordando la ingeniosa teoría que De Maistre expone, en el más famoso de sus libros, acerca de la duplicidad de nuestra alma, podría yo decir que en Villaverde la primera, la alta, la inspiradora era la perfecta; y la *otra*, como diría De Maistre, era la vacilante unas veces y la impulsiva otras. Este aspecto de la impulsión es digno de ser tenido en cuenta por los que quieran

estudiar bien la personalidad y la actuación de Villaverde. La nerviosidad difícilmente contenida de su carácter, le llevaba en más de una ocasión, sobre todo cuando se tocaba a los convencimientos arraigados de su conciencia, a manifestaciones súbitas y aun violentas de desagrado, que luego procuraba atenuar y dulcificar con una exquisita cortesía, rayana muchas veces con la humillación, e inspirada en su bondadoso carácter y en su intachable urbanidad.

Las gentes que sólo de las apariencias y de las primeras impresiones se guían, por no molestarse en la procuración de más laboriosos juicios, se atenían con frecuencia a las impresiones primeras de sus conversaciones o de sus tratos con Villaverde; y, si resultaban heridas en su amor propio, con dificultad perdonaban el supuesto agravio, por fácil que les fuese hallarle indulgente explicación.

A este propósito, no creo ocioso el recordar un episodio cuya absoluta veracidad me consta: Dos ó tres días antes de la sesión memorable en que mi amigo expuso ante el Congreso su plan completo de Hacienda, desarrollado en aquel presupuesto modelo y en sus leyes suplementarias, el redactor de un periódico de grande importancia solicitó y obtuvo una entrevista con el ministro de Hacienda, para poder preparar, con lo que pudiera hacerse público, el efecto del laborioso plan. Fué larga la entrevista y grande la afabilidad de Villaverde, mientras expuso sus ideas; pero alentado el periodista por aquella actitud, creyó que podría arriesgar alguna idea suya en punto no explanado intencionalmente por el ministro. Expuso el escritor su teoría, y como ésta no complaciera a Villaverde, éste, en una

explosión de su mal contenida nerviosidad, le dijo: «Hombre, eso sería un desatino». El presuntuoso periodista se sintió de tal modo ofendido por aquella frase, que, a pesar de las atenuaciones y habilidades con que su autor la quiso dulcificar, salió del despacho diciendo: «Yo te daré el desatino». Y con efecto, a los pocos días, público ya y aplaudido el nuevo plan de Hacienda, y cubierto con creces el primer empréstito que había de darle vida, apareció en el indicado periódico un memorable artículo en el que, a vueltas de sus picacias y de argumentos más o menos sólidos, se deslizaba la insinuación reticente que trataba de herir hasta a la honra personal de aquel político probo, independiente e intachable.

Un enemigo, por una frase hija de un impulso; repetido el caso, podría hallarse la explicación de la inconcebible atmósfera de frialdad con que Villaverde tenía que luchar, a pesar de sus altas cualidades y de sus innegables servicios.

De algún compañero suyo de Ministerio sé, que por haber en un Consejo pedido el ministro de Hacienda que se le dejara estudiar un proyecto del otro, por haberlo hecho en términos demasiado llanos, aquél *otro* olvidó todo lo que a Villaverde debía desde el principio de su carrera política, y fué desde aquel momento y en lo sucesivo un enemigo, no declarado, pero sí eficaz como ningún otro, para la preparación de la caída y del aparente fracaso que ocasionó la muerte política primero, y la natural después, de mi desgraciado amigo.

Si todos los que en público le conocían hubieran podido, como yo y algunos íntimos, estudiarle en su vida privada, ninguno hubiera dejado de quererle, de

amarle y de encontrar fáciles explicaciones de indulgencia para sus defectos aparentes.

La hipocresía es una vestidura demasiado estrecha para las almas grandes, y es raro que éstas, cuando intentan oprimirse en las vestimentas de los convencionalismos y de la falsedad, no las hagan estallar o por las costuras o por la trama misma del tejido.

No sería justo, ni ante todo verídico, el que yo omitiese la mención merecida que me dicta mi convencimiento, en honor de la ilustre dama que compartió con mi buen amigo muchos de sus sinsabores y algunos de sus triunfos.

Perteneciente a una noble familia, emparentada con gran parte de la aristocracia española, educada en un hogar en que a la rigidez de las exigencias de una alta posición se mezclaban las dulces alternativas de los triunfos literarios, y los halagos de las altas situaciones políticas, se unió doña Angela Roca de Togores, hija de los marqueses de Molins, a Fernández Villaverde, constituyendo con él un hogar que, como verdadero modelo de corrección, de amor conyugal y de compenetración de caracteres, puede recordarse.

La prematura viudez de esta noble señora no fué parte a cambiar los severos procedimientos de educación a un mismo tiempo amorosa y rígida, que ha dado por fruto el de una familia compuesta por siete hijos estimados y alabados por toda la sociedad madrileña.

Administradora inteligente y meticulosa, madre amantísima y previsora, esposa modelo y consejera desinteresada, bien merece mi noble amiga que yo le rinda públicamente el testimonio convencido de mi admiración.

PASEO XVI

Invierno. En el Retiro. Las cortesanas de mi tiempo.

> «No vaya a creerse que la consecuencia que de este relato infiero, es que todas las mujeres de la condición de Margarita son capaces de hacer lo que ella hizo; todo menos eso.»
>
> *Dumas* (hijo).

Son muy hermosos los días del invierno madrileño, cuando el cielo está despejado, brilla el sol y no sopla el viento. En días tales desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde, puede el clima de Madrid desafiar a los que mayor fama de templados gozan en el Mediodía de Europa. Del paisaje, nada digamos: todas las perspectivas alcanzadas desde los altos del Retiro, del paseo de Rosales, de la Moncloa y de la Dehesa de la Villa, son verdaderamente deliciosas. El predominio de los pinos y de las encinas de hoja perenne, dan una viveza al paisaje invernal, que no tienen los de las provincias españolas en que la frondosidad de sus bosques está representada por los árboles de hoja caduca. Las

anchas planicies que entre los encinares se divisan, ofrecen matices verdosos y grisáceos de un aterciopelado, que recuerda esas telas felpudas que tienen un color en la raíz de su sedería flecosa y otro en las puntas y la superficie. La barrera que cierra el cuadro con los montes del Guadarrama, blancos en su cúspide, azulados, violáceos y sonrosados en su base, según las horas del día y las incidencias de los rayos del sol, todo esto que hoy para mí es un recuerdo, autoriza a decir que el paisaje invernal madrileño, dista mucho de tener la aridez, la monotonía y la ausencia de encanto de que los observadores superficiales le motejan.

El Retiro no es sitio muy a propósito para pasear en las mañanas de invierno riguroso. Las masas de árboles, aun despojados de hojas, dificultan en la mayor parte de los sitios la llegada del pleno sol; pero sabiendo bordear estos islotes de sombra, todavía pueden gozarse hermosos puntos de vista y aspectos muy agradables.

Hoy he ido al Retiro por ver qué era de mis gorriones, a los que mis catarros, mis aprensiones, mis cobardías o mis certezas de riesgo, me han hecho que los tenga abandonados.

Allí están, brincando vivamente por entre las secas ramas de los árboles desnudos, en el tejado de la «*Casa del Pobre*» (Aguas oxigenadas), piando, chirloteando, entrando y saliendo por entre los huecos de las tejas, y buscando seguramente y disputándose entre ellos, el sitio más apropiado para construir su nidito en la próxima primavera. La próxima primavera, sí, porque ellos, como yo, cuentan seguramente, los días y aun las horas que nos faltan para que el ambiente sea tibio, ca-

liente más que hoy el sol, y sientan ellos subir la savia amorosa y nacer el amor maternal que hoy no sienten, porque el invierno es la estación del egoísmo, el imperio de la preocupación individual. Durante él, se diría que nadie piensa más que en sí mismo, en buscar el mejor puesto al sol, el más cómodo sitio al calor del hogar, el mayor abrigo en el lecho, los alimentos y las bebidas más confortantes que consintió reservar el pródigo estío y el generoso otoño. En el invierno las aves no piensan en la maternidad porque no sienten el amor, y el complemento de éste sublimizado es la maternidad. El nido será su trono; hoy de nada le serviría el nido.

¿No habéis pensado muchas veces en lo que podrá ser de estas avecillas amigas, cuando una nevada espesa cubra la tierra por igual, escondiendo cruelmente todas las semillas, todos los pequeños insectos, todos los resíduos que pueden servir de alimento a los débiles seres? ¿Qué será de ellos cuando las fuentes y los arroyos ofrezcan, en vez de sus suaves aguas, el vidrio duro de un hielo imposible de picotear?

Todas estas cosas pienso yo muchas mañanas cuando, desde mi cama, acecho los primeros vislumbres nubosos del día que se acerca. ¿Me esperarán mi pajaritos? ¿No debería hoy yo, con mayor razón que en el verano, ir a ofrecerles mis migajas? Sin duda alguna; pero tengo frío; tengo miedo, ¿por qué no confesarlo?... Estamos en Enero, y hemos convenido en que el invierno es la estación del egoísmo. ¡Qué cosa tan hermosa es el calor de la cama! ¿Dónde hay estufa eléctrica, de leña, de cok, de gas o de serrín; dónde hay calefacción central de las ideadas para que la gente tenga siempre frío o se congestione por exceso de calor, que pueda

sustituir el suave calorcito de una cama mullida, bien amparada por mantas gruesas y flexibles, y cobijada bajo un edredón de apariencia vaporosa y de efectos verdaderamente maternales?

Pobres gorriones... pero, ¿quién sabe si ellos también tendrán sus maneras de procurarse camas y edredones relativos?

Esta última es consoladora reflexión de viejo, de rico aparente, de invierno y de egoísmo.

El paseo de coches está hermosamente soleado; el pavimento sólido de la parte destinada a los viandantes preserva de la desagradable sensación de humedad, y mirando al cielo y caminando en medio de aquella soledad absoluta, paso por delante del monumento de mi grande amigo Campoamor, y continúo hasta el Angel Caído, poblando con el recuerdo las alamedas, de parejas y gentes que me fueron conocidas, y la ancha vía de carruajes, de trenes, de jinetes sobre fogosos caballos; de mujeres hermosas arrellanadas en carretelas lujosísimas y de landaux llenos de familias aristocráticas, que en el mismo sitio se veían un día y otro sin cambiar en nada, ni siquiera en las posturas que guardaban dentro de los carruajes, ni en los fingimientos de las sonrisas con que saludaban a las mismas amigas, ni las miradas de reojo con que observaban recelosas a las mujeres galantes, que con sus trenes se cruzaban.

Preciso es recordar lo que allá por los años del 75 al 90 era el paseo de coches del Retiro. El número de los troncos de briosos caballos andaluces o extranjeros, guiados unas veces por sus dueños, otras por cocheros peritísimos, de libreas irreprochables, de posturas casi hieráticas en su pescante; las cajas de los coches forra-

das de ricas telas en su interior, lustrosas y brillantes por fuera; las guarniciones de hebillas de plata con espejuelos giratorios y flores naturales en las frontaleras, el número de tales alardes de lujo y de buen gusto era casi incontable. Muy extraño era el que algún coche de alquiler se mezclara entre tales primores, y desde luego se suponía que su ocupante había de ser algún extranjero, o algún provinciano curioso que no estaba identificado con nuestras costumbres.

Hoy es bien diferente lo que en tal paseo se ve; los coches de caballos son casi todos de los llamados de abono, según lo publican lo destartalado del mueble, lo poco airoso de los troncos y el desaliño en la librea de los servidores; con tales vehículos se cruzan automóviles de todas las marcas y cataduras, alardeando los unos del enorme coste que representan, aspirando los otros a pasar por lujosos... cursis todos.

Cursis, sí; porque emplear una máquina de fuerza de 40 o 60 caballos en ir a un paseo que no dista medio kilómetro de la población, y cuya pista se tarda en recorrer minuto y medio, en vez de ser una demostración de lujo, es una prueba de rastacuerismo aparatoso de fondo mezquino y ahorrativo. Porque el verdadero lujo y el verdadero buen gusto, consistirían en tener una máquina tal para las largas expediciones, y un buen coche de caballos para el paseo de la tarde, y las visitas y tés de la ciudad a esa hora, en que como dice Verlaine es:

«L'heure du thé fumant
Où l'on ferme les livres.»

Esto tendría por lo menos la ventaja de que en los paseos se pudiese pasear, si por pasear se entiende re-

crearse el ánimo con la contemplación del paisaje y de los rostros amigos, y deleitar los pulmones con la respiración de un aire puro, perfumado por las flores y no apestado por la gasolina.

¡Maldito y execrado sea el nombre del inventor del automóvil o, por lo menos, de quien lo aplicó a los carruajes de lujo! Chirimbolo perturbador de la moralidad pública y privada; artefacto antipático y antiestético; peligro de las gentes pacíficas y honradas; de aquellas en sus vidas, de estas en la tranquilidad de sus conciencias, que no compensará de los males que produce, ni siquiera librándonos de algunos de los cretinos que ponen todos sus ideales en poseerlos y guiarlos!

¡Trono de la vanidad idiotizada, acicate del vicio!

Pero... vuelvo mi pensamiento al Paseo de Coches de los años del último cuarto del siglo pasado y no puedo menos de pensar en medio de la reminiscencia de aquél lujo y de aquélla alegría, en una de las notas características que yo observaba en él al frecuentarle todas las tardes, sobre todo, en el verano y en el principio del otoño.

Esto necesita una explicación. Uno de los solaces que me procuro en la constante actividad de mis lecturas, es el de entremezclar con las más o menos serias y con las impuestas por mis obligaciones más o menos oficiales, las lecturas de novelas. En esto me parezco al glorioso D. José Echegaray (en algo me había de parecer), quien declara frecuentemente en sus Memorias que desde su juventud hasta su vejez, fué constante y ardoroso aficionado a la literatura de ficción y devoró centenares y aun millares de novelas de los más variados géneros y de las más diferentes procedencias. Pues

bien; en mi vejez he dado en *releer* aquéllas de estas producciones que en uno u otro sentido produjeron mayor impresión en mi alma, cuando por primera vez las conocí. No hace mucho tiempo leí el «Gil Blas de Santillana», y no hace aún dos meses que releí el «Judío Errante», de Eugenio Sué, la «Georgina», «El amante de la luna» y «Bigotes», de Pablo de Kock y no hablo de la «Educación sentimental», de Flaubert, «La Tierra», de Zola, y otras de fecha menos antigua y de fondo más serio, que han pasado dos y aun más veces ante mis ojos.

Hay una novela del género moderno, que pasa por anticuada en España y que no lo es, como tampoco el drama inspirado en su mismo asunto, en las poblaciones más cultas del extranjero. Me refiero a «La Dama de las Camelias», de Alejandro Dumas (hijo). El drama que con el mismo título es, sin duda alguna, el que mayor número de representaciones ha alcanzado entre los que forman la colección teatral contemporánea, me es tan conocido, que muchas de sus escenas podría repetirlas de memoria. Ha servido el tal drama como de piedra de toque o *pieza de concurso*, para todas las actrices dramáticas extranjeras, y para muchas de las nacionales, y así yo no puedo pensar en «La Dama de las Camelias» sin acordarme de la Pascuali (1865), la Marini, la Pezzana, la Mariani, la Duse, Tina di Lorenzo, Sarah Bernard, La Rejane, María Tubau, María Guerrero, Catalina Bárcena, Sada Yako, etc., etc.; hace apenas un año que todavía asistí a una representación en París de esta grande obra y, al volver ahora, me aseguran, de entonces acá no la retiraron del cartel. Como se comprende, esto no puede suceder sino con una obra que

tenga un positivo mérito artístico, y refleje un sentimiento verdaderamente humano y casi universal.

¿Qué tendrá que ver esto con el Paseo de Coches del Retiro por los años del 75 al 900? Pues para mí sí tiene que ver.

Acabo de releer, como decía, la novela de Alejandro Dumas (hijo), y durante su lectura me ha preocupado el juzgar de la verosimilitud ó inverosimilitud del carácter de la protagonista. No sé porqué bailaba también en mi imaginación una frase recogida, ignoro dónde, en el catálogo de pensamientos propios y ajenos que almaceno, y que dice, aproximadamente, que «No hay mujer, por santa que sea, que no haya tenido en su vida alguna vacilación de cortesana; ni cortesana, por pervertida que se la tenga, que no haya tenido algún rasgo de mujer santa y honrada». Como conozco uno de estos rasgos, confirmatorio del anterior aserto, tal y como ha venido hoy a mi recuerdo he de referirle, sea o no calificado de inoportuno.

Y va de historia: Entre la concurrencia brillante del Retiro llamaban, por los años antes citados, la atención, 10 o 12 conocidísimas bellezas de cartel, tachadas de *entretenidas*, *semi-mundanas*, *mujeres galantes*, *cortesanas* o como se les quiera llamar. Todas eran hermosas, todas elegantes, y todas parecía que habían aceptado un modo uniforme de exhibición de sus encantos, con el cual se hacían, entre sí, la competencia: Milor abierto forrado de cuero claro, de raso, o de otra tela costosa; tronco de caballos airosos, con guarniciones brillantes; cochero y lacayo correctísimamente vestidos; y, en cuanto a ellas, trajes elegantes, sombreros lujosos, pero no de vistosa ni llamativa forma, ricos pendientes, bro-

ches y brazaletes de brillantes y piedras preciosas, y todo esto llevado con una distinción, una seriedad y un aplomo, que hacía que nadie, de los que no estaban enterados en la vida íntima de Madrid, pudiera sospechar el verdadero carácter de la belleza que tales galas ostentaba.

¡Tomasa, Carolina, Blanca, Antonia, Adela! ¿Qué habrá sido de vosotras? ¿En dónde se cobijarán hoy vuestros rostros arrugaditos, vuestros talles encorvados o vuestras figuras obesas?

¿Cuántas de vosotras estarán ya reducidas a blancos y olvidados huesos? ¿Qué habrá sido de los viejos tontos que sostenían vuestros lujos, y de los jóvenes cretinos y suntuosos que obtenían vuestros favores?

Entre éstas tenían reputación, amén que de bellas, de bien educadas, y en cierto modo distinguidas, algunas que llevaban un apellido conocido en la política, usaban un título nobiliario de dudosa autenticidad, o eran conocidas por su educación exquisita, sus habilidades artísticas, o su trato mundano.

He aquí la baraja de hermosuras que, coincidiendo con el género literario y teatral de las Manons, las Margaritas Gautier, las Thais y las Violetas, me hacían algunas veces pensar, cuando cerca de mí pasaban en sus coches, si serían o no verosímiles los tipos descritos por los poetas, y animados a veces por la inspiración musical.

Pues bien, como dice Dumas en el epígrafe que de su libro he puesto al frente de este Paseo, yo no digo que las Margaritas Gautier sean la regla entre las cortesanas; pero sí aseguro que el personaje magistralmente dibujado por Alejandro, no solamente es verosímil, sino que me consta que se ha dado en la realidad.

Había entre aquellas bellezas una a quien para los efectos de esta historia llamaremos Cefisa, mujer muy bella, pero más que bella atractiva, bien educada, de conversación amena, pianista regular, cantante atinada y expresiva; en una palabra, mujer dotada de todas las condiciones peligrosas para volver el seso a los débiles de él, sin que ella comprometiera el suyo, por ser más sólido que el de sus adoradores.

Una incidencia profesional me puso en contacto con Cefisa por intermedio de un amigo mío, que lo era también del amante que por aquél entonces costeaba los lujos, no escasos, de la beldad referida. Yo he tenido siempre por natural costumbre, no por habilidad estudiada, el tratar a este género de mujeres, en mis relaciones médicas, como si no supiera, ni advirtiese lo que en el mundo son. Siempre las he guardado las mismas atenciones y miramientos que a mis clientes más respetables; pero he cuidado, o al menos me ha salido de dentro, el procurar que ellas no conociesen mi táctica, y por tanto, ni en mis conversaciones, ni en los cumplidos sociales, ni en los saludos en los paseos públicos o en los teatros, en nada han podido ellas conocer que yo las conocía.

A los pocos días de visitar a Cefisa me mostraba ésta una respetuosa consideración, que se expresaba por sus invitaciones a conciertos y comidas de cierta intimidad, pero de corrección absoluta, en las que, en un contado número de amigos y amigas, procuraban distraer los ocios de aquel verano en el que les había sujetado en Madrid o el deber o la falta de dinero.

La persona a quien me he referido por su intimidad con Cefisa me era desconocida hasta entonces, y al-

guien me insinuó que sus gastos dispendiosos no tenían por fundamento una fortuna anteriormente adquirida, y sí ganancias eventuales en la Bolsa, alcanzadas con el manejo de un capital que aseguraban no ser incondicionalmente suyo.

En este estado las cosas, me encontraba yo una tarde del mes de Agosto en mi despacho, conversando con el que entonces era mi ayudante, Francos Rodríguez, y entreteniendo nuestro ocio forzado con alguna lectura literaria, por no haber entonces en Madrid enfermos que concurrieran en gran número a la consulta.

De pronto, entró el criado anunciándome que una señorita muy joven deseaba darme un recado urgente de la señora de la calle de R..., donde vivía Cefisa. Hice que entrara la niña, que no era otra que la hija de aquella señorita, y me rogó, en términos apremiantes, que fuera con ella en el coche que a la puerta tenía, pues su madre le había encargado que no volviese sin mí. Suponiendo que se trataba de algún ataque de nervios, no extraños en el temperamento impresionable y en el carácter casi histérico de Cefisa, salí apresurado, pero sin grande preocupación.

Llegamos a la puerta del risueño hotelito en que mi cliente habitaba, bajé del coche y me introdujo la doncella en un gabinete bajo, donde, a la media luz que las persianas dejaban pasar a aquella hora de la siesta, ví a la dueña de la casa, vestida a la *negligée* con una elegante bata o *saut de lit*, como ahora se dice, de fular blanco y encaje. Estaba sentada en una mecedora, puesta una pierna sobre otra, y dejando ver su diminuto pie calzado de una babucha de cabritilla blanca, y agitado por un movimiento vivo y nervioso. Tenía el codo apo-

yado en el brazo de la mecedora, y la cabeza sobre la mano, en la que arrugaba un pañuelo blanco, con el que parecía haber enjugado algunas lágrimas.

Al entrar dirigíme a saludarla, sin advertir que en un ángulo de la salita se hallaba sentado, con aire sombrío y enojado, por lo que despuésví, el amigo accidental de la dama.

—¿Qué ocurre?—pregunté yo a ésta.—¿Qué le pasa a usted para llamarme a estas horas, con el calor que hace?

Cefisa me alargó la mano, oprimiendo cariñosamente la mía, a tiempo que el sujeto en cuestión, levantándose y comenzando a pasear bruscamente, me decía:

—No sé, vea usted lo que le pasa a esta mujer; pues a mí no me quiere decir la causa de su estado, y me ha llamado con la misma prisa que a usted.

—Pues pronto vas a salir de dudas—dijo Cefisa, poniéndose en pie con ademán naturalmente solemne—. Mire usted, D. Carlos: yo he formado de usted la idea de que es, ante todo y sobre todo, un caballero, un hombre de mundo y una persona honrada, y estando tan sola como estoy, por mi culpa, por mi conducta y por mi vida, he querido que un hombre como usted sea testigo de lo que voy a decir.

—Serénese—repuse yo—, y veamos—y añadí no sé qué otra vulgaridad semejante, pues nada se me ocurría que pudiera tener ni sombra de ingenioso.

—Mire usted—continuó Cefisa—, por conversaciones con él y por rumores que me han traído las que se llaman mis amigas, y los que se llaman mis amigos, sospechaba yo del origen de la fortuna de este caballero; le he inquirido, y esta mañana he tenido la prueba

incontestable de que el dinero que conmigo dilapida, las galas que me regala, el coche en que paseo, la casa en que vivo, todo sale del capital de dos pobres huérfanos de padre y madre, cuya tutoría le han confiado. ¡Yo soy una... perdida—no fué esta la palabra que empleó—, pero no soy una malvada; mi madre era una santa, mi padre era un caballero pundonoroso y por todos respetado; de tarde en tarde..., muy de tarde en tarde, hablan mis padres dentro de mi corazón, y hoy han hablado, y yo he querido que sea usted testigo de que yo echo a ese hombre de mi casa!

El aludido quiso lanzarse sobre ella; yo me interpuse severamente, como debía, y aquel pobre hombre se contentó con decirnos, mirándonos con sarcasmo: «¡Vamos, me lo explico todo!», y salió ruidosamente, con más aparato de ira que sentimiento de vergüenza.

Yo me contenté con estrechar las manos de la cortesana y decirle: «¡Bravo, Cefisa!»

¿Verdad, lector, que tuve razón, y que, antes que yo, la tuvo Alejandro Dumas, para concebir el tipo inmortal de Margarita?

PASESO XVII

Variedades macabras.

«Certes; ils doivent trouver les vivants
[bien ingrats
A dormir comm'ils font chaudement sous
[leurs draps.»
Bodelaire.

No os fieis de la erudición de los hombres que no frecuentan los puestos de libros viejos, y tened por cierta la fatuidad de los que miran el año de la impresión en el libro moderno antes de leerle.

Ich.

Esta mañana me han leído una noticia inserta en un diario, y según la cual los obreros que practican las excavaciones para la construcción del ferrocarril metropolitano, por debajo de la plaza del Progreso, han encontrado las lápidas y huesos correspondientes a un antiguo cementerio. Esto que, para muchos, se habrá prestado a interpretaciones más o menos fantásticas, tiene para mí una explicación muy sencilla sugerida por algunos recuerdos infantiles.

En el actual emplazamiento del jardín de la plaza del Progreso, parece que existía, hasta entrado el siglo XIX, el convento de la Merced, que fué uno de los que, por las leyes desamortizadoras y por la expulsión de las Comunidades religiosas de varones, pasó a ser propiedad del Estado, quien lo cedió al Ayuntamiento de Madrid; el cual, después de derribarlo, trazó una explanada con aspiraciones a jardín, en la que tan sólo se elevaban algunas acacias, que sombreaban malamente unos toscos bancos de piedra, en los que al caer de la tarde en el verano, y a las horas del mediodía durante las estaciones del frío, se sentaban amas de cría y niñeras, a escuchar los galanteos y las conversaciones nostálgicas de los bravos militares, a veces sus paisanos, que les recordaban los parientes y las fiestas de su tierra. Los muchachos jugábamos en la anchurosa plaza, alrededor de cuyo presente jardín se veía una larga parada de coches de colleras, especies de *landaux* viejísimos, acolchados en el interior con telas claras y vistosas, y tirados por un par de mulas, que guiaba un cochero de descuidada vestimenta, quien chasqueaba continuamente el látigo, junto a su armatoste, como luego he visto hacer a los cocheros napolitanos. Aún he llegado yo a utilizar tales coches, para acudir en consultas a los pueblecillos de las inmediaciones, cuando comenzaba a ejercitar la profesión con un favor público a mi edad inverosímil, y por mí bien poco aprovechado. También tenían en aquélla plaza descanso las famosas calesas, airoso vehículo para dos solas personas, sin pescante, con un asiento para el calesero al lado de las varas junto al caballo vistosamente enjaezado, que arrastraba, sobre dos únicas y enormes ruedas, la caja pinta-

da de colores chillones, con figuras y flores de mal gusto. Este era el carruaje de alquiler característico para los días de toros: el que inspiró a un vate, autor de aleluyas, con las costumbres de Madrid, aquél dístico que decía:

«En calesa, nunca sola,
Va a los toros la Manola».

En la parte más estrecha del irregular cuadrilátero de la plaza, al lado que mira hacia la calle de la Magdalena, entre las de Relatores y Lavapiés, había una fuente de ancho pilón, con una pirámide central, a la que no faltaban ciertas pretensiones de monumento, rematado en un jarrón de dudoso gusto. Alrededor del pilón, formando círculos concéntricos y muy apretados, se veía hasta el número de más de cien cubas, a las que los clásicos aguadores de aquella época hacían llegar el agua con orden meticuloso por ellos impuesto, aunque no siempre respetado, según lo probaban las frecuentes refriegas que entre sí sostenían a puñetazos, aquellos honrados astures de chaleco de pana, camiseta de lana burda, verde, roja o amarilla, y montera gallega, o asturiana, según la procedencia del propietario.

Rodeaban al jardín tres estrechas avenidas, que representaban las antiguas calles que circundaban el convento, y que ahora constituían, con el centro, la gran plaza, a su vez rodeada de casas de moderna construcción, o cuando menos de reciente revoco.

Sucedió, allá por los años del 60 al 62, que el Ayuntamiento decidió transformar el elemental jardín, en uno de gusto inglés, y para ello comenzaron a hacerse excavaciones, que no debieron ser muy profundas; pero

recuerdo que al volver un día del Colegio, vi un gran grupo de gente apiñada alrededor de una zanja, en la que trabajaban varios obreros. Comentábase, entre los curiosos, el hecho de que uno de los trabajadores había encontrado huesos al parecer humanos, y objetos de metal, que la fantasía popular bautizaba de crucifijos de oro macizo y custodias con pedrerías. Lo que entonces sucedió, y ahora acude a mi memoria, es que se tropezó con el antiguo cementerio de la iglesia, en la cual, como en otras, se hacían muchos enterramientos hasta el pasado siglo.

No me cabe duda alguna de que aquellos huesos encontrados por el año 60, tenían el mismo origen que los hallados ahora, con sus correspondientes lápidas, por los obreros del ferrocarril metropolitano. ¿Qué habrá sido de los unos y de los otros? No lo sé, ni lo quiero pensar.

En Madrid no existe, no ya el culto, sino ni siquiera el respeto a los muertos. Quien, por devoción a los que la muerte le ha quitado, o por tributo último rendido a los que se van, visita con frecuencia los cementerios, puede ver que mi aserción no es infundada: parece que existe una verdadera conspiración entre los explotadores de la triste industria, los empleados y vigilantes de que se valen y los que debieran ser interesados por la custodia de sus muertos, y según la cual, por codicia los unos, por descuido y abuso los otros, y por indiferencia malsana los más, se dá el caso de que nuestros cementerios parezcan abandonados muladares, con lápidas rotas, cruces derribadas, hierbajos sedientos, absoluta deficiencia de aguas, suciedad sobre los epitafios y tolerado robo de los piadosos recuerdos que las familias dejan sobre las tumbas.

Las quejas son inútiles, los dispendios infructuosos, se aceptan las propinas, sin responder a lo que debieran responder, y se estrellan las quejas en los cerrados oídos de nuestros alcaldes y munícipes, que parecen empeñados en que se parodie el dicho del famoso dramaturgo:

«El tirón que dá el presidio
Se siente en el Ministerio.»

Como no me gusta criticar sin fundamento, voy a continuar hablando de restos mortales abandonados.

¿Quién no conoce lo ocurrido en los Camposantos de las afueras de la Puerta de Atocha? Si allí no se hubiera dado la voz de alarma, por los jovencillos entusiastas de Espronceda y de otros poetas de la época romántica ¿quién sabría ahora dónde habrían ído a parar sus huesos? Y si en los de las afueras de la calle de Fuencarral (la Patriarcal y San Martín), no se hubiese alarmado a la opinión, acusando la instalación en ellos de industrias de alimentación, de conejos y otros animales comestibles, ¿se hubieran salvado los restos de Quintana, y de cerca de un centenar de políticos y literatos ilustres, que han podido ser rescatados?

Pues bien; sin ser Esproncedas, Larras ni Quintanas, los otros muertos merecen piadoso respeto; y las Sacramentales, el Ayuntamiento y los industriales deberían pensar en otra cosa que en cobrar crecidos estipendios para abandonar a los inhumados, cuando saben que pueden contar con la complicidad inerte del desamor de sus deudos y de sus amigos.

¿No habrá modo de construir un grande recinto, en el cual pudieran ser depositados todos estos restos, de los que fueron nuestros abuelos, con un sencillo templo

y un limpio jardín, sin más pretensiones que las de significar respeto y consideración a los que fueron?

¿No habrá manera de introducir en los cementerios, aún utilizables, alguna limpieza que sustituya al sórdido descuido, alguna estética que demuestre el aprovechamiento del precio de los terrenos, vendidos en sumas respetables, y empleados siempre únicamente en ampliaciones productoras de mayores ingresos?

¡Pobres muertos, objeto de la explotación de los *vivos!*

Si el lector ha parado mientes al bajar por la soleada acera de la izquierda de la calle de Alcalá, habrá mirado a la característica iglesia de San José, hoy restaurada con inverosímil buen gusto por un arquitecto genial, que me es desconocido. Pero, aparte esta justificada alabanza, tanto más de extrañar cuanto que la creemos merecida, aun en un arquitecto madrileño contemporáneo, fíjese el lector en que, sustituyendo a los viejos caserones de estrecho solar y de pobre apariencia, que costeaban el templo, se ha edificado hoy una casa de bello aspecto, que sin duda es explotada por la iglesia, a lo cual nada tenemos que decir; pero al lado derecho de la verja, y pegado al templo, verá el lector un establecimiento de refrescos, bebidas y chocolates, y si entra en él, encontrará que el salón pierde pronto su paralelismo con el eje del templo, para inclinarse hacia la izquierda, cosa que me ha hecho siempre temer que pase por debajo o por entre las sepulturas de las monjas y de los fieles que, en los antiguos carmelitas, creyeron hallar su perpetuo reposo.

Nada afirmo, pero no me parece la cosa inverosímil, y, desde luego, reputo de dudoso gusto el género de ex-

plotación del sagrado solar. Y si en esto hay alguna censura, sea sólo para el párroco que lo ideó y el obispo que lo autorizó, si no me equivocara en mis sospechas.

Dando en pensar en estas cosas, no puede menos de acudir a mi imaginación un contraste que no he de pasar en silencio: tenía mi hijo Carlos gran predilección por Alfredo de Musset; durante una de nuestras estancias en París, fuímos a visitar la tumba del gran poeta, en el cementerio del Padre Lachaise (como ahora se escribe), y recordamos y vimos el famoso sauce cuya «sombra es ligera para la tumba donde reposa el gran poeta» (1). Muerto mi hijo, quise plantar en su sepultura un sauce procedente del mismo de Musset. Aproveché otra estancia en París, fuí a la célebre tumba; sobre ella estaba el poético árbol, que seguramente iba a ser podado en la estación apropiada; no atreviéndome a cortar ramas, fuí a la administración del Cementerio y me recibió cortésmente un señor condecorado, a quien expuse la pretensión de que, llegada la época de la poda, consintiese dar algunas ramitas del celebrado sauce a mi bondadoso amigo parisino Aberto Mar que me acompañaba. El administrador me contestó con afable solemnidad galaica, que eso no le era posible, sin un permiso de la familia de Alfred de Musset. Diónos unas señas; al día siguiente se obtuvo el permiso; llegada la estación se plantaron y cultivaron en una *pepi-*

(1) «Mes chers amis, quand je mourrai,
Plantez un *saule* au cimetière;
J'aime son feuillage éploré;
La pâleur m'en est douce et chère,
Et son ombre sera légère
A la terre oú je dormirai »

nière las plantas que florecientes se me enviaron a España; fueron colocadas en la tumba, donde a pesar de mis esfuerzos y cuidados, murieron faltas de riego.

Comprendo que entre la solemnidad francesa de exigir un permiso particular para recoger algunos palitroques, que van a ser tirados, y la falta de todo cuidado de la administración de los cementerios madrileños, cabrá que haya algún justo medio, y ese es el que deberían reclamar en primer término las familias, y plantear las autoridades administrativas y eclesiásticas.

¡Pero, Dios mío, qué tristes son mis ideas de hoy; te pido que no sean así las de mañana!

Volviendo de este triste paseo, he encontrado a mi buen amigo el Dr. Mariscal, uno de los hombres más eruditos, y para mí el médico más erudito de España. Hemos conversado sobre estos puntos lúgubres, y han salido a colación Cadahalso, Gray, Young y todos los autores fúnebres, de todos los países; pero disertando acerca de los encantos que tiene lo triste y lo melancólico en el Arte, me ha referido Mariscal un hecho, que no deja de tener transcendencia, a lo menos para los que encontramos transcendencia en todo.

Como buen bibliófilo, es Mariscal aficionado a lo que los franceses llaman *bouquiner*, o sea a revolver puestos de libros viejos, en busca de curiosidades, y si es posible, de gangas. Hallábase un día *a gatas* sobre un montón de vejeces en la feria, cuando reparó que a su lado el ilustre Pí y Margall investigaba por los estantes y las mesas, y terminaba por preguntar al chamarilero: «¿Tendría usted, por casualidad, «Las Noches» de Young?» «No, señor, no las conozco.»

«Perdone usted, D. Francisco, dijo entonces Mariscal, dirigiéndose al ilustre y simpático republicano, a quien sólo de vista y de nombre conocía; en tal librería las tiene usted, por cierto muy bien conservadas y baratas.»

Tomó Pí y Margall las señas, saludó cortésmente y se alejó. Al verano inmediato coincidieron en el Monasterio de Piedra, Pí y Margall y el doctor bibliófilo; observó éste el libro que llevaba a sus paseos el insigne federalista: eran «Las Noches», de Young; y como intimaran en el bello sitio, se comunicaron el mutuo entusiasmo que por Young y Gray ambos tenían. Y digo yo ahora: ¿habrá entre nuestros modernos republicanos, muchos partidarios de la literatura melancólica extranjera, hasta el punto de buscarla por los puestos de libros? No lo sé... pero lo dudo...; ¡si fueran pleitos!

¿Qué encantos pueden tener esos tres autores que ahora se barajan en mi imaginación?

En cuanto a Cadahalso y a sus «Noches Fúnebres» sólo diré que las leí casi en mi infancia, por ser libro muy preferido de mi padre, en cuya modesta biblioteca figuraban y que reeleídas el pasado año, por piadoso motivo, las he encontrado interesantes como dato histórico de un romanticismo extremado, cuando aún la escuela no había tomado el desarrollo que posteriormente la enalteció; pero por lo demás no tienen ahora grande atractivo; es probable que estuvieran inspiradas en las de Young, como me permito creer que las... «Cartas Marruecas» estaban también influídas por las «Cartas Persas» de Montesquieu.

En cuanto a Gray no he podido encontrar ahora para releerle su famoso «Cementerio de aldea»; pero

recomiendo que le busquen los que pudieran tener mejor fortuna.

Preocupado por estas ideas y rememoraciones fúnebres y macabras, bajaba del Retiro por la cuesta que separa el Botánico del Ministerio de Fomento, sitio en que dejé proyectado el edificio para facultades de Ciencias y Farmacia, y al dar vuelta al Paseo del Prado, llamaron mi atención tres o cuatro puestos o librerías de viejo, o como quiera llamárseles, y sin duda por las preocupaciones que esta mañana he tenido, se ofrecieron a mi atención los tales *puestos*, como otros tantos cementerios, en los cuales me parecían los anaqueles filas de nichos, en cada uno de los cuales reposaba el cadáver de una idea; la mesa en que se ostentaban las enciclopedias, obras de lujo y encuadernaciones vistosas, pareciéronme conjuntos de mausoleos de familias aristocráticas e insustanciales; y el gran montón que en el suelo confundía, folletos, tomos descabalados, antiguos volúmenes quizá nunca leídos y álbums de estampas, se me ofrecía como la fosa común, en la que lo mismo se arroja el cadáver del indigente, del indocumentado, del desconocido, que el cuerpecito del niño sobre el que lloró la madre pordiosera que le dió vida, y no pudo, en la muerte, darle sepultura señalada, para adornarla con flores y regarla con llanto.

Sobre aquél montón o fosa común, escarbaban, casi gateando, chicuelos y mozalvetes, en busca tal vez de lecturas pornográficas o chispeantes, viejos mal trajeados de aire solemne y mirada codiciosa, que parecían roer y buscar las últimas partículas de substancia alimenticia, que pudiera contener cada uno de aquellos cadáveres y servir de alimento a su insaciable voracidad de

eruditos. ¡Gusanos del cementerio ideal, que quizás en su última metamorfosis, desplegarán alas de mariposa, en las que nadie sospechará la triste oscuridad de su origen!

Cuando, después de la muerte de un ser querido, de un amigo del alma y aun de un amigo del espíritu, de los que sólo hemos conocido por la convivencia de la admiración de sus obras, he tenido ocasión de contemplar lo que ellos han dejado después de su muerte, nada me ha producido tanta pena y tan honda amargura como el ver, y aún más el hojear sus libros, los que fueron confidentes de sus soledades, consoladores de sus desvelos, alientos de sus ilusiones de gloria, regocijadores de sus tristezas, tónicos de sus desmayos, discretos hermanos que siempre abren los brazos al que amistosamente los busca, y callan sensatos, resignados y silenciosos cuando los cierra el hastío, los aparta otra solicitud apremiante o los abandona un olvido definitivo.

Cuando, al leer una obra que ha pertenecido al hijo, muerto de apoplejía de esperanzas y de conflicto de aptitudes; cuando al pasar los ojos por el volumen que se leyó y comentó con el amigo discreto y cariñoso, encuentro la raya vertical del margen, que me advierte la hermosura de un pensamiento, la oportunidad de una frase o la profundidad de una sentencia, experimento una apretura de garganta y una opresión de corazón, mucho mayor que al contemplar el retrato del muerto, y aun que al visitar su sepultura. ¡Por aquí pasaron sus pensamientos, aquí se detuvo su reflexión, estas palabras agitaron sus corazones e iluminaron su espíritu; aquí ha quedado mucho más de aquellas almas, que entre los huesos calcinados o la podredumbre de los restos que fermentan en sus fosas!

Llego a mi casa, entro en mi despacho: también allí hay sus filas de nichos, sus columbarios de ideas muertas; ¿quién vendrá detrás de mí, para llamar a cada una de esas lápidas, diciendo: «despierta, acuérdate del día en que te buscó, del sacrificio que significó tu compra en el mermado erario estudiantil, del deleite que produjiste en su alma, de la lágrima que tal vez arrancaste a su emoción?»

No fueron tan crueles el cura, el barbero y el ama cuando quemaron los libros del noble Hidalgo, como cuando tapiaron la puerta del aposento en que los guardaba y le dejaron que golpeara desesperado el tabique, como tantos otros le golpeamos en la vejez, sin encontrar, ciegos e impotentes, ni siquiera el sitio en que se engendraron nuestras ideas, se agitaron nuestros pensamientos y se adormecieron y enfrenaron nuestras pasiones.

¡Dormid en paz, viejos volúmenes, cebo actual de la codicia del chamarilero, de ese Caronte que os cobra el pasaje para los círculos profundos del olvido; descansad, pero no todos, que de vosotros quedarán, a pesar de las gravitaciones del humano egoísmo, almas que surgirán por la oración piadosa de los que os sobrevivan y por ellos iréis al Paraíso de la Inmortalidad!

PASEO XVIII

Medicina pintoresca.—Una historia de Edgar Poe.—¿Otra monja milagrera?

No busquéis lo cómico fuera de la vida real; lo cómico es el rocío de la vida.

Ich.

Ni son todos los que están,
Ni están todos los que son.

El concepto ordinario que de los locos tiene el vulgo, hace que se los represente como seres trágicos, violentos, fáciles al furor, a la expresión exagerada en sus afectos o a la estimada ridiculez de sus manías. No puede negarse que así son muchos locos; pero en la proporción total de los tocados de razón (mente-tocados o mentecatos), estas variedades del loco son las menos frecuentes: los locos mansos nos circundan por todas partes: en la sociedad, en la familia, en el mundo literario no digamos, en el científico no cabe discusión, y los que merecen este calificativo de mansos, como no llegan a la categoría de *encerrables*, constituyen en la vida habitual unas veces dificultades y embarazos para los sanos

y discretos, otras compromisos y aún peligros de ridículo por la complicidad a que nos arrastran, y otras, por fin, impresiones dolorosas y compasivas, despertadas por los sufrimientos imaginarios e inútiles en cuya fabricación muestran estos débiles de espíritu una ingeniosidad perseverante, digna en verdad, de la más sincera misericordia.

Cliente he tenido, señora discreta, amable y urbana por otra parte, que me enviaba su automóvil con recado urgente y grandes apremios, cuando no había cumplido en el día más que cuatro veces cierta función evacuatoria, asegurándome, al entrar, que estaba alarmadísima por creer que tenía una parálisis intestinal con oclusión que pondría en peligro su vida.

Ningún médico podrá poner en duda este ni otros casos análogos; por desgracia, para los médicos correctos, la proporción de sanos y locos con que tienen que habérselas no es menor de un cinco por ciento para los primeros, y un noventa y cinco para los segundos. En cuanto a los médicos incorrectos (que aunque en muy escasa proporción, existen), este género de clientes constituye un verdadero paraíso, con frutos que no serán los del bien y de la ciencia, pero sí los del mal y del provecho.

Si este caso y otros análogos numerosísimos no tuviesen más significado que el de la preocupación, digna de toda lástima, del enfermo y la molestia que pueda producir al médico, todavía pudiera mirárselos con cierta indiferencia; de vez en caso que, en la mayoría de las ocasiones, las personas que de tales achaques padecen hacen imposible la vida de sus parientes y de sus deudos, dependientes y familiares, llegando su obsesión

impositiva a ser un eje de preocupación para la familia entera, y al cual se somete todo el régimen de la vida, todos los proyectos, las más sencillas e inocentes expansiones, y muchas veces hasta las alianzas que han de transcender en lo porvenir.

Si entrara en la descripción de hechos comprobatorios de cada una de estas aserciones, no acabaría nunca. En más de una ocasión he visto truncarse el porvenir de un desgraciado cónyuge, víctima de las aprensiones casi delirantes de una mujer histérica, y en no pocas he presenciado, siendo impotentes mis esfuerzos por evitarlo, la caída de un joven en una afeminación neurasténica que le esterilizó para el resto de su vida por los excesos equivocados del celo mimoso de una madre ignorante y mal aconsejada.

Dejando esto aparte, siquiera hoy me haya llevado a pensar en ello alguna impresión recordatoria de hechos muy pasados, voy a referir algunos, que solamente me he explicado, cuando me ocurrieron, por creer yo que se trataba de individuos de estos que he calificado de *locos mansos*.

Y va de cuentos; pero no de cuentos inventados, sino de historias ciertas y positivas, cómicas las más veces, alguna que otra dramática, y aun trágica.

Por los años del 85 al 90, viviendo todavía en el núm. 1 de la calle Ancha de San Bernardo, recibí en mi consulta a dos señoras solteronas y hermanas, que, modestamente vestidas, me mostraban los síntomas de una nerviosidad desproporcionada y de gran aprensión, por creerse, sobre todo la una de ellas, que ejercía visible dominio y autoridad sobre la otra, afectada de algún grave padecimiento interno. Como varias veces me insi-

nuara su deseo de un reconocimiento completo, sobre todo de los órganos de su vientre, y me indicara que en los muebles de mi despacho, si no fuesen adecuados, no creía que aquel examen se pudiera efectuar, me ofrecí al cabo un día, para ir a reconocerla en las primeras horas de la mañana, y cuando aún se encontrara en su lecho, ofrecimiento tanto más fácil de realizar cuanto que aquellas señoras vivían en la inmediata calle de Silva. Simultáneamente, ambas hermanas, al oír mi oferta, prorrumpieron en un «No; a casa, no», lo que oí con cierta sorpresa, pues no era en mí frecuente proponer visitas domiciliarias, ni se me alcanzaba por qué causa se negaban a la propuesta, cuando ellas mismas habían indicado su necesidad. Respeté, sin embargo, su capricho por suponer que en algún motivo, que a mí no me importaba, se fundaría.

Habían transcurrido algunos días, cuando una noche, a las tres de la madrugada, en Enero, subió mi sereno diciendo que su compañero de la calle de Silva venía muy alarmado, para rogarme que fuese corriendo al número 13 o 15 de la misma calle, donde recordé en seguida que vivían aquellas extrañas clientes.

Por más que como histéricas y aprensivas las tenía yo calificadas, y que la noche y mis costumbres no me convidaban a dejar la cama, fueron tales los apremios contenidos en una mal escrita carta, de que era portador el sereno, que accedí a llevar el consuelo posible a las alarmadas mujeres.

Acompañóme el guardián de noche desde la esquina de la misma calle, y al descubrir la casa adonde debía subir, vimos en el balcón a una de las hermanas, la cual, con ademanes descompuestos y voces medio ahogadas,

preguntaba al sereno si era yo verdaderamente quien con él iba, mandándole al propio tiempo que acercase su farol a mi cara. Entramos en el estrecho portal, subimos la nada cómoda escalera y, al llegar al descansillo del segundo piso, oí detrás del ventanillo de la puerta de la izquierda la voz trémula de una mujer que decía: «D. Carlos, ¿es usted?... Hable, para que yo oiga su voz; sereno, acérquele el farol a la cara...»; y después de complacida, oíamos a través de la puerta ruidos y golpes incomprensibles de cerrojos, cadenas y llaves, mezclados de cuando en cuando con un golpe seco como de un cuerpo pesado que caía al suelo. Nueva interrupción de aquellas maniobras, nueva apertura del ventanillo, y vuelta a pedirme que hablara y que el sereno me alumbrara, hasta que al cabo, pero no antes de diez minutos, se entreabrió la puerta, apareció la extraña señora asomando solamente la cabeza, y mirando con recelo detrás de mí y del buen asturiano, quien con aire muy filosófico me dijo, dejándome en la puerta y bajando lentamente la escalera: «Ya verá el señor *dotor*, ¡están locas!... ¡están locas!»

Entré en la casa y tras de mí cerróse la puerta, en la cual maniobró la buena señora durante algunos minutos corriendo cerrojos, fijos los unos y movibles los otros, que pasaban por abrazaderas colocadas á lo largo del dintel en todo su contorno: fuí a moverme en aquella semioscuridad y tropecé con dos vigas bastante gruesas que en el suelo yacían, y en las que creí ver la explicación de los golpes secos que desde fuera oí. Entré en la alcoba, vi a la enferma, que nada de particular tenía, y mientras escribía una receta de las más inofensivas, pude advertir sobre el escritorio modestísimo

cinco o seis cerrojillos de los movibles, que sin duda estaban destinados a asegurar la puerta.

Terminada mi visita abrió la enfermera el balcón, llamó nuevamente al sereno, subió éste, y previas otras precauciones de miradas por el ventanillo y de asegurarse bien que era el guardián el que había subido, me dieron salida de aquella verdadera jaula de locos.

Al día siguiente por la mañana fuí recibido en la casa con evidentes deseos de que no volviera, y promesas de que seguiría la enferma asistiendo a mi consulta. No quise, sin embargo, dejar de enterarme de aquel fenómeno verdaderamente vesánico, y agobié a la hermana sana con preguntas, por las cuales pude saber que la puerta de entrada y el tabique correspondiente medianero con la escalera, estaban forrados con planchas de hierro; los cerrojos portátiles que aseguraban la puerta en sus tres lados eran seis, y las vigas que llamaron mi atención la noche antes, estaban cortadas de manera tal, que se fijaban en la puerta y en la pared fronteriza. No recuerdo qué otros detalles pude observar con verdadero asombro.

El final de la aventura fué, que aquella misma tarde recibí la exigua cantidad en que consideraron tasados mis servicios aquellas pobres mujeres, acompañada de una cartita en que me decían que habían pensado salir de Madrid, y que no debía, por tanto, volver por su casa. Y esto lo decidieron porque pensaron, que al haberme enterado del sistema de sus defensas interiores, constituía yo un peligro para su seguridad porque podía cometer una indiscreción.

Pero realmente no ha terminado aquí la anécdota, pues pasados dos o tres años leí en un periódico de no-

ticias que había sido robada una casa en la calle de Silva, y heridas las señoras que la habitaban, coincidiendo todas las señas con las de mis dos desgraciadas y efímeras amigas. Sin duda, sus aparatosas precauciones despertaron la codicia de quien logró burlarlas. Nada más supe de ellas.

¿Puede dudarse que éstas infelices eran unas locas mansas que se hacían imposible la vida?

Vamos a otro caso: en la Plaza de Celenque fuí llamado a visitar a un D. J. M. C. que padecía una pulmonía de cierta gravedad. Desde mis primeras visitas me mostró aquel hombre una gran simpatía, y sobre todo llamó mi atención lo enterado que se encontraba de todos mis antecedentes y de mi vida profesional e íntima. Procuraba prolongar mis visitas por decir que mi conversación le era muy agradable. Su casa estaba lujosamente amueblada, aunque la alcoba en que él se hallaba no demostraba más que un modesto y bien entendido confort. Constituía su única servidumbre una criada de cierta edad vestida con descuido, sin llegar a la suciedad ni a la pobreza.

Un día en que celebré una consulta con el Dr. Mariani, nos introdujo la sirviente a un gabinete, atravesando el salón principal que estaba profusamente iluminado por la luz eléctrica (la que entonces todavía no se utilizaba sino en muy pocas casas de Madrid). Pude al atravesar aquella habitación darme alguna cuenta de los muebles lujosos y de las estatuas originales de mármol que luego me contó el dueño que había traído de Italia; pero sobre todo lo que llamó mi atención, y en particular la de Mariani, fué un magnífico retrato de Madrazo, colocado al nivel del suelo, en uno de los testeros de la

sala y que representaba una señora de nada particular belleza, pero tan primorosamente reproducida y tan ingeniosamente iluminada en el cuadro, que daba la impresión de una persona que se adelantaba a recibir, hasta el punto de que Mariani tuvo que contener una reverencia que hizo a la hermosa pintura.

Alivióse el enfermo, y cuando yo le consideraba ya fuera de peligro recibí la visita de un señor que se me anunció como hijo suyo, y que me contó tan extraños detalles de comportamiento de su padre para con él, que no podían explicarse sino por una preocupación monomaníaca, o por influencia de aquella señora, cuyo era el consabido retrato, y que había muerto hacía pocos meses, siendo adorada por el Sr. M. C., quien dedicaba su vida entera al recuerdo idolátrico de la muerta.

Mi pícara manía quijotesca me inspiró el desacierto de hacer alguna alusión a mi cliente, acerca de la situación en que su hijo y sus nietas se encontraban. Quedóse al parecer muy preocupado, y a la mañana siguiente me expresó en términos de evidente exaltación su temor de poder ser víctima de algún atentado contra su vida, rogándome encarecidamente que volviera aquella tarde a visitarle, y preparado para, en caso de necesidad, quedarme por la noche a su cuidado. Tal era la violencia de su exaltación, que para calmarle ofrecí cumplir lo que deseaba, y con efecto, fuí a la noche y, como repitiese con insistencia su ruego, me presté a dormir en la casa.

Conversamos hasta muy avanzada la noche mostrándose el enfermo cada vez más tranquilo, a punto de rogarme que me retirara a la habitación que me habían preparado. Hícelo así, conduciéndome la criada a una

amplia alcoba, en la que encontré ancha y cómoda cama, lujoso lavabo, confortables sillones y todo cuanto pudiera prometerme una noche tranquila.

Frente a mi cama había una gran puerta vidriera, que sin duda, comunicaba con una sala o gabinete, cosa que por entonces no me preocupó, quedándome pronto dormido.

Los ruidos de la mañana, nada escasos en la próxima calle del Arenal, me despertaron, produciéndose en mí esa extraña sensación de incertidumbre del sitio en que nos encontramos cuando hemos dormido en lugar que no es el acostumbrado. Hallábase la alcoba completamente a oscuras, y de la habitación inmediata llegaba a través de las vidrieras una luz escasa, más bien una penumbra, que no acababa de despabilarme en mi somnolencia; pero pronto comencé a fijarme en lo que en aquella habitación pasaba, y, primero de un modo confuso, y poco a poco con más claridad, percibí la presencia de cinco o seis mujeres, cuyas siluetas daban la idea de estar lujosamente vestidas, pero cuyas cabezas faltaban de sobre sus hombros. Por sus actitudes, aunque inmóviles, parecían hablar entre sí, y yo, restregándome los ojos, me dí al fin cuenta de no estar en mi casa y creí ser víctima de una pesadilla o de una *historia extraordinaria* del género Edgar Poe. Cuando me desperté del todo, salté de la cama, abrí la misteriosa vidriera, busqué una llave de la luz, y cuando ésta se encendió, me hallé rodeado por seis maniquíes, vestidos de lujosos trajes, que eran los que, regalados por mi amigo, había vestido su amada, y que él conservaba de aquel modo en su gabinete para mantener la ilusión de su convivencia.

¿Pertenece este caso a los cómicos o a los dramáti-

cos? Mi primera idea fué la de que pertenecía a los cómicos, pero luego fuí persuadiéndome a que el caso era bien triste, y cuando encontraba paseando en el Retiro a mi enfermo en su coche lujosísimo, solo y con la mirada abstraída, no podía menos de sentir una profunda compasión. Más tarde le ví acompañado por una señora de apariencia física semejante a la que yo había visto en el retrato, y su familia me contó que se hacía acompañar por ella solamente en el paseo, y sin duda para hacerse la ilusión de que se encontraba al lado de su muerta.

Ya lo estará el infeliz, si la Providencia se ha apiadado de él en su infinita misericordia.

Seguiría narrando episodios extraños, y me sería difícil agotar el archivo de mi memoria; pero tienen los sucesos que se refieren a este género de enfermos un carácter en cierto modo ridículo, que impone a la conciencia recta el sigilo absoluto, por temor de incurrir en la impiedad de despertar, a expensas de los desgraciados, el regocijo de los lectores.

Hay, no obstante, en mi vida una época de verdadera amargura, ocasionada por una pobre loca que, periódicamente, aparecía y desaparecía en el tranquilo ejercicio de mis ocupaciones médicas y políticas, en mis expansiones familiares, en mis diversiones y en todos los actos de mi vida, hasta el punto de hacérmela imposible mientras duraba el anual acceso de su excitación.

Tratábase de una señorita primorosamente educada, perteneciente a una familia que había tenido algunas relaciones de amistad con la mía en tiempos de mi madre. Distaba mucho de ser bella, y su fealdad daba en el ridículo, por ser extremadamente flaca y obligarle su

acentuada miopia a gastar unas gruesas gafas, que le daban un aire de estudianta rusa muy marcado. Vestía con rebuscada extravagancia, habiendo traído de sus frecuentes viajes el concepto de que las mujeres españolas se preocupaban con exceso de trapos y atavíos. Montaba a caballo, y con su misma amazona de larga cola, arrollada al brazo, y una enorme fusta en la mano, presentábase en el patio de butacas del teatro Real, tocada de un sombrero *canotier* de paja, preguntando en altas voces cuál era la localidad en que yo me encontraba. Sentábase en su butaca, y al observar el murmullo de extrañeza que en su derredor se levantaba, sacaba un revólver del bolsillo y lo dirigía a sus sienes, resultando luego ser un pulverizador de aquella forma. Las gentes, que al principio no distinguían el engaño, se levantaban precipitadamente, provocándose el bullicio y desorden hasta el punto de suspender la orquesta la representación, teniendo necesidad de intervenir el gobernador y sacar del coliseo a la pobre demente.

Otro día se mostraba en la tribuna de la Prensa en el Congreso de los Diputados, y desde allí comenzaba a chichear, a apuntar con el dedo al escaño en que yo me encontraba y a contar a los regocijados periodistas, entre los que se había hecho pasar por representante de un periódico extranjero, la historia de sus males, de mi resistencia a asistirla y de la explicación de celos femeninos que ella daba a aquella resistencia. Nuevo desorden, intervención de los ujieres y del bondadoso presidente Sr. Pidal, que procuraba de todas maneras impedir la entrada en los días sucesivos a la tenaz perturbadora.

Cito estos dos, entre otros episodios, mediante los

cuales amargó mi existencia por espacio de ocho o diez años, aquella infeliz mujer a quien encontraba en todas partes, en Madrid, en mis viajes, en las Academias, hasta que unas veces capitulando y acudiendo a visitarla en compañía de un especialista, otras veces conduciéndola con engaños al manicomio de Esquerdo, lograba una tranquilidad que era absoluta por espacio de ocho o de diez meses, en los cuales, según su distinguida familia me aseguraba, era la infeliz la persona más agradable, discreta y cariñosa que se pudiera imaginar. De pronto un día, después de no haberme mencionado en un año, comenzaba a decir que tenía que consultarme, y la familia me advertía al instante por saber que aquél era el principio de una de las insoportables rachas que yo tenía que sufrir hasta que su acentuación me obligaba a adoptar alguna medida extremada que a las pocas semanas resultaba innecesaria, por el alivio súbito de la enferma.

El fundamento fantástico que esta vesánica daba a sus extravíos era el de saber que el año, el mes y el día de mi nacimiento coincidían con los del suyo y deducía de ésto que mientras yo viviera viviría ella si yo la asistía en sus casi siempre imaginarios males, teniendo además la superstición francesa del 1.º de Abril, fecha de nuestros nacimientos.

Reflexionen los no profesionales lo que éste y análagos casos representan para un médico de corazón y de conciencia, que se encuentra alternativamente solicitado por el enojo y la compasión, por la lástima y la ira, y se vé víctima de interpretaciones, chanzonetas, burlas o calumnias que las gentes bien intencionadas idean y esgrimen a costa suya.

Me consta que el buen Mariani fué también objeto de una persecución análoga cuando se encontraba en el auge merecido de su reputación, y de alguno de los compañeros hoy vivos podría contar cosas parecidas.

Después de impresionarme ayer con estas cosas y recapacitando esta mañana acerca de los dos notables discursos, leídos ayer en la Real Academia de Medicina con motivó de la recepción del Sr. Valle y Aldabalde, por este último y por el Dr. Pérez Valdés, y cayendo esta sugestiva lectura acerca del tema de lo subconsciente, con otra de un hermoso pasaje de Enrique Federico Amiel, he dado en pensar cosas que en cierto modo tienen relación con mi antiguo oficio de médico y con mi aun constante estudio de la Medicina.

Las diversas disposiciones del espíritu, con arreglo a las diferentes horas del día, han sido señaladas por todo el mundo, y observadas, aun por las gentes más indoctas. Todos advierten que la noche es la hora de las pasiones, y el alba y la mañana, la de la paz y la esperanza. Amiel trata varias veces este punto con su estilo mágico y dulce; pero yo me permito añadir una observación, primeramente propia y subjetiva, luego de *médico* o a lo menos de observador de los fenómenos en los demás, es decir, de objetivista.



Por las mañanas, *después del sueño*, se ven sin duda alguna las cosas con mayor claridad; pero como si estuviesen dibujadas y resaltadas sobre un fondo indeciso de temor mal definido, expresado por una sensación casi física, que parece advertirnos de la posibilidad de un peligro, o cuando menos de un disgusto o de una complicación.

Se ha dicho que cada aurora es un nacimiento, y yo

añado que el reciénnacido siente de seguro una inconsciente sensación de espanto ante el nuevo mundo en que entra: observad al niño cómo llora, se estremece, abre de pronto y brúscamente los brazos, como si quisiera asirse, para no caer; es que siente, sin saberlo, el miedo a la vida.

Sucede las más veces que al despertar experimentamos esta vaga impresión de temor, antes de que haya acudido a nuestra imaginación el recuerdo del hecho del disgusto o de la amenaza de tales cosas, cuya impresión recibimos en el día anterior. Hay en esto como un fenómeno de subconsciencia; pero más bien creo que puede ello explicarse por un mecanismo fisiológico o por una solución intermedia.

El cerebro, la masa central perceptora y consciente va entorpeciéndose en grados mínimos, pero innegables, durante el trabajo del día, por la sobrecarga de las excreciones metabólicas de que sus células necesitan libertarse para estar dispuestas al nuevo trabajo intelectual, y por la fatiga de las secreciones que tuvieron que ejecutar; el sueño *limpia* los elementos nerviosos, favoreciendo la expiración el expurgo de sus cenizas; y al despertarse se encuentran los *centros* en una aptitud a la recepción y a la impresionabilidad, análoga a la de un epidermis al que se ha limpiado de capas grasientas, de cuerpos extraños o de producciones córneas. Esta hiperestesia se traduce de un modo inconsciente en la *incertidumbre temerosa* e inconcreta que muchos sentimos por la mañana y que en los neurasténicos y psicasténicos sufre esa exacerbación patológica que también observamos agravada a tal hora del día. Avanzando éste, el *epidermis neuronal* se va templando: de hi-

perestésico se hace normal, cubriéndose de residuos estratificados de la que pudiera llamarse *su respiración psíquica*; residuos que pueden llegar por violencia pasional del estímulo a representar concreciones duras que oscurecen la claridad normal de la impresión, transformándola en dolor. Tal es el caso no solamente del dolor moral justificado, sino del imaginativo, artificial y fantástico, que se observa en el histerismo y que no es la *angustia* de la neurastenia, como se advierte también en otras neurosis, que se agravan en la tarde y en la noche y se alivian después del sueño.

Tratar a una histérica con calmantes es lógico, y la práctica nos enseña que pueden llegar a ser *morfo-maníacas* y *morfino-maníacas* (1) durante muchos años sin grave riesgo, mientras que los neurasténicos encuentran su alivio en el alcohol, en el éter y en los estimulantes, que apresurando el metabolismo neuronal, determinan el apresuramiento de la formación de *la capa* residual protectora.

Por todo esto se explica la conveniencia de airear las habitaciones en que dormimos, durante el sueño, o cuando menos en el momento de entregarnos a él. El aire de nuestros aposentos experimenta durante el día una sobrecarga de elementos impropios para la respiración, de que algunas veces no nos advierte nuestro olfato ni nuestra previsión natural. Esto hace que, por una parte las neuronas y células de nuestros centros y por

(1) Entiendo que deben conservarse estos dos términos: el primero, o sea el de *morfomaníaco* o *morfomaníaca* para designar a los que abusan de diferentes hipnóticos y narcóticos; reservando el segundo, o sea el de *morfino-maníaco*, a los que abusan de la morfina.

(Ich.)

otra el aire que ha de renovar sus elementos que a aquéllas deben ofrecerse en estado de pureza, se encuentren igualmente impuros, y la acumulación de ambos conflictos contribuye a ese transitorio estado de abatimiento y pereza intelectual; esto es, de *asfixia emotiva*, que cesa, para ser reemplazada por una actividad de rejuvenecimiento, en cuanto la atmósfera se purifica y las neuronas y dendritas se desperezan sintiéndose aliviadas de las cenizas del cansancio y de los embotamientos del sueño.

Visitaba yo por los años del 85 al 90 a mis cariñosos amigos los condes de Superunda. Conviene recordar para comprender ciertos matices del episodio que voy a referir, que estos bondadosos e inteligentes amigos representaban en Palacio un importante papel, muy especialmente la condesa, que más que por su cargo cerca de la Infanta Doña Isabel, estaba ligada con esta señora por una adhesión verdaderamente fervorosa y abnegada. Tampoco debe olvidarse que, aunque muy esfumadas por el tiempo, se recordaban todavía entre mis coetáneos las historias de la *monja de las llagas*, la intervención de Argumosa en su curación y las discusiones políticas y ardorosas a que la intervención de Sor Patrocinio había dado lugar en la prensa, en las Cortes y en todos los escritos más o menos revolucionarios. Sentadas estas premisas, voy a referir un hecho sencillo quizás, pero que a mí me preocupó hondamente por espacio de dos o tres días.

Una tarde, la ilustre condesa de Superunda me recomendó en su casa una enferma que acudiría a mi consulta, por una dolencia que había adquirido infectándose en el cuidado de algunas enfermas de un asilo de-

dicado a recoger mujeres de vida sospechosa, y en el cual la susodicha paciente prestaba sus servicios en calidad de novicia, aun secular y con una abnegación verdaderamente admirable.

Acudió al siguiente día la interesada a mi consulta y me refirió su historia, que desde luego me interesó por juzgar yo indudable, que la infección por ella adquirida había tenido como origen una herida en el dedo índice y el contacto de ella con lesiones supurantes de naturaleza sospechosa. Con arreglo a esta creencia prescribí el plan que por entonces se recomendaba como más nuevo y eficaz, y aquella joven modesta y simpática continuó yendo cada vez más de tarde en tarde y visiblemente aliviada a recibir mis consejos durante un espacio de mes y medio o dos meses.

La condesa, a quien yo daba cuenta de la feliz curación de su recomendada, me daba muestras de agradecimiento por el interés y el cariño con que yo la había acogido, y así marcharon las cosas hasta el inesperado final que me sugiere este recuerdo.

Una tarde, presentóse la enferma en mi casa, con la cara mucho más cubierta y entrapajada de lo que otras veces acostumbraba, obligada antes por las lesiones cutáneas que ya habían desaparecido; acompañábala una señora, cuyo retrato pudiera hacer en este momento, muy enlutada, gruesa, cincuentona, de ojos saltones de miope defendidos por gafas negras, y llevaba en la mano dos o tres libros con apariencia de devocionario, cogidos por la cinta de caucho que es de rigor entre las señoras devotas. Sentose la acompañante, mientras yo junto al balcón veía a la enferma y la interrogaba acerca de la exacerbación de sus erupciones que las vendas

de la cara me hicieron suponer. Al retirar el apósito, me sorprendió el ver desde luego que las lesiones no guardaban el carácter externo ni el aspecto que las anteriores y que sus congéneres tienen, y al notar algunos trazos de color pardo ajamonados y de forma evidentemente geométrica, un rayo de viva sospecha me hizo fingir una absoluta indiferencia, volviendo a cubrir el rostro de la paciente. Es de advertir que por entonces estaba muy en boga el uso del ácido fénico y que sus soluciones alcohólicas me eran absolutamente familiares en mi práctica hospitalaria y civil; desde luego comprendí que se trataba de quemaduras superficiales producidas por el referido antiséptico; lo que yo no me explicaba era la forma de la lesión.

Al invitar a la paciente a que se sentara, la señora que la acompañaba, poniéndose en pie y con viva agitación, me incitó a que renovara mi reconocimiento, asegurando que yo no debía haberme fijado en la extraña apariencia de las erupciones. Afirmé yo que sí y que eran una cosa muy vulgar y frecuente, y ella entonces con creciente exaltación, dijo: «Pero, ¿cómo es posible que con frecuencia pueda darse el caso de que estén escritas sobre el rostro de los enfermos las palabras de los tres santos votos impuestos a las religiosas que a Dios se consagran? Porque, ¡vea usted, vea usted!» Y dirigiéndose a su protegida volvió a quitarle las vendas y los algodones, señalándome con su dedo tembloroso las letras en la frente y en las mejillas que decían de un modo visible: «Castidad, pobreza, obediencia». Dominándome como me es dado hacerlo en las situaciones que juzgo comprometidas, continué sonriente afirmando que aquello era un fenómeno perfectamente explicable

y negándome a reconocer en el cuerpo de la muchacha otros estigmas y señales milagrosas que ambas interlocutoras me afirmaron que existían en el costado y en no sé qué puntos de la piel. Pretexté grande ocupación aquel día y les ofrecí hacer la minuciosa investigación a los dos o tres para los que les dí cita y hora.

Apenas hubieron salido de mi despacho, cuando tomando precipitadamente el sombrero me dirigí al palacio de Superunda. En el trayecto, desde el núm. 1 de la calle de San Bernardo, donde yo entonces vivía, hasta la calle de San Vicente, mi imaginación siempre ardorosa y vehemente me representó un sinnúmero de posibles complicaciones. Yo había contribuído con mis elogios francos a consolidar la reputación de santidad de aquella muchacha que a mí siempre me pareció abnegada y sincera; hoy tenía la certeza de que se trataba de una embaucadora que podría influir en ánimos fáciles a la credulidad, y que al no prestarme yo al engaño darían posible margen a discusiones de la prensa, chismes políticos y acusaciones a personas respetables. En este estado de ánimo llegué a casa de mis nobles amigos, teniendo la fortuna de que aún no se encontraran en el cumplimiento de sus obligaciones en el Regio Alcázar. Recibióme la condesa, a cuya ejercitada condición de mujer de sociedad no pudo ocultarse mi mal disimulado azoramiento; preguntóme lo que ocurría, y al exponerle el caso, rompió a reir y golpeándome afablemente en la mano, me dijo: «Esté usted tranquilo; cuando vayan esas mujeres por su casa, póngalas usted en la calle; ni yo, ni persona alguna, de las que usted teme que pequemos de credulidad, podemos caer en manejos tan burdos; eso, que a usted le parece extraño, está

ocurriendo casi todos los días en que acuden gentes estafadoras en busca de provechos o de influencia, refiriendo apariciones y embaucamientos que ningún fruto les producen.»

Tranquilo con aquella conversación y sintiendo haber sospechado que en la inteligente y aristocrática señora pudiera haber cabido duda alguna sobre el caso, volví a mi casa en la que se presentaron a los dos días las mujeres susodichas. Oíles entonces con complacencia y regocijo contenidos, la referencia del pretendido milagro. Hallándose la joven en oración ante una imagen, ésta le había hecho sentir un vivo dolor en la frente donde con su dedo la tocara y en medio de un vivo resplandor, le dejó oír estas palabras: «¡Tú eres la elegida!»

Entonces yo, poniéndome en pie, les dije: «Pues yo no les considero a ustedes ni elegidas ni dignas de poner los pies en mi casa. Se van ustedes de ella en este momento, y como yo sepa que ni en periódicos ni en conversaciones tratan ustedes de explotar estas cosas santas y respetables, diré con mi firma que esas letras que ustedes quieren hacer pasar por prodigiosas no representan otro milagro que el de una solución de ácido fénico con que un pincel ha trazado las letras y las figuras de que ustedes fingen maravillarse.»

Callaron ambas mujeres, salieron apresuradamente, y de la más joven no he vuelto nunca a saber; en cuanto a su acompañante, la de los anteojos negros, alguna vez la he encontrado sin que acierte a saber, ni me haya preocupado mucho, si ella era cómplice en el engaño o víctima de los manejos de su amiguita.

PASEO XIX

Pontífices.—León Máximo.

«Tu es Petrus.»

«Or vedi, anima mia: ¿non par di sangue
quella corrusca linëa che cinge
i colli, ove il bagliore ultimo langue
e su San Pietro il ciel di fuoco tinge?»

Gustavo Pittaluga.
(Canzoniere.)

En mi ya larga vida he conocido cinco Pontífices: Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI; y no han sido pocos, si se tiene en cuenta que los dos primeros han sobrepasado del plazo de los veinticinco años que se atribuía como máximo a los sucesores de San Pedro.

Hablando con mayor propiedad, solamente he conocido a León XIII, el más grande de los Pontífices de la Edad Moderna. Acerca de los otros no he de cometer la impertinencia de formular comentarios históricos; pero no puedo excusar, sin hipocresía, la confesión de que en mi interior, obtienen un juicio, que, por respetuoso que

sea, acude hoy en mis meditaciones deambulatorias, alrededor del cuadro que viene a mi recuerdo.

En la primavera de 1900, con motivo de la Conferencia de la Tuberculosis, estuve en Nápoles y en Roma. A esta ciudad de mis sueños, a la Roma de las ruinas clásicas, a la Roma del Arte, a la Roma papal, a la Roma de mis anhelos y de mis inextinguibles curiosidades llevaba un valioso documento, que esperaba que había de serme útil en mis gestiones de estudio, sobre todo, de la ciudad pontificia. Era el tal documento una carta del venerado padre Azevedo, a quien yo conocía por haber coincidido con él en varias casas de mi clientela y le había admirado como a sacerdote ejemplar e incomparable en el ejercicio de su alto ministerio. Unido esto a que, por razón de vecindad, le veía con frecuencia en la Iglesia, entonces llamada de San Justo y hoy pontifical de San Miguel, situada junto al palacio episcopal (antigua casa de Antonio Pérez, a lo que creo) y al consejo que mis respetables y bondadosos amigos el Arzobispo Obispo, D. José de Cos, y su secretario, luego Obispo y en la actualidad de Sión, Sr. Alcolea, ambos clientes cariñosos míos, me decidió a presentarme al padre Azevedo y pedirle una carta de recomendación para su hermano el Prelado del mismo apellido, que desempeñaba cerca de León XIII las funciones más íntimas, como jefe y secretario de su cámara particular.

Obtuve la deseada carta, redactada en términos tan encomiásticos para mí, que me hizo comprender que ella significaba un verdadero salvoconducto, que me consentiría llegar hasta el Pontífice, a pesar de las dificultades que significaba la época de peregrinaciones en que estábamos.

No me engañé: la epístola de mi hoy compañero de ceguera, ingenioso autor de un tablero en el que él escribe a ciegas y yo poco menos, fué recibida con expresiva alegría por su hermano el hoy Cardenal, quien me ofreció todo género de facilidades para oír una misa dicha por el Papa, asistir a una gran ceremonia de bendición de peregrinos (me parece que bávaros) y aun ser recibido en audiencia particular. Renuncié *voluntariamente* a este último honor porque siempre ha sido norma de mi vida, la de *hacerme cargo* de las circunstancias y saber renunciar a mis gustos, cuando su realización significa una molestia cierta e injustificada para personas dignas de ser tenidas en consideración respetuosa. Lo que me impone discreta abstención en frecuentar el Palacio Real de Madrid y aun me hace no visitar sino rarísimamente a los presidentes del Consejo de Ministros, todos ellos íntimos amigos míos, me movió entonces a declinar la que otros hubieran tenido por codiciada honra por el solo deseo de poderse alabar de ella. Comprendía yo, y el Cardenal Azevedo me ratificó bondadosamente en mi creencia, que el Papa, particularmente en aquellos días, no tenía un momento de sosiego. ¿A qué aumentar con una audiencia de indiscreta curiosidad las molestias del santo anciano, para mí veneradísimo, simpático, verdaderamente fascinador y sugestivo, que ya había yo visto en la misa y en la inolvidable ceremonia de los peregrinos? Agradecióme el Cardenal Azevedo mis buenas disposiciones y aceptó, en cambio, el encargo de que S. S. bendeciría especialmente un rosario para mi mujer y una cruz para mí (que luego, por cierto, me fué robada en un gran hotel de Berlín) (1).

(1) Como bueno, sincero, y convencido individualista, sé que el

Lo más impresionante para mí en aquellos días en la Roma papal, fué la bendición de los peregrinos en la iglesia de San Pedro.

No tema el lector que pretenda describirle la gran Basílica; pero sí ha de permitirme que le diga con sencillez lo que en ella experimenté.

Yo soy un extraño creyente; paso de los misticismos y los enfervorizamientos más intensos, al descreimiento, a las dudas y al escepticismo según me traen y llevan los dolores del alma, los apetitos del cuerpo o los estudios de la mente. Soy en este punto verdaderamente digno de compasión, pero al propio tiempo tengo la ventaja de que mi espíritu se adapta espontáneamente y casi de un modo automático a lo que le imponen las circunstancias, el espectáculo a que asiste o la lectura en que se nutre.

¿Paradoja...? ¿Incongruencia? Piensen de mí lo que

argumento de que significan poco diez minutos en las audiencias de un gran personaje, es el que echa a perder multitud de empresas y de grandes propósitos. Esos diez minutos que yo ahorré a su Santidad con la simple renuncia de una aspiración vanidosa, multiplicados por los de otros ciento, que seguramente pudieron hacer lo mismo, representaban diez y seis horas y media de descanso que pudieron proporcionarle los que verdaderamente le amaran. He visto perderse una votación para senador por la Universidad de Madrid por tres votos, constándome que por lo menos cuatro individuos, impacientes por irse a almorzar, dejaron de votar al candidato derrotado confiados en su victoria. Los dos reales que los médicos descorazonados dejan de imponer como sello en las certificaciones para mi Colegio de Huérfanos diciendo: «por dos reales más o menos no se va a perder la institución»... esos dos reales multiplicados por 20.000 médicos que hagan eso solamente una vez al mes, representan 120.000 pesetas al año, que agregadas a los demás ingresos garantizarían la prosperidad suntuosa de que la institución es merecedora.

quieran: todo, menos perversidad en la intención, menos propósito de hipócrita apariencia, menos imposición del convencionalismo o del provecho.

Había yo visitado varias veces en los días anteriores el famoso Templo, la incomparable creación de Miguel Angel, repleta de todas las riquezas espirituales y materiales de los genios del Renacimiento y de los soberanos de la edad moderna y contemporánea; pero quien no ha visto la iglesia de San Pedro en día de bendición papal a alguna peregrinación extranjera, no puede comprender ni lo que significa aquel Templo como magnificencia y suntuosidad, ni lo que vale el espíritu religioso en la vida individual y colectiva, para exacerbar la pasión, para enloquecer la mente, para excitar las expresiones de la renuncia de la propia personalidad en la adoración del Ser Supremo y en la sumisión a su representante y Vicario.

En el día memorable a que me refiero, yo creo que no hubo dentro de la iglesia de San Pedro un papista, un católico más convencido y más incondicional que yo. Habíame proporcionado el Cardenal Azevedo una tribuna de la mayor preferencia, situada a la izquierda y un poco detrás del Altar Mayor en el machón enorme que sostiene la cúpula por aquel lado; recomendóme el Prelado al darme el pase que fuera de etiqueta y que llevase algún gran cordón si le tenía; obedecí la indicación sin comprenderla hasta que al entrar en la tribuna y sentarme modestamente en segunda o tercera fila, vino a mí un ujier y me invitó a pasar a la delantera, porque los *caballeros Grandes Cruces* debían tener asiento de preferencia. (No me pareció la cosa muy propia en el más cristiano de los Templos.) Coloquéme al lado

de una irlandesa, también condecorada, fina y nerviosa, quien desde el momento de nuestra espera me dió muestras de un estado de verdadera fascinación mística. Sabido es que el Altar Mayor de la Gran Basílica está situado en medio del enorme semicírculo que por detrás le rodea y que el Papa oficia de espaldas a este semicírculo, ¡esto es, de frente al pueblo y al través del altar. Mi situación no podía ser más estratégica.

Ya a mi entrada estaba lleno el Templo por una multitud innumerable que parecía moverse en oleadas en la ancha nave central, en las laterales, en las capillas adyacentes, grandes como iglesias y altas como catedrales, en las puertas de entrada, en todas partes con un murmullo, interrumpido a veces por voces incomprensibles y agitada sin cesar por vaivenes encaminados al logro de los mejores puestos. En las columnas que a mi vista estaban, leía yo cartelitos que decían: «Puesto de Sanidad» y que me explicaron asegurándome que era necesaria la precaución que significaban por ser muchas las personas que sufrían de ataques de sofocación por las apreturas o de síncopes y convulsiones por el efecto fascinador del solemne acto.

Llevaría un cuarto de hora esperando cuando ví producirse inusitado movimiento al pie y a la izquierda de la iglesia. Varios guardias suizos y algunos nobles con vestimentas ricas y arcaicas aparecieron abriendo el paso a los prelados de todas clases y procedencias que rodeaban la silla gestatoria sobre la cual apareció sentado aquel Pontífice, verdaderamente bello en su demacración, luminoso en su palidez, atractivo y emisor de interna bondad por la sonrisa estereotipada en su ancha boca y el brillo inolvidable de sus ojos resplan-

decientes y pequeñuelos. Alrededor suyo se agitaban los abanicos de plumas puestos sobre las pértigas y llevados por mocetones vestidos con ricas libreas, añadiendo al primer efecto de sugestión mística, un aire de suntuosidad asiática que contribuye a impresionar hondamente.

El griterío que se produjo al aparecer el Pontífice sobre las cabezas de aquellas treinta mil personas que le aclamaban, ni puede describirse, ni cabe ser olvidado. Los vítores lanzados en multitud de idiomas y de dialectos, los gritos casi sin articulación acompañados de gesticulaciones dementes duraron hasta que el Sumo Pontífice subió las gradas del altar y apareció haciendo frente al pueblo y acompañando con continuas bendiciones cada uno de sus movimientos. Entonces, sin que nadie le impusiera, se hizo un silencio profundo: la impresión del paso de aquellas aclamaciones ensordecedoras a un silencio absoluto es de un efecto incomparable, produce una de esas sensaciones que se sienten a un mismo tiempo en el corazón que late desordenado, en la garganta que quiere hablar y no puede, y en los ojos que sienten la plenitud molesta que precede al llanto bienhechor.

El Papa alzó su voz: es incomprensible que de aquel cuerpecito envejecido, de aquella personalidad débil y decadente saliera una voz tan clara, tan bien timbrada y tan simpática y penetrante, que llegó seguramente a los oídos de todo aquel innumerable auditorio. Pronunció la bendición de ritual en un perfecto latín con pronunciación italiana (más simpática e inteligible, por tanto, a los españoles) y después de muy breve ceremonia volvió a vérsele aparecer sobre su silla con la mano

derecha extendida sobre la muchedumbre y pasó conducido en hombros por sus servidores por delante y por encima de la tribuna en que nos encontrábamos y en la que todos de rodillas, inclinadas las cabezas, recibimos con visible acatamiento la bendición que de lo alto nos venía. Cuando León XIII pasó, levanté hacia él la mirada y aún me parece ver aquella manita descarnada con sus dedos finos de marfil viejo cruzados en elegante ademán y contrastando con el enorme anillo del pescador, cómo lanzaba su bendición pausada, rítmica, solemne, con algo de santidad comunicada, mientras que, cuando a un lado y otro volvía el Pontífice la cabeza, se acababa de sentir el efecto sugestivo incomparable al ver caer sobre todos aquella sonrisa promisora de bienaventuranzas y aquella mirada llena de efluvios de amor.

Rememoré en aquel instante solemne lo que aquel santo pastor significaba y quizás también lo que significaban aquellas férvidas aclamaciones de la innúmera muchedumbre. Sí, todos veíamos en él al elegido por el Espíritu Santo en el momento difícil para la historia del mundo representado por el año de 1878, en medio de la lucha política y religiosa de Francia y de Alemania, exacerbada por las últimas medidas de Pío IX, por el dogma de la Infalibilidad a que ningún Pontífice anterior a éste había llegado, por la Encíclica *Quantta cura* y el *Syllabus*, por el renacimiento del positivismo, del materialismo, del racionalismo, por el *Kulturkampf*, por el asalto de la Puerta Pía y por la exacerbación política anticlerical francesa, y me parecía oír en aquel momento la voz serena e inspirada que dictó la Encíclica *Immortale Dei,* recomendando a los católicos, mientras los

intereses de la Iglesia y la verdad religiosa lo permitiesen, el reconocimiento de las instituciones políticas francesas invitándolos a tomar parte en el Gobierno de la democracia de Francia; la Encíclica *Libertas*, inspirada en el mismo espíritu y aparecida cuando los reaccionarios franceses y los clericales intentaban el asalto boulangerista; la Encíclica *Sapientiae christianae* declarando siempre el poder civil de origen de Dios y cuyo resultado fué que en las elecciones de 1893 la separación de la Iglesia y el Estado y otras medidas anticlericales habían casi desaparecido de los programas republicanos, hasta del de los radicales.

Explicábame mi entusiasmo emotivo y el de aquella multitud por ver la expresión del verdadero espíritu de Cristo en aquel anciano, cada una de cuyas bendiciones parecía decir: «¡Paz, amor, tolerancia!»

Salió del Templo el místico papista que hoy escribe y fué a buscar a su buen amigo el entonces formidable tenor Julián Biel, que en casa del gran maestro Cotogni daba a aquellas horas su lección. Fuímos a almorzar hablando aquel día muy pocas palabras y suspendiendo nuestros habituales tarareos. Mi atención estaba empapada en el espectáculo que la acababa de satisfacer. Fuímos por la tarde a las Catacumbas; primero, a las de San Calixto, que nos enseñó minuciosamente un amable monje, decidor culto y discreto, que a todas nuestras preguntas respondía con afabilidad, cuando no se anticipaba con sus instructivas explicaciones. Entramos después en las Catacumbas de San Sebastián, a mi juicio más románticas y bellas, aunque menos extensas que las anteriores, y en ellas tuve positivamente otra de las bendiciones sugestivas al oír el rodar de

los carruajes por la vía Apia que sobre nosotros estaba.

Parecióle a mi fantasía asistir a una de aquellas comuniones místicas, misteriosas y solemnes en que los primeros cristianos concurrían ocultándose a recibir los Santos Sacramentos, y comprendía el efecto que en ellos debía producir el rodar de los carros y el pisoteo de las cuadrigas de los patricios y próceres romanos que quizás al día siguiente palmotearían en las gradas del coliseo en que los fieles serían devorados por las fieras, o rematados ante el *pollice verso* condenatorio.

Salí de allí con mi amigo, emprendimos la vuelta a Roma por aquella vía incomparable de sepulcros perennes y de recuerdos imperecederos; la tarde caía, el Sol había desaparecido del horizonte cuando pasamos por delante de la pequeña iglesia del *¿Quo vadis?* que mi respetable amigo Alcolea me había recomendado que visitase, entonces cuando aún no había adquirido aquella tradición la popularidad de que hoy goza por la famosa novela de Sienkiewitz. Al llegar a la puerta pensé en el momento en que Pedro, fugitivo de la ciudad, vió surgir ante él la figura del Salvador censurándole su cobardía.

¡Qué contraste entre aquel recuerdo de pobreza, de timidez y de reproche, con las aclamaciones, la suntuosidad y el lujo que yo había visto desplegarse por la mañana alrededor de la representación del sucesor del Príncipe de los Apóstoles! ¡Oh significación del sacrificio! El Maestro al ser sacrificado es semilla de una creencia que invade rápidamente la tierra toda; el discípulo, al volver para aceptar el martirio, es a su vez semilla de la Iglesia constituída, cuyo triunfo suntuoso había yo presenciado por la mañana.

Conforme íbamos andando al través de aquella cam-

piña, más evocadora que otra alguna en el mundo, se desarrollaba ante mi imaginación en boceto imperfecto la historia del pontificado: los Leones, los Gregorios, los Bonifacios, los Sixtos, los Clementes... ¿Sería cierto que asistíamos al fin del Papado? ¿Podría confundirse la extinción de su soberanía temporal con la de su potencia espiritual?

La consecución del ideal político de Alejandro VI y del belicoso Julio II en la unidad italiana ¿representaría la extinción del Papado?

No, me dije entonces; mientras existan Pontífices como León XIII, el Pontificado pesará sobre el espíritu del mundo y sobre las decisiones políticas de los hombres más que los ejércitos, más que las propagandas anarquistas, más que todas las menudencias temporales, más que la simbólica estatua colosal de Julio II convertida en no menos simbólico cañón por el duque de Ferrara. Así pensaba en 1900. Quizás en la mañana de hoy (1923) no he pensado lo mismo durante mi paseo recordando cómo otro Pontífice posterior a León XIII, en el momento más crítico de la historia contemporánea, coincidente con el de su elevación a la Silla de San Pedro, se encerró en el Vaticano celoso de no interrumpir la tradición de protesta en favor de sus intereses temporales y continuó, ante el siniestro espectáculo de la guerra, mostrándose más político que Pastor.

No me parece temerario el suponer que en igualdad de circunstancias León XIII hubiese corrido en Agosto de 1914 como su homónimo San León ante Atila y hubiera extendido sus manos benditas entre los dos ejércitos, invocando la paz que quiso traer a la Tierra el Divino Salvador a quien él representaba.

No ha faltado quien oyéndome alguna vez decir cosas análogas me haya contestado: «no le hubiesen hecho caso, con desdoro de su alta representación». Seguramente que Jesús al subir la calle de la Amargura no tenía la esperanza de que le hiciesen caso por el momento; y en cuanto al desdoro por la locura ciega de los poderosos de la Tierra, antes bien creo que hubiera producido la acción del Papa respeto, veneración y bendiciones, y no el juicio dudoso que la Historia va formulando, con interpretaciones poco benévolas (1).

Seguramente que en la quietud y la expectación del Papa, le hubiera parecido al gran León XIII que se reproducía la aparición del Salvador a San Pedro y que le decía: *¿Cur manes?*

La extraña evocación que las ideas asociadas determinan, haciendo revivir en el cerebro imágenes olvidadas, ha hecho hoy que recuerde el hermoso fresco de Rafael que representa el momento en que San León detiene a las puertas de Roma al caudillo terrible de los hunos. Es una de las obras de composición más hermosas del gran maestro y no hubiera estado de más que algún Pontífice la hubiese contemplado e interpretado en su significación histórica.

(1) En corroboración del juicio de deficiencia de la acción pacifista de Benedicto XV, puede leerse el capítulo XI de las *«Memorias del Kaiser»* en el que éste refiere su entrevista con el Nuncio Monseñor Pacelli y experimentará todo cristiano y todo pacifista humanitario un verdadero dolor, pues según lo allí escrito, o miente el Kaiser, o Roma no hizo en ninguna ocasión nada en favor de la paz. No es, pues, solamente la impresión sentimental producida por la abstención de los primeros momentos de la guerra y de la elección de Pontífice la que habrá de tener en cuenta en su día la Historia de la Humanidad.

Siguiendo Biel y yo nuestro camino, nos dirigimos a un café restaurant del Corso y nos dispusimos a acudir, terminada nuestra cena, al debut de María Barrientos que habíamos visto anunciado para aquella noche en el gran teatro Constanzi.

Una hora después, desde la segunda fila de las butacas, aplaudíamos con entusiasmo a nuestra compatriota, que hizo una Rosina incomparable en la obra inmortal de Rossini. La cantante no dejaba entonces nada que desear; era la tiple *sfogata* cuya voz y agilidad me recordaban más las de la Patti. En su modo de caracterizar el personaje y sobre todo en su vestido rojo con blondas negras y adornado con una grande y anacrónica media luna de brillantes, ya dejaba algo que desear.

Pocos meses después, por una feliz coincidencia, asistí a su presentación al público de Berlín en un teatro de Thier Garten: el mismo prodigio musical, el mismo fatal indumento que luego ha corregido cuando la hemos aplaudido en Madrid.

¿Pasaré sin decir algo de mi buen amigo Julián Biel? Durante mi estancia en Roma fué mi constante e inseparable compañero; conocía mis entusiasmos musicales y aseguraba que yo era un *inteligente*. Jamás he tenido semejante pretensión y, juro a Dios, que me son muy antipáticos los que la tienen, en ésta o en cualquiera otra arte. El Arte no ha venido al mundo para que se le entienda, sino para que se le ame.

El motivo de agradecimiento de Biel he de narrarle, porque habla en honor de una excelente señora, muy amiga mía, muy poco conocida por su propia personalidad y mucho por la de su marido y las de sus hijos.

Refiérome a la señora marquesa de Villamejor, es-

posa del célebre banquero y hombre de negocios don Ignacio Figueroa y madre del vizconde de Irueste, del conde de Mejorada (después duque de las Torres), del conde de Romanones y del actual duque de Tovar.

Comía yo con frecuencia en casa de esta dama, y poco antes de la época a que me refiero, acababa de presentarse ante el público de Madrid y en el teatro de los Jardines del Buen Retiro el nuevo tenor Julián Biel, que produjo verdadero asombro por las extraordinarias facultades de que dió cumplida muestra. Yo le había oído en el *Trovador* y en *Cavallería Rusticana*. La noche a que voy a referirme estaba anunciado Biel en el teatro de la Alhambra (propiedad de los marqueses de Villamejor) y se decía entre los aficionados madrileños que quería dar seis u ocho funciones con objeto de reunir la cantidad necesaria para pasar un año en Roma perfeccionando sus estudios. Hablábase en la mesa de ésto, y como yo manifestara cierta impaciencia por ir a escuchar los *Hugonotes* que aquella noche cantaba el tenor novel, me dijo la marquesa: «Sí, vaya usted a oirle y dígale que se vaya pronto, sin esperar a reunir cantidad alguna, pues yo le pagaré su estancia en Roma, el tiempo que sea necesario». Acepté el honroso encargo, y en el primer entreacto de la ópera de Meyerbeer, entré en el camerino de Biel, acompañado del conde de Romanones para dar más solemnidad a aquel ofrecimiento, que fué agradecido con viva emoción por el artista.

Sucedía esto a principios del otoño de 1899, siendo yo Director general de Sanidad. Pocos días después salía Julián para Roma dirigido al gran Cotogni, y, al pasar yo por la ciudad eterna en Abril de 1900, pude oirle dar dos o tres lecciones y comprobar el entusíasmo que su

maestro tenía, cuando aseguraba que después de la de Gayarre no había oído una voz semejante.

¿Cómo explicar la rapidez con que pasó el auge de este tenor estrella?

Es muy sencillo: Biel, que era un modesto pintor de brocha gorda, no se sometió al aprendizaje metódico del canto en Madrid hasta después de cumplir treinta años; perdió dos entre el debut y el aprendizaje en Roma, de suerte que, cuando después cantó, lo hizo en condiciones desfavorables, agravadas por una tendencia neurasténica que le hacía temer sus efectos sobre el público. Vano temor que con fuerza de voluntad, más que con otro medio alguno, hubiese podido vencer sin menoscabar sus excepcionales facultades.

No he conocido persona alguna que por solo instinto artístico se apoderara con tanta rapidez de la expresión y del espíritu de las obras musicales, del dominio de la lengua italiana y de los consejos que se le daban. Nuestros almuerzos y nuestras comidas en Roma, eran verdaderamente cómicos y debían producir el efecto de un mosconeo ingrato en las gentes que ocupaban las mesas colindantes, tales eran nuestros canturreos y recuerdos de pasajes favoritos.

Después de su breve estancia en Madrid, partió Julián II para América y he tenido de él muy escasas e incompletas noticias.

PASEO XX

Los Silvelas.

«Si mi ingenio fuera capaz de encontrarlas (las ideas recónditas), no las llevaría yo jamás a un Círculo político, porque a la política, que es ante todo sentido práctico, no se deben llevar cosas recónditas, que sólo por ser recónditas son para la política desatinadas; es preciso buscar y llevar a ella cosas que estén en la conciencia universal...»

Francisco Silvela.

El linaje de los Silvelas ha influído en nuestra política contemporánea de un modo relevante y digno de estudio. Dentro del tono personalísimo que doy a estas reflexiones, no me considero autorizado a hablar del primero de los hombres que acuden a mi memoria con este ilustre apellido, y aún menos de su antecesor (de nombre D. Manuel, como el antes citado), amigo íntimo de Moratín, afrancesado como este último, y que constituyó el tronco ilustre de su notable descendencia.

El mayor de los hermanos Silvela, de la tercera ge-

neración a que aludo, diplomático y político de renombre europeo, me era conocido por sus escritos, entre los cuales resaltaba una sabrosa colección de artículos, que bajo el título de «*Sin nombre*», firmó con el anagrama de *Velisla*. Mi deseo de comprobar la gran reputación que de hombre de sociedad tenía, sólo se vió satisfecho en una coincidencia de viaje oficial que, con motivo de un Congreso internacional, tuvimos después de una fiesta dada a Julio Simon y a otros extranjeros en Toledo. No es fácil que yo olvide las dos horas que estuve pendiente de sus labios, escuchando un verdadero derroche de frases agudas, anécdotas vibrantes y citas de erudita selección.

Aunque también me honré con la amistad de don Luis, abogado ilustre y hombre de estimable erudición literaria, no conozco de su vida episodios que me pudieran impresionar hasta el punto de recordarlos ahora. No me sucede lo mismo con el único hijo varón de este último, mi cordial amigo Eugenio, que murió de modo prematuro, cortando la realización de las fundadas esperanzas de los que admirábamos su imaginación viva, su original ingenio, su nutrida erudición y, sobre todo, la franca independencia de su carácter. Amaba el cultivo de los clásicos españoles, hasta el punto de retirarse, poco antes de su muerte, de toda ambición y actuación política, e instalarse en el campo extremeño del que era gran devoto, en una casa solitaria, a la que transportó solamente los libros clásicos de su copiosa biblioteca. Eugenio Silvela fué uno de los numerosos ejemplos de los jóvenes a quienes daña más que favorece un apellido, cuando su probidad no les consiente servirse de este medio nepótico para la consecución de lucros despro-

porcionados. Le hacía demasiado altanero e independiente el convencimiento de su propio mérito, para valerse de su nombre como palanca de su reputación.

En quien más ha de fijarse, y con mayor complacencia mi recuerdo, es en el tercero de los hermanos de D. Manuel.

Por los años del 68 al 70, en mis frecuentes asistencias como espectador a las sesiones de la Academia de Jurisprudencia, conocí al entonces mozo D. Francisco Silvela, ya célebre entre los camaradas de su tiempo, por su ingenio, por la corrección de su palabra y por el prestigio que le daba su apellido, ilustrado por su padre y por su hermano mayor D. Manuel, reputado jurisconsulto y literato insigne.

Aunque mis idas a aquella Academia tenían por aliciente el asistir al desarrollo próspero de las reputaciones de mis amigos Calvo Asensio, Echegaray y Villaverde, es lo cierto que en los debates que con ellos sostenían, como conservadores más o menos acentuados, me eran simpáticos en extremo dos oradores, que luego fueron insignes en la política: Ramón Nocedal y Francisco Silvela.

La acerada intención y frase cáustica del primero, y la suave dialéctica intencionada y sutil del segundo, me prendaban, a pesar de que los ideales por ellos defendidos no eran por entonces los que a mí me cautivaban.

La primera vez que estreché la mano de D. Francisco Silvela, fué hacia el año 89, en una tarde en que fuí presentado al Círculo Conservador, donde él actuaba de lugarteniente de Cánovas, hallándose entonces en toda su agudeza la disidencia de Romero Robledo. Confirmé en la breve conversación que con él tuve el juicio

que, años antes, había formado de él a distancia; es decir, que era ante todo y sobre todo un hombre fino, agradable, inteligente, y un tanto reservado en el trato social, a lo menos en sus primeras impresiones.

Desde aquel momento, las exigencias políticas, su condición, primero de subjefe, de ministro de la Gobernación después, y mi actuación de candidato y de diputado, hicieron que las tibias simpatías de los comienzos fueran convirtiéndose en una afectuosa amistad, que llegó a ser efusiva y aun íntima más tarde, por el sincero y vehemente entusiasmo que yo sentía hacia Silvela, según me parecía descubrir en él las condiciones excelsas que constituían la moral íntima de su carácter, aparte de aquellas otras externas, que todos en él acataban y aplaudían.

Mi íntima amistad con Eduardo Dato y el manifiesto empeño que éste puso en acentuar su aproximación a Silvela, arrepentido de su pasajera veleidad de disidente romerista, estimuló la acentuación de mi trato con D. Francisco, a lo que favorecían algunos banquetes íntimos, en los que las conversaciones literarias y políticas ocupaban el habitual puesto de las maniobras e intrigas, que la gente vulgar supuso que formaban la base de tales ágapes.

Los banquetes *de los rusos*, así llamados, porque tenían lugar en el restaurant del Hotel de Rusia en la Carrera de San Jerónimo, y a los que por cierto Silvela no asistía, comenzaron a producir cierta preocupación, más que en D. Antonio Cánovas, en las gentes que inmediatamente le rodeaban y que de modo manifiesto fomentaron la idea de la reintegración de Romero en el partido conservador. ¿Por qué los canovistas íntimos

preferían a Romero, en comparación con Silvela? No sería esto ciertamente por no reconocer en el último condiciones de superioridad mental y de claridad extensiva, de una política desinteresada; pero Romero se ajustaba mejor, por las condiciones de franqueza y decisión de su carácter, por la abierta y romántica llaneza de su trato, y por su *consecuencia* en premiar los servicios menudos o importantes de sus amigos, a alimentar las esperanzas de ventajas y logros en los días del disfrute del Poder.

Algunos muy eximios canovistas, sé de cierto que no veían bajo este aspecto ventajas en la deseada unión con el disidente, y que más bien trabajaban por tal alianza, suponiendo equivocadamente que ella pudiera ser compatible con la persistencia de Silvela y de sus amigos en el partido.

Grande era el error: la causa del disentimiento de Silvela respecto a Romero y a Cánovas, cuando al último amparaba, era más honda y radical de lo que la buena intención de los canovistas sanos suponía; y al manifestarse en sus actuaciones, en sus conversaciones y en sus actos públicos, era fervorosamente secundada por una valiosa falange, en la que, como en la de Cánovas, confieso que se agrupaban también entre los sinceros ideales, los que aceptando las fórmulas y la bandera, lo hacían por suponer que adoptaban un procedimiento más fácil, para conseguir los mismos fines que los canovistas aprovechados.

Pero vuelvo mi pensamiento a Silvela, porque en él creo personificada una de las figuras más dignas de estimación y de ensalzamiento, entre las que he visto pasar en la historia política de mi tiempo. En la historia polí-

tica digo, porque así es la realidad; pero no ciertamente porque yo crea que Silvela era un gran político. Considerándole como muy estimable y digno de todo género de aplauso en los demás órdenes de la vida, yo tengo la persuasión de que Silvela era un mal político a la española. Y era un mal político, porque precisamente le faltaban aquellas cualidades que la fácil crítica nacional, consideraba como las dominantes de su carácter y de su conducta.

Silvela era un espíritu verdaderamente superior, fino, cultivado, exquisito, nutrido de erudición selecta y bien asimilada; crítico de gusto refinado, amaba los contrastes grotescos en la cursilería y el rastacuerismo, encontrando en ellos una inconsciente tendencia a servir de contraste con lo elegante y lo bello. Era un *causeur* incomparable, aunque las damas le encontraban frío y felino; a alguna he oído decir que no se atrevía a hablar con él aun siendo mujer de gran mundo, porque le tenía miedo, creyendo ver en la contracción de su habitual sonrisa, más bien la contención de una burla, que la expresión benévola de la cordialidad.

¡Y quizá no se equivocaba mi hermosa amiga! Don Francisco Silvela gustaba y admiraba a las mujeres como producciones bellas de la Naturaleza, del Arte e imposiciones de la necesidad; pero no era un apasionado que se entregara a su culto: contemporizaba con su deseo, por bondadosa urbanidad; pero no se rendía por convencimiento sumiso. Las *soportaba* como a Cánovas, pero no era instrumento de ellas, como a pesar suyo lo fué el *monstruo* malagueño.

Cánovas fué un *gourmand* del bello sexo; Silvela era un *gourmet* del mismo manjar, y es natural la preferen-

cia *plebiscitaria* que en favor del primero se manifestaba. Si los alimentos votaran, el triunfo sería de los cocineros que prefirieran las patatas a las trufas.

Conforme hay hombres en quienes el paño fino del *frac* parece querer desprenderse para ceder su puesto a la pana áspera de la zamarra, en Silvela parecía querer desprenderse para dejar su sitio al raso de la casaca bordada de sedas de matices delicados; pero tales indumentos no sirven para andar por el campo de la política; en éste se arrugan con los achuchones de los que quieren abrirse camino, se chafan por las manifestaciones del fingido afecto, o se rasgan por las asperezas de tosco roce y de la aguda malquerencia.

Vuelvo a mi duda. «¿Era Silvela un político?» Un político a la española y a la moderna española, no; un pensador político, un estudioso, escudriñador en los hechos pasados del espíritu y las tendencias de la raza y en la historia contemporánea europea, de las aspiraciones que debieran mover a nuestra Nación y a nuestro pueblo, eso sí, como pocos. Pero ¡ay! puesto que en España y entre españoles era en donde debían influir los talentos de este hombre y gobernar sus actividades, resultó mi admirado amigo uno de los más fracasados políticos españoles de su época.

Aquella flexibilidad y ductilidad, prendas estimables en el suyo, como en todo espíritu superior y elevado, se estrellaron contra las resistencias rutinarias de los egoísmos, y los ciegos intereses ambiciosos, o se deshicieron y perdieron entre la indiferencia de la incultura y la indolencia masiva del pueblo.

Silvela pasó sin ser comprendido; a veces, por adivinación instintiva se le vislumbraba y se le aclamó ha-

ciéndole confiar en una compenetración de sus adeptos con la que, a mi juicio, jamás pudo contar; y con un anhelo popular del que en absoluto le alejaban sus resabios conservadores y las imputaciones burdamente manejadas por sus enemigos, de un clericalismo y un espíritu sectario religioso de que yo jamás le encontré imbuído.

Su retirada de la política fué más bien un gesto de elegante desdén, que un movimiento de despecho. Tengo por cierto, que si hubiera sobrevivido algún tiempo a tal resolución, no hubiera habido momento en el que la Patria realmente le necesitara y en que no hubiera podido contar con él. Pero hizo bien la Providencia en cortar su vida cuando la cortó; pues, por cierto tengo, que como hasta su oído no había más que dos caminos de acceso para el llamamiento a su patriotismo, y éstos eran o las informaciones de los *selectos* que le rodeaban, o el de la masa de la pública opinión, que de él se apartó recelosa, nunca hubiera sentido la apelación, aunque sí hubiese comprendido la necesidad; y esto hubiera lacerado su corazón generoso al percatarse de que los *selectos* ya no le necesitaban, porque habían obtenido las posiciones y trincheras, desde las cuales se hombreaban y dejaban sentir sus nutridas personalidades, y el pueblo... ¡ah! el pueblo era natural que nunca se identificara con Silvela; porque Silvela había estado siempre, no por su voluntad ni por su conducta, sino por su esencia misma, muy fuera de su alcance.

Su debilidad y su indecisión... ¡Qué fácil es para el caminante que marcha a obscuras el orientarse por una sola luz lejana en las tinieblas! ¡Qué difícil es adivinar cuál es la conducente a la meta, cuando las luces vislum-

bradas en la distancia son varias! Tal sucede a los espíritus imparciales y cultos, eruditos y desinteresados; la vacilación en el acierto les conduce necesariamente a la indecisión y a la debilidad.

El defecto primordial de Silvela para la política práctica, era precisamente lo que constituía su más estimable condición como pensador, como crítico y como erudito: veía y abarcaba los problemas en múltiples aspectos; y su honrada imparcialidad le hacía no escoger para resolverlos, la tajante solución que pudiera herir con injusticia, o resolver con desacierto.

Tuvo este ilustre político momentos en que dependió de él el porvenir de la política española. Terminada apenas la conflagración guerrera en que, resultando vencidos, perdimos con el dominio material el prestigio histórico de colonizadores, que nuestros antepasados nos habían legado, comprendió su alta inteligencia que se nos imponía una conducta de modestia y de austeridad, conducente a la reconstitución y fomento de nuestras innegables energías. Sabía bien, pues en múltiples pasajes de sus escritos, de sus discursos parlamentarios y de sus propagandas lo había consignado, que el aislamiento diplomático y receloso respecto del resto de Europa, era y había de ser nocivo para nuestra patria; y sin embargo, las tercas actuaciones de los que quisieron continuar la historia de nuestros desaciertos, pudieron en su ánimo, más que las luminosas ideas que hasta entonces le habían ilustrado; y, excepción hecha de la terapéutica financiera, en que colaboró y sostuvo las energías acertadas de Villaverde, nada dejó hecho en este primer intento, en aquel camino de corrección y de austeridad, en el que se proponía imitar el ejemplo su-

blime de Francia, tras el desastre de 1870; faltándole la persistencia y la decisión impositiva, cuando le sobraban el convencimiento y la persuasión acertada.

Los pensadores y los críticos tienen mucho de *obras de consulta* en la respetabilidad que imponen, en la utilidad efectiva que prometen y procuran; pero a veces es más provechoso un *manual práctico*, para los fines inmediatos de la vida del hombre político, que es antes un artista que un sabio de profesión.

Leídos los escritos tranquilos de Silvela, como su prólogo a las «*Cartas de Sor María de Agreda*» y «*La Conspiración de la Baronesa de Albi*», por ejemplo; y recordados sus múltiples escritos y sus discursos se ve siempre en ellos dominar la severidad reposada del crítico, el atisbo luminoso del hombre inteligente; pero si, o en su acción ó en su promesa de acción, asoma un acto decisivo, prodúcele inmediatamente como un susto y un arrepentimiento que obscurece el efecto inmediato de la promesa y embaraza el cumplimiento futuro de su realización.

Recuerdo a este propósito dos momentos solemnes de su vida pública.

La administración viciosa del Ayuntamiento madrileño había llegado a crear por los años del 90 al 93 una atmósfera de antipatía y de protestas en la opinión pública, en casi todos los partidos militantes y en la parte del conservador que más simpática se mostraba con la personalidad del que, como ministro de la Gobernación, había hecho las elecciones que dieron por resultado aquella numerosa y lucida mayoría, sostenedora de la política y del Gobierno de Cánovas del Castillo. No participaban, ni éste ni sus más íntimos, de la opinión ad-

versa al Ayuntamiento, y como Romero Robledo, ya resuelto a cesar en su disidencia, simpatizara con los elementos acusados y los apoyara visiblemente, vino a plantearse aquel funesto disentimiento, que obligaba al Gobierno y a la mayoría á decidirse en favor de uno o de otro, de los que ya resultaban verdaderos contendientes.

No tengo para qué detallar lo entonces sucedido; sí sólo lo que me parece que conduce a formar idea acerca del carácter del noble amigo de quien hoy hablo. Contestando en sesión famosa a un discurso en que Cánovas, si no defendió, atenuó la verdad de lo que ocurría, dijo Silvela, mostrándose no convencido, que él creía, sin embargo, que por pública conveniencia debían los jefes de partido ser *soportados* por sus correligionarios. Apenas el verbo *soportar* hirió los oídos de Cánovas, cuando la altiva vanidad de éste le movió a pronunciar la famosa frase de: «Yo no eztoy aquí para que me zoporte nadie», y para que hiciese pública dimisión de aquel Gobierno, desbaratando el más sólido instrumento parlamentario de que ningún Gabinete español ha dispuesto nunca.

¿Qué hizo entonces Silvela? Aún me parece verle, en el asiento que ocupaba bajo el reloj que marca el centro de la Cámara, en tal estado de confusión y de abatimiento, que casi asomaban las lágrimas a sus ojos. En vano sus admiradores y adeptos tratábamos de animarle con nuestras decisivas promesas; retiróse a su casa, y en ella, aquella noche y durante largo tiempo, rechazó sistemática y resueltamente toda idea de agrupación y bandería que pudiera tenerle por jefe.

¿Puede hacerse de esta manera la política? ¿No eran

fáciles de prever las consecuencias que en un ánimo altanero y no hecho a las dificultades, ni propicio a los distingos, habían de tener las palabras que, sin duda alguna, debieron ser pensadas antes de salir de los labios?

Nada quiero decir señalando las consecuencias que aquel funesto choque de un espíritu crítico contra el acantilado de una soberbia indomable tuvieron; pero no pueden menos de pasar ante mi reflexión las inmediatas reformas cubanas, la guerra antillana, la internacional con los Estados Unidos, el ingrato resurgimiento del separatismo catalán, la exacerbación del socialismo militante y del anarquismo, el asesinato de Cánovas y todo lo que más o menos inmediatamente sucedió por la debilitación de aquel que debió ser próspero Gobierno. ¿Pero fué mucho más político en aquel momento Cánovas que Silvela? A mi juicio, por móviles distintos estuvieron al mismo nivel.

En otra ocasión vióse bien claro lo que el espíritu de Silvela tenía de vacilante ante la inspiración de sus resoluciones.

Hallábase en toda su exacerbación la disidencia de los silvelistas con el partido y los gobiernos conservadores históricos; las amistosas gestiones del general Martínez Campos y de los hermanos Pidal, ningún fruto habían obtenido al gastarse contra la inflexibilidad de Cánovas y la severa condición de Silvela. Los órganos representantes de ambas tendencias, inspirados y escritos por periodistas ingeniosos e intencionados, como Rancés, por una parte, y Suárez de Figueroa, por otra, envenenaban con sus chistes, diatribas y acusaciones la que ya era profunda herida; veíase claramente que la

reconciliación era imposible. La atención pública, más que en estos disentimientos y travesuras, estaba absorbida por el gran problema antillano, que significaba para la patria una sangría de hombres y dinero, que no justificaba la simpatía de una guerra que no todos creían justa en su tenaz sostenimiento. En estas circunstancias anuncióse un mitin en el teatro de la Alhambra, en él había Silvela de manifestar resueltamente su programa de orientación y conducta para lo porvenir Lleno el teatro de bote en bote, comenzó el orador la exposición de sus doctrinas con reposada y correctísima palabra; la simpatía del público bien pronto se expresó con sus aplausos; el ardor de los inmediatos secuaces, por las interrupciones entusiastas y vehementes. Llegó el momento del discurso en que Silvela trató del problema candente y de actualidad, de la guerra de Cuba, y, llevado por su inspiración, pronunció, al enumerar las posibles soluciones, la palabra *liquidación*, en la que todos pensamos ver una decisiva solución, tan atrevida como conveniente. El efecto producido por aquella palabra fué verdaderamente mágico; sin exageración podría decirse que fué chispa aplicada a un combustible preparado para el estallido; y el estallido se manifestó en una ovación clamorosa y entusiasta de bravos, palmadas y aclamaciones. Sin duda alguna, el orador había dado de lleno en el corazón de su auditorio, que representaba la opinión nacional; otro que él no fuera, dominado por el efecto del momento, hubiese insistido, ampliando el concepto en lo que veía que era determinación de tales aplausos; no así Silvela: como en la noche del verbo *soportar*, se le vió en ésta sobrecogerse, temeroso de haber ido demasiado lejos, atenuando el con-

cepto y disolviéndole con manifiesto disgusto de aquéllos a quienes había entusiasmado.

Esta fué la vez segunda en que la vacilación del crítico contribuyó de modo adverso en el porvenir inmediato de nuestra política. Una campaña de *liquidación*, valerosa y decidida, hubiese quizá evitado la guerra funesta, el asesinato de Cánovas y no poca parte de la ruina de nuestra Hacienda.

Decía D. Fernando Cos Gayón, hombre de chispeante gracejo, la vez primera que coincidió en los consejos de la Corona con D. Francisco Silvela, que éste no tenía más que un remedio para proponerle ante todos los conflictos que en Consejo de Ministros se trataban. «Oía las opiniones de cada uno, y cuando le tocaba emitir la suya, siempre encontraba razón suficiente para dejar el poder».

No diré yo tanto; pero su última decisión de abandono de la actividad en la vida pública, vino a confirmar el dicho del viejo ministro de Hacienda.

A Silvela le faltó entereza y decisión para encauzar en 1899 en España un movimiento de reconstitución a un mismo tiempo resignada y vigorosa; análogo a aquel que Thiers dirigió en Francia a raíz de la catástrofe de 1870. Le faltó valor, porque le faltó convencimiento en la justicia de la causa nacional; porque Silvela, como gran parte de los españoles, no creyó en el fondo de su alma, ni justa la guerra con los Estados Unidos, ni conveniente la persistencia de nuestra política antillana; y le faltó también la fe en el patriotismo español, fe que nunca tuvo y que debió haberle inspirado su honrada decisión de retirarse de la política, muchos años antes de la fecha en que la llevó a cabo; pues el gobernante

que desconfia del espíritu patriótico de su país y, sin embargo, le quiere gobernar, se coloca en situación muy parecida a la del esposo que lleva al altar á una mujer de cuya virtud desconfía. No puede resultar una unión feliz.

Bien diferente fué la conducta de Villaverde, quien más confiado, aplicó su cauterio, con decisión y energía, al punto más sensible y doloroso, al bolsillo y al interés material, y todo el mundo le obedeció y le aplaudió. Pero Silvela era un hombre débil, y en los espíritus débiles influyen más las fastuosidades oratorias de un artista como Maura o las habilidades sugestivas de un político como Dato, que los enérgicos y decididos consejos de un patriota como Villaverde y de un grupo de amigos menos ruidosos, pero más convencidos y leales que los que luego, después de alianzas falaces y transitorias, desmembraron el poderoso instrumento de gobierno que representó el partido conservador de Cánovas del Castillo.

Otra impresión acerca de la personalidad política de Silvela. Con detenimiento he leído e invito a que lo hagan aquéllos a quienes les interesare, la carta publicada en el segundo tomo de la interesante obra biográfica que la amorosa devoción de sus deudos y amigos dedican al que lo fué mío en grado por mi parte extremado. Refiérese ella a dar contestación a las gestiones que el general Martínez Campos y los hermanos Pidal hicieron después de la ruptura de Cánovas y Silvela para procurar la reconstitución del partido conservador irreflexivamente destrozado por uno y otro. En el referido documento proponía mi buen amigo y jefe la tal reconstitución, sobre la base precisa de la retirada del Sr. Cáno-

vas, a quien como compensación pudiera dársele un título de *Príncipe*, a la manera de lo hecho con Bismarck en circunstancias nada comparables. Si se recuerda lo que modestamente he insinuado al estudiar el carácter de Cánovas y lo que he recordado, como impresión personal, relativamente al sincero arrepentimiento y a la triste sorpresa de Silvela por el efecto de su famosa frase de «soportar a los jefes», no podrán extrañar mi asombro, ni menos la deducción que del caso saco. Si lo que el autor de la susodicha epístola se propuso, conocido el temple del *monstruo*, fué exacerbarle en su soberbia y hacer la reconciliación irrealizable, no cabe sino aplaudir a aquél como *humorista;* pero nadie podrá hacerlo considerándole como político. Y si procedió con calurosa buena fe, tampoco cabe duda de que lo hizo con un exceso de candor, peligroso en un buen político.

Dejemos a un lado la política y regocijémonos en el recuerdo de Silvela como hombre de sociedad y de familia, como literato y como jurisconsulto; pero en todos estos aspectos, confiemos a sus coetáneos el fácil trabajo de la admiración, pues yo por mi parte, ni respecto a él, ni a ningún otro, me propongo ser biógrafo, sino simplemente relator de las impresiones personales que el trato con ellos ha producido en mí.

Uno de los aspectos de la personalidad que hoy rememoro era el completamente opuesto al que la gente le atribuía: *la leyenda de la daga florentina* hacía pensar en un hombre mal intencionado, avieso y maquiavélico, como la erudición barata juzga al toscano Nicolás, que dió origen al último de estos adjetivos. Silvela era todo lo contrario, un hombre sencillo, candoroso, que por su-

tilidad de ingenio bromeaba consigo mismo y se complacía en el aspecto cómico de las cosas; pero jamás, ni en su inmediata actuación con las gentes, ni en lo que pude saber de él, ni en lo que sus más íntimos recogieron en el espacio de su vida, puede encontrarse un solo hecho, ni siquiera un rasgo que indique malevolencia, intención dañosa, ni rencor perseverante.

En un viaje mío por Florencia vi en casa de uno de esos fabricantes reproductores de objetos antiguos, una primorosa daga, que aseguraba el buen chamarilero que era reproducción de una de *Lorenzo el Magnífico*. Parecióme que gustaría a Silvela la broma que con ella pensaba darle, y se la llevé en modesto estuche para que la aplicara al uso de cortar las hojas de sus libros no encuadernados. El día que se la entregué la tomó con visible complacencia, y sonriente me dijo: «Se la agradezco a usted de todas veras, porque ella me demuestra que usted me conoce; esta es mi *daga florentina*, un cuchillo de cortar papel, para enterarme de lo que los libros dicen, es decir, del espíritu de las cosas.»

En otra ocasión íbamos juntos en su coche oficial de la Presidencia, camino de Palacio, y como me dejara al paso en el Ministerio de la Gobernación, donde yo desempeñaba un cargo de importancia, interrumpió la conversación interesante que llevábamos y la respuesta al ministro, mi jefe, que por encargo de éste le había yo sometido. Al despedirme de él, acercóse una vendedora de periódicos y nos ofreció: «*la lista grande*». Traté yo de apartar a la vendedora, y D. Francisco me dijo: «No, hágame el favor de comprársela, pues quiero ver mi número.»—«Pero qué, ¿juega usted a la Lotería?».—«No, señor; pero tengo la curiosidad de ver en todos los sor-

teos si toca el número 4.444, y veo desde hace más de diez años que nunca ha salido premiado, con lo cual me persuado cada día más a creer en lo ruinoso de la Lotería.»

Alababa en cierta ocasión nuestro amigo Dato, en el seno de la intimidad, la reputación que cierto aristócrata había adquirido como gobernador de una de las principales provincias de España. Silvela reflexionó un momento y dijo sonriente: «Pero, ¿de veras? ¡Hombre, quién sabe si el marqués de Pontejo sería alguna cosa así!»

Linares Astray (hoy nuestro insigne comediógrafo), fué siempre aún más socarrón de lo que corresponde a todo gallego inteligente e intencionado. Era Silvela presidente del Consejo de Ministros; bajó Linares con Eugenio Silvela a esperarle a la estación del ferrocarril de La Coruña, puerto en que debía D. Francisco embarcar con la Reina. La sordera que después se acentuó en Linares, era apenas incipiente, pero él la manejaba a su antojo con regocijo, las más veces, de los que siempre fuímos sus admiradores.

Iban en el coche mis tres amigos, y Linares, que tenía por entonces justas pretensiones según sus méritos, pero equivocadas para sus conveniencias, de desempeñar algún cargo importante, preguntó al presidente: «¿Y qué sucede por Madrid? Aquí se corren una porción de tonterías... ¡Calcule usted que se dice que ha nombrado usted a fulano para tal cargo!» Constábale a Manolito que el nombramiento había salido en la *Gaceta*, y Silvela, un tanto embarazado, trató de explicarle, pero Linares atajándole y fingiendo no haberle oído, insistía en decirle: «Quiá, si no lo hemos creído, no se moleste

usted en desmentirlo; ¿cómo había usted de hacer semejante tontería?» Y así sostuvo su broma con el tío, mientras el sobrino, que me refirió más tarde el episodio, se desternillaba de risa.

Cierta vez pidió Silvela a un su amigo que le enviara como amanuense a un joven de cuyas excelentes disposiciones hacía el otro grandes elogios. Dictóle algunas cuartillas para probar su letra y su ortografía, y como viese que el muchacho había escrito ayer con h, díjole con su sonrisa afectuosa: «Mire usted, joven: la h no es una cosa tan antigua como usted cree; es cosa de *hoy*, no de ayer.» Este espíritu delicado, de tendencia cómica y epigramática, no abandonó nunca a D. Francisco, como por punto general no abandona a los espíritus verdaderamente selectos y elevados.

En momento bien solemne pude comprobar esto.

Hallábase mi insigne amigo casi en el comienzo de su agonía; mostró deseo de consultarme como médico. Era yo ministro de Instrucción Pública, y al terminar de reconocerle, como leyera sin duda en mi semblante, a pesar mío, el mal efecto que su estado me producía, me dijo apretándome cordialmente la mano: «¡Qué mal expediente le someto a usted, señor ministro! ¡Me parece que no va usted a poder desatar el balduque!» Al día siguiente convinimos Grinda y yo en el empleo de un remedio que juzgábamos heroico y que había de aplicar el experto electrólogo Dr. Decref. Seguía el enfermo con visible curiosidad los preparativos que en los aparatos hacía Decref, y como éste, por haber olvidado un utensilio, saliera rápidamente para su casa en su busca, en el intermedio surgió un fenómeno, por nosotros esperado, que podría juzgarse como indicio de mejoría. En-

tonces Silvela, volviendo hacia mí la vista, me dijo: «¡Hombre, esto parece que es de buen augurio; pero siento haberme anticipado, porque no se ha podido lucir ese señor como yo quisiera!»

Murió al siguiente día mi ilustre amigo después de una inolvidable escena de reconciliación con Raimundo Villaverde, de quien por entonces le separaron pequeñeces de detalle, que a ambos amargaban, como en él se vió por el deseo de hacerlas desaparecer, y en Raimundo por el copioso llanto que en mis brazos vertió por largo rato al salir de aquella triste alcoba en que quedaba expirante el que había sido amigo de toda su vida.

No transcurrió un mes sin que le siguiera al mundo en que sus almas estarán libres de todas las impurezas de las realidades terrestres.

Muy interesante ha sido la figura de Silvela como hombre público; pero más, mucho más la encuentro yo simpática en el aspecto de hombre familiar y privado. Su hogar ha sido estimado como un verdadero modelo, no ya solamente en lo afectivo y familiar, sino en lo que significa como escenario y elemento organizador de vida.

Habiendo disfrutado mi amigo de una reputación como jurisconsulto, comparable a muy pocas, la modestia de sus exigencias en materia de honorario era tal, que pudiendo haber acopiado una fortuna, si se hubiese sometido a la imitación de algunos de sus colegas, murió sin dejar tras sí sino una muy modesta. Sabía yo esto muy bien, por haberme honrado haciéndome presenciar como testigo la redacción de su sencillo y casi elemental testamento, y lo sabía además porque me constaban algunos hechos de su vida profesional que

parecería pueril el enumerar. No obstante recuerdo dos que merecen ser citados: fué el primero el de la famosa testamentaría de la casa de Osuna, cuyos litigios llevó Silvela con una laboriosidad y una inteligencia que merecieron el unánime aplauso de los profesionales y que sin embargo dieron lugar a la exigencia de una retribución, en tal proporción exigua, que fué por todos tachada de insuficiente y aun de ridícula.

En cierta ocasión hubo de defender en ruidoso pleito a una Sociedad malagueña que disputaba intereses considerables y que se hallaba constituída por varios accionistas. Como, después de ganado el asunto, pidiese el representante de estos últimos su minuta a don Francisco y éste tardara en enviarla, insistió aquel, suponiéndola posiblemente elevada y diciéndole que no tuviese miramiento dada la complacencia de sus representados por el resultado obtenido y considerando que éstos por su número no escatimarían el sacrificio que se les exigiera. Pasó otro período sin recibirse la esperada cuenta y el apoderado en cuestión se presentó en casa del ilustre abogado llevándole un abultado sobre en el que le dijo estar contenidos los honorarios que prudentemente habían considerado que debieran dedicarle. Salió Silvela de la habitación con el sobre y volvió a poco rato trayendo un recibo de 500 pesetas que había de él tomado y devolviendo el resto de la crecida cantidad.

Con estos procedimientos y con gustos exquisitos y casi aristocráticos no se llega a la vejez habiendo atesorado riquezas, y así le sucedió a mi buen amigo, a pesar de la meticulosa e inteligente administración de su esposa incomparable.

Fué ésta doña Amalia Loring, hija del acaudalado

banquero del mismo apellido, que llevó más tarde el título de marqués. Como los negocios de este señor no fueran siempre florecientes, no pudo por aquellas épocas suponerse que el holgado *pasar* de Silvela se debiese a otra cosa que a su trabajo y al tino de la discreta administradora de sus rendimientos.

Respecto a esta última señora todo cuanto yo intente en la alabanza sería poco y además inútil, tal es la merecida reputación de mujer inteligente, activa, de incomparable buen gusto, amante de su esposo como mujer verdaderamente ejemplar y previsora en todos los lances de su vida hasta complementarse con él de manera inverosímil.

¿Se juzgará de pueril el que yo diga algo de los tres *nidos* por ella constituídos y en que pudo penetrar la curiosidad de mi afecto? Por si así no fuera me limitaré a decir: que la casa de la calle de Lista en que murió don Francisco es un verdadero modelo de comodidad, de distinción y de confort, en el cual no se percibe ni un solo detalle que pueda expresar pretensiones de lujo ni deficiencias de bienestar. La finca de *La Concepción* en que la espiritual Amalita se educó con su inolvidable hermana la bellísima vizcondesa de Irueste, en los alrededores de la hermosa Málaga, era un verdadero modelo en el mismo género y en el cual sin duda se inspiró para la instalación de la de Madrid y para la aún más primorosa de la llamada *Baviera*, de Aranjuez.

Una palabra sobre esta última. Las instalaciones campestres, lo mismo que los trajes que adoptan las gentes elegantes en el campo, reflejan una de dos tendencias o marcan el gusto y la apariencia hacia lo vulgar y rústico, o adaptan la elegancia a lo sencillo y cam-

pesino. Lo ordinario es lo primero; de aquí las sillerías toscas, los bancos con cortezas sin pulir que rasgan los vestidos y molestan las carnes, las alpargatas, la supresión de los calcetines, los sombreros de playa en que se enganchan los cabellos hasta arrancarlos y otras lindezas, más inspiradas por la afectación, que exigidas por la comodidad. No pertenecía a este tipo de viviendas campesinas la casa de Silvela en Aranjuez. Allí todo era distinguido, elegante, cómodo y sencillo; desde el espléndido rosal trepador que ponía sobre la puertà una cortina de follaje y grandes flores amarillas olorosas, hasta el último cachibache de la mesa en que D. Francisco escribía, todo era elegante, delicado, exquisito y no obstante todo recordaba que estaba destinado a una residencia campestre.

Un día en que fuí invitado a un almuerzo, en aquella casita ideal, como estuviéramos esperando en el jardín para ser llamados a la mesa, aquellos simpáticos embajadores rusos Mrs. de Sewitz y su hija pintora retratista laureada de primera fuerza, los Radowitz, Embajadores de Alemania y no recuerdo quiénes más, todos amigos y clientes míos; una de las señoras fisgoneando de una a otra parte, comenzó a llamar a las demás señalándoles algo que por una reja del sótano se veía. Lo que por aquella ventana se divisaba era... la cocina, que por su pulcritud, por el orden de sus utensilios, por la disposición de los manjares preparados, por el traje y limpieza del cocinero y pinches y por todos los detalles podía calificarse de perfección teatral. Como hasta nuestro olfato llegase el agradable tufillo de los guisos, exclamó una de aquellas damas: «¡Qué olor tan rico! ¿A qué huele?»

Pues huele a... Amalita, me apresuré yo a decir aludiendo al espíritu de corrección de todo aquello que determinaba nuestro elogio. La ocurrencia fué aplaudida y más que por nadie por una mirada de afectuoso agradecimiento con que Silvela la premió.

Hoy, transcurridos diez y nueve años en su viudez, dedica esta mujer modelo sus siempre infatigables aptitudes al cuidado de sus hijos, de sus nietos, al socorro de sus pobres y a sus fervorosas devociones, entre las cuales aunque en plano inferior de las religiosas, no deja de figurar la amistad cordial que le merecemos los que tanto quisimos a su esposo inolvidable.

PASEO XXI

Pedagogía Evangélica.—San Andrés Manjón.

«Dejad que los niños vengan a Mí.»
San Lucas.

«Quien indiscreto cierra las puertas a las inclinaciones naturales, obliga a que se arrojen por las ventanas.»
Saavedra Fajardo.

Preocupaciones, luchas y disgustos inesperados, que han venido a interponerse en la realización de una obra en la que yo suponía estúpidamente que no había de encontrar sino colaboraciones desinteresadas, me han llevado hoy a reflexiones sobre ciertos puntos que no creo sea ocioso consignar en estos Paseos.

Primeramente he consultado, como texto único y leyéndolo a tientas, el pasaje de San Lucas en que Jesús pronuncia aquella tan hermosa como repetida frase de «Dejad que los niños vengan a Mí».

¡Cómo hubiera deseado esta madrugada, cuando la leía, conocer lo bastante el griego, el texto primitivo, y

tener la erudición suficiente para saber todas las interpretaciones exegéticas por que haya pasado el sublime mandato! Pero, pues nada de esto me es dable, dejo volar la imaginación y, *a modo mío*, a interpretador me meto.

Ya en alguna otra ocasión he insistido en hacer resaltar la diferencia que hay entre la expresión «Dejad que vengan» y la interpretación viciosa de «*Traedme los niños*». «Dejad que los niños vengan a Mí», dijo el Maestro Divino. No dijo «Traedme a los niños». Ni «obligadlos a que vengan a Mí». No olviden esto los pedagogos si quieren que los niños vayan a Cristo. Con no impedírselo, basta: el imponérselo es contrario a la eficacia del propósito de la palabra de Dios.

«Jesús, luz, esperanza y vida», no necesita para ser amado más que llegar al alma de los hombres; y la luz, para llegar a todas partes, lo único que pide es que no se le opongan cuerpos opacos intermedios; la esperanza, para vivificar el espíritu, no exige más que la libertad de sus efluvios; y la vida, que es el amor, la espontaneidad de sus anhelos.

La flor para dar su miel no pide que le lleven la abeja, basta con que a ésta llegue su perfume.

El Evangelio significa la verdad eterna; es decir, no sólo la verdad deducida en el momento en que se formulaba su palabra, sino la que se desprendía de lo antes pasado, y lo que la sabiduría divina predecía en lo porvenir. Para el Divino Maestro no existe el Tiempo: ayer, hoy y mañana son para Él siempre «*Hoy*», dado el que conoce lo *venidero* como si pasado fuera. Por eso las máximas evangélicas no han de interpretarse tan sólo como preceptos para el momento en que se dijeron, o

como deducciones prácticas de lo que históricamente conocemos; sino como prevenciones para lo que habrá necesariamente de ocurrir.

He aquí un ejemplo: al decir Jesús «Dejad que los niños vengan a Mí» en el momento en que la muchedumbre le rodeaba y querían sus discípulos impedir a los párvulos que a Él se acercasen, suponiendo que embarazarían su marcha y distraerían su discurso, no se refirió a aquel hecho accidental y momentáneo, sino que vió claramente que llegaría un momento en que *discípulos* tan equivocados como presuntuosos, se apoderarían de la niñez y de la juventud, so pretexto de encauzarlas por el camino del bien y entristeciéndolas, privándoles de la espontaneidad y de la alegría, sometiéndolas a prácticas para ellas incomprensibles, a rezos monótonos y automáticos, cuyo contenido se evapora en la repetición inconsciente, con lo cual había de producirse el resultado natural del hastío, el anhelo de la expresión de la propia personalidad, corriendo el seguro riesgo de un contragolpe irreflexivo, aunque natural, que alejaría de El, en vez de acercarle, la voluntad del niño y la conducta del hombre futuro, que a lo más, seguirían adoptando fórmulas hipócritas y mecánicas, con apartamiento positivo de la verdadera fe y del efusivo convencimiento.

Tal había de ser el funesto y necesario resultado de la educación religiosa de *oficio* prestada a los niños, pobres y ricos (con motivos diferentes) y puesta en manos de personas que nada pueden saber de su psicología, dado el que nunca tuvieron hijos, ni les es siquiera lícito el deseo y aun la esperanza de tenerlos. ¡Pobres pedagogos, que deben anhelar la extinción de sus educan-

dos, antes de que hayan sido concebidos! ¿Qué saben ellos de lo que es, y menos lo que puede ser un niño? Todo lo más tendrán hacia él ese afecto de protección compasiva, que tenemos hacia la planta que regamos, o el pájaro que alimentamos, y a lo sumo, a lo sumo, hacia la hierba que procuramos no hollar, o a las hormigas que respetamos sin pisarlas.

Pero el amor efusivo e íntimo que sentimos por lo que anheló primero nuestra fantasía; fué luego sangre de nuestra sangre y palpitó en las entrañas de nuestras madres, eso no pueden sentirlo los congregacionistas célibes; es más, no deben sentirlo: porque ello supondría en su interior una lucha exclusiva, tenaz y violenta, contra un instinto natural e invencible, y esta lucha, por parte de ellos, representaría y quizás representa ya, el abandono del cultivo de todas las facultades, no encaminadas al triunfo contra lo que ellos llaman la *carne* por inoportuna antonomasia; pues es *carne* que va muy impregnada y perfumada de un espíritu, sin el cual es *tierra*, si es que por ventura puede existir tierra sin *amor*.

La experiencia histórica parece que aboga en contra de lo que digo, y no es así. Nuestros abuelos, bisabuelos y tátara, tatarabuelos, confiaron sus hijos, para que fuesen educados, a preceptores religiosos o a Comunidades del mismo género; es verdad, pero no se olvide que, desde la Edad Media, las letras y las ciencias eran patrimonio casi exclusivo de aquellos hombres, a quienes por pedagogos se tomaba, y no era natural que el señor iletrado y analfabeto que, poniéndose una cruz en el hombro de su cota de malla, o en el pecho de su dalmática, iba a pelear a la Tierra Santa, o a ahogar la he-

regía de los albigenses, tratase de educar a sus propios hijos, o se los confiara a su noble esposa, las más veces, tan iletrada como él. Después de esa edad de fe, de fuego y de hierro, la *comodidad* de los padres y el espíritu proselitista (respetable y convencido, pero proselitista y equivocado) de las Comunidades, continuó haciendo que la juventud buscase su educación en los que ejercían el sacerdocio, o vivían en el alejamiento mundano y en la contemplación divina; es decir, completamente fuera de aquella vida para que debieran apercibir y fortalecer a sus discípulos.

El pueblo, por otro lado, ni sabía ni podía educarse y mostraba claramente la tendencia de caer en la inmoralidad por el camino de la irreligiosidad y de la ignorancia. Fué, pues, la enseñanza por los religiosos, obra de comodidad para los ricos y de caridad para los pobres.

Hoy el caso no es el mismo y, sin embargo, el procedimiento es casi igual.

Nadie ha bosquejado más fina y acertadamente, con untuosa ironía, la conducta de la aristocracia educando sus hijos en los conventos, que el padre Coloma en su famosa novela «*Pequeñeces*», cuando describe la forma en que el hijo de Currita Albornoz se educaba en Chamartín. Sin llegar a los excesos de Currita, hemos conocido en la vida, como el ilustre escritor, muchas madres que encuentran ideal la educación de sus hijos y sus hijas lejos de ellas, mientras que por su parte se dedican a la *vida social*, confiadas en la santidad de aquellos pobres Padres y Hermanitas, que se encargan de desempeñar el papel más alto de que ellas desertan, el de la educación, con todas sus molestias, con todas sus preocupaciones, con todas sus privaciones, pero con los resulta-

dos incomparables de ser la continuación, no la suspensión cesada en el deleite, del acto generativo. Educar es continuar engendrando; esto es lo que no debieran olvidar los padres y las madres que, con pretexto hipócrita, alejan de su lado los seres que concibieron.

Estos padres, cuyo tipo ideal sería el de esos peces que producen la ovulación sobre unas algas, esperando a que el macho fecunde los gérmenes de pasada y sin volver a verlos, esos padres y madres debieran saber que, cuando la Providencia y la Naturaleza enseñan que el sér que sale de su cuerpo sigue atado a él por las necesidades de la lactancia y por las inseguridades de su desarrollo físico, lo está lo mismo por la necesidad de su nutrición moral y de la dirección futura de su espíritu.

El mejor pedagogo es el padre, porque es padre, y como tal, es el único que puede sentir la necesidad del perfeccionamiento de su obra.

Pensemos en un hecho de observación, formulado en un adagio vulgar. «*En caso de duda, la mujer la viuda*», dice el pueblo. Y ¿qué quiere decir con ésto? Que la madre, al quedar sola, sin el apoyo del varón, con lo que representa de fuerza y de elemento de sostén, se basta las más veces por el redoblamiento instintivo de su voluntad, para resolver el problema de la prole. Pues considérese viuda siempre, y aborde el problema espiritual y moral de la educación de sus hijos como madre y como viuda.

Alguna vez, cuando a medio despertar, por las madrugadas, llega hasta mí el dulce rumor de enjambre de unas niñas que rezan rítmicas letanías en un convento próximo a mi alcoba, no puedo menos de pensar en algo que leí en un autor serio que se ocupaba en la des-

cripción de ritos y costumbres de pueblos orientales, y el cual aseguraba que en ciertas pagodas, o templos, existían aparatos en forma de tornos o molinillos, en los cuales, mediante la introducción de alguna moneda, y dando vueltas a un manubrio, se obtenía el número de oraciones que el devoto deseaba.

La oración automática y repetida, rara vez va acompañada de la atención del niño que la formula, y menos todavía del convencimiento expresivo de la significación de las palabras que pronuncia.

¿Podrán llegar al cielo estos rumores, o zumbidos inexpresivos, a que monjas y religiosos dan tanta importancia?

Un venerable jesuíta, a quien ya creo que he aludido otra vez en este libro, convenía conmigo en el infecundo resultado que, en la apariencia al menos, se obtenía de su sistema de educación, dado el que en muchos casos, y en familias honradas y respetables, los hijos educados en el estrecho régimen de sus Colegios, eran principalmente los que después se alejaban más de las prácticas religiosas, cuando no se distinguían por el ejercicio exagerado de los vicios más profanos.

Pero ¿quién puede convencer de ésto a los que no pueden tener experiencia, ni *práctica* alguna de la vida y el desarrollo de la juventud, y aprenden la fisiología y la psicología infantil en las fórmulas de los libros, o en las revelaciones del confesonario? Para llegar al discípulo es necesario pasar por el hijo, y como él es sér de nuestro sér, nadie puede educarle como los padres mismos, o los que han sido padres.

El ideal del pedagogo para mí sería el del viudo, de ambos sexos.

No se me oculta que la mayor parte de los padres y de las madres adolecen de insuficiencia pedagógica: en el sentido de la instrucción, pueden sustituirla y completarla, y aun deben hacerlo con maestros adiestrados y competentes; pero ¡ay! en el terreno de la educación y de la moral ¡qué pocos padres he conocido a quienes pudiera darse el diploma de educadores!

Leí ayer, en un periódico, que mis celosos amigos los Dres. Juarros, Navarro Fernández y Sampelayo abogan ante el Gobierno por la creación de lo que llaman, no con mucha propiedad, «Vicaría Sanitaria». Sin dejar de aplaudir lo que hay de generoso en su propósito, me han de permitir que lo considere incompleto y, por tanto, indigno de ellos.

¿Qué conseguirían con esta Vicaría teórica, si a la práctica se llevase? Que un hombre sano se casara con una mujer sana; que pudiera realizarse el soñado ideal de la anulación de las taras y enfermedades hereditarias; es decir, que obtuviéramos un excelente rebaño de garañones y vacas de cría. Muy bien me parece, como *terreno;* pero y el hombre espiritual, el superhombre soñado, ¿no merece que se le sobreponga a la *superbestia?*

Pues vamos a pedir, no vicarías, sino seminarios, o Escuelas Normales de Padres, y a examinarlos para que se muestren competentes de suministrar a la sociedad, no solamente ejemplares físicos del reino animal, sino *hombres* dignos de figurar en las filas del ejército espiritual del perfeccionamiento y del progreso.

Entretanto: ¿por qué he querido yo dar nombre de «*Pedagogía Evangélica*» a mis reflexiones de hoy? ¿Será por espíritu sectario de adversidad respecto a la

intervención de las representaciones religiosas en la educación popular, nacional o social?

Nada más lejos de eso: por muy amante de la sana libertad de pensamiento y de la tolerancia de la propaganda y defensa de todas las doctrinas que yo sea en lo presente y que haya sido durante el transcurso de mi vida, nunca he incurrido en el error apasionado de suponer una artificiosa incompatibilidad entre el ideal religioso (entiéndase bien, *religioso)* y el pedagógico. Aún hay más: cuando he podido influir con mi palabra y mi voto en los Cuerpos consultivos, en el Parlamento y en la Prensa, siempre he supuesto una perfecta relación digna de ser conservada, entre el concepto religioso y el docente, sobre todo en la primera enseñanza. A tal punto ha llegado en esto mi condición, que lejos de querer apartar al clero secular de la enseñanza, redacté alguna vez un proyecto, encaminado a fundir en ciertas localidades rurales la una con la otra función, a semejanza, pero no de un modo igual, a lo que en los antiguos tiempos se hacía. Quería yo que el Clero de los campos adquiriese y demostrase condiciones pedagógicas y educativas, mediante una enseñanza complementaria de la que en los Seminarios adquiría para el desempeño de su alto ministerio. Siendo la función pedagógica cosa tan especializada y exquisita, no he comprendido nunca por qué no se habían de exigir garantías de competencias para su ejercicio; y no siendo ni ella ni la educación de los eclesiásticos cosas incompatibles por lo abstrusas y necesitadas de muy prolongados estudios, tampoco se me ocultaba el por qué no se había de consentir, cuando menos en algunas circunstancias, la fusión del cargo de maestro con el de sacerdote, con un aumento de sus

emolumentos, mediante tal fusión, que contribuiría a la dignificación del cargo, sin agobio, antes con alivio de los Presupuestos.

Conste, pues, que a mi juicio es una cosa la educación clerical, monjil, congregacionista, o confesional, y otra cosa la pedagogía evangélica de la cual soy y siempre he sido defensor, por no creer que la impregnación de los principios de moral cristiana que ella deja en la niñez para el resto de la vida, pueda ser nunca obstáculo para que el hombre *hecho*, pueda cuando posea la totalidad del ejercicio de su razón, pensar según ésta, que nunca le llevará a salir de los círculos de aquella moral primera que nadie ha logrado ni asociándola a otros dogmas, ni tratando de desligarla de todos, sacar de aquellos principios fundamentales que con el Cristianismo se encuentran identificados.

No necesité para llegar a estos convencimientos pasar por el ejemplo que voy a citar; pero si no los hubiera tenido, él me hubiese llevado a adquirirlos, sin más que desear la generalización en lo posible y la imitación del caso.

Me refiero al hecho ejemplar de San Andrés Manjón.

Muy tarde he conocido la noticia de su muerte; mi familia, sabiendo la admiración y el amor que por él tenía y el estado transitorio de mi salud, me ha ocultado el fin de mi santo amigo, y con ello han impedido que yo fuera, como era desde hacía mucho tiempo mi propósito, a asistir a su entierro en Granada.

San Andrés llamo al que en el mundo se ha llamado D. Andrés Manjón: yo tenía de él una idea muy confusa, cuando allá, por los años 85 o 90 me hablaron de él, saliendo un día de la Academia, mis también santos

amigos Olóriz, Benito Hernando y Gómez Ocaña. Desde el momento en que de labios de éstos escuché lo que la obra de Manjón significaba, como labor pedagógica, humanitaria y sublime, coronada por un éxito inverosímil en España para tales empresas, desde ese momento sentí vivo deseo de conocer al hombre a quien ya admiraba y amaba, sin que él tampoco me conociese.

Cuando con motivo de una intervención mía parlamentaria, obtuve en el Congreso una pequeña mejora en la subvención que a sus «*Escuelas del Ave María*» se otorgaba, recibí una carta de gracias por mi espontánea iniciativa, y desde entonces tuve alguna relación con el ilustre pedagogo burgalés y granadino.

Ministro de Instrucción Pública, tuve necesidad de hacer un viaje a Granada para enterarme de lo que pudiera haber de cierto en las denuncias publicadas por la prensa acerca de la posible ruina, y el evidente desamparo que pesaban sobre el Palacio de la Alhambra. Llegado a la ciudad, que para mí tenía agradables recuerdos de uno de los mayores triunfos de mi juventud, el de haber sido catedrático de número en aquella Universidad, en la que expliqué una sola lección, apenas cumplidos los primeros deberes de cortesía y ceremonial de protocolo, y agradecidas las manifestaciones de benevolencia que los granadinos, y particularmente los estudiantes, me prodigaron, fuíme a inspeccionar la Alhambra, y manifesté desde luego mis deseos de visitar al siguiente día las Escuelas de Manjón.

Todo ésto traía ante mi espíritu el recuerdo de mi primer viaje a Granada. Creo que ya en algún otro lugar lo he referido. Mi imaginación juvenil anhelaba empaparse en la contemplación de aquella ciudad de en-

sueño, por mí conocida al través del prisma irisado de los versos de Zorrilla. Hernando me llevó la primer mañana a visitar su Hospital de San Lázaro y en él, con su minuciosidad habitual, me explicó sus últimos estudios acerca de la lepra, que le habían valido el aplauso aprobatorio del que entonces era ídolo de la medicina de investigación, o sea de Rodolfo Virchow. Al siguiente día (en Enero de 1876), conducido siempre por Hernando, fuí a visitar al que para mí ha sido primero entre los primeros cirujanos españoles del siglo XIX, es decir, a D. Juan Creus. Con éste fuí aquella misma tarde a visitar la Alhambra, y al siguiente día el Albaicín. Aun me parece ver en este último punto, en las afueras de la ciudad, a los gitanillos harapientos, casi desnudos, hoscos y burlones, con risas de idiotas sorprendidos, que contemplaban, cuando no esquivaban la extraña visita de aquellos dos señores de chistera que los observaban, como objetos dignos de estudio. Aún creo ver a un mozalbete, de más de diez y seis años, que tendido a la puerta de su cueva, exponía a las caricias del Sol sus más íntimas desnudeces, y recuerdo la contestación que dió, entre descarado e ingenioso, a la pregunta que Creus le dirigiera: «Pero muchacho, por Dios, siquiera ¿no tienes frío?» — «¿Le tié usté en la cara, cabayero?»

Todo esto recordaba en 1905, cuando con discreta solemnidad llevaban al ministro de Instrucción Pública a visitar las Escuelas del Ave María.

El Albaicín de ahora, no era ya el Albaicín de 1876. Por él había pasado un taumaturgo, un mago, un redentor que había civilizado a aquellos *indígenas*, había despertado en ellos el espíritu de humanidad y de civilización, y había elevado su alma a esferas por ellos no

comprendidas, ofreciéndolos al propio tiempo a la patria como ciudadanos dóciles, y capaces de contribuir al común bienestar.

El redentor moderno había sido San Andrés Manjón.

Y a propósito de esta insistencia mía en *anticiparle* el nombre de Santo, contaré que ayer, conversando con unas Hermanas de la Caridad, a quienes encomiaba la figura del insigne canónigo del Sacro Monte, me decían éstas, meticulosas, en su parcial sencillez y su efectiva complicación de espíritu: «¡Por Dios, no le llame usted santo todavía, dijo la una; primero le tienen que hacer *Venerable*, después *Beato* y luego le canonizarán y será *Santo!*» Esto decía la buena Hermana, como pudiera un militar exigir la necesidad de pasar por los grados de sargento y de teniente, para llegar a capitán; pero aún añadió otra de estas señoras: «¡Oh, y para ésto, será necesario que haya hecho milagros, que se demuestren en el expediente de canonización!»

«No tenga usted miedo, Hermana—repuse yo;—el milagro está hecho y bien patente: civilizar en España a todo un pueblo semisalvaje, y civilizarle por la sola obra personal de apostolado de un sacerdote pobre, desprovisto de influencias y de apoyos, obra es de milagro que Dios ha inspirado, y puede usted creer que el expediente estará ya en el cielo concluso y archivado.»

¡Qué día aquel de Mayo de 1905! El cielo granadino tenía trasparencias de zafiro y azulados mates de turquesa; las lejanías de la Sierra Nevada deslumbraban mis ojos con esplendores teatrales de apoteósis; el aire tibio de Mayo mecía en los jardines de las orillas del Darro un inmenso bosque de árboles en flor, de rosales con más flores que hojas, y por todas partes se escu-

chaban gorjeos de ruiseñores; de esos ruiseñores granadinos que ha descrito Brehm en su precioso libro sobre los pájaros; y entre estos gorjeos, los aún más simpáticos de niños que cantaban, y de acordes de música militar, que marcialmente se aproximaban hacia nosotros. D. Andrés Manjón estaba silencioso y respetuoso a mi lado, exponiéndome los ingeniosos procedimientos que, para la enseñanza de la Geografía, empleaba en el suelo del jardín con montones de tierra, canalillos de agua y pequeños charcos representativos del Mediterráneo, del Atlántico y del Pacífico. Manjón me invitó a que preguntara a cualquiera de las niñas que formaban círculo en derredor nuestro. Yo me dirigí a una cuya mirada inteligente y viva me parece estar todavía viendo; la invité a que diese la vuelta al mundo y ella, cogiendo una varita, comenzó a señalar y a pasar dando saltitos por los países, los estrechos, los mares y las montañas, que, sin vacilar un momento, la llevaban de una manera imaginativa, desde Cádiz, saliendo por la izquierda, hasta volver a Cádiz por la derecha, después de atravesar el Mediterráneo, el Canal de Suez, el Asia, etc., etc. Cuando la niña terminó, el cuadro no podía ser más emotivo: una rama péndula de un árbol de los que sobre nosotros estaban, cargada de flores, tocaba casi con la cabeza de la alumna, y sobre aquella rama un ruiseñor, estimulado por los gritos de los niños, se esforzaba en cantar, agitando de cuando en cuando sus alitas, y pareciendo decirme: «Mira, éstos son los hijos de aquellos gitanos, que tiraban piedras a los extranjeros cuando tú los visitaste en 1876; y ahora, ya ves, ni siquiera se meten conmigo». En aquel momento sentí un fuerte apretón de manos en la mía izquierda: Manjón que me mi-

raba fijamente, había sorprendido sobre mis mejillas las dulces lágrimas que, a pesar de mis esfuerzos, no pude contener y me dijo estas palabras, que todavía me saben a bendición: «¡Qué buen corazón tiene usted, señor ministro!»

Al otro día invité a mi mesa al buen apóstol, y obtuve de él algunos datos de la historia de su santa obra; que unidos a los que por otros conductos me he proporcionado, pueden resumirse en los siguientes sencillos términos.

Manjón era, al propio tiempo que catedrático de Derecho Canónico en la Universidad de Granada, canónigo y profesor del Sacro Monte; para desempeñar su cometido en este último Colegio, iba diariamente montado en una borriquilla, por ser larga la distancia que separa el edificio de la urbe granadina; tenía necesidad de atravesar el Albaicín, y era raro que al hacerlo no provocara su figura de clérigo cabalgando en su borrica, las chanzas más o menos injuriosas de los holgazanes, pilluelos y gentes maleantes, que se *soleaban* a las puerta de las cuevas y de los tenduchos de vino. Un día, volviendo a la hora de la puesta del Sol, y cuando las remotas campanas tañían el «*Angelus*», al pasar por las cuevas, oyó Manjón unas voces infantiles que cantaban el *Ave María*. Paró su asna, prestó atención y a seguida dirigió los pasos de la cabalgadura hacia el sitio de donde las voces salían. Pronto llegó a una pequeña explanada en la que, y a la puerta de una humilde cueva, una gitana vieja, la *tía Migas*, rodeada de ocho o diez niñas, que hacían labor, cantaba el *Ave María* acompañada por sus infantiles discípulas.

Quedóse inmóvil el buen sacerdote, y después, sin

decir palabra, continuó su itinerario hasta Granada. Sin decir palabra, sí, pero no sin engendrar ideas y formar propósitos, que desde el día siguiente llevó a la realización de lo que constituye hoy la obra admirable de las *Escuelas del Ave María.*

Lo que aquella gitana pobre, anciana y desvalida realizaba con un grupo de niñas desamparadas, bien podía hacerlo él que al cabo era un canónigo, un catedrático, tenía sueldos, consideración social e influencia en las buenas almas de sus amigos y sus penitentes. Y así nació el pensamiento de su empresa, que luego no abandonó ni un solo día, ni un momento y que hoy, pese a quien pese, y a los pedagogos de cartel que, con fingido desdén juzgan sus métodos, Manjón será con justicia proclamado como el más grande, el más estimado, y sobre todo el más desinteresado de los pedagogos españoles.

¿He hecho bien al llamarle santo, a pesar de no haber recorrido los grados del escalafón, que las Hermanas de la Caridad consideraban imprescindibles? Si he hecho mal, perdónemelo el buen padre *canonizado*, que tengo la soberbia de creer que el Padre de todos me lo ha perdonado desde luego.

....

¿Hay incongruencia entre lo que he pensado respecto a la *educación congregacionista*, juzgándola imperfecta, y lo que digo respecto a la *educación religiosa* ejercida por sacerdotes seculares o por maestros laicos? Pienso que no.

Los defectos encontrados en la primera, no dependen, a juicio mío, ni de la buena voluntad, ni del celo y la abnegación de los que a ella se consagran. Dependen

de otra cosa: de que actúan en un mundo en el que, por lo general, ni han nacido, ni han vivido y al cual se adaptan por reglamentaciones rituales y por imposiciones más o menos voluntariamente recibidas. El crecido número de los maestros y maestras dedicados a esta interesante función, hace necesario que su reclutamiento se efectúe sobre una amplia base, muchas veces en clases sociales muy dignas de consideración y de respeto, pero desprovistas de aquella experimentación lenta y aun atávicamente adquirida que pudiera servir de elemento informador para la educación de seres que han de vivir en un mundo y una sociedad que sus maestros conocen solamente por referencias.

A ésto se agrega otra razón que es beneficiosa hasta cierto grado, la de la respetabilidad que imponen y la sumisión a que invitan los *hábitos* y la rigidez de la institución monástica. Los y sobre todo las que de ésta forman parte, se sienten de pronto rodeados de una consideración merecida, pero también de una sumisión inconsciente que produce en ellos, sumado al concepto de la perfección religiosa, un involuntario sentimiento de presunción y soberbia de que ellos mismos no se dan cuenta.

«La justicia de los impecables está muy cerca de ser crueldad», dice Benavente. Es la soberbia el más peligroso de todos los pecados capitales: el iracundo, el perezoso, el avariento y el lujurioso, al conocer fácilmente que lo son, se ponen en el camino de la enmienda; el envidioso y el glotón, aunque más tarde, pueden reconocerse pecadores; sólo el soberbio no puede conocer que lo es, pues el conocerlo es condición negativa de serlo.

De este desconocimiento viene lo más de su perni-

ciosidad, pues echa mano de la ira y alienta a la envidia poniéndoles al servicio de su error, suponiendo él legítimo tal empleo.

Por ser éste de la soberbia el más peligroso pecado, le opuso Cristo con su ejemplo la mayor virtud: la de la humildad. Desde su nacimiento en un pesebre hasta su muerte en suplicio tenido hasta entonces por afrentoso, no deja de ser en ninguno de sus actos humilde, enseñando, como maestro, lo peligroso que es ser soberbio ante aquellos a quienes se enseña.

Ni se puede señalar el riesgo que no se ha corrido, ni puntualizar el remedio que no se ha experimentado, ni comprender el dolor que no se ha sufrido, ni estimar el deleite que no se ha saboreado. Por exactos y puntualizados que sean los mapas y los planos de un país y de una ciudad, nunca enseñan lo que un viaje corto hecho por la comarca que se estudia, sobre todo si se hace a pie y con poco dinero.

El maestro instructor debe ser joven para acercarse lo más posible a las condiciones de asimilación del discípulo; el educador debe ser viejo, porque ha de tener por principio, el haber vivido por sí, no por referencia, por consejo o por dogma.

Para la enseñanza, la experimentación es un complemento; para la educación, es antecedente necesario. Haber pasado por las cosas, no significa haberse adueñado de ellas ni menos haberlas compenetrado.

No me cansaré de insistir en este punto: la educación conventual, no solamente es defectuosa, *sino que no puede dejar de serlo en modo alguno, cualquiera que sea el procedimiento, la abnegación y el celo que gentes apartadas del mundo que deben ignorar los deta-*

lles íntimos de la vida, pongan para adiestrar y fortalecer en la lucha a los que en el mundo han de vivir. Así se da el caso de que lo que en este género de maestros y maestras constituye su mayor preocupación, por el esfuerzo personal a que los obliga su voto de castidad, llega a constituir el fondo del programa de toda esa educación, y el resto de la moral consignada en el decálogo, es por tales gentes tenido como cosa secundaria e insignificante, de la que sólo hablan como posibilidad remota e inverosímil en su presentación en los detalles de la vida. ¿Quién puede suponer que el niño no amará a Dios, ni a sus padres, que pueda algún día matar, robar o envidiar los bienes ajenos? De eso, bueno es hablarle por la lejana posibilidad de que pueda verse ante tan inverosímiles casos de conciencia; pero... el sexto mandamiento; ¡ah!, ése le acecha desde el borde de la cuna y le brinda en todo momento al pecado de la carne, a ese pecado que inquieta todos los momentos de la vigilia y del sueño, a algunos de los que hicieron la oferta de nunca caer en él; por eso procuran, algunos también, ponerle a la defensiva desde la infancia, cuando aún por su puro pensamiento no ha pasado ni la incitación más remota, sin comprender estos incautos, que despiertan precocidades aletargadas, curiosidades tanto más vivas cuanto más comprimidas y que son tales maestros y maestras, en su absoluta falta de discernimiento, los verdaderos responsables de las pecaminosas anticipaciones infantiles, que más tarde se convierten en inmundos apetitos insaciables, por ejercitados como tales apetitos y fustigados por la curiosidad nunca satisfecha.

Otra cosa puede esperarse del Clero secular, que

asociado al magisterio laico o independiente de él, vive en el trato social, en el conocimiento de las familias y en espectáculo inmediato y vívido de los problemas mundanos.

No hay, a mi entender, función más lógicamente aneja a la de la enseñanza que la del sacerdocio; pero la del sacerdocio seglar, no la del monacal congregacionista, que sin darse de ello cuenta, llega a constituir un poder extraño y aun antagónico con la familia, la Sociedad y el Estado, erigiéndose en únicos elementos influyentes en el entendimiento y en el corazón del niño, en el que poco a poco secan todo sentimiento que no sea de sumisión incondicional a la soberbia intransigente de la Comunidad, favorecida por la desidia de los padres, el egoísmo de los deudos, y fomentada por las alabanzas, en parte merecidas y en parte infundadas, de los indiferentes, que casi siempre ignoran de lo que hablan y no presienten las consecuencias de lo que dicen y de lo que la perseverancia monacal saca siempre provecho.

PASEO XXII

¿Mujer genial?, ¿Aventurera?, ¿Emperatriz?, ¿Mártir?

« Au milieu de cette continuelle répresentation et de cet enjouement un peu artificiel, l'Impératrice avait des instants de lassitude profonde.»

Fillon.

La mañana de ayer estaba despejada y serena; volvía yo paseando por la calle de Ferraz, cuando, al desembocar en la plaza de España, vi que, como escoltando a alguien, bajaba por la Cuesta de San Vicente un escuadrón de Húsares de Pavía con su vistoso uniforme de gala: roja chaquetilla, dolmán azul y kalpak de alto pompón. Detrás de los vistosos jinetes se desarrollaba una larga fila de coches de lujo, blasonados en sus portezuelas, con correctísimos servidores, caballos briosos y guarniciones de lujo como antes se veían a diario en Madrid y hoy es raro encontrar. ¿Qué es eso?—pregunté a un transeunte, señalando al que adiviné como fúnebre cortejo—. «Es el entierro de la emperatriz Eugenia;

la llevan a la estación del Norte, para trasladarla a Inglaterra; por lo visto, no quiere permanecer en España, ni muerta».

Sin parar grandes mientes en la última parte del comentario de mi accidental interlocutor, proseguí por la calle de Bailén, después de haber atravesado la larga fila de coches del fúnebre convoy.

Naturalmente, dí en pensar en aquella mujer representativa por extraños y variados estilos, que había venido a encontrar la muerte iluminada por el sol que la vió nacer, después de recorrer la más accidentada existencia que mujer alguna ha vivido en la historia contemporánea.

Haría próximamente dos meses, que asistiendo a un banquete diplomático, dado por mi amigo el marqués de Lema, entonces ministro de Estado, con motivo de una misión francesa, en que se devolvía una visita del *Comité de Aproximación*, que yo había presidido en París, durante los días de la firma del tratado de Versalles; como yo esperara, conversando con el Ministro, la completa reunión de los comensales en el patio lujosamente decorado, en que había de celebrarse el banquete, el duque de Alba se aproximó amistosamente a mí, y llamándome aparte, me interrogó acerca de mi opinión sobre el nuevo tratamiento operatorio de la catarata, ejecutado por el Dr. Barraquer, y sobre las condiciones personales del operador. Díjome el ilustre prócer, para explicarme su interés, que habían propuesto tal operación a su *abuela;* pero que como la señora pasaba de los noventa años, vacilaba la familia en lo que debía aconsejar. Una confusión mía, me hizo creer que con la palabra *abuela* se refería el Duque a su no menos ilustre

pariente la duquesa de Fernán Núñez, madre de su madre, quien según mis cálculos también debía pasar de los noventa años.

Dí la contestación que en ciencia y conciencia debía dar, y cuando pasados pocos días recibí la visita de mi amigo Ignacio Barraquer, llamado a Madrid desde su residencia habitual de Barcelona, para operar a la *Emperatriz Eugenia*, comprendí la equivocación en que había incurrido; aunque no la lamenté, pues las circunstancias de los casos eran muy análogas.

Luego fué operada la ilustre dama; el resultado del acto quirúrgico no pudo ser más brillante, y casi a diario sabía yo por Barraquer, los progresos que la noble señora hacía, llegando a leer una edición casi microscópica del Quijote.

Poco tiempo después, un afecto gástrico agudo arrebató en pocas horas a la nonagenaria enferma.

Cuento estos detalles, porque en las conversaciones que por aquel entonces tuve con el ilustre operador, quien hacía vida común y constante junto a la ex Emperatriz, refresqué por sus referencias, algunos datos episódicos de la vida de ésta, que yo conocía por lecturas o por referencias particulares de personas que la habían tratado, y que él escuchara de la propia boca de su operada.

Entonces supe, casi directamente, todo lo que tenía de cierto su escapada de las Tullerías, en la para ella funesta tarde del 4 de Septiembre de 1870; el cómo, apoyada en el brazo del embajador príncipe de Metternich, había subido en un coche de alquiler abierto, y atravesando a lo largo de la calle de Rívoli entre las turbas exaltadas que, vociferando, se dirigían al Palacio que ella aca-

baba de dejar, y oyendo sin ser reconocida cómo llenaban de insultos a la que otras veces habían adorado, llamándola la *maldita española y pidiendo su cabeza*, como si en los arcos del Palacio, y bajo las frondas de aquellos jardines, hubieran quedado dormidos los ecos que ochenta años antes pedían la cabeza de la *austriaca*, y maldecían y ultrajaban su nombre. Confirmé también por aquellas referencias el cómo la ilustre ex condesa de Teba y ex Emperatriz, escondida entre los viajeros de un departamento ordinario, para ganar la frontera belga, se consideró reconocida por el revisor de los billetes, bastándole una mirada inteligente y piadosa de aquellos ojos azules que habían conquistado la Europa, para que el modesto y anónimo empleado fingiera no haberla conocido, y la dejase, con bien afectada indiferencia, continuar su viaje y ganar la frontera.

En todo ésto pensaba, en tanto me alejaba hacia la Plaza de Oriente, por ser aquellos acontecimientos los que, en fecha más reciente, se habían presentado a mi atención; pero pasadas veinticuatro horas, al volver a representarme la figura de Eugenia de Montijo, no es solamente como Emperatriz fugitiva y desgraciada, como acude a mi pensamiento.

¡Qué extraña figura la de esta mujer! ¡Qué anacrónica en los primeros momentos de su vida! ¡Qué extraordinaria en el desarrollo y logro de sus ambiciones! ¡Qué vulgar y torpe en sus últimas actuaciones de Soberana!

Aunque no me haya cabido la fortuna de tener, respecto a la egregia dama, esa coincidencia de contacto que me he propuesto que sea fundamento principal de mis juicios acerca de los «*Hombres y mujeres de mi*

empo»; sin embargo, Eugenia de Guzmán y Kirkpa-
ick es tan de mi tiempo y llena tan amplio lugar en la
istoria europea y en los acontecimientos sociales de la
ida española; son tantos los parientes de la ilustre
ama con quienes en ocasiones diferentes de mi vida,
e tenido más o menos íntima amistad, que parecería
completa mi colección, si en ella no incluyera algún
etrato *cubista y de chafarrinones*, que pretenda dar
ierta idea sobre la singular mujer que vino a morir a
Madrid, después de haber recibido los homenajes de la
uropa entera, los del Africa y la atención primero, y el
uicio después, de todo el mundo que se ocupa en críti-
a histórica.

Han ido pasando por delante de mi imaginación los
ecuerdos infantiles, primeramente significados por los
etratos que, en algunas casas y en los escaparates de
as estamperías, veía mi curiosidad pueril, representan-
o a una hermosísima joven, montada sobre un caballo
ecargadamente adornado a la andaluza, vistiendo ella
el traje entonces, aunque efectivo, poco usado y hoy
absolutamente convencional, de la maja de los campos
andaluces: con gracioso sombrero calañés, ceñida cha-
quetilla de terciopelo rojo, y aun más ceñida faja azul
que en la cintura detenía un chaleco abierto que dejaba
ver una camisa de encaje, sobre la cual caía una corba-
tita graciosamente anudada con lo que hoy se llama el
nudo marino. La falda de amazona era corta para lo
que por entonces usaban las *ecuyères* y las mujeres del
gran mundo, y dejaba ver un menudo pie y el principio
de una pierna, calzada con polaina de cuero profusa-
mente ataraceada con sedas de colores. Las crines y la
cola del caballo estaban trenzadas con cintas vistosas

de seda, con borlones, flecos, alamares y cordones de oro: aquél era el retrato de Eugenia de Guzmán, ya Emperatriz de los franceses.

Recordaba yo después, con impresión de adolescente, las lecturas descriptivas de los primeros años de la vida de la bella granadina, en el noble hogar, aristocratizado por la realidad de la estirpe paterna, e idealizado por la suposición de la descendencia real de la dinastía escocesa en la materna; y venían a mi memoria las referencias del desarrollo juvenil de las dos hijas de la condesa de Teba que, secundando las aficiones de su madre, y venciendo las dificultades que entonces los viajes significaban para las familias acostumbradas al bienestar y al lujo, cambiaban incesantemente de morada, pasando de Granada a Sevilla, de Sevilla a Madrid, de Madrid a París, y nuevamente volviendo a España, y en todas partes dejando una estela de admiración por su belleza, y de simpatía por el encanto atractivo y la exquisitez de su trato. No faltaban a mi recuerdo los elogios apasionados de dos hombres tan ilustres como *Stendhal* y *Merimée* que tanto contribuyeron a mi juicio en el auge, en la reputación y en el relieve de aquellas interesantes figuras femeninas.

El príncipe presidente Luis Napoleón; las revistas militares en que la bella amazona humillaba a todas las damas parisienses y europeas por su habilidad de caballista; las cacerías de *Compiegne* y *Fontainebleau;* la picante y dudosa anécdota del latigazo dado en el rostro del pretendiente a emperador; las románticas del trébol de esmeraldas y la despedida en los días que antecedieron al golpe de Estado de Diciembre; la ingeniosa contestación dada de ventana a ventana cuando el ena-

morado César *parvenu* (1) preguntaba a aquella mujer que le enloqueció, por qué camino podía pasar a su cuarto, y ella le respondía *«por la capilla»;* la ceremonia del matrimonio en *Nôtre Dame;* los regalos suntuosos de las corporaciones francesas; el brillo de la Corte imperial caldeado por la fastuosa aristócrata española; todo ésto en rápida visión pasaba ante mis ojos, como si yo realmente lo hubiera vivido, y como si sintiera cierto envanecimiento nacional, al considerar que la protagonista de tales grandezas, inverosímiles en la época en que se desarrollaron, era una compatriota mía, mucho más interesante que su antecesora Josefina Bauharnais, pero ¡ay! mucho más funesta que aquella pobre criolla, cuya historia vino a ser la opuesta a la de la bella granadina.

¡Cuántas enseñanzas prodiga la Historia a los que las quieren escuchar! ¡Qué paralelos fáciles surgen en la vida de cada personaje de los que la fortuna coloca en sitios y posiciones visibles, como en los seres más vulgares, siquiera en éstos se deslicen inadvertidos, como indiferentes en aquéllos! ¿Cuántos Soberanos reinantes pensarán, al volver de la suntuosa ceremonia nupcial, entre aclamaciones del pueblo, esplendideces de los representantes de Cortes extranjeras, y aduladores de la propia, cuántos pensarán en que puede llegar un momento en el que se sustituya el brazo de un emperador orgulloso con la belleza que ha conquistado, por el de un dentista que protege la vida amenazada de una egre-

(1) De este modo se calificó él mismo según asegura la princesa de Metternich en sus *«Memorias»*, que por cierto merecen ser leídas como archivo de frivolidades y ostentaciones de la ambiciosa pareja imperial.

gia cliente? Y, sin embargo, a veces los brutales avisos del destino no se dejan esperar; y en el curso mismo de la comitiva deslumbradora, viene una bomba mortífera a advertir de lo que tienen de frágil y deleznable las glorias que se fundan en los hombres, cuando de que alguno de ellos sea criminal (y lo son muchos), puede depender que se trunque el destino triunfador de otro a quien halagara la fortuna y la protección de su pueblo.

¿Se olvidarán estas cosas? Sin duda alguna, que en mayor o menor grado han de olvidarse; pues de otra manera la vida de los héroes y de los Soberanos, sería todavía más digna de lástima de lo que yo real y sinceramente creo que lo es; sería para ellos imposible vivir. Aumentar a la propia responsabilidad, que ya resulta inmensa, y a la de la influencia que ejercemos en los que nos rodean, la que se deduce de los destinos de un pueblo que ha de ser exigida por la posteridad y por la historia, cuando de la nuestra nadie se acordará a poco que... doble la campana.

Si dobla en mi funeral,
De qué pasé por el mundo,
¿Quién se acordará?

A través de estas cosas renace en mi pensamiento, obsesionante y fija, la figura de Eugenia de Montijo, y digo, como al empezar estas líneas: ¿fué una aventurera?, ¿fué un talento superior? Yo creo que fué las dos cosas. Al concepto de aventurero y aventurera ha dado la gente una significación despectiva, que no es ciertamente la que yo tengo ahora la intención de aplicar. Aventurero es todo aquel que se lanza a la consecución de logros

de ideales, en cierto modo desproporcionados con las naturales aspiraciones de cada cual, y que para satisfacerlos emplea procedimientos, o heroicamente peligrosos o hábilmente discurridos y no puestos al alcance de la vulgaridad, ni siquiera del habitual ejercicio de las ambiciones humanas.

Aventurero fué Hernán Cortés, y hoy es una gloria innegable, aunque no celebrada en la proporción que lo mereciera; aventureros fueron Julio César y Catalina de Rusia, el Rey D. Sebastián; y, afortunados los unos, desventurados los otros, a nadie puede considerarse que se le ofende con la aplicación del calificativo, mientras en ella no vaya incluída, tácita o expresamente, la idea del empleo de medios inmorales e ilegítimos para el logro de la *ventura*.

Aventurero es quien a la ventura se dirige, con la ambición por estrella conductora y la confianza en sí propio, y en la fortuna, que unas veces garantiza el éxito del barquero que lleva a César, y otras guía el puñal de Bruto en los Idus de Marzo.

Nadie puede negar que la pareja imperial que unió sus corazones y sus destinos en el histórico templo de Nôtre Dame en 1853, era una pareja de aventureros a quienes desde aquel día el dios Exito consagró tanto como el arzobispo de París, colocándola al abrigo de toda insinuación que al calificativo de aventurero se pareciera. Pero ¿y antes?

Recordemos al hijo de Hortensia de Bauharnais, reina de Holanda, y de Luis Bonaparte, tercer hermano varón del gran fundador de la dinastía, árbitro de Europa durante diez o quince años, aunque esta paternidad ofreciera a veces duda al mismo D. Luis. Recordemos

la niñez del Príncipe, sus aspiraciones al Trono después de la muerte del Rey de Roma, la tentativa de Estrasburgo, la grotesca del águila domesticada de Boloña, la *limosna* recibida de manos del Rey Felipe al partir perdonado para América, su escapatoria de Ham, sus serpiginosas habilidades en la Asamblea Nacional, hasta conseguir la Presidencia y la transformación de protector en verdugo, en los sangrientos días del golpe de Estado. No olvidemos las maniobras perseverantes y humildes con que procuró congraciarse con las Cortes extranjeras, que, demasiado confiadas, creyeron que un Bonaparte, que sólo tenía como argumento para aspirar al Imperio, lo dudoso de su sangre *bonapartina*, podría nunca olvidar de un modo radical, que las glorias bélicas de su tío habían embriagado y enloquecido a Francia inspirándole el convencimiento de ser el pueblo europeo providencial que, por el camino de la guerra, había de ejercer la hegemonía de Europa. Fiarse de un Bonaparte en materia de paz, después de Austerlitz y de Jena, equivale a fiarse de un Hohenzollern en el mismo sentido pacífico después de Gravelote, Sedan y Sadova. Si Napoleón I y Guillermo I hubiesen supervivido a las glorias guerreras de sus reinados, quizá hubiesen sido al cabo sostenedores de la paz; pero sus descendientes mediocres y sus imitadores infatuados, tenían que ser necesariamente, como lo han sido, un peligro para el mundo.

La Historia es la única mujer que dice sistemáticamente la verdad; pero como siempre la dice, resulta pesada y monótona para los oídos de las gentes, y se la oye... pero no se la escucha.

Siguiendo mi comparación, no encuentro grandes

diferencias personales entre la conducta éticopolítica de Luis Napoleón y la de su ilustre cónyuge, ostentadora de un noble apellido español y poseedora de una de las más espléndidas bellezas de su tiempo, de una inteligencia fina y penetrante y asesorada por una consejera experimentada que, primero a su lado, y después apartada de ella por conveniente sagacidad, fué estimada entre la alta sociedad de Madrid como una de las mujeres más inteligentes, hábiles y sugestivas de su tiempo, hasta que la muerte la sorprendió rodeada del general aplauso, en un estudiado alejamiento de los ostentosos lujos de su hija, Emperatriz de los franceses, mujer festejada y adulada por todos los soberanos de Europa, consagrada por la inolvidable reina Victoria de Inglaterra, y al parecer amada por su pueblo. Al aludir a la ilustre condesa de Montijo no tengo otra intención que la que puede inspirar la más respetuosa alabanza respecto a una madre amante, hábil e inteligente, como pocas de las que pueden ser consideradas en el escenario de la vida pública como personajes de mayor o de menor importancia.

Si siguiera desmenuzando todos los hechos que, relativos a la ex emperatriz Eugenia, han llegado de una o de otra manera a mi conocimiento, ocuparía ciertamente más de una mañana de meditaciones, en la crítica de mujer tan extraordinaria.

¿Mujer dije? ¡Ah!, pues como mujer ya es bien diferente el juicio, acertado o erróneo, que me ha llevado a formar las referencias de diferentes linajes que acerca de ella, y sin intención de ello, he podido recoger.

Para seguir los caminos del éxito, de la ventura y del triunfo, el corazón es una pesada impedimenta; todas

las cuestas que conducen a las cimas iluminadas por el sol de la gloria requieren que el que las sube deje en la falda los pesos inútiles; y el corazón es un peso inútil en el viaje a la Fortuna. Mientras la inteligencia procura echar mano de las apariencias de la sensibilidad, de la filantropía y del amor, consíguelo deslumbrando los ojos ajenos con los destellos y los reflejos del triunfo; pero cuando el deshielo llega, es cuando se vé si la nieve cubría o no, flores, frutos o materiales sólidos, y las más veces, el deshielo de la desgracia es el que enseña a ver todo lo que tenían de falaz los espejismos de las alturas.

Como no abrigo la pretensión de escribir la crítica histórica, arrepintiéndome de lo dicho, me contento con recordar algunos hechos de la vida de la ilustre señora que me preocupa; su conducta después del destronamiento; sus inteligencias o sus tentativas de inteligencia con Bazaine y con los alemanes; la obscura actuación de Regnier, la perseverancia de su ambición bonapartista después de la muerte de su esposo, y sobre todo de la de su infeliz hijo, y más que nada ciertos hechos de la vida vulgar, que son los que mejor influyen, a mi entender, en la opinión que debemos formar de un corazón y de un carácter.

Todos sabemos lo que la emperatriz Eugenia fué para el hasta entonces insignificante puertecillo de Biarritz y cómo ella le convirtió en *villa de moda*, en centro de la elegancia francesa, primero, y europea después, hasta el punto de que por inercia del impulso por ella dado, continúa siendo hoy una de las poblaciones más famosas y ricas del mundo, entre las que atraen a los veraneantes internacionales. Pues bien; este pueblecito

(según nos han asegurado personas de la localidad, que habían ejercido cargos administrativos) regaló a la emperatriz Eugenia varias hectáreas de terreno, en las cuales se instaló la suntuosa residencia a que ella acudía los veranos y que estaba rodeada de un bosque destinado a las excursiones, partidas de caza y correrías de su Corte. Los terrenos que constituían este espléndido regalo, han sido reconocidos como propiedad particular de aquella señora, y vendidos por ella metro a metro de terreno en cantidades inverosímiles, comparativamente con el valor que tenían al hacerse el cariñoso don de aquellos marineros. No sé lo que en ello habrá de verdad; pero he oído asegurar a algunas de estas gentes, que cuando ya destronada, pero respetada siempre en Francia, pasaba la ex Emperatriz para España por la estación de Biarritz, nunca levantaba las cortinillas de su departamento, ni consentía en recibir los saludos de Comisión alguna de las que intentaban verla. Podrá tener ésto como explicación y disculpa, la de no querer contemplar los sitios en que sus mayores glorias había desarrollado, la playa en que jugaba su desgraciado hijo, el mar que parecía venir a besar sus minúsculos pies de andaluza cantándole himnos de prosperidad y de alabanza; todo esto puede ser verdad; pero sentiríamos que también lo fuera, que cuando a ella acudieron los habitantes de Biarritz en demanda de socorro, para pescadores ahogados en catástrofes de aquella accidentada costa, nunca obtuvieron contestación a sus demandas.

También puede creerse que no produjesen mucho efecto en su sensible corazón los recuerdos localizados en ciertos parajes, cuando durante sus estancias en París prefería a todos los demás el Hotel que estaba

justamente enfrente del jardín de las Tullerías y del solar del espléndido Palacio por ella habitado y quemado por los exaltados comunistas en la jornada de 1871. Esto, sin que demos crédito a alguna impresionista noticia, que la prensa francesa, siempre devota de lo romancesco y anecdótico, contó de los paseos dados por el jardín mismo de las Tullerías, de la margarita cogida entre el césped, y del celoso y grosero guardián que, por este acto, quiso detener y multó a la que había sido más que reina, diosa de aquellos parajes.

Respecto a España no parece que la ilustre señora demostró nunca aficiones extremadas; quizás lo mixto de su sangre, lo extraño de su educación, para los tiempos en que tuvo efecto, sus alejamientos de duración indefinida y algún rozamiento que en su trato con la reina Isabel pudiera tener, amén del contraste que, en honor suyo sea dicho, resultaba de la conducta moral de esta última señora con la suya, explique esta frialdad de la joven granadina hacia el país que la vió nacer; pero es lo cierto que no existe, que yo sepa, ni una sola fundación benéfica de aplicación española; ni un acto accidental y transitorio, con los cuales esta dama pudiera haber acudido, en mayor o menor grado, al remedio de desgracias permanentes, o de catástrofes transitorias de nuestro país (1).

(1) Las sentimentales y romancescas afirmaciones de algunos biógrafos franceses, acerca de los recuerdos melancólicos que en el alma de Eugenia despertaban Andalucía y sobre todo su finca de Carabanchel, se avienen mal con lo por mí observado durante muchos años en el absoluto abandono en que se hallaba esta última propiedad, casi derruída y que hoy me dicen que ha sido enajenada en cuantiosa suma para construir en ella el Hospicio de Madrid. ¡Qué bella ocasión desperdiciada para haber dejado un buen recuerdo a sus pobres com-

Pero ¿a qué ahondar ni escudriñar más? Detengo mi pensamiento ante la severa y triste morada de Chiselhurst donde, en suntuoso túmulo, descansarán para siempre los dos aventureros imperiales, junto a aquel pobre adolescente, que nacido bajo el solio, parecía destinado a un próspero porvenir.

¡Pobre príncipe Luis Eugenio!; ¿quién había de pensar al verle salir en el Estado mayor de su padre, para aquella campaña de 1870, *en que había de consolidarse su dinastía*, que sin llegar apenas a la mayor edad encontraría la muerte a manos de un salvaje, sirviendo en un ejército extranjero y en el más remoto país del mundo?

¡Ironías de la Historia! El hijo y heredero del emperador más poderoso de Europa, casi un niño en 1870, tiene un teatral bautismo de fuego en Saarbruck, y el telégrafo esparce por el mundo entero la noticia de que el valeroso principito había cogido con sus propias manos un proyectil de los de más moderna construcción, lanzado por el ejército modelo que contra Francia combatía; nueve años después, este mismo príncipe, destronado y combatiendo en un ejército extraño, contra tribus absolutamente salvajes, es sorprendido por una de ellas, y recibe en un ojo una flecha, es decir, el arma más primitiva de los pueblos bárbaros, y muere instantáneamente.

Tiempo es de que aparte el pensamiento de las sugestiones que me ha producido el recuerdo de Eugenia de Montijo. Con la verdad no debemos tener miramien-

patriotas, mejor que por la fiesta de loca ostentación dada en Versalles a D. Francisco de Asís y en la que gastó Eugenia 600.000 francos en fuegos artificiales!

to para despojarla de velos y vestiduras, hasta que nos aparezca en su encantadora desnudez; pero no debemos empeñarnos en disecar su hermoso cuerpo para satisfacer curiosidades indiscretas; de tales disecciones nunca se obtiene más que, o llegar a la espantosa realidad del esqueleto, o al repulsivo espectáculo de las vísceras.

Un médico joven dotado de tanto talento como ilustración, y de tanto corazón como elevacion de espíritu, me decía, hablando de la última enfermedad de la emperatriz Eugenia, para cuya asistencia había sido llamado: «Al auscultar aquel corazón, que desfallecía en las agitaciones precursoras de la agonía, sentí como un escalofrío, porque pasaron rápidamente por mi imaginación los recuerdos de todas las emociones que habrían apresurado, o conmovido el ritmo de aquél órgano envejecido, que se rendía a la ley ineludible del nó ser, después de tantas ambiciones, tantos triunfos, tantos dolores y tantos desengaños». Esta fina nota sentimental de mi buen amigo tiene un doble sentido, que desde luego me preocupó al escucharla; tiene el sentido hondo de la *nonada* de nuestra personalidad en el trasiego histórico que nos circunda, a los humildes como a los poderosos, a los plebeyos como a los emperadores. El corazón del pechero que latió conmovido al desear a la apuesta moza que fué amor de sus amores, y se agitó en las fatigas y en las faenas del campo, por enviar sangre sana y suministrar combustible al movimiento de sus músculos de acero; aquél corazón, que vibró de entusiasmo por una idea patriótica, por odio al extranjero invasor, o por protesta contra la imposición tiránica, desfallece llegado su momento, lo mismo que aquel otro de la mujer nonagenaria que asumió sus sue-

ños de adolescente, sus triunfos de mujer amada, sus logros, ambiciones de ilimitado poder, sus decepciones, sus peligros, sus dolores de madre, sus hastíos de mujer olvidada. De esta primera consideración sólo saca mi anacrónica fantasía, de viejo impulsivo, una consecuencia: no concibo en el problema transcendental y hondo de las creencias más que dos Escuelas: o la de los místicos creyentes, ciegos e incondicionales o la de los escépticos, incrédulos y ateos.

El otro aspecto de la cuestión en que me hizo pensar la observación fina del joven clínico madrileño, fué el de la importancia incomparable que puede tener el tesoro que, en realidad, representan los estudios morales, los hechos de clínica social, los datos *humanos* que un médico sincero, probo y observador, puede suministrar a la Historia, a la enseñanza moral, más que a la curiosidad de sus sucesores.

¿Será esto último lo que de un modo subconsciente me ha llevado a consignar mis reflexiones de solitario, y mis recopilaciones anecdóticas de viejo impenitente?

PASEO XXIII

Más de la emperatriz Eugenia. Luis Marco.

«On prétend que les princes sont entourés de flatteurs. Hélas! ce sont eux qui sont condamnés à flatter tout le monde. Leur vie se passe à remercier et à saluer...»

Emperatriz Eugenia.

Luis Marco es una personalidad de *mi tiempo* que yo no podría dejar sin mención so pena de incurrir en grave pecado de ingratitud y de injusticia.

Es hoy un hombre más que septuagenario, acentuadamente miope, radicalmente sordo, algo encorvado, de rostro afable iluminado por incomprensible alegría y que procura adelantarse con ocurrencias, chistes y salidas a todas las agudezas que pudieran ocurrírseles a los mal intencionados ante el espectáculo de sus decadencias físicas.

Dentro de aquel cuerpo y de aquel personaje mal trajeado, que casi siempre ostenta en el ojal de su gabán o su chaquet una rosa o un clavel, existe un ver-

dadero erudito, selecto, imparcial y fecundo para el que busca en él consejo o la posibilidad del imperfecto coloquio. Además, es bueno.

Honra con frecuencia mi casa, y casi siempre que a ella viene, en las horas de la tarde, trae alguna composición poética, alguna nota lexicológica o algún libro cazado a gatas en montón de feria u olfateado más que visto en el estante de un librero de viejo.

¿Por qué se da con tanta frecuencia el hecho de coincidir con la capacidad erudita la poca escrupulosidad de los procedimientos sociales? Debo advertir que a mí ningún erudito me ha hecho daño alguno; pero no digo esto en su alabanza, sino porque creo que he tenido la fortuna de pasar inadvertido para su desdén. Observándolos con imparcialidad, he comprobado siempre en los rebuscadores de exégesis menudas de datos y fechas, procedencias y minucias, una falta de probidad, de generosidad y de alteza de miras, que me parece que justifica el epíteto de «ratones de Biblioteca» con que se les designa en el comercio habitual del habla, pues más tienen de roedores, que contribuyen a su desmenuzamiento y deterioro, que de asimiladores y propagandistas de los manuscritos y libros entre los cuales viven, se nutren y aun se reproducen. Todo esto me lo inspira la lectura de un pasaje de un prologuista, quien para dar autoridad a lo que va a decir, refiere un diálogo con un desgraciado humanista a quien por milagro de Dios he reconocido en mi pobre amigo D. Luis Marco, pero a quien el prologuista se cuida muy bien de no nombrar, quedándose muy satisfecho por esta falta evidente de rectitud cometida con un hombre que por circunstancias especiales e injustas, no es muy conocido en el

comercio de las letras y menos en los círculos convencionales de los escritores. Sacar a colación a un sujeto, sirviéndose hasta del detalle cómico de su sordera para dar interés a lo que se dice y no mencionar el nombre de la persona de quien se reciben los datos que se avaloran después, será cosa muy lícita y corriente entre... eruditos; pero en mi *casa*, eso es una maldad inconsciente por habitual y genérica, pero maldad a la postre.

El erudito es al fin y al cabo un intermediario en el comercio de las letras; no es de extrañar que con frecuencia caiga en las claudicaciones de los mercachifles.

El primer sorprendido con la lectura de éstas mis líneas será el mismo Luis Marco, quien nada me ha dicho; hasta creo que el *lapsus literario* del mencionado prologuista no sólo es involuntario, sino aun cometido contra su voluntad, pues me consta que ambas personas se estiman una a otra y se quieren mutuamente.

Marco, que es un poeta inspirado y original, tiene una monomanía, la de la *técnica métrica*. Yo, que nunca he incurrido en ella (única quizás que se ha salvado de mi cultivo) le escucho con asombro cuando, hablándome del hexámetro latino, me explica en largas divagaciones, imposibles de interrumpir ni desviar a causa de la sordera del exponente, las sesenta y tres variedades que del clásico metro tiene coleccionadas y me repite ejemplos de Horacio, Ovidio, Catulo, Juvenal o de Lucrecio. Con la métrica castellana tiene la misma preocupación, y antes de dar lectura a alguna de sus bellas poesías, explica por qué y cómo ha empleado los versos de doce sílabas con preferencia al endecasílabo y cuál ha sido el motivo de servirse de la versificación libre, el verso *blanco* y las rimas asonantada o aconsonantada,

en versos de cinco, siete o nueve sílabas, casi por nadie más que por él usados. Daña esto, a mi juicio, a su obra poética, sin duda de mérito evidente, como me sería dado demostrar si a mano tuviese sus bellas producciones: «*La Institutriz*» y «*La Camisa de Boda*», trozos poéticos verdaderamente conmovedores y dignos de un escritor de primer orden.

Pero Marco es así y es un poco difícil que a su edad le cambien ni consejos ajenos ni advertencias impertinentes. Por otra parte, su trato es más que agradable, su cultura se encuentra al servicio desinteresado de todo el que quiere utilizarla y yo no he de cometer la ingratitud de censurar a quien me proporciona ratos de deleite en pintorescos coloquios entre un casi ciego y un casi sordo, que presenciados o escuchados por un tercero, no dejarían ciertamente de hacerle gracia.

Mi buen amigo lee muchas veces los originales de estos «Paseos» antes de que vayan a la imprenta; y el otro día, al terminar la lectura del dedicado a Eugenia de Montijo, quedó pensativo y me ofreció traerme al día siguiente algo que mi trabajo le había sugerido, e inspirádole *Eugenia*.

Ese algo es la siguiente composición que, con la *advertencia preliminar*, relativa a la factura técnica, creo digna de ser publicada.

«LA HERMOSURA, EMPERATRIZ

I

—Al Palacio de Liria
vaya usted, amigo Gil,
para hacer la reseña del traslado
del cadáver de la Emperatriz.

Esmérese mucho,
pues esa reseña no es grano de anís:
que sus cuartillas reflejen
la vida de la muerta y el alma de Madrid.
—Juntaré realidad y fantasía,
historia y ensueños, con arte sutil:
casi fuera mejor que escribiese
sin ir allí.
—¿No es usted *periodista-poeta?*
¡Pues no le hace falta la voz del clarín!
—Para hacer la reseña de *un siglo que ha muerto*
basta contar *esa vida*... ¡feliz e infeliz!

II

Con tu recuerdo a solas (oh Condesa de *Thebas*,
no de Teba), te evoco dentro de mí:
figura mucho más trágica
que la de Boabdil.
Tu gracia, tu hermosura, tu gentileza
te llevaron a ser Emperatriz
de la nación que cuando tú naciste
nos trajo cien mil hijos de San Luis,
para anegar en sangre generosa
tu patria, víctima de un Rey malsín.
Década de tiranía
y siete años de guerra civil
conoció tu niñez y adolescencia,
cuando sólo sabías reir
y eras aún muy dichosa...
¡tánto cual fuíste luego infeliz!
Eras flor la más linda
de granadino carmen, ¡un oriental pensil!:
mezcla de azucena, rosa, nardo,
clavel, heliotropo y jazmín;

y también hecha de gemas
engarzadas en oro de Ofir,
conjunto de topacio y de zafiro,
de perla y de rubí;
semejante a soberbia sultana,
del Profeta esposa, favorita hurí.
Fuíste de mármol de Paros, pentélico,
con un cuerpo de Venus y un alma mujeril,
suprema tentación del mayor santo
en todo tiempo y país,
despertadora del éxtasis
más hondo de gangético faquir,
de perfecciones divinas y humanas
tesoro sin fin.

....

[¡Tristes cabellos, corona de espinas de plata,
faz blanco-amarillenta, rostro de marfil,
ruina de un siglo de trágica vida:
oh, quién tuviera el arpa del santo rey David!]

....

Eras la reina del mundo
desde tu trono imperial de París,
y en los eternos dominios de Cleopatra
besáronse dos mares delante de ti.
Y luego cesariano plebiscito
en que Francia engañada dijo: *«¡Sí!»*;
después unos gritos frenéticos
del pueblo *«¡A Berlín!»*;
en seguida el desquite de Iena,
Francia en derrota, un engaño vil,
rendido su César...
que no supo lidiar ni morir...
mientras tú, la Regente,
veías la República en París.
Diez lustros viviste después,

medio siglo de vida infeliz:
más que la Loca del Vaticano,
que ha vivido inconsciente por su frenesí.
Tu esposo y el Papa a Carlota
dieron otro Imperio... ¡No lo quiso Prim!
....
[Brecha de la Puerta Pía:
Cavour, Garibaldi, Mazzini, Manín.—
Carlomagno, Matilde, Hildebrando:
¡para siempre huid!]
Eugenia de Guzmán,
en ese medio siglo
que viviste sin ser Emperatriz
nació y murió el Imperio de la Fuerza,
que sitió a París.
En ese medio siglo la Lorena y la Alsacia
redimiéronse al fin;
cayeron las coronas imperiales
de China, del Brasil,
de la Rusia, del Austria, de Alemania...
mas la que te dieron por hermosa a ti.
Rodaron coronas de reyes y príncipes
de estirpes más rancias que Luis
Napoleón Bonaparte...
¡Presidente que te hizo Emperatriz!
Suponen hoy más en el mundo
dos plebeyos cual Trotski y Lenín.

III

No quiero, mujer trágica,
blanca y roja flor de lis,
ver cómo te conducen
en un coche-estufa, con toques de clarín,
para llevarte lejos,

muy lejos de aquí,
donde sepulten tus restos mortales
entre tu esposo y tu hijo, ¡madre infeliz!
extranjera dos veces: de tu Sena adoptivo,
de tu patrio Genil...
¡Sola ya para siempre
la trágica y hermosa Emperatriz,
que vivió cerca de un siglo,
cansada de gozar, rendida de sufrir...
muerta hace medio siglo, sin cesar de vivir!

LUIS MARCO (1)».

Cuéstale trabajo a mi atención el apartarse de la atractiva figura de esta dama insigne realzada tanto por los esplendores del poder, como por los melancólicos reflejos de la desgracia. De conversaciones recordadas de los que fueron sus contemporáneos, lecturas de la copiosa literatura biográfica e histórica en que ha figurado durante casi un siglo, entrevistas tenidas con los

(1) LLORÉ

Escribí estos versos la misma noche del día en que se trasladaron los restos de la *Emperatriz de la Hermosura* desde el Palacio del Duque de Alba a la estación del Ferrocarril del Norte.

PENSÉ

Elegí la *versificación libre*, con versos pares de *rimas agudas*. En los 109 versos de que consta esta poesía los hay de estas medidas: 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12 y 13 sílabas. Basta de técnica.

ENVÍO

A Carlos María Cortezo, recuerdo de la lectura de su inédito capítulo del tomo II de sus PASEOS DE UN SOLITARIO: 29-VIII-1923.—L. M.

médicos que últimamente la cuidaron y amables y nunca bastante por mí agradecidas confidencias de su noble sobrino-nieto el Duque de Alba, quien en interesantes notas reservadas ha consignado, día por día los últimos de esta mujer extraordinaria; todos estos materiales pudieran servirme para escribir largamente, pero me limito a la consignación anecdótica de lo que puede ofrecer más agradable interés.

Durante la época del apogeo de su poder hizo Eugenia un viaje a España y visitó la feria de Sevilla, vestida con el traje que en un su retrato me impresionó de niño y acompañada por el célebre D. José Luis Albareda.

Comenge, en un artículo maravilloso como todos los suyos, describió el interesante cuadro de la entrada de ambos jinetes en el Real de la feria. En el mismo escrito refiere el gran periodista una anécdota que no debe caer en completo olvido:

Al llegar Albareda a posesionarse de la Embajada de París, destronados ya los Emperadores, un periódico de la capital, saludando la llegada del nuevo representante y jugando con el doble sentido que el adjetivo y el participio de presente *amant* tiene la lengua francesa, insinuó una calumnia respecto a Eugenia de Guzman; a quien en los primeros años de su juventud supuso *amant* de Albareda. Los episodios a que la imputación dió lugar merecen que los reproduzca, ya que entre mis apuntes los he conservado.

Leyó indignado el *equívoco* suelto el Embajador de España, al día siguiente del de haber presentado sus credenciales; y sintiéndose más hidalgo que Embajador y más Albareda que diplomático, hizo buscar al

periodista y le pidió una explícita rectificación, que obtuvo antes de acudirse al terreno de las armas.

Eugenia, desterrada en Inglaterra, hacía más de doce años, supo, no se sabe cómo, lo sucedido y puso un telegrama a su paisano y amigo de la juventud diciéndole: «Pepe: siempre fuiste un caballero; ¡gracias! *Eugenia*».

Cuando Barraquer llegó a Madrid, llamado para operar a la ex Emperatriz, hizo ésta por impaciencia que le viese los ojos en el jardín mismo de Liria, en donde se hallaba sentada al llegar el ilustre oftalmólogo, bajo un árbol que era favorito suyo. Reconocióla, *grosso modo* Ignacio y exclamó con una significación muy comprensiva para operadores y catalanes: «¡Bonitos ojos!», tratando de expresar sin duda que los hallaba aptos para la operación que se le proponía; pero Eugenia supuso sin duda que en la frase había un requiebro español, y aquel rostro nonagenario se volvió sonriente hacia otro lado y se ruborizó, por última vez de su vida. ¿Quién había de decir a mi hábil e ilustre amigo que había de producir el último sonrojo de coquetería, en la mujer que mayores alabanzas y triunfos había merecido por su hermosura?

No sé si en estas reflexiones improvisadas al volar de la imaginación y reflejadas al galopar de la palabra a través de la mecanografía, podrá haber cosas que lleven a formar el juicio de que el mío sea despectivo, respecto a la mujer genial de que me he ocupado. Nada sería más injusto; lo que puede haberme sucedido es que impresionado por múltiples lecturas que satisfacían mi interés y mi curiosidad, unas veces la haya calificado de ambiciosa, de superficial y de amante de las suntuo-

sidades aparatosas, y que otras se me haya presentado como firme sostenedora, aunque tardía, de los verdaderos fundamentos en que había de sostenerse la dinastía que contribuyó a formar; pero siempre, a través de estas impresiones en mí formadas por las relaciones de Fillon, Sergeant, Saint Amand, la princesa de Metternich y muchos otros y a través de los diálogos de contemporáneos y personas más o menos afines, he conservado el concepto con que hoy cierro estos comentarios: era ante todo y sobre todo, una mujer genial, firme en sus propósitos, decidida en los medios de su realización, infatigable en los procedimientos de su consecución y confiada sin desmayo en la prosperidad de su estrella y en el cumplimiento de sus aciertos.

Los años, las adversidades, los dolores del alma, ni aun los padecimientos físicos doblaron de modo permanente la voluntad y el espíritu infatigable de esta dama excepcional.

Aparte de su fe religiosa, llevada hasta el extremo, no tenía confianza más que en sí misma. Dos hechos al parecer sencillos, lo demuestran: los más reputados médicos de Europa le habían impuesto un régimen severo de alimentación, y ella, a escondidas de sus cariñosos y vigilantes deudos, se hacía servir con predilección aquellos manjares que más vedados le estaban.

Cuando, después de la operación a que fué llevada por el terror de quedar su vida en una ceguera que le privara de la lectura y del deleite del trato humano, comprendió al recuperar su vista que el peligro había pasado, lo primero en que pensó fué en planear sus viajes marítimos desde el Cap-Martin, y en ir en su yate para efectuar un viaje de estudio y de recreo al Japón.

¡Y tenía noventa y tres años vividos con tal intensidad que bien pudieran duplicarse en el cómputo de cualquiera otra vida!

Lo único en que insisto es en que su amor a España no era tan grande como el que siempre le dominó de la notoriedad mundial. Razón tenía mi interlocutor de la plaza de España; «ni muerta quería permanecer entre nosotros». No se me alcanzan, aunque quizá los haya respetables, los motivos que pudiera tener para que sus restos, con los de su esposo y los de su hijo, descansen en Inglaterra ya que no pudieran descansar en Francia, y no en España. Si Napoleón, *el verdaderamente grande*, juzga esto desde el Empíreo, no aplaudirá ciertamente esta predilección mostrada hacia el país que le combatió día por día hasta hacerle morir en Santa Elena.

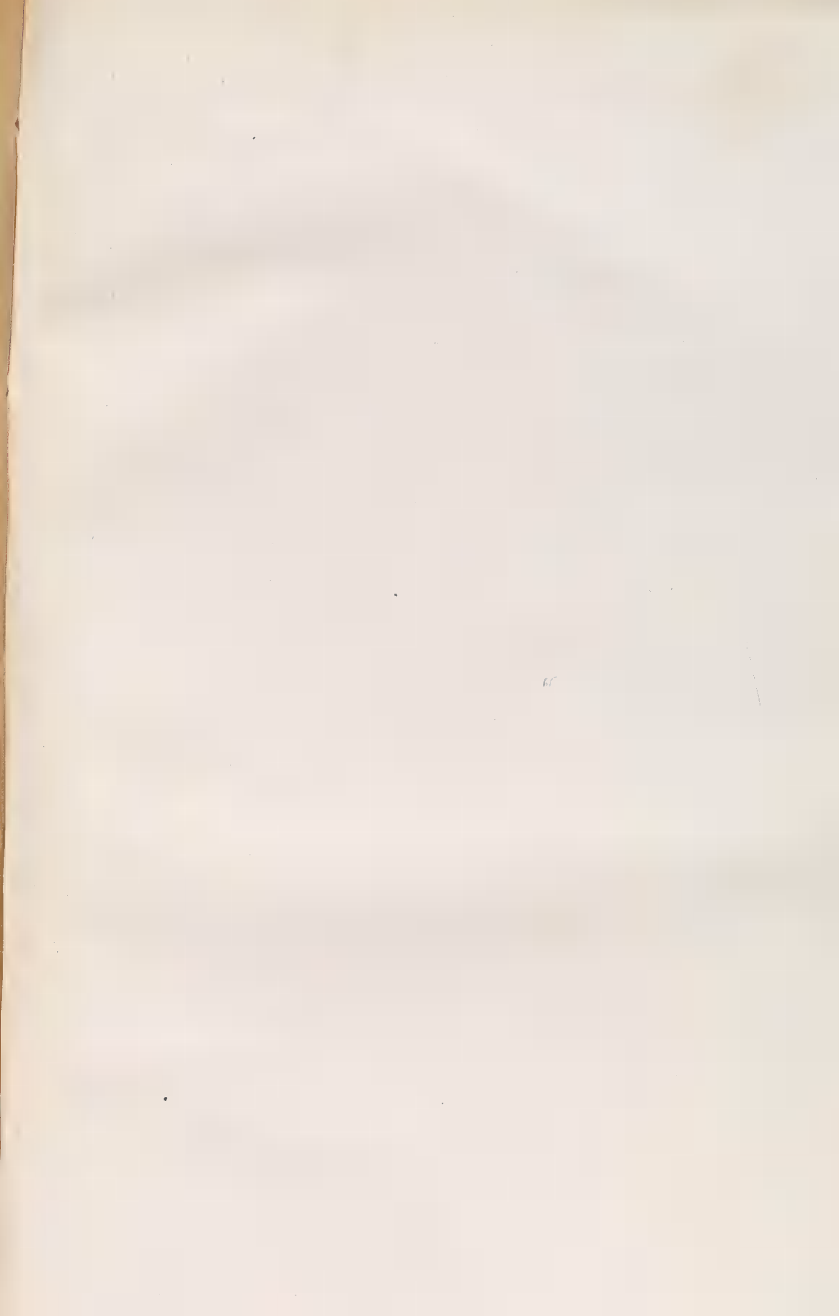
FIN DE LA SEGUNDA SERIE

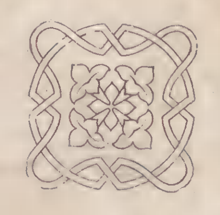
ÍNDICE

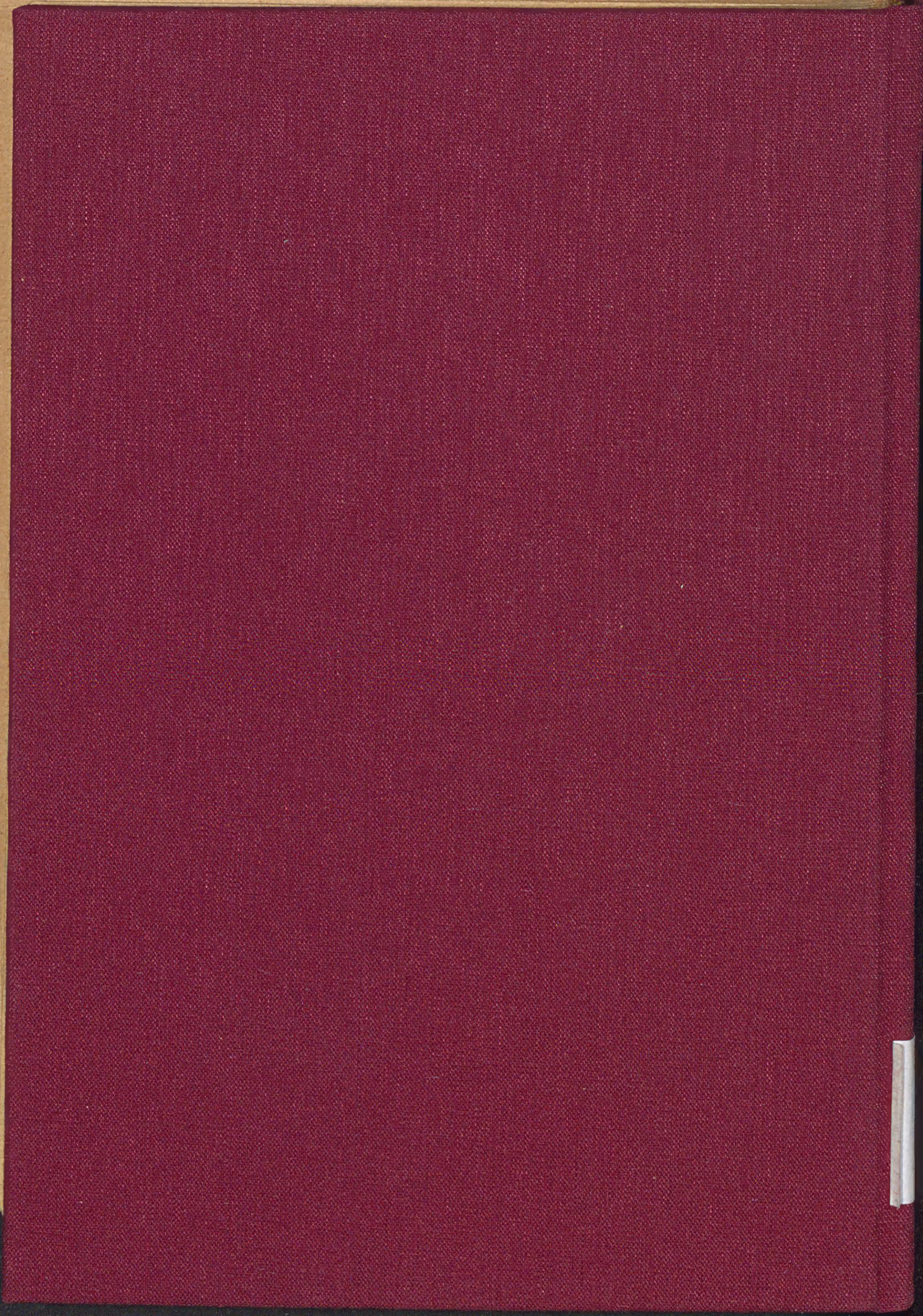


FE DE ERRATAS

Página.	Línea	Dice	Léase
21	20	lectura	lectora
69	12	imprognando	impregnando
82	3 y 4	se cotizábase	se cotizaba
85	7	léxito	léxico
85	14	ateración	alteración
95	12	Gutiérrez	Ramírez
95	14	Gómez	González
97	12	Machbeth	Macbeth
123	25	censura	cesura
125	7	del	de
131	13	joyista	joyita
138	27	o poner	oponer
164	30	ehusco	chusco
203	9	desigualadades	desigualdades
205	23	Kubturkampf	Kulturkampf
207	24	Guillerno	Guillermo
209	10	matternich	metternich
212	26	adolescente:	adolescente
231	27	acierte	acierten
236	17	velorio	hilorio
248	14	arrivista	arribista
267	7	*Bodelaire*	*Baudelaire*
273	22	Aberto	Alberto,
289	2	estudianta	estudiante
292	25	un	una
292	32	el	la
293	1	hiperestésico	hiperestésica
307	32	bendiciones	impresiones
332	10	Pontejo	Pontejos
368	21	Gravelote	Gravelotte
368	21	Sadova	Sadowa.







1923 Cortezo, C. M. PASEOS DE UN SOLITARIO